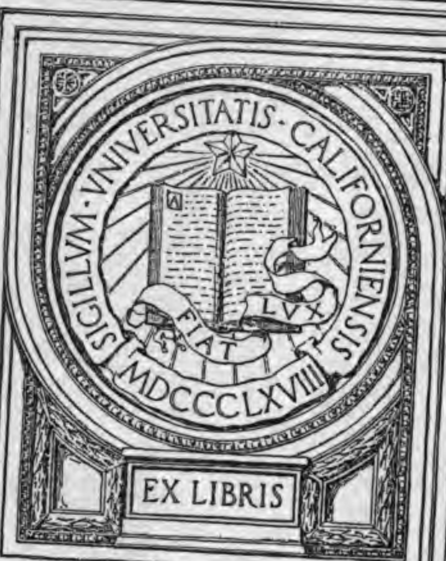



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



ALFONSO.

ALFONSO.

(RECUERDOS DE GALICIA.)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

DON FERNANDO FULGOSIO.

PREMIADA CON MENCION HONORÍFICA

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID,

LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,

calle del Cármen, número 13.

1866

MADRID 1866.— Imp. de M. RIVADENEYRA.

CORTAS Y NECESARIAS ADVERTENCIAS.

1.ª Los ingleses han preferido para el diálogo, á mi entender con razon, las comillas (») al signo ménos (—) de los franceses, el cual oscurece el sentido, en vez de aclararle; y los mismos franceses, al traducir, como ahora lo están haciendo, á los grandes maestros Dickens, Thakeray, Bulwer, etc., conservan las comillas. Sírvame este ejemplo, casi siempre decisivo entre nosotros, de defensa, por no haberme valido del consabido signo matemático. Con todo, si mi sistema no pareciese bien, fácilmente pueden desaparecer mis queridas comillas. Nuevo en la arena literaria, y escaso de merecimientos, tal vez no se me considere con fuerza suficiente para hacer prevalecer mi deseo, si bien no pierdo del todo la esperanza que mueve y sostiene siempre al que posee la fe que en asuntos literarios me sustenta.—

2.ª En Galicia no existe la aldea, tal como se entiende generalmente; por lo tanto, es harto natural que al aldeano llamen allí paisano, lo cual, en semejantes circunstancias, está muy léjos de ser galicismo.—

3.ª Cuatro grandes provincias, de las más pobladas de España, y con cerca de dos millones de habitantes, pueden dar, y darán asunto á libros de mayor interés y tamaño que el presente. De esa manera, no pretende el autor hablar de toda Galicia, pero sí dar ligera muestra de esa hermosa parte de nuestra costa más septentrional, llamada Mariña.—

Á MI ESPOSA.

En nuestra oscura y modesta mansion de Madrid, por las costas del Atlántico y orillas del Mediterráneo; cuando triste, cuando enfermo, ya sustentado por mi aficion á los libros, ó bien sumergido en el descaecimiento, propio de la falta de salud en los ojos y serenidad en el alma, te he visto de contínuo á mi lado, prudente y cariñosa, alentándome, si desfallecia ante la ingratitud del olvido, y haciéndome creer en la esperanza.

En fé de las lágrimas con que has de acoger tan tristes y sagrados recuerdos, te ofrezco mi primer libro, á tí, madre de mis hijos.

Al hojear estas páginas, descrédito de mi modestia, si no las excusára con valederas

razones la venerada sangre de Galicia, herencia de mis padres, plegue á Dios que, á la par de la honra —puesto que no del ingenio—la fé, y el respeto á nuestra noble y varonil lengua castellana, exhalen el vaho puro y saludable de una tierra, á la cual amas y tienes por tuya, miéntras la fragancia de prados, flor del tojo y madreselva, vuele á tu alrededor, en alas de la brisa del Oceano, diciéndote mi amor agradecido.

EL AUTOR.

ALFONSO.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cativo d'a myña tristura,
Ya todos prenden espanto,
E preguntan qué ventura
Foy que m'atormenta tanto?
—*Cantiga de Macias para su amiga.*—

« *Si je ne les fais pas parler normand, je sacrifie la couleur locale; si je les fais parler normand, vous n'y comprendrez rien.* »
—ALPHONSE KARR.—

« Si no les hago hablar en normando, falto á la costumbre de la tierra; si les hago hablar en normando, no entenderéis una palabra. »
—ALFONSO KARR.—

ALFONSO VAZQUEZ DE CELA Á LUIS DE TOLEDO.

Querido amigo:

A la falda de un cerro, por cuya cima, reina de cuantas la rodean, pasa el camino de Madrid á la Coruña, está mi casa solar, antiguo edificio, que, resguardado de los temibles vientos del Nordeste, señorea uno de los valles más amenos y apacibles de Galicia.

Mi *Pazo* ó *Palacio*, llamado así por equivalencia al *Château* de los franceses (1), es de antiquísima fundacion, y á pesar de que mi abuelo, grande amigo y admirador del gusto de su tiempo, y por lo tanto, ciego y funesto enemigo de nuestros hermosos edificios de la Edad—Media, desfiguró éste cuanto pudo, dándole mera traza de casa de recreo, todavía conserva cierto aspecto antiguo y respetable.

Para llegar á él, hay que pasar por un soto de añosos castaños, cuyas desmesuradas y entretejidas ramas forman espeso y hermosísimo toldo en el verano, miéntras, al traves de sus troncos, se vên como media docena de casas, apartadas buen trecho unas de otras.

La parroquia, término de la poblacion rural de Galicia, se divide en ruedos, ó demarcaciones menores; la mia tiene tres, llamándose aquel en que está construido el Pazo, el «ruedo de Cela»; y por lo tanto, mi *Château* es el Pazo de Cela.—Su señor te saluda!

Una alta y antigua cerca de pared, revestida casi toda de hiedra, fué lo primero que se ofreció á mi vista el dia en que vine á visitar mis lares paternos. Llamé, dando golpes á la enorme y carcomida puerta, y nadie me respondió: me engaño, pues oí el gru-

(1) Pazo, Palacio: en el campo es indudablemente lo mismo que *Château* en Francia y *Castle* en Inglaterra. *Pazo*, *paaço*, palacio.

ñido de un marranillo; volví á llamar, y ni siquiera el marranillo tuvo á bien contestarme.

Puedes figurarte la opresion que me ahogaria, al verme solo en el mundo, obligado á renunciar á mis locos ensueños de Madrid, y teniendo por toda esperanza la vida y recursos de un pobre *vinculeiro* gallego. Ya te explicaré más adelante qué es vinculeiro.

Te aseguro que apénas tenía fuerza para volver á llamar; pero el alquilador de las dos humildísimas pollinas que habian transportado mi persona y equipaje desde la Coruña al Pazo, se adelantó, desechando toda perplejidad, y por en medio de un ancho resquicio de la puerta introdujo el brazo, descorrió el pasador, que era de palo, y empujando con el hombro y todas sus fuerzas una hoja, quedó más del suficiente espacio para entrar.

Detúveme con respeto ante la antigua fachada, en la que habia dos grandes puertas simétricas, cerrada una, y entreabierta otra: en el piso superior, y bajo el espacioso alero del tejado, conté hasta cuatro ventanas, cerradas las que fueron vidrieras, no siendo ya en el dia sino sus esqueletos. Pero lo que más llamaba la atencion eran dos grandes escudos de armas, de piedra, respetados por la cal, y conservando así su color primitivo y aspecto venerable.

Cerraban el gran patio ó corral, incluido entre el Pazo y la cerca, cuya verde alfombra resguardaba la umbría de una docena de acacias, por un lado, la

habitacion del *casero*, — esto es, del colono, — y sus dependencias; por el otro, una capillita y el horno.

En cuanto á seres animados, sólo hallé tres ó cuatro gallinas montaraces, que echaron á volar apénas nos vieron, y el insolente marranillo, que seguia olfateando y tragando todo cuanto al paso topaba, como si no se hallára en aquel mismo instante en presencia del dueño absoluto y legítimo poseedor del Pazo.

No siendo cosa de permanecer en contemplacion más tiempo, dado que ya nada quedaba por contemplar, entré por la puerta que no estaba cerrada. Era el portal espacioso, y su suelo, en vez de mosaico, de tierra dura y desigual; á la derecha arrancaba ancha escalera de piedra; á la izquierda habia una puerta abierta de par en par. Seguí por ella adelante, y entónces hallé dos rapaces, los cuales me miraron atónitos, huyendo al cabo el más pequeño, llorando y desgañitándose hasta quedarse ronco.

A sus gritos acudió una labradora, de tez tostada, ojos azules, cabello entrecano y los piés descalzos. Su inquisitiva mirada expresaba, al verme, tan angustiosa desconfianza, que llegué á creer me habia tomado por algun malhechor.

« Buenos dias », me dijo con el acento peculiar de la gente de su clase en Galicia.

« Felices, buena mujer », la contesté; « vengo— »

« Viene á tomar la *juerta?* »

« Qué *juerta?* Ah! la huerta—No, no es eso. Lo que vengo es— »

« Ay, señore! pues tiene razon en no quererla, porque vale tan *pouco*, tan *pouco*... que el amo nos deja labrarla para — »

« Si no me deja acabar, no nos entenderémos nunca. Llame aquí á Gregorio Couto, que tengo que hablarle ahora mismo. »

« *Jrejorio* es mi marido. Si quiere que le busque— Mire, señore, lo que es *la juerta*, es cosa que *non* vale nada. »

« Pues lo siento mucho; pero venga aquí Gregorio, y nos entenderémos. »

La pobre mujer se llegó á una puerta inmediata, y asomándose á ella,

« Ou, Goros », exclamó, tardando en pronunciar las tres sílabas más tiempo del buenamente necesario para pronunciar nueve.

Apénas habia dicho « Ou, Goros », cuando se presentó un hombre alto, seco, amojamado, cuyos piés se movian lentamente, y en cuya cabeza se ostentaba un sombrero, en tiempos más felices hongo y blanco. A pesar de la hoz, que demostraba su pacífica vida y empleo, y de ser la primera vez que veia á aquel hombre, su aspecto despertó en mí vago é inexplicable recuerdo.

« Gorechu, este señor dice que *quere estar contigo.* »

Gorechu me miró, y aunque sus ojos no expresaban la maliciosa desconfianza de su mujer, todavía conocí que, gracias á mi visita, estaba en brasas.

« Soy el amo », le dije, riéndome para mi capote de mi mezquino señorío.

« Ou, Pepa », dijo Gregorio, destocándose y volviéndose á su mujer; « aquí está el *señor amo.* »

« Por muchos años; venga muy dichoso, señore, sea bien venido », contestó Pepa, acercándose dos ó tres pasos; « con que usía es el señore? Vaya, me alegro *moyto !!* »

« *Non* sabiamos que *estuvera* en la *Cruña* (Coruña) », añadió Gregorio.

Perdona, si tal vez digo *estuvera* por estuvo, hablára por habló, ha llegado en vez de llegó, llegó en vez de ha llegado, etc.; ni lo extrañes, pues en Galicia el pueblo no respeta la conjugacion del verbo.

Siguieron mis dos interlocutores hablándome, pero, como lo hacian en gallego casi todo, y muy aprisa, me quedaba en ayunas. Sólo comprendí que Gregorio deseaba darme cuenta en seguida de mis bienes; pero yo me hallaba muerto de cansancio, y si bien venía resuelto á mirar por mi casa, comprendí que su estado no era para visto así, de repente, y sin la necesaria prevencion; con lo que, respondí:

« Déjelo estar, Gregorio, déjelo estar hoy; mañana hablarémos más despacio y me enteraré de todo. »

« Bien está, sí, señore, como usía quiera. »

Desde ahora lo pondré todo en castellano, pues creo tienes bastante con lo dicho.

«Oiga V., Gregorio: tome este napoleon y estos dos reales; déselos al alquilador y despídale.»

«Pero, señor, es demasiado! Veintiun reales desde la Coruña hasta aquí!»

«Sí? Pues no lo sabía. Ya está ajustado.»

«Es muy caro, es muy caro.»

«Pero, qué quiere V. que le haga? Páguele, pues no hay más remedio.»

Gregorio dió dos ó tres pasos hácia la puerta, tan despacio, tan despacio, que ya comencé á impacientarme.

«Qué le pasa á V.? Por qué no lleva el dinero?»

«Señor, como es tan caro!»

«Pero, hombre de Dios, qué le hemos de hacer ya, si no hay remedio? Pague, y concluyamos.»

Gregorio salió; mas á poco oí tal grita en el portal, que fuí á ver qué era. Gregorio y su mujer estaban hablando en gallego con el alquilador; digo mal; lo que hacian, era disputar.

«Pues, señor, mire V. que es terquedad! Venga acá, Gregorio; no le he dicho que pague á ese hombre y le despida?»

«Es verdad, sí, señore, y por eso que ya le pagué; pero le estoy diciendo, lleva dos reales de más en cada pollina, y él dice que quién me mete á mí en ello.»

«Al cabo, al cabo», dije entre dientes, «los dos tie-

nen razon»; y encarándome despues con el alquilador, «véte, hombre, que no vuelva á oir una palabra; véte, y déjame en paz. Gregorio, venga conmigo á enseñarme la casá.»

«Es verdad, sí, señore; pero ese alquilador le ha robado, por lo ménos, una peseta.»

En el piso bajo no hay más que un comedor, tan grande, que ocupa casi la mitad del Pazo; sólo tiene una ventana, pero en cambio, hay en él tres puertas: la primera es de un lagar, cuya bodega yace triste y desprovista bajo el comedor; la segunda, frente á la entrada de la habitacion, da á un jardinillo adornado de dalias y hortensias, y más allá á una huerta casi inculta, llena de árboles frutales, sembrada á trechos de coles y maíz; la tercera, á la derecha, va á parar á un hermosísimo terrado, en donde campean varios poderosos troncos de parras malagueñas, cuyas ramas están sostenidas por media docena de pilares labrados, no sin elegancia, que dividen en partes iguales el balcon ó pretil de piedra. Desde este espacioso terrado, tan largo como toda la casa, se ve un campo delicioso; cuando esté más despacio, te le describiré.

Hay ademas una descomunal cocina, con el hogar alzado media vara del suelo, y la chimenea, sostenida por dos columnitas de piedra. Todo el ajuar consiste en un carcomido banco de madera, con respaldo, dos vasares de lo mismo, sin platos ni

cosa parecida, y antiquísima alhacena; sin olvidar las colgaduras del techo, fabricadas por las arañas. Queda sólo la despensa, y encima de la puerta de la cocina, un gran espacio con enrejado de madera, lugar en donde se guardan las patatas.

Por una escalera excusada se sube desde allí al piso superior, en el cual, á pesar de su grandísima extension, no llegan las habitaciones á diez, siendo todas desmesuradas salas de paso, sin una pieza á propósito para dormir en ella; por supuesto, no hay un solo mueble. Pero vi con placer la vidriera, que da á un gran balcon de piedra con antepecho de madera y pintado de verde. Más de diez minutos permanecí en él, absorto, contemplando el soberbio país que á mi vista se ofrecia.

La verdad es, amigo Luis, que nuestros antepasados vivian á la buena de Dios; pues no comprendo cómo mi señor abuelo, que no era ningun pelagatos cual el mísero de su nieto, se complacia en habitar casa tan incómoda.

En cuanto á mí, no tengo más remedio que conformarme. Puedo, si quiero, vivir en la huerta; único recurso que me queda, si no me gusta la casa; con todo, tengo á ésta por mejor y preferible.

Apénas acabé de verla, el estómago empezó á dar claras muestras de su falta de paciencia para soportar más tiempo el que yo le habia tenido olvidado; con lo que, exclamé:

«Dígame, Gregorio, habrá un poco de leche?»

«No, señor, á estas horas no hay; á la noche habrá.»

«Bueno, pero la necesitaba ahora.»

«Lo que es ahora, no hay en San Pedro.»

San Pedro es el nombre de la parroquia en que resido; tenle presente. El estómago me daba tan recios ataques, que no pude ménos de entrégarme sin condiciones á la discrecion del vencedor.

«Pues, Gregorio, necesito comer. Son las seis, y no he tomado hoy más que chocolate por la mañana.»

«Y por qué no lo ha dicho el señor amo? Le traeré á usía cuanto quiera.»

Estuve por abrazar al buen Gregorio; pero me acordé de que en Galicia se conservan más que en parte alguna de España las huellas del feudalismo, y Gregorio era un fiel servidor, y no ángel de consuelo, como se me habia figurado al oirle decir que me traeria cuanto yo quisiera; con lo cual, exclamé:

«Pues bien, venga de comer.»

«Y qué quiere, señor? diga.»

Viendo que lo más corto y seguro sería atenerme á unos huevos para mandar hacer tortilla, pedílos, y á poco, Gregorio se presentó con su mujer, la cual tomó la palabra:

«Señore, no hay más que tres huevos en casa, pero en la parroquia habrá más, y se pueden buscar.»

«Bastan los tres huevos. Y pan, habrá?»

« Habrá, sí, señor», contestó Pepa.

« En dónde?»

«En el camino nuevo», dijo Gregorio.

« Cuál es el camino nuevo?», pregunté.

Pepa dió dos pasos, y me dijo: «El camino nuevo, señore — es el camino nuevo.»

«Quedo enterado.»

«Es verdad, sí, señore.»

«Pues vayan por pan, y tomaré los huevos como mejor me dé Dios á entender.»

«Bien está», dijo Pepa; y salió.

Despues de mil tentativas, á cual más infructuosas, determiné asar los huevos en el rescoldo. Llegó el pan—amigo mio, qué pan! Tan malo era, que dije á mis caseros que desde el dia siguiente me trajesen el pan del camino viejo, pues no queria nada con el nuevo. Dijéronme no se conocia en la parroquia más camino que el nuevo.

«Entónces, lo nuevo está de más», repliqué.

«Es verdad, sí, señore.»

«Amén», añadí.

Con esto, y con pasear por la huerta, que ningun hortelano habia echado á perder, por lo cual estaba hermosísima, anocheció, empezó á caer rocío, y yo á experimentar necesidad de descanso.

Cómo no se han de acostar las gallinas tan temprano, si no tienen cafés, teatros ni tertulias en

donde reunirse! Sólo en el campo se ve de cerca, y es posible comprender á la naturaleza —

Luis amigo, mi carta va siendo larga en demasía; pero no quiero dejes de reirte con la primera noche en mi casa solar. Queria dormir; mas, á la verdad, me hacia falta cama. Díjeselo así á Gregorio, y éste me contestó:

«Es verdad, sí, señore.»

«Pero, hay cama, ó no la hay?»

«Hay, sí, señor, hay», contestó Pepa, entrando en aquel momento en el comedor, donde á la sazon estábamos.

«Veámosla», dije.

«Sí, pero hay que armarla, y ademas, está *en baxo* —abajo, jota suave como la francesa — y como el señor querrá —

«El señor», dije, «quiere dormir esta noche lo más cerca que pueda de la huerta y del terrado. Por lo tanto, necesito la cama armada aquí, en una esquina de este mismo comedor.»

El matrimonio comenzó al punto á poner manos á la obra; pero más de una vez tuvo el amo que descender de su altura de señor de vidas y haciendas, para ayudar á armar la antiquísima cama, pintada de azul, con guirnaldas de flores y lazos dorados en la cabecera. Echaron despues ancho y largo jergon de *poma*, — hojas de maíz — y gracias que hubo jergon.

La cama era camera; entre los muchos nombres, neciamente dados á las cosas, pocos hay comparables al de cama camera. En fin, la cama era casi de matrimonio, por si no me has entendido.

Pero, y las sábanas, señor? Y las sábanas?—Dios mejora sus horas. En las dos maletas de viaje llevaba yo sendas sábanas, para que la ropa y demas enseres fueran convenientemente dispuestos.

Las dos me sirvieron á las mil maravillas, haciendo de almohada un gaban doblado y puesto debajo del extremo de la sábana inferior, á la cabecera.

CAPÍTULO II.

La desvergüenza vió con restro infame,
Y la lisonja y la amistad fingida,
Tan digna de que el mundo la desame,
Por perjura, por falsa y fementida.
No hay áspid en la Libia que derrame
Mayor veneno, ni la humana vida
Tiene de qué guardarse más castigo,
Que del engaño vil de un falso amigo.
—Lope de Vega, *La Circe*, canto 3.°—

LUIS DE TOLEDO Á ALFONSO VAZQUEZ DE CELA.

Mi muy querido amigo Alfonso: No puedes figurarte con cuánto interés y cariño he leido tu carta. Es posible, amigo mio, que te conformes así tan fácilmente con vivir oscurecido, Dios sabe por cuánto tiempo? Bello es admirar y amar á la naturaleza, pero entregarse de ese modo para siempre á una vida monotona y sin emociones de ningun género—créete que semejante pensamiento me asusta. Continúa escribiéndome, y por tus cartas veré á cómo estamos de vida campestre. Excuso repetir lo que ya sabes. Siempre he sido tu amigo, y siempre lo seré. Te debo favores que un hombre de bien no olvida jamás. Tu amigo hasta la muerte,

Luis.

ALFONSO VAZQUEZ DE CELA Á LUIS DE TOLEDO.

No te fies nunca en lo exterior : parezco á veces frio, sin corazon y sin alma ; mas te expones á equivocarte de véras, si para juzgarme partes de ligero, y no reparas en la pereza, que, á menudo, no quiero tomarme el trabajo de avasallar.

En mi actual propósito han influido causas harto poderosas ; tú mismo no has podido ménos de confesar que, en rigor, tenía razon para venirme á Galicia, pues sólo el amo tiene verdadero interés en beneficiar sus tierras.

Te acuerdas de aquellos terribles momentos, precursores de la batalla de Vicálvaro? Ocho dias ántes, y en un arranque de generosa indignacion—*risum teneatis!*—renuncié al empleo de auxiliar, con diez y seis mil reales, en el Ministerio de Estado. Queria dar prueba de mi carácter independiente, y de ódio á los *polacos*. La verdad era, y tú lo sabes como yo, que con aquello creia presumir de hombre de representacion en política. Por lo demas, qué le importaban diez y seis mil reales de sueldo á un jóven que tenía más de cinco mil duros de renta? Qué eran, en comparacion de oir por calles y plazuelas : « Alfonso Vazquez de Cela es hombre de pró ; no quiere servir á los polacos? » Como si el empleado fuera servidor de los partidos, y no de la nacion!

Tú lo entendiste mejor, siguiendo en tu modesto

destino, con ocho mil reales, en el Ministerio de Hacienda, hasta el último dia. Cuando empezaron las barricadas, te encerraste en casa; mas apénas cesó el fuego, y tuviste seguridad de que no habia de volver, barreaste tu calle, como decian los españoles, cuando hablaban en su lengua; esto es, hiciste una barricada, como dicen sus hijos, que sin reparo ni vergüenza traducen hoy del francés, no sólo trastornos y revueltas, sino hasta el pensamiento; y te enseñoreaste de ella, capitaneando á unos cuantos héroes de tu ralea. Cierto que me reí de véras, al verte en la calle, en mangas de camisa — como era verano, estabas en traje de circunstancias, y cómodo á la vez — lo único que debia de molestarte algo, era el gorro griego de terciopelo encarnado con borla verde. En fin, ello fué, que á los ocho dias estabas en el Ministerio de— con veinte mil reales, y, despues de haber sido, segun creo, por lo ménos, diputado dos ó tres veces, estás ocupando brillante posicion, como ahora dicen, ceñidas las sienes de laureles, y cruzado el pecho por no sé qué banda de no sé qué gran cruz, más ó ménos ilustre y gloriosa.

Várias veces me has manifestado, de propia voluntad, las dudas que tenías acerca de tu mérito; por eso voy á ser franco contigo. No tengas pena ninguna, créeme: cuando te pongas de veinte y cinco alfileres para ir, por ejemplo, á un besamanos, no te ruborices ni avergüences; considera los muchos,

los infinitos, que se hallan en tu propio caso, y áun peor, sin tener, como tú, remordimiento.

En cuanto á mí, bien puedo cantar lo de,

Aprended flores, etc.

Enemigo de aquellos á quienes llamaba *polacos*, declaré en seguida la guerra á las barricadas; y eso que, á ser mi voluntad, habria podido presumir de víctima, y obtener merecida recompensa.

En esto ocurrió lo que ya sabes. Mi amigo Quirós estaba á pique de ir á presidio; mas salí su fiador: á poco murió Quirós, dejando espantoso cúmulo de deudas, y todos mis bienes, excepto éstos de Galicia, que son vinculares, desaparecieron en tan tremendo desastre.

Al pronto me quedé anonadado; mas, cobrando ánimo para sacudir la cobarde inercia, he venido á ver por mis propios ojos lo que me quedaba, y— sabes cuál es mi renta? Seis mil reales anuales cuando hay *oidium*, como ahora sucede, á semejanza de los cinco ó seis años anteriores; y ocho mil cuando se coge alguna uva y se hace un poco de vino.

Añade á eso, que el Pazo en que vivo, representa y exige, por lo ménos, actual rendimiento de cincuenta á sesenta mil reales, y con ello podrás hacerte cargo de mi agradable estado.

Antes de concluir, y para que te enteres por com-

pleto de mi vida, te diré que es igual todos los dias; esto es, me levanto temprano, bebo un vaso de leche pura y exquisita, doy una vuelta por estos hermosísimos campos, y, ya en casa, me entretengo en arreglar los documentos de mi familia, harto abandonados hasta ahora; á las doce almuerzo, hablo despues un rato con Gregorio ó su mujer Pepa, que vienen á preguntarme cómo he pasado *a noyte;* y en seguida me pongo á escribir ó leer hasta las cinco; en cuyo punto lo dejo para andar algo más que por la mañana, y vuelvo al anochecer á comer, despues de lo cual me paseo un rato por mi habitacion, recordando á Madrid, y despidiéndome de él para siempre; leo ó escribo otro poco hasta las diez, y á tiempo en que todo el mundo duerme en San Pedro, me asomo á la ventana ántes de acostarme.

Solemne silencio señorea los campos; sin duda la humedad no es tan agradable para el grillo como el abrasado vaho de las tierras del Mediodía, pues apénas se oye tal cual chirrido, en compañía del triste silbo de algun sapo de las cañadas, el maullo del mochuelo por las viñas, y el lúgubre resoplido de la lechuza en el campanario de la iglesia.

Seguro estoy de que si por arte de magia trasladasen á esta tierra á algun inglés ó aleman, creeria se burlaban de él si le decian que se hallaba en España; tan acostumbrados están nuestros hermanos los europeos á creer que la península no tiene nada mejor

que los arenales de Alicante y las marismas del Guadalquivir. De ese modo, se van de España sin haber visto más que los extremos de las ramas, y no el poderoso tronco del árbol—

Volviendo á mi ventana, te diré me es imposible descubrir nada al traves de la silenciosa oscuridad que me rodea. De trecho en trecho se divisa una mancha negra, que es, sin duda, algun castañar; remeda el mochuelo al gato con sus agudos maullidos, al paso que la lechuza, como que le impone silencio desde las vetustas paredes de la iglesia, y entre tanto, la niebla que nace allá en los húmedos *balseiros*, el sitio más hondo de la parroquia, me empapa de tal manera el traje, que me obliga á cerrar.

Al verme solo en mi habitacion, sin oir más voz que la de los insectos y animales silvestres, no teniendo en toda la parroquia, ni en las circunvecinas, persona alguna en quien pueda hallar conformidad de crianza y pensamientos con los mios, vuelvo á pensar en mi vida pasada y los amigos; creyéndome, por un instante, hablando con alguno de ellos en la Puerta del Sol, miéntras enderredor nuestro cruzan en todas direcciones infinitos carruajes, cuyo rodar contínuo y monotono acompañan los ciegos anunciando periódicos, los vendedores ambulantes, los saludos de los transuentes y— yo entre tanto, volviendo en mí, pongo el oido atento, y no oigo ya más que el chirriar del grillo, el silbo del sapo, el maullido del mo-

chuelo, y de cuando en cuando la voz de la agreste y solitaria lechuza. Tal es el nocturno acompañamiento con que todas las noches me acuesto.

Tal es mi vida durante la semana; pero el domingo, ya es distinta cosa.

El párroco de San Pedro, hombre entrado en años, de escasa instruccion, honrado, é hijo de unos labradores de Bergantiños, se presentó, al dia siguiente de mi llegada, en el Pazo, diciendo tenía extraordinario placer en verme, pues, segun noticias, era tan bueno como mi madre, á quien él habia conocido mucho, y cuya caridad habia yo heredado, á la par de la semejanza en el rostro; cosa que, entre paréntesis, no sé cómo puede ser, pues mi madre era muy hermosa, y jamas me he tenido en la vida por tal, ni áun de cien leguas, y trayendo el epíteto á lo masculino, arrancándole al mismo tiempo de raíz lo superlativo. Con todo eso, no pude ménos de perdonar á mi párroco la hiperbólica lisonja, viendo se le saltaban las lágrimas al hablar de mis padres.

Ahora pues, todo el agradecimiento del buen señor le causan unos cuantos reales que le entregué para los vecinos más menesterosos y acudir con medicinas á los enfermos; cuya escasa limosna desde luégo me ha atraido los corazones de estos infelices labradores. Cierto que no necesita el rico esforzarse mucho para socorrer á los pobres y merecer su cariño.

Vamos al cuento: el párroco me dijo que en el

presbiterio de la iglesia habia, á la derecha, un banco con el escudo de armas de los Vazquez de Cela, á cuyo asiento y lugar tienen éstos derecho inmemorial. Le agradecí la noticia, y nos despedimos hasta el domingo, que no tardó en llegar.

Siempre llama la atencion el aspecto de estas aldeas, pero en domingo ofrecen áun mayor interes. La iglesia está rodeada de un corto terreno, cercado á su vez, que es el cementerio; copados castaños elevan al rededor los poderosos troncos, y cruzan las ramas por encima del rústico edificio. A la puerta de éste se reunen los hombres formando grupos, conforme á la edad y caractéres respectivos, ántes que lleguen las mujeres con sus niños de la mano ó en brazos.

Los tres toques suenan á grandes intervalos, para dar lugar á que lleguen los vecinos distantes, y miéntras tanto van viniendo los más próximos por las infinitas veredas que culebrean al traves de los verdes prados y maizales.

Semejante espectáculo, que haria exclamar á un madrileño, diciendo: «Parece un nacimiento», me lo parecia tambien, pero con la diferencia de que, al hallarme entre aquellos infelices, que me saludaban y cedian el paso, teníame yo, mísero vinculeiro, por su padre y hermano á un tiempo. Y si va á decir verdad, en aquellos rostros, tostados por la inclemencia de las estaciones, notaba yo, no la expresion de hu-

milde miedo, que suele mirarse como el traje de ceremonia con que debe presentarse el campesino ante el señor, sino la alegría cordial y el cariñoso respeto con que mira siempre el desgraciado á aquel que le compadece y socorre de corazon y sin altanería.

No quiero dejar de decirte el primer pensamiento que se me ocurrió al llegarme al banco de mi familia, acompañado del párroco, el cual salió ántes de revestirse, como si dijéramos, á hacerme los honores á la misma puerta del templo. Merced es del cielo el que los hombres no puedan leer los pensamientos de sus semejantes, pues de otro modo, se les ocurririan muchas cosas que no se les ocurren.

Es el caso, amigo mio, que al subir los dos escalones de granito del presbiterio, se me representó el siguiente recuerdo. Uno de los primeros gritos con que se anunció la revolucion por los campos de Francia, consistia en decir: «Fuera los bancos de los señores.» Ríete de mí cuanto quieras, mas al pensar en aquellos sucesos, y al ver á mis piés aquella multitud de cabezas, y aquellos hombres de hercúleas fuerzas, á quienes no les faltaba más que la voluntad, y el no reparar en las consecuencias, para echarme de mi banco, te aseguro que semejantes pensamientos fueron parte para distraerme harto á menudo durante la misa.

Ya estoy viendo que me dices: «*non est hìc locus*»; —tampoco lo era allí, y con todo eso, á cada momento se me figuraba oir dos ó tres voces aisladas,

que de distintos puntos del templo salian, diciendo: «Fuera los bancos»; voces que hallaban al cabo eco entre los demas asistentes á la misa, trocándose la casa de Dios en lugar de escándalo; voces que en Francia acabaron por gritar: «Fuera nobles, fuera reyes, fuera sacerdotes, y—por último, fuera Dios!» Siendo, por cierto, singular y pasmoso que el primer paso que llevó á Robespierre al patíbulo fuera el intento de restablecer, en cierto modo, la idea y el culto del Criador.—

En fin, se acabó la misa, y me volví á casa, pasando por medio de aquellos labradores, harto ajenos en verdad, cuando me saludaban, de los pensamientos que me habian estado revoloteando por el cerebro durante mi permanencia en el presbiterio de la parroquia de San Pedro.

Te espanta mi vida? Pues, con todo eso, amigo Luis, Dios mejora sus horas. No sé lo que me pasa; creí me iba á desesperar, y los dias se van sin sentir.

Há cerca de medio mes que llegué, y me parece fué ayer.

Dios es grande, querido amigo, Dios es grande!!

CAPÍTULO III.

> **Llevantéime una mañan cedo,**
> **Mais valiera non me llevantare;**
> **Encontréime un gallardo mancebo,**
> **Mais valiera non me lle encontrare.**
> —*Cantar gallego.*—

A pocos dias de estar en San Pedro, tuvo Alfonso que emprender un viaje á la Coruña; en efecto, no tenía ropa de cama, y le hacian falta colchones, servicio de mesa y demás.

Desde las cercanías de Betanzos, en donde habitaba, tenía que andar unas tres leguas; pero, como la mayor parte del camino era el real de Madrid á la Coruña, y habia averiguado que en el Espíritu Santo, ó en Iñás, esto es, á no muy larga distancia, habia pollinos de alquiler, determinó ir á pié hasta llegar á cualquiera de aquellos lugares.

Al amanecer, Alfonso se levantó, y al asomarse al terrado, le contentó el aspecto de la atmósfera, la cual estaba á pedir de boca para caminar á pié.

Las nubes, ligeras, casi diáfanas y á grande altura

de la tierra, parecian como dispuestas á propósito para suavizar los ardientes rayos del sol, sin privar por eso á la tierra de su benéfica influencia.

De modo que, léjos de tomar el campo el tristísimo aspecto, digámoslo así, de luto, de que se reviste en las tierras meridionales, durante los dias anublados; como que se sonreia en aquel entónces, sereno y placentero.

No apartaba los ojos Alfonso del espléndido país que se veia desde el terrado. El terreno subia y bajaba suavemente, despertando en el alma, á pesar de su inmovilidad, el recuerdo del mar, no durante el temporal, sino despues, cuando las olas van perdiendo su furioso y desapoderado empuje, presentándose cada vez ménos irritadas, mas blandas, suaves y apacibles á la vista.

Veíase á la izquierda, mas allá de las paredes de la huerta, un edificio de mísero y rústico aspecto, cuya fachada, con todo, deslumbraba por su extraordinaria blancura, resaltando, no sin graciosa armonía, en el verde de los maizales, que era la iglesia. Entre ésta y una casa de cárdeno color y ruin altura, morada del párroco, hay varias tierras, ántes de la iglesia, y ahora de la nacion, esto es, de los particulares que han tenido dinero y voluntad para comprarlas.

Una vereda que de allí nacia, serpeando despues entre campos y arboledas, llamó la atencion de Al-

fonso hácia el valle, cultivado todo él como un jardin. De trecho en trecho se veian dos ó tres, y á veces un solo tejado, medio ocultos entre pequeños castañares, y eran las casas de la aldea, esparcidas y aisladas, como en toda Galicia.

De aquellos bosquecillos salia señera, dulce y más agradable todavía, merced acaso á la distancia, la voz de una mujer, entonando cantares con acento que, en vez de alegre, como el de las hijas del Mediodía, mas bien semejaba triste y amante plañido.

Allá léjos, en diferentes direcciones, dos ó tres parroquias de campo ostentaban por las verdes costaneras sus blancas fachadas, medio ocultas entre la neblina de la mañana; revistiendo cada cañada verdor distinto, y diferente matiz cada collado. Por último, los montes, cubiertos de pinos, carballos—robles—ó rasos, escuetos y alzándose unos tras otros en anfiteatro, formaban el fondo magnífico de aquel país sin igual.

Maravillado Alfonso, desde su llegada, de ver tanta hermosura, contemplaba entónces la milésima vez, y por decirlo así saboreaba, lleno de deleite, toda la extension á que alcanzaban sus ojos.

Habia entrado en el Pazo con el corazon angustiado; mas ante la amenidad de aquella comarca experimentaba consuelo, y gozaba en paz de la plenitud de la vida.

Antes de venir á Galicia, habia oido decir que el

campo era hermoso, pero traia la cabeza llena de preocupaciones absurdas, sin que su reciente desgracia le dejára ver tampoco las cosas de muy risueño color. Con todo eso, no hallaba en los recuerdos de sus viajes por las Provincias Vascongadas, los Pirineos, Suiza, Italia ni Inglaterra, cuadro superior, en su género, al que desde el terrado contemplaba.

Y tenía razon Alfonso: Galicia, tratada como si fuera la Beocia de España, y tenida en ménos por los demas españoles, es, á no dudarlo, el jardin de la Península Ibérica. Ni pobre, como las Provincias Vascas ó la Montaña, ni seca y abrasada, como el centro y mediodía, si es á veces húmeda con exceso, en cambio, á semejante humedad debe el nunca marchito verdor de sus campos, tan frescos y risueños, que de tal manera suspenden y embelesan con su halagüeño atractivo, que insensiblemente llaman y atraen el gusto y voluntad de quien los mira.

Vistióse el jóven, pensando en estas cosas, y despues de mandar quedarse en casa á Gregorio, que le queria acompañar, salió solo y á pié, camino de la Coruña.

A pesar de que nuestro héroe—por las señas, lo ha de ser Alfonso—se hallaba huérfano desde niño, el sólido y cristiano fundamento de su crianza habia sido parte para que pudiera fácilmente guiar por buen camino á su corazon é inteligencia, capaces de pensamientos tiernos á la par que levantados; y así, no es

extraño fuese ciego admirador de la amable naturaleza.

Desde un recuesto contempló á Betanzos, edificada en un cerro, que se halla en el centro de fertilísimo valle, y con las casas á modo de escalones, desde la basa de las laderas hasta la cumbre. Desde allí, con el nombre del citado pueblo, comienza la hermosa ria, cuyas orillas hácia el mar reviste espesa y deleitosa vegetacion.

Siguió su camino, y al llegar á Santa María de Guisamo, le sorprendió aquel valle, sin disputa el mejor entre la Coruña y Betanzos.

Cruzó el Monte de la Fame — pero se me figura que veo, ó por mejor decir, oigo, exclamar bostezando, á mis lectores, si por acaso tengo algunos — «Esto es historia, novela, ó guia de viajeros?»

Pardiez que tampoco lo sé: sólo puedo asegurar que Alfonso iba diciendo — para sus adentros, se entiende — pues á nadie podía decírselo:

«A la verdad, quien no venga á esta tierra como pudiera venir su maleta, tiene que deshacerse en exclamaciones de sorpresa y asombro la primera vez que la vea.

»Los montes del Cebrero y Piedra-Fita, altos y escarpados á maravilla, sirven de grandiosa entrada á Galicia; amenísimos son los valles ántes de llegar á Lugo, y cuando el viajero alcanza á ver la Mariña, desde la «Cuesta de la Sal», sus ojos se recrean en

los cuadros mas apacibles, y llenos á la par de grandeza y magnificencia.

»Este Monte de la Fame, agreste, desierto y poblado de pinos—No tenga V. miedo, señora, son las moscas, pero el animal tiene más deseos de descansar que de hacer morisquetas», dijo á esto Alfonso á una dama que venía de viaje sobre una borrica, y llegó á emparejar con nuestro jóven.

«Podrá ser, pero voy muerta de miedo en esta dichosa pollina.»

«Y allá el Monte de Santa Marta, raso, y con su capilla en la cumbre.»

«Decia V. caballero?»

«No, señora; esto es, sí, señora, sí; decia que el Monte de Santa Marta—que las moscas—que las moscas son las que le incomodan—»

«Al Monte de Santa Marta?»

Alfonso miró á la señora, ésta soltó la carcajada, y en seguida se quedaron ambos mirando de hito en hito: sobre todo, Alfonso tenía más necesidad de mirar, pues durante el diálogo no habia hecho otra cosa que volverse hácia el dichoso monte.

«Dispénseme V., señora; se me figura que la conozco, pero no caigo—»

La viajera iba en jamugas, sobre una pollina pelicana, cuyas orejas engalanaban sendos lazos con cascabeles; el alquilador iba al lado, sirviendo al mismo tiempo de acompañante.

«No es extraño que no me conozca V.», dijo la recien-llegada, componiéndose un poco, echando atrás el pañuelo de seda que llevaba en la cabeza, á lo huevera, y dejando caer en el hombro un paraguas azul de algodon, que llevaba abierto, sin duda para que la sirviera de quita-nubes, ya que no de quita-sol.

El rostro de nuestra desconocida era agradable todavía, si bien representaba unos como cincuenta cumplidos, siendo los modales de persona cortés y bien criada.

« Señora», dijo Alfonso; « he visto á V. muy á menudo en Madrid, pero no recuerdo dónde.»

« Usted me ha visto muchas veces en el Prado, y sobre todo, en casa del señor Conde de Sada, de cuyas hijas soy el aya.»

«*E vero, è vero*», repuso Alfonso, un tanto pensativo.

«No hay aquí nada de hebreo; lo que digo á V. es la verdad pura», repuso, ofendida, el Aya, que era sorda y no habia oido bien.

«No crea que me burlo; al contrario, decia: es verdad; pero en italiano.»

A todo esto, seguian bajando la cuesta hácia Iñás, en donde Alfonso contaba con hallar cabalgadura.

«Y es V. de la tierra?» dijo el jóven.

«Gallega, para servirle: de Iñás.»

«Vaya; habrá V. venido con permiso de los señores.»

«A Iñás? Sí, señor.»

«No, á Galicia.»

«Si están aquí. Pues qué, no lo sabía V.?»

«No», dijo Alfonso, sintiendo allá en su interior un efecto inexplicable, que desde luégo puede asegurarse no fué placentero; con lo que, se amontonaron en su cabeza mil ideas, produciéndole desagradable mal-estar. Habia esperado poder vivir solo y léjos de amigos y conocidos, harto ajeno de hallarse con el Conde y la Condesa de Sada, á cuya casa iba frecuentemente en Madrid, de noche.

Buen trecho llevaban andado, despues de la dichosa noticia, cuando conoció su descortesía en no preguntar por nadie.

«Y los señores, están buenos?»

«Sí, señor; muy buenos todos.»

«Usted irá á la Coruña á buscarlos.»

«No, señor; si están en la aldea.»

Alfonso era novel en Galicia, y por lo tanto, ignoraba que «estar en la aldea» es lo mismo que vivir en el campo. «Voy á la aldea» equivale á «voy á la casa mia ó alquilada, que tengo en el campo.»

«Y en qué aldea están?» dijo Alfonso.

«En la suya; en la que tienen en la ria de Sada.»

Alfonso se puso de peor talante, pues la importuna familia tenía la aldea á una legua de *su aldea*.

«Vaya todo por Dios», exclamó.

El Aya, por sorda, no le oyó más que á medias. «Tiene V. razon en dar gracias á Dios», le dijo; «por-

que, como vive en San Pedro, es vecino nuestro ; excelente recurso, pues en el campo no es poco el tener vecinos amigos.»

Alfonso habria ahogado con el mayor placer al Aya, pues le daba enojo el considerar que cuando le pagase la visita el Conde, veria éste el palomar en que vivia, sin que tal vez hallára silla en que sentarse; de ese modo le distraian tan poco agradables pensamientos, de un punto que deseaba poner en claro cuanto ántes.

«Y quién diablos?—esto es, quién se ha tomado el trabajo de molestar á esos señores, diciéndoles dónde yo vivia?»

«Apénas llegamos á Betanzos, el mismo dueño de la fonda les dijo que V. residia en su Pazo de Cela. Lo dijo como buena noticia, y como tal la recibieron los señores.»

«Luego VV. han venido—»

«Ayer, ayer mismo. Y hoy me han dado permiso para venir á ver á mi hermana, á Iñás.»

«Ya hemos llegado», dijo á esto el alquilador; «y si el señor quiere, le puedo llevar á la Coruña por ocho reales.»

«Lo que me hacia falta», dijo para sí Alfonso, «era un hipógrifo, que corriendo parejas con el viento, me llevase cuanto ántes léjos de esta pícara habladora.»

«Ay, *miña* Ramona!», oyó decir á sus espaldas.

Volvióse, y vió á dos mujeres abrazándose; una de

ellas, doña Ramona, el Aya, la otra era sin duda su hermana.

«Venga esa pollina—corriendo», dijo al alquilador.

«Monte presto, señore, aquí está», le decia éste, presentándole la bestia.

«Pero, quieres que vaya en jamugas, gaznápiro?»

«Es verdad, sí, señore; aguarde un poco, y las quitaré.»

Apénas cayeron al suelo las jamugas, montó Alfonso de un salto, y dijo:

«Gracias á Dios, que pierdo de vista á esa pícara—»

Y partió.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO LA CABALGADURA DE ALFONSO NO LLEVABA LA PRISA QUE ÉL HABRIA DESEADO.

Triste es, por cierto, la condicion del historiador sincero, cuando se ve obligado á referir con gran puntualidad y exactitud sucesos tan de poca monta como los acaecidos hasta el fin del capítulo anterior. Con todo eso, no deja de experimentar merecido consuelo el triste que verazmente refiere esta historia, tan poco alabada, como digna de mejor suerte.

En tiempos en que, segun la *Gacetilla*, todo empleado es celoso—malo para la mujer ó la novia—; todo militar, bizarro—no quita lo cortés á lo valiente, y los militares españoles han sido siempre uno y otro—; todo capitalista, opulento—capitalista conozco yo, cuya renta se reduce á pasear por la capital—; todo propietario, rico—Amén!—; todo Don Nadie,

digno de no ser nada—; y todo pobre hombre, distinguido—acaso por lo necio—; el autor, que ni siquiera es digno ó distinguido, se contenta con ser mero novelista.

Si va á decir verdad, no se contenta con poco, puesto que lo sea bueno, ni qué más podria desear un español, sino ser buen novelista!

Tan sobrados estamos, que sea cosa de mirar por encima del hombro á un escritor de novelas? A fé, que si por acá estuvieran de más los grandes poetas y escritores, los eminentes estadistas y buenos capitanes, todavía podriamos consolarnos de que nuestra novela comtemporánea no fuese lo que deberia.

Ni es, en efecto, cosa fácil que en pueblo tan generoso como el nuestro con los que no lo merecen, y tan ingrato y olvidadizo con cuantos le han servido y honrado, haya todavía quien, movido de santo amor á la patria, trate de escribir, no de modo reparable y poco natural, sino en verdadero y legítimo castellano.

Bien es verdad que si las cosas siguen como hasta aquí, el hablar en español será impropia manera de hablar, y pedante ridículo todo aquel que tenga la poca aprension de venerar á Cervántes y Fray Luis de Granada, en vez de hincar en el suelo entrambas rodillas y humillar en el polvo la frente á vista de ciertas lucubraciones de nuestros dias, escritas en bárbaro, pensadas, si alguna vez lo han sido, en ne-

cio, y en triunfo acogidas por españoles indignos de semejante nombre.

Y cierto que si de los tristes pensamientos que tales cosas me inspiran, pasase á más altas consideraciones, tendria en ésta, más que oportuna ocasion de extender el látigo y azotar á quien se lo merece, dado que no lo merezca yo tambien, con lo que será mejor callar, y dejarlo para otro dia.

«Muchacho», decia maese Pedro, «no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.»

Yo lo haré así, respondo con el muchacho, y seguiré mi historia, línea recta, sin meterme en curvas ni transversales, por ahora; que no es de las menores y ménos sabrosas licencias, la que el novelista tiene de hablar de cuanto le acomode.

Así va el mundo: miéntras el autor se ocupa en hablar de cosas, al parecer, ajenas al asunto, y tal vez perjudiciales; Alfonso, encendido en cólera y con los puños cerrados, dice lo siguiente al alquilador:

«Eres un alma de cántaro, por no llamarte otra cosa—necio, majadero! Te digo que necesito seguir sin la menor tardanza, y primero quieres que vaya en jamugas; despues sale trotando la pollina, miéntras vienes un instante arreándola; en seguida el animal se planta, sin querer dar un paso; vuelvo la cara, y te veo disputar con esa buena señora, sobre el pago

de cuatro cuartos, que tú pedias, y ella te negaba.— A todo callaba yo, pacientísimo cordero; pero cuando he visto que el pícaro animal, digno cofrade tuyo, se volvia otra vez al sitio en donde yo habia montado, esto es, frente á la casa en que entró esa bruja—Dios me perdone— »

«Vaya, señore, monte, que no volverá á suceder», contestó el alquilador.

«Andad al diablo tú y la pollina!»

«Vaya, monte, y le llevaré por siete reales y la propina.—Monte, señore; á buen seguro que irá mejor que la Reina.»

Alfonso, viendo se hacia tarde, tomó el partido de volver á montar en la burra, pero á condicion de, si por un solo momento se separaba el alquilador, en el acto se apeaba él tambien, y sin pagar nada, seguia á pié su camino.

Rápido como el viento—metáfora por medio de la cual el autor expresa la mayor velocidad que puede llevar una pollina ya entrada en años, cuando más la arrean—Rápido, pues, como el viento, llegó Alfonso á la vista del Burgo.

Mas ahora se me ocurre que, á los ojos de los lectores, tal vez desmerezca nuestro héroe, al verle montado en pollino, en vez de un brioso alazan. Semejante preocupacion quedará desvanecida con sólo saber que en Galicia todo el mundo viaja de esa suerte. Altos y bajos, grandes y pequeños; todos con-

servan semejante costumbre, en memoria, sin duda, de época no lejana, en que apénas habia caminos, y áun ménos carruajes; de modo que hasta los forasteros se hacen bien pronto al uso.

Tal vez no pensaba en esto Alfonso, al cruzar el puente de la ria del Burgo, pues se hallaba harto ocupado, á la sazon, en sujetarse el sombrero. Y avínole bien, que de repente un ventarron por poco no le obliga á entrar destocado en la Coruña.

Despues de tan importante suceso, siguió tranquilamente caminando, sin que lo demás que aconteció venga por ahora á cuento. Basta saber que en la Coruña tenía Alfonso un antiguo amigo y condiscípulo de Madrid, á quien fué de paso á visitar.

CAPÍTULO V.

Grandes y notables sucesos deben de haber acaecido en el Pazo de Cela, pues todas las ventanas están abiertas, algunas tienen ya cristales, y se oye dentro el martillar de carpinteros, quienes están haciendo los más precisos reparos.

Hay en la cocina una cocinera, que va á Betanzos á la compra; á la puerta, un *rapás*— muchacho— de quince á diez y seis años, así reune los diferentes cargos y deberes de ayuda de cámara, lacayo y jardinero, como lleva al prado á una mansísima vaca, la cual, en este momento, le está llamando desde el establo con apacibles bramidos.

Pero lo que tiene que ver, es el comedor. Grande y antiquísima mesa de nogal, sin barnizar, en medio; vieja alhacena, en forma de triángulo, cerrada de cristales, y lo que es mejor, bastante provista de muni-

ciones de boca, cubre completamente un rincon desde el suelo hasta el techo. Seis ó siete sillones de rejilla, de bajo asiento y alto respaldo, mudos testigos del pasado siglo; media docena de sillas de paja, y por último, un desmesurado y antiquísimo sillon de prior de convento, se ven, á manera de garbanzo en olla, por el espacioso comedor, que áun así parece vacío.

Las paredes están desempolvadas y blancas, el techo, sin colgaduras— de arañas—; los cristales, limpios, y asimismo el suelo; en resolucion, el comedor está habitable.

Sobrehumano ha sido el esfuerzo de Alfonso, si se tiene en cuenta el misérrimo estado de su bolsa; verdad es que se ha deshecho en la Coruña de algunas alhajas, que para nada le servian, y con su escaso precio, ha llamado carpinteros que arreglen y aseguren puertas y ventanas; comprando, ademas, algunos muebles y desenterrando otros de la bodega, en donde yacian, tal vez, por más de un siglo, los cuales ha recompuesto como mejor ha podido, y poniendo cristales donde hacian más falta, ha dado, en fin, la última vuelta que sus cortos recursos le permitian, á la respetada mansion de sus mayores.

La huerta está más cuidada, el jardin más limpio, y el palomar de en medio de la huerta, en vez de hallarse desierto, como ántes, alberga dos docenas de palomas, que revolotean en torno y cruzan en bandadas el valle, volviendo, despues de sostenido vuelo,

á posarse en las tejas de su morada ó en los balcones y ventanas del Pazo.

Gregorio, como casero y mayordomo á un tiempo, cuida de sus tierras y de las del amo con el mismo interés de siempre, pero con mejor éxito, gracias á la presencia del señor. En el *curru*; esto es, el patio ó corral, ántes de entrar en la casa; hay una docena de gallinas con su gallo. Alfonso las queria todas de Cochinchina, pero hubo de contentarse con que lo fueran el gallo y un par de gallinas, pues lo demas le habria ocasionado excesivo gasto.

El *rapás* Jacobo cuida de la tal gente menuda, amén de la vaca, el vacoriño — cerdo — doble ya que el de Gregorio, y un caballo de la tierra, negro, robusto y excelente corredor.

Alfonso, llevado de cierta aficion al lujo, ha hecho las adquisiciones referidas; pero éstas han agotado de manera su mezquino capital, que sólo ha podido arreglar, ademas del piso bajo, una habitacion para despacho, y otra para dormitorio, en el superior, ambas al mediodía. En la primera hay una antigua cómoda de cedro, sin barnizar, del siglo pasado, con tres cajones y compartimiento encima, el cual sirve de mesa para escribir, con divisiones para guardar papeles; cuatro sillas, no todas en perfecto estado, son los demas muebles. Hay en el dormitorio, en lugar de la cama de madera de los primeros dias, otra de hierro, modesta, pero aseada; dos baules-maletas,

dos sacos de noche y una percha: *that's all*, como dicen los ingleses, ó lo que es lo mismo, palabra por palabra: eso es todo; cual si dijéramos, nada se queda en el tintero.

Lo demas de la casa se halla enteramente desamueblado, pues Alfonso espera la cosecha, y con ella, seis mil reales y pico que le valdrán las diferentes pequeñas cantidades de trigo, con que le han de pagar sus caseros ó colonos — miéntras otras veces se reia de la renta de Galicia!

Hasta entónces, nunca se le habia ocurrido contar con los ferrados de los colonos gallegos; mas ahora vivia en la provincia de la Coruña, donde la renta se paga, sobre todo hácia la costa, en trigo, siendo la medida el *ferrado,* cuarta ó quinta parte de la fanega; como la propiedad se halla en extremo dividida, muchos caseros pagan de ocho á veinte ferrados; pocos, y eso los ricos, más de cincuenta ó sesenta; y otros, dos ó tres, cuando no pagan en *concas* ó tazas de madera, y áun en puñados. Así, pues, Alfonso, para cobrar su modestísima renta, tenía infinidad de caseros, varios de los cuales, habitantes de la parroquia ó de las cercanías, se apresuraron á venir á verle.

CAPÍTULO VI.

SOLEMNE RECIBIMIENTO.

I pity the man who can travel from Dan to Beersheba, and cry:' Tis all barren;— and so it is; and so is all the world to him who will not cultivate the fruits it offers.—

—STERNE, *A sentimental Journey.*—

«Lástima tengo al hombre que sea ca»paz de viajar desde Dan hasta Bersabé, »exclamando: Todo es estéril;— y así »es la verdad; y tal es el mundo para »quien no cultive los frutos que éste le »presenta.»—

— STERNE, *Viaje sentimental.*—

El comedor, que es tambien sala de estrados, va á servir en este momento de salon de embajadores. Alfonso se sienta en el antiguo sillon de baqueta, por consejo de Gregorio, miéntras éste permanece á su lado en pié.

Entran varios *paisanos;* en Galicia llaman al campesino paisano. El traje de aquellos pobres labradores es casi idéntico en todos, pues van vestidos á propó-

sito para las faenas del campo, con chaquetas sin ceñir, de lienzo blanco; *cirolas*—calzones—de lo mismo, y botines de paño pardo sobre fuertes zapatos, que á veces, y sobre todo si llueve, son de madera—*zocos*.

Todos entran con las monteras en la mano; se detienen, y esperan á que Alfonso les dirija la palabra; éste, rompiendo con la antigua tradicion, y no sin escándalo de Gregorio, se pone en pié.

ALFONSO.

Buenos dias. Qué tal os va?

TODOS EN CORO.

Muy bien, señore. Y el señore está bueno?

ALFONSO.

Bueno, gracias.

Alfonso, lleno aún de preocupaciones, no tiene buen concepto del labrador gallego; con lo que, mira á Gregorio, en quien se fia, como preguntándole si son hombres de pró los que están allí delante, ó si son unos pícaros. Gregorio le da á entender, con miradas y ademan de confianza, que todos son hombres de bien.

PRIMER PAISANO.—Mediana estatura, sesenta años, cabello rubio largo, algo cano, partido por medio como el de los nazarenos, y casi caido sobre los ojos.—

El autor no tiene ánimo para corregir apénas lo que digan los buenos labradores, y lo advierte así, para que nadie extrañe el diálogo entre Alfonso y sus

caseros. El anciano hinca una rodilla en tierra, con no poco asombro de Alfonso, y exclama:

PRIMER PAISANO.

Si el señor amo me dá su licencia, le diré, con perdon, á nombre de todos, que sea bien venido, muy dichoso, por todos los siglos, amén.

LOS DEMAS.

Es verdad, sí, señore.

Álzase el primer paisano, representante, por su edad y manera de tratar al amo, de tiempos ya pasados, y se pone en hilera con sus compañeros.

SEGUNDO PAISANO. Adelantando unos pasos y riéndose.

El señor amo está *juapo* y *jordo* como un cebon, Dios le bendiga.

Se retira los pasos que habia adelantado, y permanece muy serio.

TERCER PAISANO. Blanco, rubio, ancho de hombros, su estatura cinco piés y once pulgadas, cara de bonachon.

El señor amo puede mandarme todo lo que *queira*, aunque sea cargar con la casa acuestas; he sido artillero de montaña, y tengo buenos puños, tanto, que yo era el más recio de la batería.

GREGORIO.

Domingo Oleiros, que acaba de hablar, señor, es todo un *home de ben*. Fué herido casi mortalmente

en el sitio de Bilbao, por salvar á su capitan, que iba á caer prisionero.

Oleiros. Poniéndose muy colorado.—Y eso qué tiene?—no es para cansar al amo con ello.

ALFONSO.

Y cómo no? Puede darse accion más generosa? Y qué te dieron?

OLEIROS.

Quién? los carlistas? Tres balazos, señor amo.

ALFONSO.

No, no; te pregunto si no te dieron algo en premio.

OLEIROS.

Y por qué me habian de premiar? Ya me dieron la licencia cuando se acabó la guerra, á poco más de un año de haber cumplido.

ALFONSO.

Pero no te quedó cruz ni pension ninguna?

OLEIROS.

Quedóme el ser *home de ben*, que es mejor, señor amo; es verdad.

A Alfonso casi se le saltan las lágrimas, al ver tanta nobleza en aquel oscuro campesino, y tan sencilla honradez.

ALFONSO.

Bien me parece, Oleiros; me parece muy bien;—y no echas nada de ménos? no quieres nada en que pueda servirte?

OLEIROS.

Hacíame falta, señor amo, una viga pequeña para mi *alpendre*—cobertizo, unas veces á la puerta, y otras al lado de las casas;—pero aquí está mi vecino, Juan de Pereira,—señalando al primer paisano—á quien esa viga hace más falta que á mí, porque su alpendre se vino abajo este invierno pasado.

ALFONSO.

Se te dará á tí la viga, y á Juan de Pereira se le hará un alpendre. Estás contento?

Los paisanos hablan entre sí, con señaladas muestras de contento y aprobacion.

Juan de Pereira. Con lágrimas en los ojos.—He servido al Rey, señore; pero desde entónces acá no he visto vecino como Oleiros, ni amo mejor que usía.

ALFONSO.

Vamos á ver; se os ofrece algo más?

SEGUNDO PAISANO.

Por hoy no le cansamos más al señor. Yo, por mí, tenía que hablarle del pleito que me quiere poner *un mi vecino*, porque dice le pertenecen un *laureiro*—laurel—y un *carballo*—roble—que siempre han sido mios. Pero no le queremos molestar mas—sólo que *el mi* vecino dice que el carballo está la mayor parte en tierra suya—y si no fuera por no cansar al señor amo, yo le aseguro tengo testigos que afirman no tiene razon ninguna el mi vecino, pues el *cómaro*—terreno

elevado, sobre el que se ponen los vallados ó cercas, —y el *valado*, siempre *estuveran* en el mismo sitio en que ahora. Pero no cansemos ya más al señor—otro dia que esté más de *vagare*—despacio—le diré lo que ha pasado; y es, que como el tronco del carballo es tan grueso, algo entra en la tierra del mi vecino.

ALFONSO.

Àh! ya.

SEGUNDO PAISANO.

Pero no es culpa mia que el tronco *háijase* puesto tan grande.—Otro dia, señor amo—

ALFONSO.

Bien, bien; por hoy ya hemos despachado, y tengo que hacer. Ya sabeis que podeis acudir á mí, y os ayudaré en lo que alcancen mis fuerzas.

SEGUNDO PAISANO.

Es verdad, sí, señore; otro dia que esté más de *vagare*—

ALFONSO.

Bueno, basta por hoy. Ea, id con Dios, y él os haga unos santos.

«Dios le guarde», dicen unos; otros, «por un *pouco*»; esto es, hasta la vista. Otros, «quede muy dichoso; Dios le dé buena vida, como tal merece; Dios le bendiga.»

Al cabo la columna se pone en movimiento, tarda, lenta y pausadamente.

Todos se vuelven de medio lado al llegar á la puerta.

«Quede con Dios», dicen unos.

«Dios le guarde», otros.

Y por último, desaparecen, oyéndose aún á lo léjos sus pasos espaciosos y mesurados.

Alfonso se sienta, y permanece por un momento pensativo en el sillon, diciendo para sus adentros:

«Se me figura que estos infelices han sido calumniados. A la verdad, su condicion es bien triste; y con todo, Galicia, si se tiene en cuenta su inmensa poblacion, es uno de los pueblos del mundo en que la *criminalidad* es menor (1).»

(1) Segun el mapa de la criminalidad de España en 1860, publicado por el Ministerio de Gracia y Justicia, las provincias van de *ménos* á *más* criminalidad, de esta manera. Las dos de ménos criminalidad de toda la península son Guipúzcoa y *Lugo;* siguiendo en este órden: Vizcaya, *Pontevedra,* Oviedo, *Coruña,* Leon, *Orense,* etc.; y las de más criminalidad son: Madrid, Zaragoza, Cuenca, Sevilla, Logroño, Cáceres, etc. Asimismo, despues de la de Mallorca, las tres audiencias de menor criminalidad van de *ménos* á *más* de esta manera: Oviedo, *Coruña* y Canarias; las tres de mayor criminalidad son: Madrid, Zaragoza y Cáceres.

CAPÍTULO VII.

LA MUIÑEIRA.

La Molinera.

Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que la muiñeira era el solo y único baile de los hijos de Galicia! No se oia entónces por aquellos verdes ribazos y praderas más que el amante y cariñoso eco de la gaita, á cuyo compás bailaban santa y pacíficamente los honrados campesinos, á la sombra de los seculares castaños. Será posible que el tiempo y algunos malos gallegos hagan que el mejor dia desaparezca de la haz de la tierra uno de los bailes más llenos de gracia y atractivo?

No lo permita Dios, ni consienta que el fandango, que por aquellos amenísimos campos se esparce con agrios y destemplados sonidos, reemplace jamás á la suave y apacible muiñeira!

Así pienso yo, y así pensaba el Párroco de San Pedro, el cual, aunque hombre de pocas palabras, solia decir, y tenia grandísima razon, que á los que se

burlaban en Madrid de la gaita gallega, quisiera verles, á la caida de la tarde, en un soto de Galicia, y escuchando cómo el diestro gaitero sabía sacar los colores al rostro de la moza más enfermiza y apática, encender á los mozos, animar á los viejos y alegrar á todo el mundo.

Era el Párroco por demas cortés y bien criado con sus feligreses, y no podia, por lo tanto, ménos de serlo con Alfonso, á quien habia estado á visitar al dia siguiente de su llegada, como ya sabemos, diciéndole de paso que para el domingo próximo habria gran *foliada* ó *fuliada* en el soto de la parroquia, á cuya fiesta convidaba al señor del Pazo.

No era la foliada, ó baile del domingo, cosa de todas las semanas, por cuya razon, Alfonso contestó en el acto dando gracias por el convite, y prometiendo «honrar al soto con su presencia», palabras de que el Párroco se habia servido.

Ya sabemos, pues, que el lugar de la escena es el soto principal de San Pedro, y por lo tanto, frontero al Pazo.

Son las cuatro de la tarde, y el cielo inunda de claridad y regocijo el magnífico valle de San Pedro. Parece como que los castaños, remedando á la *testudo* romana, juntan sus copas unas con otras, de manera que apénas penetran por ellas algunos escasos rayos de sol, que, en vez de ofender á la vista, pasan, digámoslo así, cernidos al traves de las hojas, rejuve-

neciendo con sus alegres caricias los añosos troncos, y apagándose al cabo en la verde alfombra de césped que reviste el suelo.

Pasan de vez en cuando jinetes, aldeanos y tratantes en ganado, con una ó dos reses; todos vuelven de la feria de Cambre, cruzando, sin detenerse, hácia el camino real, con lo que el soto permanece desierto.

Mas en esto, se oye la gaita, cuyo sonido viene pausadamente aproximándose, y poco despues se vé el soto lleno de mujeres en compañía del señor cura párroco, y con el gaitero á la cabeza, á quien sigue un muchacho tocando el tamboril; sin que haya más hombres que los ya referidos.

La razon de todo esto es, que hoy ha habido *fia* en casa del cura, el cual hace meses dió á cada una de esas cuarenta y tantas mujeres, que ahora le acompañan, sendas libras, entre lino y estopa, para que á ratos perdidos las fuesen hilando.

Esta mañana se han presentado las feligresas con otras tantas libras de hilo, poco más ó ménos, las cuales han entregado á su dueño con la mayor exactitud. En premio, éste las ha convidado á su casa, y servido en persona abundante comida, acompañada de un vino más ó ménos cristiano, pero siempre lo suficiente para evitar compromisos á las cabezas y lenguas de las convidadas, y al bolsillo del Párroco..

Mas, aquí, léjos de acontecer aquello de, «comida

hecha, compañía deshecha», el Párroco acompaña á las feligresas al soto, en donde ha de ser la foliada.

Al ruido, sale Alfonso del Pazo, y se sienta en un banco, á presidir la funcion con el señor cura, mientras ponen un banquillo para el gaitero y su acólito.

Y ahora, que del gaitero hablo, no perdono, ni perdonaré jamás, á los que se han divertido con malísima fé — Dios se lo tenga en cuenta — en pintar feo y ridículo al susodicho personaje.

Conozco á varios, y todos son buenos mozos, pero éste les aventaja á todos. Alto y de bizarro porte, el gaitero de San Pedro, que es al mismo tiempo sacristan de la parroquia, tiene magnífico perfil de camafeo antiguo, aumentando la semejanza el rizado cabello, que no sin gracia, cubre su frente espaciosa hasta la mitad. Costumbre ó moda es ésta, que da á los aldeanos de Galicia cierta semejanza con los bustos de Antinoo y Neron, puesto que no todos sean tan parecidos á nuestro gaitero como fuera de desear.

Fácilmente se deja entender con cuánta injusticia han sido tratados los gaiteros de Galicia: el nuestro, esto es, el de San Pedro, con su gallarda apostura, su elegante y pequeña montera de Mariñan (1), la chaqueta de paño color de pasa, con botoncitos dorados, los calzones de lo mismo, con idénticos botones, de-

(1) *Mariñan,* hijo de la Mariña.

bajo de los que se ven como unos tres dedos de blanquísimas cirolas ó calzoncillos; fuera modelo más *suitable*, como dicen los ingleses, esto es, más á propósito, que el que tuvo delante el malogrado Bande para pintar su, por otra parte, bellísimo cuadro del gaitero gallego.

Aunque el cura paga, el verdadero *deus mâchina* es el gaitero, con lo que se comprende su grave ademan y majestuosa mirada. Suena la gaita, y á poco van asomando por entre los árboles los mozos de la parroquia, de uno en uno, ó dos á lo más, pues cada cual viene de su casa.

Unos llevan sombrero hongo blanco con borlas, y pantalones; mas pasemos por alto á semejantes revolucionarios, y vamos á los que visten el verdadero traje de Mariñan, que es el mismo del gaitero; y si bien está descrito, bueno será advertir que las monteras de esta parte de Galicia son tan pequeñas, que casi son más grandes las espiguillas ó adornos de seda que las mismas monteras, las cuales apénas cubren la cabeza de sus dueños.

Forma la gente círculo en el mayor espacio que dejan los castaños, ménos por el lado del banco de Alfonso y el Párroco, el cual, con sus joviales y apacibles exhortaciones, hace que el número de bailadores vaya cada vez en aumento.

Triste es decirlo, pero el Mariñan tiene á ménos el bailar la muiñeira, y sólo lo hace para dar gusto á los

señores ó á los forasteros, pues de lo contrario, prefiere el fandango. Triste y lamentable preferencia!— Ni paran aquí sus malos efectos, pues introducido el dichoso baile, sin duda por castellanos, que en vez de bailarle, le *saltan*, el fandango se convierte, en ese caso, en ejercicio gimnástico, reducido á dar brincos, con los brazos caidos, hasta cansarse. Ridículo y merecido castigo para los que se olvidan del donaire de la muiñeira, y tienen á ménos el bailarla.

Con todo eso, habrá quien diga no le parece mal el fandango.—Ni á mí tampoco, pero ha de ser bailado en Andalucía y por andaluces, en cuyo caso, y para hablar con toda verdad, es en extremo agradable y gracioso; mas los manchegos y madrileños le han desfigurado de tal manera, al pasar por sus piés, que así se parece lo que bailan en Castilla al fandango, como la agria y desentonada seguidilla á una graciosísima rondeña. Lo que prueba que cada pueblo ha nacido para bailar sus bailes, cosa que hacen mal en olvidar los hijos de Galicia.

Dejemos á un lado tan tristes pensamientos, y pues tal vez lo porvenir está preparándose á ser justo con lo presente, haciendo que el vals aleman dé en tierra con ese saltarin y bastardo fandango, enjuguemos las lágrimas y dispongámonos á escuchar la gaita y á ver la muiñeira.

Aun hay buenos gallegos, áun hay quien, al oirla, siente saltársele el corazon de gozo y de amor á su

querida tierra. Suena la gaita, alégranse los semblantes, las mozas rien, los mozos van poco á poco acercándose, y piden á las jóvenes que bailen.

Sale el primer bailador, solo, al medio del círculo, y el forastero inexperto no repara en que las miradas y movimientos del Mariñan se dirigen siempre al mismo sitio; mas veis aquí que unas castañuelas contestan desde entre la gente.—

Sola, adelantando pocos y cortos pasos, con los ojos bajos, pañuelo de colores en la cabeza, y el gracioso rostro más encendido que la roja esclavina, ó *dengue*, con franjas de terciopelo, que lleva en los hombros, llama la hermosa gallega la atencion de todos los concurrentes. Gran *mantelo* ó delantal negro, con terciopelo del mismo color, casi la cubre el vestido, los zapatos son de pana negra, con un lazo en el empeine. Tales son el traje, la apostura y ademan de la jóven; dígase si en algo los recuerdan los soeces y lúbricos movimientos de eso que llaman muñeira en los teatros de Madrid.

Mas volvamos á la jóven, la cual continúa bailando con los ojos puestos en el suelo, y como lleva la cabeza ligeramente inclinada, caen hácia adelante los enormes pendientes de plata dorada, miéntras adorna su garganta grosera imágen de plata del apóstol Santiago, á caballo y matando moros; tal vez resto de aquellas antiguas patenas, que eran gala de las antiguas labradoras.

Baila la jóven siempre con pausados movimientos, y el bailador la sigue, miéntras salen otras parejas de la misma manera. Mas tambien aquí hay que lamentar otra novedad, tan perniciosa como el fandango. Llàman la atencion dos hermosas jóvenes, graciosas en verdad, las cuales, por ser hijas del más rico habitante de San Pedro, tienen á ménos cubrir sus blancos hombros con el dengue de grana, y llevan vestidos negros, exactamente iguales, cuyo cuerpo, en forma de chaquetilla, se abre por el pecho, dejando descubierto un pañuelo de seda cruzado de arriba abajo; el mantelo es de paño negro tambien, sumamente fino, y adornado de anchas franjas de terciopelo.

Sigue el baile con diferentes figuras, unas, andando en círculos encontrados, los hombres por un lado, y las mujeres por otro; á veces adelantando ellos en hilera, y ellas retrocediendo, ó al contrario; luégo bailando solo dos hombres, y apurando todos los recursos del contrapaso, hasta que uno de los dos se rinde; lo que acontece siempre que haya un ligero pique, ó bien cuando uno de ellos es forastero de tal cual parroquia inmediata, que entónces es seguro habrá por una y otra parte el mayor alarde de habilidad y resistencia.

En tanto ellas y los que no bailan tocan las castañuelas á compás y de agradable manera. Llama entre todos la atencion un anciano de más de sesenta años,

el cual, conforme á la tradicion feudal, tan arraigada en Galicia, concluye un paso, en que baila solo, hincando la rodilla en tierra, y saludando con la montera á Alfonso.

Ingratitud irremisible fuera no hablar del bailador que va siempre á la cabeza de los hombres, así como de su esposa, que sirve de guía á las mujeres, sin que á nadie corresponda de derecho semejante honra, como á la referida pareja, pues el marido es el maestro de escuela de la parroquia.

El sol va ya descendiendo al ocaso, el gaitero, con su acólito el del tamboril, se pone en medio, miéntras los demas bailan, y despues se vuelve á su sitio.

Aquí empieza la última figura. Forman los hombres círculo en el centro, tocando á un tiempo las castañuelas, y las mujeres bailan enderredor, siempre con el mismo paso menudo y los ojos bajos. Despues hacen corro las mujeres, y los hombres las sustituyen; por último, las parejas se reunen, bailando á un tiempo en el centro.

Cesa la gaita, y se concluye el baile.

CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL NO PUEDE MÉNOS ALFONSO DE PARAR MIENTES EN EL ESTADO DE SU FORTUNA Y EN LA DISPOSICION DE SU ÁNIMO.

Algunos dias eran pasados, y la vista del campo, que tanto placer daba á Alfonso; el amueblar la casa, y los viajes que para ello habia hecho á la Coruña; en resolucion, la novedad y mudanza, habian alejado de su ánimo toda idea melancólica. Mas un dia amaneció lloviendo, obligándole á dejar para mejor ocasion los paseos por aquellos campos tan hermosos. Los carpinteros habian acabado los reparos de puertas y ventanas, con lo que ya no venian, y la casa estaba triste y silenciosa como un sepulcro.

Alfonso se llenó de amarguísima pena, al ver que su ánimo y alientos juveniles le abandonaban. Sus ojos permanecieron secos, pues era hombre; pero el corazon lloró harto amargamente en aquel dia. Para hacer rostro á la tristeza, tomó el *Quijote;* mas al recordar la mísera y angustiosa vida de Cervántes, sólo hallaba en cuanto leia cruel y sangrienta

sátira, que en vez de hacerle reir á carcajadas con los inimitables diálogos entre el caballero andante y el malandante y asendereado escudero, le decia en letras de fuego, que le abrasaban los ojos: «Ay del que se presente en el mundo sin otra coraza que su buena fé, y sin más espada que la lealtad de su corazon!»

Alfonso tiró el libro, poniéndose á pasear á lo largo del comedor; cansóse al cabo, y al asomarse á la cocina, la halló desierta, pues la cocinera habia ido por agua á la fuente. Ansiando hablar con álguien, salió al curru ó patio; pero Jacobo habia llevado la vaca á pastar al prado, no siendo la lluvia, que, por otra parte, caia sólo á ratos, obstáculo para nada, ni formal impedimento para ningun buen gallego.

Todo le parecia al jóven cada vez más triste. Entónces se hizo cargo de que aquello, al principio tomado por diversion, habia de ser perpétuo destierro. Se acordó de aquel Madrid, de que tanto se burlaba, al compararle con pueblos que valian más, cuando á su albedrío podia vivir en él ó abandonarle, y ahora le parecia un verdadero paraíso, sólo con tener que despedirse de él para siempre.

A ser una persona cuya vida hubiera pasado tranquila y solitaria en tan hermoso rincon de Galicia, seis mil reales anuales podian, tal vez, formar decorosa renta, si se tienen presentes las circunstancias de la vida en aquella tierra; pero Alfonso!—Alfonso

no tenía, con veinte y cinco duros al mes, ni para empezar. Aun viviendo en el campo, habia gastado ya de tal manera, que al desdichado se le oprimia el ánimo, lleno de angustia.

Y entre tanto, no le era lícito confiar á nadie sus penas, ni habia un alma en quien la suya pudiera esperar. En cuanto á amigos, tenía un ciento, lo ménos, en Madrid; pero amigos de calle, de paseo, de teatro, amigos, cual la mayor parte, aunados para las diversiones, mas á quienes la desgracia ahuyenta, como á la bandada de palomas el tiro inesperado del cazador.

Alfonso, no pudiendo sobrellevar tan amargos pensamientos en aquella soledad, ensilló él mismo su caballo, y partió hácia donde el animal quisiese.

La lluvia habia cesado por entónces; de los castaños caian de vez en cuando algunas gotas al suelo, como si lloráran á la par del corazon de Alfonso, quien recibia la triste impresion de cuanto le rodeaba, sin comprender ni detenerse en nada.

El caballo, encerrado hacia dos dias en la cuadra, salia á cada momento al trote, despertando al jinete de su adormecimiento; movió el jóven la mano indeliberadamente, dando mayor soltura á las riendas, y apénas lo sintió el dócil animal, partió á galope por el primer camino adelante. Poco más de diez minutos habrian pasado, cuando la lluvia, un momento contenida, volvió á caer con mayor fuerza.

Alfonso recibia gustoso en el rostro las gotas, que le azotaban violentamente; mas, por último, fué tal el aguacero, que no pudo ménos de extender la vista enderredor, buscando abrigo para él y su cabalgadura.

Habia ido á parar á uno de esos sotos ó pequeños parques de castaños, que á cada paso halla el viajero por Galicia; y al principio, la espesura de ramas y hojas le habia resguardado en parte de la lluvia, pero ésta iba arreciando, y Alfonso no quiso se verificase con él lo del refran que dice: «Quien se pone debajo de la hoja, dos veces se moja»; así pues, no viendo en torno más que dos ó tres casitas de labradores, esparcidas por el soto, iba ya á volverse, cuando su caballo dió alegre relincho, en contestacion á otro no ménos alegre, que se habia oido á lo léjos. Esperó el jóven por ver de preguntar en dónde se hallaba, á la persona que, á su parecer, debia de venir á caballo en direccion opuesta, mas nadie se presentó; habiendo sin duda el otro viajero, ó lo que fuera, tambien detenido su cabalgadura, con lo que Alfonso puso la suya á galope.

Sorprendido se quedó al verse poco despues orillas de una anchísima ria, ó mas bien brazo de mar, hasta entónces oculto por los árboles y el terreno; pero, como la lluvia arreciaba cada vez más, llamó con todas sus fuerzas á una gran casa inmediata, de cuyas cuadras salian los relinchos que al principio habia oido, sin saber de dónde venian.

CAPÍTULO IX.

HIJOS INGRATOS.

> Miña mai ten tres ovelhas,
> Todas tres m'has de dare:
> Una cega, outra coxa,
> E outra que non pode andare.
>
> —*Cantar gallego.*—

Hijo de un acérrimo partidario del Príncipe de la Paz, hasta el año ocho; de Murat, hasta la batalla de Bailen; del pueblo español, hasta la de Ocaña; y de José Napoleon, hasta la de Vitoria; Don Juan Quiroga, Conde de Sada, lo fué, por su parte, de Fernando VII, hasta el año veinte; de los liberales, hasta el veinte y tres; de Angulema, diez dias; de los absolutistas, diez años; y de Doña Isabel II, unos cuantos meses; fué exaltado con Mendizábal, conservador con Isturiz y Galiano, moderado hasta el año cuarenta, y progresista hasta el cuarenta y tres, en cuya época se declaró defensor del trono y del altar.

En tan diversas coyunturas y circunstancias, el Conde de Sada se señaló siempre por sus violentas

opiniones; logrando, de ese modo, puestos de gran representacion, con lo que se vió convertido en hombre político.

Sólo una vez erró, al parecer, el Conde, conspirando, en los últimos dias de Fernando VII, á favor de los liberales, pero tan á las claras, y con tal intencion de venderles celo de amigo, que fué al punto encarcelado. Nada habia hecho, ni podia hacer, pero desde entónces tuvo un partido entero en su favor. Los liberales, como todos los desgraciados, á la sazon unidos, se apresuraron á enviar socorros á la nueva víctima del poder, á la cual, jueces guiados por la mera luz natural habrian puesto en libertad.

Léjos de eso, el Conde de Sada fué condenado á diez años de presidio, y gracias á tan increible sentencia, quedaba desde entónces convertido en persona de representacion, con algo que, andando el tiempo, supiera acreditar sus padecimientos políticos.

Acaeció esto no mucho ántes de la amnistía; de modo que el bueno de Don Juan Quiroga se vió mantenido en Ceuta por los suyos, quienes se condolian de él, teniendo en cuenta su ilustre nacimiento y el mucho dinero que decia haber gastado en pró del partido liberal. Apénas la amnistía le abrió las puertas de la cárcel, se vió tenido y considerado por verdadero hombre político.

La verdad es, que muchísimas personas, que de tales presumen, querrian poder alegar los méritos

de Don Juan Quiroga, para ser lo que él era, al hallarse en libertad.

El autor quisiera seguir dando cuenta de la vida y hechos del Conde de Sada, pero experimenta en este momento increible resistencia. A la manera del que ha tenido la desgracia de oir repetidas veces la cansada y fastidiosa sonata de un organillo, desfigurada, ademas, por el susodicho instrumento de tortura, y luégo se halla á cada instante del dia y de la noche, sin poderlo remediar, tarareando la maldecida sonata; así el autor está oyendo zumbar en sus oidos desde que las escuchó por primera vez, estas dos palabras: hombre político!

Llaman hoy hombre político á todo el que tiene que ver con la política y gobernacion del Estado; pero, á qué devanarme los sesos, cuando con mirar al rededor puedo decir si veo alguno? Y cierto que si hemos de creer por su palabra á todos los que de ello presumen, el número de hombres políticos es infinito.

Con todo eso, ó no fueron grandes estadistas Don Diego Hurtado de Mendoza y el Marqués de Bedmar, ó me parece imposible que el amigo X. pertenezca al mismo órden, por bajo y oscuro que sea el escalon ó categoría en que se le coloque.

Estudió — léase, asistió — los años que manda la ley de instruccion pública para ser abogado, carrera *sine quâ* todo español se considera indigno. No abrió un libro de texto, pero leyó las novelas de Jorge Sand, Eu-

genio Sué, etc., etc.; adquiriendo conocimientos tan profundos acerca de Dios, la sociedad, el hombre en general, y la mujer en particular, que ya en primer año, á propósito de una pregunta sobre la familia romana, expuso ante los jueces, que le oyeron asombrados, y mudos de admiracion y sorpresa, la teoría de las relaciones entre el hombre y la mujer de la escuela sansimoniana; trató la materia con la mayor serenidad, por no decir desvergüenza, durante el tiempo que debia durar el exámen, y obtuvo nota de sobresaliente. En el segundo año se hizo filósofo aleman. El el tercero puso en duda la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. En el cuarto negó á Dios.

Las paredes de la universidad fueron ya estrecho límite, cárcel indigna de su incomparable y merecida fama. Voló ésta por los ámbitos del mundo, y desde entónces fué mirado cual pequeño monstruo, que nada respetaba. Los viejos más reaccionarios le daban golpecitos en la espalda, y las personas sensatas le señalaban con el dedo por impío.

Sistema de anuncios, que cada dia va dando mejores y más pingües resultados! El amigo X., que nada tenía, podia ni valia, llegó á hacer creer á la gente que por sí solo valia mucho, y ademas puso la conciencia en venta. —

Qué más podia desear?—Ser hombre político.—Y lo fué.

Así se lo dijo á todo el mundo, y todo el mundo se lo creyó.

. . . .

Qué de cosas tan buenas podia yo haber dicho, en lugar de poner esos dos renglones de puntos—ya ves, lector, que soy modesto!—A mi lado, un tenor y un hombre político serian niños de pecho.—

Pero no creas es todo oro lo que reluce; á la verdad, estoy temiendo verme convertido el mejor dia en hombre político, como dicen los galiparlistas; ó séase, en estadista, nombre que en nuestro pueblo ha caido en desuso, por tener tan pocos á quienes aplicársele con equidad.

De ménos nos hizo Dios, y aunque todavía llevo á cuestas equipaje harto pesado é incómodo para el camino, el cual es cuesta arriba; con todo eso, espero, con el tiempo y el ejemplo, aprender á echar á un lado, siempre que me convenga, los bultos de más peso y balumba, tales como aquellos en que van encerrados la honra, la vergüenza, la buena fe, etc.; cosas todas de poca ó ninguna estimacion en tiempos en que no es fácil sea nada quien no aprenda á arrastrarse por los suelos.

. . . .

Tengo un *Paroissien*, ó devocionario francés, en el cual he rezado y seguido desde niño la misa; y no creas por mero afrancesamiento, sino porque, habién-

dome tú echado de España, esto es, tu gobierno; el gobierno español, para más claridad; y teniendo que huir de Madrid á los ocho años, para que no se metieran conmigo, acudí, cosa natural, al refugio más cercano, que era Francia, en donde, como niño que apénas sabía el español, aprendí el francés, y casi olvidé mi lengua, no por culpa mia, sino por la de mis compatriotas, que me habian echado con cajas destempladas.—Pues bien; en el referido *Paroissien* hay un «exámen de conciencia», el cual, léjos de parecerse álos increibles exámenes de nuestros devocionarios, al llegar á puntos en donde cuanto ménos se hable, mejor es, dice así:

«*Le penitent suppléera lui-même à ce que la prudence ne permet pas de détailler ici.*»

O lo que es lo mismo:

«Supla el penitente lo que la prudencia no tolera particularizar en este sitio.»

CAPÍTULO X.

ESTABA ESCRITO.

Hallábase el Conde de Sada comiendo, rodeado de su cara mitad, Doña Tomasa Fernandez, y de sus hijas, Marta y Elisa. Hombre ya maduro, con ribetes de Júpiter olímpico en su rostro y modales, al hablar el Conde á otra persona, lo hacia con ademan de superior, tan insufrible, que no podia ménos de ofender á sus inferiores y hacer reir á sus iguales. Años hacia ya que el Conde de Sada no se habia dignado mostrar la sonrisa, en lo cual se asemejaba sobremanera al asno, el animal más serio de la creacion. Usaba dos máscaras, porque en él todo era falaz apariencia: una para dentro, y otra para fuera de casa. Con la primera se dejaba arrastrar no pocas veces de su carácter violento é irascible, pero siempre pareciendo, ó queriendo parecer, en medio de sus arrebatos, gran señor feudal de horca y cuchillo; cosa fácil con sus criados y todos aquellos obligados á sufrirle, sobre

todo, en Galicia, donde el colono respeta en el propietario al verdadero árbitro de su suerte.

Con la segunda máscara era como estaba de ver el Conde. Su mirada, envidia de la Sibila de Cúmas, si ésta hubiera vivido en nuestros tiempos, despedia rayos y centellas cuando acaecia algun grave suceso, y entónces muchos volvian la vista hácia el buen señor, y se preguntaban: «Qué dirá el Conde de Sada?»

Y el Conde permanecia en silencio, porque nada sabía.

Con todo, si alguna vez se veia obligado á hablar, atribuia los males presentes á nuestros pecados, pero nunca á los suyos.

Su esposa, Doña Tomasa, era una pobre mujer, de escaso talento y escasísima crianza, á quien los consejos, exhortaciones y áun malos tratos de su marido, jamas pudieron pulir ni civilizar.

Marta, la hija mayor, era una jóven de veinte años, y Elisa tenía dos ménos. Si el autor logra saber algo más acerca de ellas, promete desde ahora dar cuenta exacta á sus — lectoras, que serán de seguro las más curiosas.

Hallábanse pues estos señores comiendo, y malamente, por más señas, porque el Conde, vano así como necio, sacrificaba cuanto poseia al gusto de aparentar, siendo al mismo tiempo en su casa dechado de la más ruin avaricia.

Llegando iba ya la comida á su fin; servian de librea

los criados, y el ayuda de cámara de negro y corbata blanca, cuando, en medio de la espesa lluvia que azotaba los cristales, sonaron tres ó cuatro fuertes aldabadas en la puerta principal. El más leve suceso, por sencillo que sea, parece extraordinario en el campo; con lo que, hasta el mismo Conde de Sada, olvidando por un momento su acostumbrada gravedad, mandó fuesen al punto á ver quién llamaba.

Bien le avino á Alfonso la órden del Conde, á cuya casa acababa de llamar; pues le abrieron la puerta en el acto. Presentóse el ayuda de cámara; y habiéndole conocido, dijo:

«Venía de parte del señor Conde á saber quién era, pero se me figura que su señoría es Don Alfonso Vazquez de Cela.»

«En efecto», dijo Alfonso, desconociendo, ó por mejor decir, no habiéndose detenido nunca en la fisonomía del ayuda de cámara; «en efecto, soy Vazquez de Cela, pero no sé quién es el dueño de esta casa.»

«No es extraño que su señoría tema haberse equivocado, como el dia está tan malo, y ademas, es la primera vez—pero su señoría ha acertado; ésta es la casa del señor Conde de Sada.»

Atónito Alfonso, si le hubieran dicho si creia en la fatalidad—Dios le perdone—tal vez respondiera afirmativamente. En todas partes habria creido estar, de todo se hubiera acordado en aquel momento, ménos de ir á ver al Conde de Sada. Despues de tener ya

resuelto deshacerse de todas sus relaciones antiguas, se veia, sin saber cómo ni cuándo, en medio del abismo, sorteado hasta entónces con tanto esmero, y lo que es más, obligado á hacer creer que iba de visita.

Dió un suspiro, como diciendo:

«Cúmplase, en fin, tu voluntad, Dios mio»; y añadió:

En efecto, el dia no es muy á propósito para visitar á nadie;—no creí fuese á llover tanto.»

«Entónces, anunciaré á su señoría.»

«Sí, pero ántes hágame el favor de hacer que me traigan un cepillo, ó cosa que lo valga; pues á pesar del *impermeable* y el sombrero de fieltro, vengo bastante mojado, y sobre todo, lleno de barro.»

«Está muy bien», dijo el ayuda de cámara, despidiéndose. Luégo vino un lacayo, limpió á Alfonso, y á poco el ayuda de camára se presentó por otra puerta diciendo:

«Tenga su señoría la bondad de pasar adelante.»

Alfonso entró en una habitacion amueblada con buen gusto, si se tiene en cuenta la desnudez y pobreza de que los españoles hacemos gala en nuestras casas de campo. En lo interior se oian pasos apresurados, idas y venidas, ruido de cubiertos, criados que entraban y salian, voces femeniles, que á lo mejor enmudecian, como obedeciendo á un severo mandato; en resolucion, Alfonso conoció que con su inesperada visita, igualmente inesperada para él, habia

venido á hacer mal tercio á los habitantes de la casa.—Ni tenía ya más remedio que mantenerse firme y corresponder con placentero rostro al que esperaba hallar en todos los individuos de la familia del Conde de Sada.

Mostróse éste de frac, pues segun la costumbre inglesa, no se sentaba á la mesa con otra ropa. Deciamos que se mostró el Conde— con la cabeza erguida, ligeramente inclinada á un lado, y la mano derecha alzada hasta la altura de la sangría del brazo.

Alfonso, que no ignoraba con quién se las habia, se adelantó, diciendo:

«Más vale tarde que nunca.—Cómo está V., Conde?»

«Bueno, gracias», contestó éste con ademan de soberana proteccion.

«Y la Condesa, y Marta, y Elisa?»

«Ahora vendrán. Creo que estén en el jardin.»

«Sentiria haber venido á mala hora.»—

«No, nada de eso, amigo Vazquez de Cela. Sabe V. que siempre he sido amigo suyo, y esta amistad la hereda V., pues tambien fuí grande amigo de su padre.»

«De mi padre? No lo sabía!»

«Oh, sí!»

«No recuerdo me lo haya V. dicho nunca.»

«Oh, no!»

«Como le perdí de niño!»—

El Conde ¡ya ni contestó con monosílabos; lo que

hizo, fué poner la diestra en el hombro de Alfonso, y decirle, despues de un buen rato de mirarle de hito en hito:

«Cosas del mundo, Alfonso.» Y permaneció un buen rato distraido, presumiendo siempre de hombre importante. Alfonso le imitó, sin saber lo que hacia, hasta que oyó ruido de seda, vestidos, toses comprimidas, y en seguida entraron la Condesa y sus hijas.

CAPÍTULO XI.

DE VÁRIAS COMPARACIONES QUE HACEN ALFONSO Y EL AUTOR, CADA UNO POR SU PARTE.

Era ya bien entrada la noche, y en el sereno cielo centelleaban las estrellas con vívido resplandor. Alfonso volvia á casa, tarareando la muiñeira, miéntras el caballo le llevaba por una de las infinitas *corredoiras* de que está cubierta Galicia, tierra en donde la poblacion se halla esparcida y como desparramada; siendo, por lo tanto, necesarios esos caminos, más anchos que una vereda, pero no mayores de lo necesario para poder pasar una carreta.

Alfonso seguia adelante por entre *leiras*, — heredades (1), — cercadas de seto vivo, viendo de trecho en trecho grandes manchas oscuras, que eran castañares ó pinares; y no dejaba tambien de pasar por delante de algunas casas de labradores, con su parra á la puerta y el alpendre al costado.

(1) *Leira*, campo dedicado á la produccion de granos.

Como los tristes pensamientos que le atormentaron por la mañana habian huido en parte, merced al agrado que el jóven halló, despues de tanto tiempo de no tratar con nadie, en la familia del Conde de Sada, y como ademas le rogó éste le dispensára si no iba á verle tan pronto, pues se hallaba ocupadísimo —lo cual no era verdad— toda negra idea habia desaparecido, y vístose obligada á ceder ante otras más risueñas y apacibles.

Así pues, no veia ya el jóven con desagrado el tener en las inmediaciones, por dos ó tres meses, personas de trato agradable y amistoso; cosa que ya iba echando de ménos, despues de tantos dias de no hablar más que con los labradores de San Pedro. Alfonso vivia por el momento ajeno de cuidados, sin reparar siquiera en que del camino andado por la mañana, en ménos de un cuarto de hora, á galope, no llevaba entónces ni la tercera parte en doble tiempo. Mas la noche era agradable, y si bien no muy clara, pues no habia luna, contaba con su memoria y el instinto del caballo para llegar al fin á casa.

Las noches de verano en Galicia son hermosas, pero no se parecen á las de Castilla. En ésta, de noche se vive, la gente se acuesta tarde, y alarga cuanto puede la velada al sereno, solazándose á las puertas de las casas, merced á la tranquilidad de la atmósfera, y gozando de la apacible temperatura y lo suave del aire. En pueblos y campos se oyen de noche músicas y

cantares; y si la luna resalta en el celeste azul, rodeada de millares de estrellas, entónces es innegable que de la noche no puede ni sabe gozar nadie como los pueblos meridionales. En efecto, en ellos la vida, léjos de reposar, no parece sino que adquiere mayor fuerza á la puesta del sol.

En Galicia, tierra ya septentrional, las noches tienen triste y melancólica apariencia, y en ellas no conviene permanecer mucho tiempo destocado al sereno. Las casas se cierran pronto, y como la seguridad, puede decirse, es completa, no interrumpen el silencio nocturno los ladridos de vigilantes mastines; todo lo más, se oye el gruñir de tal cual gozquecillo, al pasar por delante de alguna puerta, con lo que el silencio es completo, y la naturaleza entera calla y reposa.

Habia Alfonso viajado bastante por las tierras del Norte, pero no vivido en ellas, ni conocia más campo que el de Castilla; y á no ser sus pensamientos presentes alegres, la impresion producida por todo cuanto le rodeaba, le retrajera de toda idea exterior, llenándole al cabo de triste, y al mismo tiempo dulce y agradable desvarío.

Recordaba que el aire de la tierra donde habia visto por primera vez la luz del dia, como que le acariciaba el rostro en las noches de verano, y le besaba los labios con intensísimo amor, rodeándole, á manera de ambiente de suave quietud é inefable bienaventuranza. Tal era «la noche serena» de Castilla, en la

cual siempre le habia parecido que oia una voz semejante al murmurio de las hojas, diciéndole estas palabras:

«Vive, goza de la realidad de la existencia que te ofrezco, en testimonio de amor.»

Mas ahora, á pesar de la serenidad de la atmósfera y lo apacible del aire, su corazon, en vez de participar de la vida exterior, se recogia en sí propio; la brisa no era fria, pero pasaba á su lado vaga é indiferente; á su olfato llegaba el acre y sano olor del helecho, miéntras las tierras y cuantos objetos le rodeaban, léjos de abrirse á él y darle parte en su sér, permanecian mudos y cerrados á toda impresion exterior. Dormian.

Pero tambien en aquel sueño iba descubriendo Alfonso seductor atractivo. En el Mediodía, la tierra se conmueve, palpita y vive, al parecer, con vida propia. En torno de él, ahora, la tierra dormia en silencio, bajo la vaga y fluctuante capa de lobreguez que la envolvia; y en medio de la solemne inmovilidad de cuanto le rodeaba, yendo, como iba, por comarca apénas conocida, columbrando á cada paso objetos fantásticos é informes, que la niebla ocultaba y descubria alternativamente, de seguro, no hubiera el jóven extrañado ver al márgen de algun manantial, misterioso círculo de hadas bailando en silencio, miéntras flotaban á discrecion de la brisa los largos pliegues de sus vestidos blancos.—

En lugar de la voz amiga, que en otros climas le convidaba á vivir, oia entónces, al parecer, unas veces á su lado, y otras allá léjos, léjos, en lo más apartado y recóndito del bosque:

«Duerme, ó si velas, sueña; que cuando los muertos tienen apariencia de vida, no es bien te atrevas á estorbar el sueño de la tierra!—»

Alfonso se fué poco á poco olvidando de la casa del Conde de Sada, y en su lugar, conoció que real y verdaderamente desvariaba. No pocas veces detuvo el caballo, creyendo que los ribazos se movian, ó que algun árbol se le ponia delante, como á impulso de fuerza sobrenatural. La corredoira atravesaba un castañar, y á poco el caballo se detuvo. Alfonso miró atentamente, y vió dos ó tres objetos blancos. Sería inútil intentar referir cuanto imaginó en aquel momento, así como dar idea de su carcajada, al ver al caballo seguir adelante, hollando sin la menor dificultad uno de aquellos objetos, causa de su sorpresa. Entónces conoció que várias corredoiras venian á cortarse en el centro del soto, debiendo de ser una de ellas el camino del Pazo. Los árboles de Galicia, léjos de parecerse á los del Prado de Madrid, sirven para algo, esto es, dan sombra, y mucha, más de la que deseára Alfonso en aquel momento; de modo que bajo aquellos copados castaños apénas se veia; por lo cual soltó, á lo caballero andante, las riendas sobre el cuello del caballo. Seguia así muy bien al principio,

cuando, en esto, siente violento golpe en la cabeza, y pierde el sombrero, como si una persona hubiera venido á quitársele violentamente. No era el jóven cobarde, pero el suceso fué harto inesperado, para no sorprenderle.

CAPÍTULO XII.

EL CUAL SERÁ MÁS LARGO, PORQUE ASÍ LO DESEA EL AUTOR.

Dejamos á Alfonso en disposicion poco divertida, sin saber qué camino seguir, y sobre todo, habiendo recibido un porrazo, cuyo orígen ignoraba, hallándose ademas sin sombrero; mas al cabo, una cosa le hizo comprender que su desgracia debia de tener orígen natural y ordinario, y fué la tranquilidad de la cabalgadura.

Torció, pues, las riendas hácia el sitio por donde acababa de pasar, y cuidando de llevar su nudoso y fuerte baston á la altura de la cabeza, para ver de evitar nuevo golpe. Así fué que, yendo como iba, sumamente despacio, pronto dió con un objeto, al parecer rama de castaño, causa tal vez de su anterior percance.

Con esto, se apeó para buscar el sombrero, que no estaba léjos, caido en el suelo; y en seguida se apresuró á salir del malhadado soto, llevando el caballo del

diestro. Mas cuando todo salia á las mil maravillas, el caballo empezó á caminar despacio, recelándose, y por último se plantó.

Alfonso no tenía más armas que el baston; lo cual no era mucho contra un lobo, ó un ladron, conocedor del terreno; con todo, haciéndose cargo de que entónces se presentaba algo con mayores visos de peligro que lo anterior, asida la mano izquierda de las riendas, y blandiendo la diestra el baston, esperó á pié firme y con gallardo espíritu, resuelto á vender cara vida, si necesario fuese.

Sus propios movimientos, y los del caballo, le habian estorbado oir un ruido sordo, que se iba aproximando.

Unas veces, parecia el bramido de rabiosa fiera, otras, la voz de un borracho riñendo con álguien; pero las diversas entonaciones que por el aire llegaban, eran tan ásperas, bravías y extraordinarias, que Alfonso se estremeció de miedo; sensacion física pronto dominada por el valiente, y que todos han experimentado alguna vez en su vida.

«El miedo es natural en el prudente;
El saberlo vencer, es ser valiente»,

ha dicho el generoso guerrero de Arauco. Y á la verdad, tuvo muchísima razon el buen Ercilla; así pues, Alfonso, por prudente, tuvo miedo; pero, como

no era en manera alguna cobarde, se preparó á arrostrar el peligro con toda serenidad.

«Quién va?» exclamó.

La lengua castellana no tiene palabras, ni tal vez en lo humano existen sonidos capaces de reproducir los que se iban aproximando; con lo que el jóven determinó salir al encuentro de aquello, que para él áun no tenía nombre; mas un bote del caballo se lo impidió por completo.

Alfonso se acordó de los lobos, de los jabalíes que bajan por la noche de los montes á comerse el maíz; y ya sentia morir sin arrimar ántes una buena paliza á lo primero que se le presentára. El caballo retrocedia, cada vez más espantado, bastándole apénas al amo todas sus fuerzas, para evitar que se escapase; mas ya Alfonso no tenía miedo; al contrario, experimentaba tremenda rabia por no poder salir al encuentro al enemigo.

En esto, percibió próxima una voz humana, pero tan ruda y agreste, que no se la entendia palabra. A cada momento, el caballo daba tan fuertes tirones, que ya estaba Alfonso para soltarle, pues más que de otra cosa, le servia de estorbo.

Al fin, por entre los troncos de los castaños vió venir un bulto, de hombre al parecer; y nuestro héroe no comprendia cómo la presencia de un sér humano podia llenar de espanto de aquella suerte á su caballo.

«Alto ahí, alto ahí, á *o Conde*—» exclamó en esto

el desconocido, con voz tan áspera y ronca, que el caballo se soltó de un tiron, y desapareció, dando bufidos, por medio de los árboles.

Los gritos, los aullidos fuera mejor, iban cada vez en aumento, siendo más descompasados conforme el hombre se aproximaba. Alfonso dijo para sí: «O ese hombre está loco, ó me conoce, y quiere asustarme.»

«Alto ahí, alto ahí!» aulló el desconocido; y luégo con más rabia: «que viene *o Conde de*— maldito sea por *sempre, sempre*—maldito!» Esta última palabra la dijo con tal fuerza y encono, que pareció como que en ella habia agotado su rabia.

Próximos ya los dos, llegóse Alfonso diligente al otro, diciéndole: «Buenas noches, buen hombre; hágame el favor de decirme por dónde se va al Pazo de Cela.»

El desconocido siguió por delante de Alfonso, y torciendo á la izquierda, pasó sin decirle una palabra, ni áun mirarle. El jóven advirtió que la respiracion del recien llegado era fuerte y por demas agitada.

«Buen hombre, está sordo?»

El buen hombre siguió adelante, sin la menor mudanza.

«Gallego del demonio!», gritó entónces Alfonso, como si sus propios padres no hubieran sido gallegos; y añadió, echando á correr tras él: «No me contestas? pues yo haré que me contestes bien pronto.»

Pero el gallego del demonio, como Alfonso decia, no pareció por ninguna parte.

«Vive Dios!», exclamó Alfonso, furioso, «que ya me voy cansando de esta tierra *alemanisca*, llena de brujas y fantasmas! Lo peor es, que he perdido mi caballo, y ademas, me voy á ir del soto, sin haber ántes calentado las espaldas á ese tuno, que tiene la culpa de todo; voto á tal!»

El autor sabe por conducto fidedigno que el voto no pasó á mayores, pues Alfonso era hombre muy comedido, aún á solas, en todas sus palabras y acciones.

Comprendiendo, pues, que lo principal era salir á cielo abierto para orientarse mejor, echó á andar á la ventura, llevando siempre hácia adelante la punta del baston. De vez en cuando se paraba, haciendo por ver en derredor; que si va á decir verdad, aquella repentina desaparicion no dejaba de escocerle.

A esto, y cuando ya llegaba al término del soto, en el cual diera algo bueno por no haber entrado, se volvió para escuchar si algun ruido le indicaba dónde podria estar el caballo, tan manso siempre, y aquella noche tan fiero y asombradizo.

Ya iba á seguir andando, cuando le pareció como que brotaba una luz hácia el centro del soto; con lo que Alfonso, sin pararse en reflexiones, enderezó los pasos cuanto más aprisa pudo, al indicado sitio; en el cual vió una casa arruinada, sin techo, más que

en una esquina, y en el centro de las cuatro paredes, ó mejor dicho trozos de ellas, habia una hoguera de ramas de pino, que comenzaba á arder, levantando densísima humareda.

A su vista, supuso, no sin razon, que la hoguera no se habia encendido por sí sola, y de un salto se plantó al lado del fuego, despues de pasar por encima de un monton de hiedra, que tal parecia el trozo de pared por aquel lado.

El humo le estorbaba ver más allá de la hoguera, pero dió la vuelta para acabar de reconocer el sitio; hallando al cabo á un hombre sentado en una piedra, en el suelo, con los codos sobre las rodillas, y la frente apoyada en las palmas de las manos; de manera que, de la cabeza, sólo era posible ver la vieja montera que la cubria; siendo las demas prendas del vestido igualmente pobres y miserables. El hombre siguió inmóvil, á pesar del ruido que á su llegada hizo Alfonso.

«Buenas noches», dijo éste, pero sin alcanzar respuesta.

«Estará enfermo?» dijo para sí Alfonso. Y luégo añadió: «Qué tiene V.? le ha dado algo?»

El hombre permanecia como si fuera de piedra; con lo que, Alfonso, perdiendo la paciencia, se acercó más, y quitándole las manos de la cara, le dijo:

«Está V. enfermo, ó qué?» —

Pero el hombre se quedó mirándole, y luégo, sin de-

cir palabra, volvió á apoyar la frente en las manos, quedándose exactamente en la misma postura que ántes de llegarse á él Alfonso.

Parecióle á éste que la conducta del tal hombre más tenía de burla que de otra cosa; y como la sangre se le iba subiendo á la cabeza, dijo, lleno de ira:

«Señor mio, me quito el sombrero para preguntarle si está enfermo!»

Alfonso, con el sombrero en la mano, aguardó un rato; pero viendo que así podia estarse hasta la consumacion de los siglos, sin lograr cosa alguna, exclamó, furioso:

«Yo te haré que, á propósito, porque sin duda lo has hecho á propósito, — vengas de noche á espantarme el caballo, luego te escondas, y despues te encuentre, para que me niegues hasta la palabra, cuando sé de cierto que no eres mudo. — Fuera esas manos, y en pié, á contestarme — pronto, ó —

Alfonso tenía fuertemente asido un brazo del desconocido, el cual permanecia sin dar señales de vida; pero de improviso se levantó como á impulso de resorte, con los ojos centelleando de cólera, convulso el cuerpo, los puños apretados, y se puso á mirar á Alfonso de hito en hito.

«Gracias á Dios», le gritó éste; «gracias á Dios, que nos vemos las caras; — vamos, no tiene V. traza de enfermo; — dónde está mi caballo? — Pronto!»

Y Alfonso levantaba el baston; pero al mirar aten-

tamente á aquel hombre, vió que era viejo, y tenía la parte inferior del rostro cubierta de barba casi del todo blanca, y la cabeza calva. Alfonso se avergonzó de su conducta; rápido como el pensamiento, soltó el brazo al anciano, y recogiendo la montera, que habia caido al suelo, se la puso en la cabeza. El desconocido, volviendo á los mismos monosílabos roncos y bravíos que la primera vez, se acercó á la hoguera, y Alfonso le siguió.

Continuaba aquel al lado del fuego, dando gritos, pronunciando ciertas medias palabras que Alfonso no comprendia, y en seguida, mirando al jóven, le dijo, medio en castellano, medio en gallego:

«Has de acordarte *d'o Meigo* (1)—del brujo—has de acordarte *d'o Meigo.*— Él no te buscaba á tí, pero tú le has venido á buscar. Has de acordarte de él; te lo juro. Has de venir á pedirme de rodillas que te perdone, y no te perdonaré.— La desgracia te ha de perseguir siempre, negándote cuanto desees. —Vén acá, para que te maldiga á la luz de la hoguera.»

Alfonso, que tantas veces se habia reido de brujos

(1) *Meigo* es siempre, ó casi siempre, en Galicia, un sér dañino y maligno. Hay meigos ó meigas, hombres y mujeres; hay hasta lobos meigos. Con todo, suele haber meigos muy tratables y de buena pasta, si bien á veces tienen un tanto desarreglado el cerebro, y con sus palabras y acciones descompuestas dan lugar á que el crédulo y cobarde vulgo les mire con aversion y desvío.—

y brujas, seguia sin creer en ellos, pero tampoco se reia ya. Su educacion é inteligencia eran más que suficientes para hacerle rechazar absurdas ideas; y con todo eso, suponiendo que tuviese que habérselas con un loco, no era cosa muy agradable; de ese modo, sintió la opresion que se experimenta siempre á solas con un desgraciado demente.

El Brujo, ó Meigo, como se llamaba á sí propio, con voz ménos áspera, aunque siempre igualmente ronca, dijo:

«Yo he visto tu cara.—Te conozco hace ya mucho tiempo.—Dime quién eres.»

«Si eres Meigo, lo sabrás tan bien como yo, por lo ménos», contestó Alfonso, sonriéndose.

«No te burles», contestó furioso el viejo, «porque sólo el ser quien supongo te puede salvar de mi maldicion.»

«Y á mí, qué me importa tu maldicion, brujo del diablo? Crees, por ventura, que soy algun niño, para asustarme con hechicerías?»

«*Neno* eres», contestó el Meigo; «*neno cativo!*—por eso me das pena.»

«Vaya, vaya, acabemos; dime, si lo sabes, en dónde está mi caballo, ó si no, señálame el camino para irme á casa; por lo demas, tu maldicion me importa poco.»

«Mi maldicion! Sabes lo que vale mi maldicion? Pobre neno! Pregunta en tres leguas á la redonda

si *non* vale nada la maldicion del meigo de San Pedro!»

«Vamos, vamos; pues eres de San Pedro, dime dónde está el Pazo.»

«Tienes ojos y no vés,—estás en el soto del Pazo, y no sabes dónde está el Pazo, *neno cativo*.»

Alfonso, harto ya de oirse llamar *neno* y *cativo*, exclamó: «Pues dime por dónde diablos se vá; que yo no acierto.»

«Dime quién eres.»

«Para qué?»

«Pues bien, escucha», repuso, lleno de cólera, el Meigo; «yo, que tengo poder para que no medre el hombre, ni crezca la planta, ni dé hojas el árbol, ni un paso más la bestia, despues de malditos por mí; yo, que tengo poder para maldecir á todos, ménos al señor y á la señora del Pazo y á sus hijos, porque siempre han sido buenos conmigo y los mios— Yo te—»

«Pues entónces no te tomes ese trabajo», dijo Alfonso, «porque soy el señor del Pazo de Cela.»

El Meigo asió con fuerza al jóven del brazo, y llevándole hácia la hoguera, le miró atentamente, exclamando despues con voz más suave:

«Tiene razon; mucho se parece á su madre!»

Dijo, y soltando el brazo de Alfonso, se sentó de nuevo en la piedra, en igual postura y con la inmovilidad de ántes.

Maravillado de véras el jóven, se quedó contem-

plando á aquel hombre tan extraño. Por de pronto respiró libremente; pues, sin darse cuenta de ello, la verdad era que se habia sentido como libre de desagradable pesadilla al ver que el Meigo no le maldecia. Sorprendíale ademas la alusion á su familia, y sobre todo, la semejanza que aquel hombre habia hallado entre él y su madre; semejanza que existia realmente. Mas, como nada sabía hasta entónces acerca del viejo, lo único que podia hacer, era preguntar en cuanto llegase á casa.

Estába, pues, en su soto, siendo éste, como era, pertenencia del Pazo; de manera que pronto podia dar con la casa, aunque fuese solo; con todo, deseaba sacar alguna palabra más al Meigo, el cual, mustio y silencioso, seguia en su postura predilecta.

«Veo», le dijo, «que he andado con V. un poco ligero; pues, segun parece, ha sido siempre amigo de mi familia.»—

El Meigo continuó mudo é inmóvil.

Alfonso, conteniendo su impaciencia, prosiguió:

«El caso es, buen hombre, que por su culpa, esto es, á causa de sus gritos, he perdido el caballo, y áun el camino; pues si bien estoy en el soto, se halla todo en oscuridad tan completa, que he de tardar buen rato ántes de verme en la cama.— Sin contar con que Dios solo sabe por dónde anda á estas horas el dichoso jaco.»—

Alfonso se acordaba todavía de su hermoso alazan

inglés, y llamaba jaco á la que en cualquiera parte fuera tenida por cabalgadura harto decente.

«Bueno; pues el señor Meigo se empeña, aguardaré aquí, al amor de la lumbre, hasta que se digne contestarme.»

Parte de esto, se lo dijo á sí propio, y parte al Meigo. Siguió un momento calentándose, porque el rocío le habia calado hasta los huesos; pero, hallándose ya un tanto confortado, se volvió al anciano y le dijo—

No le dijo nada, porque no habia nadie con quien hablar, y la piedra estaba sola y abandonada. Alfonso, harto ya de apariciones y desapariciones, juró no volver á andar de noche por las corredoiras de Galicia, sin guía. El buen hombre debia de estar loco, porque, si hubiera querido robarle, tiempo habia tenido para ello; y con todo, el jóven no dejaba de mirar al rededor, por lo que pudiera suceder. Pero, como el rocío iba siendo cada vez más fuerte, se acercó de nuevo á la hoguera.

«Cuando usía quiera, puede venir.»

Esto oyó Alfonso al otro lado de la pared, es decir, fuera del recinto de la casa. Llegóse á ver quién le hablaba, y vió al Meigo con la montera en la mano y el caballo del diestro.

Nada sorprendió tanto á Alfonso como la mudanza de la voz del anciano. Era ésta siempre ronca, mas parecia imposible fuera la del mismo que poco ántes gritaba con tan horrorosos aullidos.

«Qué es eso? habia V. ocultado mi caballo?» preguntó Alfonso.

«No, señor; le hallé ahí abajo.»

El Meigo habia perdido toda arrogancia, pero seguia siempre melancólico y taciturno. Alfonso montó á caballo, y el anciano tomó las riendas.

«Adónde me llevas?»

«El padre de usía no tuvo nunca miedo, como su hijo.»

«Guia», dijo Alfonso, resuelto á abrirle la cabeza con el baston á la menor accion sospechosa.

El Meigo, con la montera en la mano, llevaba el caballo del diestro. Detúvose por un momento, y se oyó abrir lentamente una puerta.

«Caí en la trampa», dijo para sí Alfonso; «este pícaro—»

El caballó alzó la cabeza, como si álguien le hubiera espantado, y la puerta acabó de girar, dando el animal alegre relincho. Dos mujeres salieron al encuentro con sendas luces, llorando y haciendo al mismo tiempo mil exclamaciones de alegría.

«Vaya, señore, vaya, sea bien venido. Ya creiamos que se habia puesto malo.»

«Gregorio y Jacobo, há más de tres horas que le andan buscando. Entre, señor; no le ha pasado nada? Vaya, gracias á Dios, que parece que no! Venga muy dichoso!

«Bendito sea Dios», exclamó Alfonso, «que al cabo

me hallo en mi casa. Lo veo, y no lo creo; gracias á ese pobre viejo— pero— dónde está? »

Pepa y la cocinera se miraron atónitas, creyendo que su amo se habia vuelto loco.

« Pero, señor, si él mismo ha traido el caballo de las riendas! En dónde está ahora? En dónde está?»

« Quién, señore!», dijo Pepa, «no hemos visto á nadie. Usía venía solo.»

« Cómo, solo! Pues—y las riendas?», dijo Alfonso, echando mano á la crin del caballo para apearse, y al mismo tiempo tocó las riendas, que estaban sobre el cuello del animal, y no caidas, como debia de haberlas dejado el Meigo. Miró en derredor, llamó; mas todo en vano. En esto, oyó las voces de Jacobo y Gregorio, los cuales venian rendidos de andarle buscando.

«No habeis encontrado al Meigo?»

«A quién, señor?»

«No habeis hallado á nadie?»

«A nadie.»

«Pues, señor, vamos á la cama, á seguir soñando!—»

CAPÍTULO XIII.

Corcilla temerosa,—
—Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafía
Su voladora planta;
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado aliento.
—GÓNGORA.—

Eran ya no pocas las personas que habian estado á ver á Alfonso, á título de amigos unos, y otros de vecinos; pues en el campo se consideran tales, y lo son, los que viven á una ó dos leguas de distancia.

El primero, que era tambien el más próximo, se llamaba Don Santiago Souto de Rios, y tenía por armas parlantes en el escudo, que Alfonso vió á la puerta de la casa, un soto en medio de dos rios; verdadera y genuina representacion del apellido de su dueño.

Habia estado Souto á ver á Alfonso, á los tres dias de la llegada de éste al Pazo; de modo que nuestro jóven experimentaba á manera de remordimiento de no haberle visitado ántes, y sobre todo, primero que al Conde de Sada; bien que no ignora el lector la causa de ello.

Con grandísimo placer vió que, no obstante la diferencia de edades, habria conformidad de carácter é inclinaciones entre él y Don Santiago Souto. Este, por su parte, le recibió con tan benévola franqueza, que ambos conocieron habian de ser sinceros y leales amigos, andando el tiempo.

Los sesenta años de Souto no habian quebrantado su recia complexion. El cabello, casi blanco, era todavía por demas espeso, y la fisonomía conservaba tal expresion de benevolencia, que cautivaba; los finos modales y el extremado aseo de su persona daban á entender que era hombre de buena crianza desde la cuna; cosa que en nuestros tiempos va siendo cada vez más rara.

Souto habia empezado por guardia de la Real Persona, y servido luégo en caballería, retirándose de coronel.

« A pesar de mi edad », decia el veterano á Alfonso, hallándose ambos sentados en el despacho del primero; « á pesar de mi edad, no se me conoce más que una manía, y es, que no quiero por ningun estilo hombres en mi casa. Ayuda de cámara, no le necesito; para el cuidado de la ropa, despensa y demas, tengo un ama de sesenta años, por el estilo de los mios; es decir, que está aún fuerte y robusta.»

En la cocina hay, por supuesto, una mujer; en el jardin y la huerta, una jardinera-hortelana; mi viejo caballo de batalla tiene palafrenera; y en fin, para

las vacas hay una *rapaza* de catorce años, que las cuida á las mil maravillas.

«Y paz, logra V.?» preguntó Alfonso.

«Así, así, amigo mio», replicó, riéndose, Don Santiago.

«Extraño que teniendo en tanto aprecio á las mujeres, no se haya V. casado.»

«He sido siempre solemnísimo egoista. No tengo disculpa; mas, ya que me ha faltado valor para aguantar á una mujer, en penitencia tengo la casa llena de ellas, todas viejas y feas, excepto—»

«Tio! tio! no me quiere V. contestar?»

La voz venía del jardin, y era dulce y femenil.

«Es mi sobrina», dijo Souto, asomándose á la ventana.

Imitóle Alfonso, y vió en el jardin á una jóven, como de diez y siete años, vestida de luto rigoroso. Su tez, de extremada blancura, resaltaba áun más, gracias al color del traje; los cabellos eran de ese hermoso color rubio, de visos dorados y oscuros, que los ingleses llaman *auburn;* los ojos, pardos y maravillosamente rasgados; la boca, graciosísima, aunque un poco grande.

«Querias algo, Elvira?» preguntó Souto desde la ventana.

Elvira permanecia cortada, despues de ver á su tio en compañía de un extraño.

«Vamos; pues no me contestas, irémos al jardin.

«— Alfonso, dispénseme V.; pero, á quien Dios no le dió hijos, el diablo le da sobrinos. Voy á ver qué quiere esa chiquilla. —»

« Vamos los dos, si no hay inconveniente. »

« Ninguno. »

Bajaron ambos, pero no habia ya nadie. Elvira, conociendo por las pisadas que su tio no bajaba solo, se alejó medrosa y tímida como una gacela. Hubo Souto de llamarla dos veces, y muy formal, para que al fin viniese. Su rostro, que Alfonso no habia visto sino de léjos, era más bello todavía, encendido como la grana. Alzó los hermosos ojos, saludando, no sin gracia y donaire, aunque con mucha timidez, al joven, el cual dijo:

« Tiene V. una sobrina bellísima, Señor Don Santiago. » —

« Así, así, amigo mio; pronto hará un año que su madre murió, y como la pobre quedaba sola en el mundo, con escasos bienes de fortuna, la traje de Puentedeume, en donde hasta entónces habia residido. Es decir, que Dios no me habia dado hijos— »

« No acabe V.; no es justo decir que el diablo haya sido, ni áun en broma, capaz de darle á V. sobrina semejante. »

« Vaya, veamos, señora sobrina, qué se os ofrece? » dijo Souto.

La jóven siguió callada, y por último dijo:

«Nada, tio; únicamente deseaba ver á V.»

«Cosas de mujeres! grandes secretos para nada!

«Si no es hoy, será mañana; algun dia lo sabrémos.»

«La verdad, tio, aquí hay esta carta del Conde de Sada; y como supongo será un nuevo convite, casi me estaban dando deseos de esconderla para que no llegase á manos de V.»

«Pero, mujer, no te gusta aquella casa tan lujosa, y aquellas señoritas, poco mayores que tú, siempre tan afables contigo!»—

«Como V. quiera, tio.»

«Como V. quiera, tio, no es decir nada; pero, en fin, no te apuro más, porque al cabo mi amigo Don Alfonso Vazquez de Cela es persona nueva para tí.

»Con el tiempo, espero sea para nosotros verdadero amigo de confianza.»

«A dicha lo tendré, y completa, si lo llego á lograr», dijo con no poco ardor Alfonso, mirando á Elvira; pero se contuvo al ver que ésta se ponia de nuevo encendida, y el tio les miraba alternativamente.

«Elvira», dijo Souto, «el señor es hijo de mi mayor amigo; su padre y yo fuimos compañeros de armas desde muy jóvenes, y siempre nos hemos querido por hermanos.» «Así es, amigo mio», añadió dirigiéndose á Alfonso, «que no pude ménos de irle á ver á V. en cuanto supe su venida.» «Elvira, ten presente, sobrina mia, que considero al señor como cosa

propia. Eres buena», añadió riendo, « y no tendrás celos por eso ; no es verdad » ?

«Como Vd. quiera , tio.»

«Qué diablos estás ahí diciendo? Me has entendido lo que he dicho?

«Sí, tio, sí», se apresuró á decir Elvira.

«Pues entónces, á qué esa frase tan inoportuna?»

«Es que—tio, la verdad—como el señor—vamos, yo no sé!» añadió, completamente turbada, Elvira; «por hoy le suplico á V. que me permita despedirme.»

«Anda con Dios, anda con Dios; pero mira que Alfonso Vazquez de Cela es para mí como un hijo; lo entiendes? Mira—ven acá—dale la mano, en señal de amistad.»

Elvira se acercó indecisa , miró cortísimo rato á su tio, despues á Alfonso, y dijo :

« Tio, basta que V. me lo mande—pero no me atrevo—otro dia será—porque he estado hoy tan torpe y poco amable, que el señor de Cela no me lo perdonará, de seguro. »

Dijo, y se alejó prontamente, no sin saludar con timidez á Alfonso.

«Bellísima es, por cierto», dijo éste.

«En la cara tiene retratada el alma», repuso el tio.

CAPÍTULO XIV.

The dinner and the soirée too were done,
The supper too discuss'd the dames admired.
—LORD BYRON, *Don Juan*, canto XVI, 8.—

Es la festividad de San Juan Bautista; Don Juan Quiroga celebra con una comida el felicísimo acontecimiento, anual é infalible, durante el espacio de tiempo que tardan en pasar veinte y cuatro horas, nada ménos que los dias del insigne, preclaro y excelentísimo—ya que no excelente—señor Conde de Sada.

Osténtanse en las paredes del comedor malas copias de Pablo de Vos, que allí sirven tan bien como si fueran originales. La mesa se ve profusa y liberalmente servida; cosa que no acaece á menudo.

Ademas de la familia, están convidados el coronel Souto de Rios y su sobrina Elvira, Alfonso Vazquez de Cela, un señor Don Ramon Fariña, solamente conocido por la gente con el nombre de *Vinculeiro*, y el cura párroco.

El Conde tiene á la derecha al señor cura y al coronel Souto; la Condesa está entre Alfonso y Elvira, hallándose el Vinculeiro en medio de las dos señoritas de la casa.

VINCULEIRO.

Al verme entre estas dos señoritas, me considero el hombre más feliz de la tierra.

Todos se sonrien con semblante burlon, ménos el Conde, que permanece grave y serio.

SOUTO DE RIOS.

Parece, señor Vinculeiro, que el vino de Jerez despues de la sopa le ha puesto de bastante buen humor!

VINCULEIRO.

Buen humor!—el señor Souto de Rios cree que por una copa de Jerez voy á estar alegre, cuando es el único que bebo á pasto en mi casa?

SOUTO.

Acaba V. de venderse, y de dar la razon á los que le motejan de avariento.

VINCULEIRO.

Avariento! y por qué?— Esto lo dice de mal talante.

SOUTO.

Porque jamas se ha visto en su casa de V. ni rastro de semejante vino; prueba evidente de la avaricia con que le oculta á sus amigos.

CONDE.

Contra avaricia, largueza; no es verdad, señor párroco?

La mesa queda en silencio, sin oirse más que el hablar bajo de Elisa y Elvira. El Vinculeiro come por cuatro y bebe en proporcion.

ALFONSO.

Nosotros aquí muy tranquilos; miéntras se están en Crimea haciendo pedazos, rusos, ingleses, franceses y turcos.

VINCULEIRO.

Y turcos; es verdad.

SOUTO.

Se me figura que el Vinculeiro prefiere las esposas de los últimos.

VINCULEIRO.

De los últimos? No entiendo.

SOUTO.

Las esposas de los turcos.— Vamos á ver, la mujer del quesero, qué será?

VINCULEIRO.

Puede muy bien ser mandadera.—

SOUTO.

El Vinculeiro las coge al vuelo.

VINCULEIRO.

A quién cojo yo al vuelo?— No entendí; estaba distraido.

El Vinculeiro se queda con la boca abierta, al ver que la mayor parte de los que están en la mesa se rien. Un criado le presenta un plato de perdices, y se pone perdiz y media.

Conde—conservando á duras penas serio el rostro:

Señores, caridad! Señor Vinculeiro, el coronel Souto de Rios ha querido dar á entender que era V. amigo de las turcas.

VINCULEIRO.

Las turcas! Si son bonitas, no hay— pero es el caso, señor Conde, que no conozco á ninguna.

Conde—mirando á los demas:

Es hombre sencillo y sin malicia.

El Vinculeiro come y calla, y dice para sí:

« En efecto, eso de las turcas no lo entiendo; pero en cuanto á lo de hombre sencillo y sin malicia— dame pan, y dime tonto.» Alfonso, que no puede apartar los ojos de Elvira, cree ya necesario decir alguna cosa.

ALFONSO.

Puedo decir que cuando estuve á pagar la visita al señor Vinculeiro, acababa éste de comer, segun me dijo, y yo lo aseguro; pues en su cara se conocia que habia bebido— Jerez, y en bastante cantidad.

VINCULEIRO.

Cantidad; sin embargo, jamas me hace efecto.

ALFONSO.

No se me habia ocurrido que V. se emborrachára;

pero de eso, á que se ponga alegre— decidor, no puede V. negar tal cosa; pues se le conoce que está deseando decir algo bueno á esas dos señoritas tan bellas, entre quienes se halla sentado.

VINCULEIRO.

Sentado; es verdad.

CONDESA.

Señor cura, le gusta á V. esa manteca que tiene á su lado? La hago yo— esto es, la mando hacer.—

La Condesa, fascinada por la imperiosa y enfurecida mirada del Conde, tartamudea y se calla.

VINCULEIRO—tomando manteca:

Señora Condesa, ha hecho V. tambien esta manteca que tengo á mi lado?

Silencio completo. El Vinculeiro aguarda la respuesta con la boca llena y mirando á la Condesa. La Condesa se pone de mil colores.

VINCULEIRO.

Está tan buena, que de seguro—

CONDE—aparte: Majadero!

Los convidados se miran unos á otros, como temiendo tempestad.

VINCULEIRO—sin comprender los combustibles que apila á cada pregunta:

He acertado, señora Condesa? Tambien ha hecho V. esta manteca?

CONDE—con ademan de Júpiter tonante:

Esa manteca, buena ó mala, la habrán tal vez he-

cho de órden de la Condesa; pero podia V. acordarse de que no habla con ninguna vinculeira, capaz de ponerse hacer la manteca por sí propia.

VINCULEIRO—cayéndosele el pan con la manteca de las manos:

Por sí propia; es verdad.—

Quédase callando y haciendo reflexiones acerca de su tontería.

El Conde mismo, á pesar de la excelsitud de sú persona, no puede ménos de sonreirse, aunque enojado. Los demas, ménos la Condesa y el Vinculeiro, sueltan la carcajada.

Acabada la comida, todos pasan á otra habitacion á tomar café. El Conde se pone á pasear con el párroco, las señoras embroman al Vinculeiro, y éste sigue dando por toda respuesta, casi siempre, la última palabra que oye. Souto y Alfonso se asoman á una ventana que da á la ria de Ares.

«Hermosa comarca!» exclamó Alfonso.

«Hermosísima», repuso Souto; «pero, créame V., en este instante no me deja ver nada el remordimiento de lo que he hecho pasar al triste Vinculeiro.»

«Y por qué?»

«No crea V. que no lo merece, y mucho más todavía; pero no deberian tratarle aquí de esa manera.—Ya le hablaré á V. en otra ocasion con más claridad.»

«Señores», dijo la Condesa á Souto y á Alfonso,

«quieren VV. una taza de café? Está molido por mi misma— órden.»

La Condesa miró aterrada á su mirado, el cual, por fortuna, se hallaba al otro extremo de la habitacion.

Entre tanto, Alfonso miraba cuanto podia á Elvira; Marta y Elisa empezaban á hacerse cargo de ello, y de resultas, se mostraban más frias con Elvira y más amables con Alfonso. El Vinculeiro, sofocado con lo que le habian dicho, y sobre todo, con lo muchísimo que habia comido, soplaba, hinchando cuanto podia los carrillos, y respondia de vez en cuando á lo que le hablaba la Condesa: «Es verdad.»

A esto alzó la voz Marta, diciendo:

«Galicia! —Jesus— no la puedo ver!»

«Tan mal quiere V. á su tierra?» exclamó Alfonso.

«Afortunadamente, no lo es, pues he nacido en Madrid.»

«Yo he nacido aquí», dijo Elisa, «en esta misma casa; pero puedo decir que tampoco soy gallega, pues me he criado y he vivido casi siempre en Madrid.»

«De todas maneras, el Conde es de la tierra», añadio Alfonso.

«Pero no nuestra madre», repuso Marta, «que por la suya desciende en línea recta del emperador Motezuma; y en cuanto á nuestro abuelo materno, es verdad que era natural de Galicia, pero desde muy óven estuvo viajando, unas veces por Filipinas,

otras por el Perú, y otras por Méjico, en donde se casó.»

El lector sabe ya que la Condesa era hija de un tendero español de Méjico, cuya esposa, la descendiente del emperador Motezuma, segun su nieta Marta, era una india de la campiña, que llevaba todos los dias frutas y hortalizas á vender á Méjico, hasta que, habiéndola conocido en el mercado el tendero Don Juan Fernandez, el santo matrimonio les unió con lazos indisolubles y eternos. Tal era el orígen de Doña Tomasa Fernandez, que *no era gallega.*

«Estas señoritas», dijo Souto, «me han oido llamarlas ya más de una vez gallegas renegadas.»

«Bah! cosas de Souto!» repuso Elisa.

«Y Elvira, tambien es renegada?» preguntó Alfonso.

«No conozco más tierra que ésta», respondió Elvira; «en ella he nacido, y en ella pienso morir. Cómo quiere V. que reniegue de ella?»

«Dice bien», exclamó Souto.

«Perfectamente», añadió Alfonso.

«En mí», repuso Elvira, «ademas de gusto, es deber.»

«Tiene razon», dijo Marta, «para quien ha de vivir en este rincon, como la ostra en el hueco de una peña — no hay más remedio que la conformidad.» —

«Sí, hija mia», dijo el Conde al pasar, «razon tienes; la conformidad.»

«Pues, señor», exclamó Alfonso, «desde ahora

propongo á Marta y á Elisa que me apedreen, porque me declaro franca y resueltamente gallego. Mis padres lo eran, y yo, por casualidad, no he nacido en esta hermosa tierra. Los pocos bienes que me han quedado, despues de mi desgracia, en ella los tengo; en ella me hablan de mis padres los que fueron sus amigos; me recuerda mi familia todo cuanto me rodea; y hasta los nombres de los pueblos tienen para mí cariñoso atractivo; pues los he oido de niño en los labios de mi madre querida. Es, pues, de extrañar que ame á Galicia?

»Miéntras viva, conservaré en la memoria mi primera entrada en ella. Iba anocheciendo; habíase parado el carruaje para mudar tiro en una casa aislada, rodeada de árboles, y al márgen de un arroyo; el cielo se presentaba nubloso, y era el ambiente húmedo y apacible. El agua del riachuelo salia por el lóbrego arco de un molino, rauda y espumosa; pasando luégo á mis plantas con suave rumor. A lo léjos, entre los castaños y robles del monte, cantaba una mujer; su voz, triste y suave á la par, en medio de la oscuridad, ya casi completa, de la noche, y del silencio, solo interrumpido por el murmullo del agua, llegaba al alma. Todo lo que me rodeaba tenía tal aspecto de vago ensueño, que me entristecia y hechizaba á la vez.— Hallábame al cabo en la tierra de mis padres, y parecia que aquella voz lejana y plañidera entonaba tristísimo canto, para advertírmelo así.

»Madre mia, padre mio! Cual acudió vuestro recuerdo á mi mente!—

»Por fortuna era de noche, y así nadie me vió llorar.— No sé qué correspondencia simpática hallaba en todo; mas en aquel momento jurára yo haber venido otras veces á Galicia. Tanto me habian hablado de ella mis padres, que me imaginaba de vuelta, despues de larguísima ausencia.— Si llego á estar sólo, de seguro beso aquel suelo, sagrado para mí. Despues de tan solemne declaracion, no tienen Marta y Elisa más remedio que apedrearme.»

«Habla V.», exclamó Marta, «como nuevo en la tierra. Cuando vea la falsedad del carácter gallego, la perfidia de los paisanos y la falta de franqueza de todo el mundo, entónces no dirá V. tantas lindezas de Galicia.»

«Podrá ser», respondió Alfonso, «pero perdóneme V. el que ponga en cuarentena lo que me dice; no porque dude un solo momento de su sinceridad.

»Existe la mal fundada costumbre de hablar mal de Galicia, en todo y para todo; de manera que hasta algunos gallegos creen dar prueba de mundo y buena crianza con hablar lo peor que pueden de su tierra; —no crea V., Marta, que lo digo por V.»—

«Cualquiera lo diria», dijo ésta riéndose.

«Ahora se convencerá V. de que no es así», repuso Alfonso. «Apénas llevo un mes en Galicia, corto tiempo, en verdad, para conocer plenamente el ca-

rácter y costumbres de sus hijos; pero desde luégo aseguro á V. que éstos han sido calumniados por todo el mundo; y, lo que es más increible, por algunos malos hermanos.—

» Verdaderamente dá grima que miserables sin vergüenza hablen mal de esta tierra hospitalaria, despues de ser recibidos en palmas. Hay, por ventura, pueblo alguno de España, en donde el forastero se vea acogido como en Galicia?

» Por cierto, que si el carácter fuera cual pretenden, no sucederia lo que acabo de decir. En cuanto á la perfidia de los labradores gallegos, francamente, señora, se estremece uno de horror, sólo al considerar el tristísimo estado del millon de infelices que labran y benefician el suelo de Galicia.

» Perfidia llama V. á que miéntras los míseros, cuyas ruines viviendas rodean la opulenta mansion de su padre de V. no prueban la carne en todo el año, sino es en tal cual solemnidad extraordinaria, ni llevan á sus labios más pan que la broa (1), pueda V. dormir tranquila en su lecho, sin que haya armas ni defensa alguna en la casa, hallándose V., como se halla, segura de que su reposo no ha de ser violentamente interrumpido por alguna cuadrilla de criminales, de ésas que deshonran todavía el suelo de otras provincias de España?

» Quiere V. humillar á los paisanos de su padre,

(1) *Boroa* ó *broa*, pan de maíz. *Bara*, en sanscrito, pan.

puesto que V. los rechaza, diciendo que son cobardes, y sufren y callan por miedo? Entónces pregunte V. á militares encanecidos en la carrera y que sepan su obligacion; ellos la dirán que el soldado gallego es tan valiente como cualquiera otro, y sin disputa, el más sólido y firme en su puesto.

»Gran perfidia es padecer y callar; gran falta de franqueza el recibir con los brazos abiertos á todo advenedizo, tal vez con excesiva y punible buena fé; dando lugar á que éste, indigno de la honra que recibe, pague con injuriosas calumnias el noble acogimiento de esta tierra generosa!

»Será posible, señores, que haya todavía que llamar á Galicia, diciéndola: «Despierta, desecha tu letargo, pues vales tanto como la que más!

»Ten confianza en tí; adelante, Galicia, que ya ha llegado tu hora!»

«Es V. gallego entusiasta», dijo á esto el Conde, «pero—» el Conde miró á la reunion, que poco á poco habia ido formando círculo al rededor de Alfonso, y despues de ver que todos le escuchaban en silencio, continuó pausadamente: «pero—es V., más que nada, entusiasta socialista.»—

«Yo?» dijo Alfonso.

«Usted», respondió el Conde, «es V. socialista—pero socialista en toda la extension de la palabra.»

Miró el Conde en derredor, y el Vinculeiro dijo: «palabra.» Alfonso exclamó:

«Tal vez sea víctima del contagio, sin saberlo; pero se me figura que indicar ciertos males, y áun apresurarse á remediarlos, ántes que otro venga á aprovecharse de ellos y á beneficiarlos en provecho propio, es acto de caridad, y ademas de prevision; pues no creo merezca llamarse torpeza el quitar las armas al contrario.»

«Al contrario», dijo el Vinculeiro.

Miróle el Conde, cual otro Neptuno, diciendo *quos ego*— y exclamó:

«Señor de Cela, en nombre de qué cosa le da á V. lástima la condicion de esos míseros labradores que dice?»

«En nombre de la caridad cristiana», respondió Alfonso.

«Pues, amigo mio», dijo el Conde, «no habla V. más que en el de la filantropía.» Dijo, y se quedó mirando á Alfonso con lástima.

«Si tiene V. á bien», respondió Alfonso, «explicarme lo que quiere decir, se lo agradeceré.»

«A eso voy», —dijo el Conde; y quedándose distraido, hizo que se iba; mas luégo, como acordándose de repente, añadió: «Si hablára V. en nombre de la caridad— la tendria tambien con los propietarios, contra quienes pone en manos de los pobres la tea incendiaria.» Y el Conde volvió la espalda, seguro de que aquello no tenía réplica.

«Conde», respondió Alfonso, «nó es éste lugar

á propósito; mas, con todo, como soy cristiano viejo y buen católico, me defenderé del cargo que V. me hace.»

El Conde se dignó escucharle.

«Soy», añadió el jóven, «enemigo de todos los que viven de propalar nuevas teorías, que cuanto más peligrosas, mejor suelen darles de comer; detesto á los sofistas de todos tiempos y causas; pero dígame V., Conde; no es verdad que la condicion del labrador gallego es muy triste? No es verdad que la agricultura, con las circunstancias actuales, no puede dar un paso, ni la industria prosperar, ni medrar el comercio? No es verdad que, en vez de recargar la pintura, cuando hablaba con Marta, suavicé los colores?»

«Es innegable», dijo Souto.

«O cree V. que es mejor», añadió Alfonso, «cerrar los ojos al mal, diciendo: puesto que no le veo, no debe de existir?»

«Exís— fué á decir el Vinculeiro; mas se calló, al ver la mirada de basilisco del Conde.

«Prefiere V. lo último?» preguntó Alfonso.

«Yo le diré á V.», respondió el Conde; «no se trata de eso ahora; — lo que sostengo es, que la echa de filántropo.»

«Ay, Conde, Conde, y qué calabaza eres!»

— Se advierte que esto lo dijo Alfonso aparte. —

«Sí, Alfonso; es V. socialista», dijo el Conde.

«Socialista, socialista, sin caridad», dijo Souto; y luégo aparte á Alfonso: «Cuanto le diga V. es echar margaritas á puercos.»

El Conde, entre tanto, despues de dispensar en torno triunfante mirada, se volvió á pasear con el párroco.

Alfonso dijo aparte á Souto de Rios:

«Y esto ha sido tres ó cuatro veces ministro!»

Souto, que se acordaba algo del latin, respondió en voz alta:

«*Sic fata voluerunt.*»

«*Vel voluere*», añadió el Vinculeiro.

CAPÍTULO XV.

EL TIO GORECHU.

Quién no conoce á Don Quijote de la Mancha y á su insigne escudero? Tú los conoces, lector amigo; no es cierto? Pues bien; represéntate, en la figura solamente, á Don Quijote vestido de Sancho Panza, montado en el rucio, y tendrás la *vera effigies* del tio Gorechu.

Pero me dirás: quién es el tio Gorechu, y qué se me da á mí de que se parezca ó no al insigne caballero de la Triste Figura, disfrazado de su escudero? Lo que sucede es, que conoces al tio Gorechu, por otro nombre el tio Goros, y mejor aún Gregorio Couto, administrador, mayordomo y casero al mismo tiempo de nuestro amigo Alfonso Vazquez de Cela.

Ves aquel hombre altiseco, tostado, con los juanetes del rostro prominentes y la boca hundida, como la de quien ha recibido en ella una ó más pedradas de los hombres ó del tiempo; efecto de lo cual, está ya sin dientes ni muelas?

De léjos, al verle en un pollino castellano, rucio,

grande y seco tambien; al verle con la montera en facha y los botines y demas arreos, de seguro creerias hallarte con Sancho Panza y su jumento, ambos recien salidos de alguna larga enfermedad: tal te parecerian de escuálidos y maltratados!

Mas acércate, héle ahí; sin duda ninguna es el mismísimo Don Quijote. Si el rostro demacrado, el cuerpo enjuto y hasta la melancólica mirada, no te hacen creer en semejante hallazgo, dígote desde ahora que no tienes ojos en la cara. Por lo tanto, caso de que por un solo momento hayas dudado de la existencia del héroe de Cervántes, vé á Galicia y le hallarás, si bien convertido en campesino, tan pobre y tan honrado como siempre.

Apénas Alfonso vió á Gregorio, se acordó, como todos, del héroe manchego, y le habló de Cervántes; pero el bueno del tio Gorechu—manera de llamarle, que, sea dicho de paso, habia inventado su mujer, aunque ésta le llamaba tambien á menudo Gorucho—el tio Gorechu contestó que no habia leido en su vida más libros que los de la escuela y los *Pronósticos*, ó lo que es lo mismo, el Calendario. En cuanto á lo de Dulcinea del Toboso, dijo no habia querido en su vida más que á su mujer Pepa de Pepon—esto es, hija de un labrador llamado Pepon.— De todo lo cual dedujo Alfonso que Don Quijote, al perder el primitivo estado de hidalgo, habia tambien perdido la memoria.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el tio Gorechu es, en cuanto al carácter, la personificacion del labrador gallego. Es viejo y anda agobiado por larga vida, empleada en faenas campestres; tardo en comprender, y no ménos en hablar, cuando le dan los buenos dias se queda pensando en lo que le querrán y en lo que ha de contestar, no por falsedad de carácter, como tantas veces se ha dicho torpe é injuriosamente, sino por su tardía comprension. Sin los arranques generosos, á veces calculados, de los hijos del Mediodía, pone siempre cuanto tiene á la discrecion de amigos y parientes. Y eso, sin palabrería ni vanagloria, sino buena y santamente; de manera que todos se quedan diciendo: «Este tio Gorechu es un *buen vasallo*», ó lo que es lo mismo: «es todo un hombre de bien.» Y véase de paso cómo el feudalismo ha dejado en Galicia huellas indelebles áun en el hablar.

Tan bueno es, que, habiendo dado á cuantos han acudido á él gran parte de la *jrasa*—manteca de cerdo—que tenía para hacer el pote durante el año, se ha visto obligado á pedir por favor á Alfonso le permita guardar la que le queda en la despensa del Pazo; pues si la tiene en casa, la dará tambien; sin que su mujer sea tampoco ménos generosa.

Como el tio Gorechu son los más; y los malvados, que allí, como en todas las tierras del mundo, habrá ciertamente, no harán nunca que el labrador

gallego merezca la tacha que algunos paisanos suyos, indignos de serlo, quieren imputarle, de falsedad y perfidia; la cual es verdadera calumnia.

Era, pues, el tio Gorechu persona de íntima confianza de Alfonso. Colono de la casa desde el tiempo de los padres de éste, pudo enterarle muy al pormenor, no sólo de cuanto le importaba, sino de otras mil cosas que para nada servian; pues hay que advertir que si algun defecto tenía el tio Gorechu, era el ser con exceso crédulo. Estallaba en el aire un cohete á media noche; al dia siguiente se le ocurria decir á algun vecino burlon y maleante que la guardia civil habia hecho frente la noche anterior á más de veinte ladrones, y al punto lo creia el bueno del tio Gorechu, apresurándose á ponerlo en conocimiento de Alfonso, el cual pronto le habia conocido el flaco, y así se reia, y no poco, de la credulidad del fiel Acátes.

Acaeció que un dia mandó Alfonso ensillar el caballo, y al punto, esto es, lo más á punto que pudo, se presentó el tio Gorechu, preguntando desde la escalera si se podia *entrare* en el despacho del amo. Este, que se hallaba escribiendo, le dijo: «adelante»; y Goros, Gregorio ó Gorechu entró, dando vueltas á la montera en las manos, y tartamudeando, como siempre que tenía que decir algo nuevo.

«Qué hay, Gregorio? qué ocurre?»

«Nada, señor.» —

« Pues para nada no ha venido. »

« Es verdad, sí, señore. »

« Vamos á ver ; qué se ofrece? Despache V. »

« Entónces, volveré, porque no le quiero estorbar. »

« Vamos, vamos, vivo ; despache V. y dígame qué queria. »

« Si el señor lo manda — »

« Sí, hombre — por Dios, ande V. pronto. »

« Es que, señor — deseaba saber si usía iba á la Coruña ; porque diz que en el monte de la Fame hay cuarenta hombres que roban — vamos, que roban. » —

« Y quién le ha contado semejante desatino? »

« *Hámelo* dicho el Meigo. »

« Hola! Se lo ha dicho el Meigo? Con que ese señor se ocupa tambien en las cosas de este mundo? »

« Se ocupa, señor, se ocupa. »

« Y dice él si ha visto á los cuarenta ladrones? »

« Es verdad. »

« Pues entónces, es un solemne embustero. »

« De todos modos, no debe usía ir solo, sin que le acompañen, á lo ménos, dos hombres. »

« Vaya, vaya, déjeme V. en paz, que no necesito de nadie. Ademas — no voy á la Coruña. »

El tio Gorechu bajó las escaleras, diciendo:

« Por si acaso, montaré en la pollina y le acompañaré. »

CAPÍTULO XVI.

QUE SIRVE PARA SATISFACER Y ACLARAR LAS DUDAS DE ALFONSO, Y TAMBIEN LAS DEL CURIOSO LECTOR.

Nobles campos de Galicia,
Que á sombra de estas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar las faldas codicia;
Dais sustento á la milicia
De flores de mil colores.—
—LOPE DE VEGA, *El mejor alcalde el Rey.*—

«Nunca hemos tenido tanto tiempo de sobra como hoy», decia Alfonso á su amigo Souto de Rios, conforme ambos se paseaban por la semi-inculta huerta del Pazo; «y le voy á hacer á V. unas cuantas preguntas, pues hay ya várias cosas en esta tierra que mueven mi curiosidad.»

«La primera es», contestó Souto, sonriéndose, «por qué no deberia ser tratado el Vinculeiro como lo es en casa del Conde de Sada; no es verdad?»

«Tiene V. razon», dijo Alfonso; «y la segunda, que si sabe V. algo notable respecto del Meigo, cuyo encuentro, hace ya várias noches, le he referido.»

«Contestaré á un tiempo á las dos preguntas—no

se ria V. Alfonso; pues necesito hacerlo así. Por lo demas, estoy seguro de que con eso y alguna pequeña aclaracion, he de dejar hoy satisfecha su curiosidad, la cual subirá de punto cuando le diga que el Conde, el Vinculeiro y el Meigo son parientes bastante cercanos, y lo que tiene más que ver, si se ha de dar crédito á las malas lenguas, el verdadero Conde de Sada es el Meigo. Lo que hay en ello, no lo sé; únicamente puedo decir que el último pleiteó por pobre mucho tiempo, hace ya muchos años, para quitar los bienes y el título á su pariente el Conde, y aunque perdió el pleito, dado que no sirviese de otra cosa, al ménos puso en claro el susodicho parentesco.

» Bien puede V. figurarse cuál sería la pesadumbre del egregio Conde de Sada; mas lo que sucedió fué, que el desgraciado Pelayo Yañez Quiroga, hoy el Meigo, labrador pobrísimo, y colono de su familia de V., se hallaba tan seguro de ganar el pleito, que cuando le perdió, se volvió loco furioso. Desde entónces los aldeanos le llamaron Meigo, y áun él mismo no contesta si le llaman por otro nombre; al cabo de algun tiempo se quedó en el estado en que ahora se halla.

» Su padre de V. miró siempre por él, y ahora he sabido que V. no le abandona tampoco; en lo que hace bien; pero, cuidado, no lo sepa el Conde de Sada, y le tome á V. la misma ojeriza que siempre ha

profesado á cuantos no dejan, como él, morirse de hambre al Meigo, su pariente.

»Gracias, tambien, al dichoso pleito, que tantos disgustos causó y tanto hizo gastar al Conde, se descubrió que el Vinculeiro era, asimismo, pariente, y tambien, segun dicen, tenía más derecho que el actual poseedor. Mas el Vinculeiro, como hombre prudente, se contentó con un prado y campos de tierra labrantía, próximos á su vivienda, cedidos á tiempo; guardándose muy bien de hablar de parentela á ninguno de la familia del Conde; con lo que éste le perdona el no ser más que un triste hidalgo de aldea, sin cruces ni bandas, y sin haber sido en su vida ni siquiera diputado. La verdad es, que el Vinculeiro, poseido, como está, de la avaricia y la gula, satisface ambos vicios, no comiendo en casa más que *broa* y *pote*, y dándose luégo en verano famosos hartazgos en casa de su primo, á quien no llama nunca mas que «Señor Conde.» Ya tiene V. su principal curiosidad satisfecha; hoy he podido responder á lo que más de una vez me ha empezado á preguntar.»

«Tiene V. razon, pues el otro dia habiamos comenzado á hablar de lo mismo, yendo juntos de paseo por el camino real de Castilla, cuando encontramos á su sobrina de V., que venía con la doncella, por lo cual la respuesta se quedó para otra vez. Y á propósito, podrá saberse de dónde venía Elvira, que tanto empeño demostró en callarlo?»

«Despues me lo dijo. Venía de ver á un pobre casero mio, que está en cama baldado, y de llevarle medicinas y un corto socorro de lo que ella va ahorrando de su propio peculio.»

«Tiene V. una sobrina angelical, Sr. D. Santiago.»

Souto de Rios no contestó, y Alfonso no habló más del asunto; siguiendo ambos paseándose en silencio.

Era una hermosísima tarde de Junio.

Quien hable de los deleitosos campos de Suiza ó de la Italia Septentrional, anteponiéndolos á todo, de seguro no ha visto los verdes campos de Galicia, sin contar con que el cielo es más azul y esplendente que en Suiza, y el sol más benigno que en Italia.

Todos los años salen millares de españoles á tomar el fresco y dejar su dinero en tierra extraña, más bien por vivir al uso que por otra razon de más valía. Si esos viajes produjeran alguna utilidad á quienes los emprenden ó á la nacion; si, por lo ménos, causáran placer, pase; pero no se concibe nada más absurdo que la vida de algunos de esos viajeros por las calles de Bayona ó los *Boulevards* de París. En cualquiera de esos puntos, y en el último sobre todo, el calor en verano, cuando no llueve á mares, es insoportable; dias hay de calor sólo comparables á los más fuertes de Madrid. Pues bien, los tales viajeros se pasean de arriba abajo, se arriman á una esquina, fuman, leen los periódicos de su tierra y de sus respectivas opiniones, hablan de ello con sus compatriotas, *se*

hacen ropa, y vuelven á España, diciendo que han estado — y es verdad — y han visto — no es cierto — á Francia.

Nada se diga del que ha puesto los piés en Inglaterra. Ese llegó, lo halló todo negro, y despues de comparar las casas á las de las Alpujarras, volvióse á los dos dias, no sin ver el templo de Westminster, que ya conocia por los grabados, para lo que á él le hacia falta. Ya en su tierra, advirtió que algunos le miraban de cierto modo, en cuanto sabian que habia estado en la Gran Bretaña. Desde entónces se puso á hablar de esta manera:

« Señores, yo, con franqueza, no quiero se diga, ni áun se piense, que soy mal español; amo á mi patria como el que más, pero hay que confesar que esta España es tierra de bárbaros, y deberia darle á uno vergüenza de haber nacido en ella. *La* Inglaterra — hablando á la francesa — oh! *la* Inglaterra!

Si para eso salen de España, muy santo y muy bueno; pero si se quiere pasar un verano agradable, qué comarca de Europa, ni del mundo, puede darse más llena de atractivo que esa gran faja de tierra, cuyas costas empiezan en el deleitoso y olvidado Miño, y tienen por halagüeño remate al histórico Bidasoa?

Distraidos, se habian ido acercando Alfonso y Souto de Rios á un umbroso castañar, propiedad del primero, é inmediato á la puertecilla de la huerta que daba al campo, por donde los dos amigos habian salido-

casi sin reparar en ello. Los rayos del sol se detenian en las espesas copas de los árboles; era el calor no escaso, llegando á molestar bastante, para Galicia, sin que sonára la voz de un solo pájaro; pues hasta la chillona urraca permanecia en silencio, el cual era completo en toda la campiña, oyéndose, á lo más, de vez en cuando el cansado chirriar de la cigarra.

Alfonso y Souto, al entrar bajo los castaños, experimentaron alivio y consuelo; que no hay agradable impresion semejante á la que se siente al ponerse a abrigo del sol en dia de verano, bajo la umbría de árboles frondosos y copados. Poderosos troncos subian altos y rectos, hasta ocultarse en la espesura de sus propias ramas y hojas; eran estas últimas de color verde oscuro, y si alguna, por casualidad, se secaba, pronto caia sobre el helecho de que estaba cubierto el suelo.

« En este famoso bosque concluyen mis dominios», exclamó Alfonso con amarga sonrisa.

» No se asombra V. de mi riqueza?»

Souto tardó en responder, pero al fin dijo:

«No me asombra nada, amigo mio, más que una cosa: teniendo tan pocos ánimos para sobrellevar, no la falta, pero sí la escasez de recursos, cómo ha expuesto V. tan— lo digo?

«Dígalo V.»

« Tan irreflexivamente su fortuna, para que le sucediese lo que le ha sucedido?»

«Eso es llamarme cobarde», dijo riendo Alfonso.

«No, sino hablarle como amigo.»

«Con todo eso, pocas veces me ha oido V. quejarme de mi suerte.»

«No es, precisamente, porque se queje V., sino por la acerba ironía que advierto en su rostro y palabras siempre que habla de su estado actual; cuando debia dar gracias á Dios de no haberlo perdido todo, gracias á su—»

«Acabe V.!»

«No sé cómo hablar, Alfonso; pero veo que V. se ofende, y mejor será mudemos de conversacion.»

«Antes bien le suplico me conteste. Cree V., por ventura, vituperable el haber puesto mis bienes en fianza para que un amigo, hombre de bien, no fuese á presidio; siendo éstos de Galicia vinculares, y no habiéndolos perdido por esa sola razon? He hecho mal?»

«Vaya pues. Lo que V. que hizo, fué en gran manera generoso, pero no calculó bien las consecuencias, segun se deduce de verle acobardado y sin fuerzas, más que para maldecir y blasfemar.»

«Cómo dice V. eso?» respondió Alfonso, pálido de sorpresa.

«Sí, amigo mio, sí; alguna vez habiamos de hablar claros. He sido siempre verdadero amigo de su familia, y le profeso harto cariño, para no descubrir en su corazon la llaga que le lacera. Como á quien violen-

tísimo golpe le priva de sentido, y al recobrarle, va poco á poco haciéndose cargo de las circunstancias de su desgracia; así, cuanto más friamente contempla V. la suya, se va llenando cada dia, más y más, de hiel—hasta que rebose, y Dios solo sabe entónces qué sucederá.—»

«Franqueza completa, amigo mio. Ha acertado V. aunque, tal vez, exagera. Soy infeliz, porque no tengo la grandeza de ánimo suficiente para conformarme con la desgracia á que me expuse. Con todo, no siempre lo soy, créame V.— Al contrario, muchas veces digo: Si hallára una jóven buena, piadosa y sencilla, tal vez sería más dichoso; en lugar de vivir en esta perenne guerra conmigo, que me desespera, y en la soledad, que me aterra. Otras veces, cierto, me parece imposible que haya de llegar el invierno, y tenga de pasarle fuera de Madrid y léjos de mi centro. Sólo el pensar que no me queda otro remedio, acaba con mi paciencia; mas, al fin, todo calla ante la cordura, y pasa. Lo que no me abandona por completo, es el deseo que siempre he tenido de adquirir nombre por mí propio; no contentándome con el que me dejaron mis padres.»

«Entónces, debe V. volverse á Madrid, cueste lo que costáre.»

«Con todo eso, si lo hiciera, siempre habria de echar de ménos esta hermosísima tierra. Ve V. por medio de los troncos de los castaños el verde claro de

los maizales? Oye V.?— A media docena de pasos de aquí circula, casi oculto entre las matas, un arroyo; mire V. cómo atraviesa la corredoira, ahí enfrente, penetra por medio de la cerca de zarza-moras, y dividiéndose en infinidad de arroyuelos apénas perceptibles, corre por ese prado, cuya espesísima yerba está sembrada de margaritas.— Qué rico pañuelo de Cachemira ó de China podrá nunca ofrecer á mis ojos, verde aterciopelado como el de esa pradería, ni flores, por bellas que sean, comparables á esas preciosas margaritas, obra humildísima de la naturaleza? Qué podré hallar en las grandes ciudades, que me resarza de tan deleitosa y apacible vista?

» Como no sean los árboles de telon viejo del teatro Real! Mire V. allá, enfrente de nosotros, en medio de aquel pequeño soto, habrá cuatro ó cinco casas de pobres labradores. Qué no daria un potentado por poder vivir con las puertas de su casa abiertas de par en par, como ellos viven!

» A pesar de todo, oigo, al parecer, una voz, que me dice: « Alfonso, eras demasiado jóven cuando la desgracia llegó á interrumpir tu carrera en el mundo. Dios sabe la suerte que te esperaba! — Dios lo sabe!»

Al decir estas palabras, Alfonso inclinó el rostro sobre el pecho, y las lágrimas se agolparon á sus ojos; si hubiera sido niño ó mujer, habria llorado; mas era hombre, y las lágrimas cayeron de nuevo, amargas como la hiel, sobre su corazon.

«Dios lo quiere — tal vez, Dios lo quiere así!», dijo Souto con los ojos clavados en Alfonso.

Este alzó la noble cabeza, miró al través de los árboles al cielo, y luégo, volviéndose á Souto, exclamó:

«Hábleme V. de Dios, hábleme V. de Dios: harto lo necesito, pues la voz de la honra, que hasta ahora me habia sostenido, no me basta ya. — Hábleme usted de Dios!»

«Alfonso, si yo le hablára de Dios, tal vez lo olvidaria V. pronto; mas — óigame V. Cuando sienta el corazon oprimido; cuando, despues de mirar en torno suyo, tema que la duda y la blasfemia acudan á sus labios — Alfonso, entónces, si no puede V. rezar, acuérdese de su madre!!»

Alfonso miró, lleno de agradecimiento, á su amigo, y permaneció en silencio: dichoso él, que experimentaba alivio en su desconsuelo con la memoria de su madre!

Dichosos todos los que se hallen en semejante caso!

Quedóse el jóven sumergido en tristes pensamientos largo espacio; mas luégo, volviendo en sí, exclamó:

«No se ofenda V. de mi silencio, amigo mio, no se ofenda V. En este momento daba gracias al cielo por haberme concedido corazon capaz de tener, sin cesar, presente la memoria de mis padres. Quién se acuerda ya de ellos en el mundo, más que yo?

»Y tú, madre mia, cuyo recuerdo de un instante se halla grabado en mi mente, de manera que no pa-

sa un solo dia sin pensar en tí cien veces! Tú, cuya hermosa y adorada imágen subsiste perenne ante mis ojos, como hace más de veinte años, cuando yo, niño, apénas podia tenerme en pié.—Oh, madre! seguro estoy de que velas por mí á todas horas, y ahora mismo tal vez te tengo al lado; de otro modo, no te recordaria, como te recuerdo.

»Te ví, madre mia, una vez en mi vida; quiero decir—no me acuerdo más que de esa vez. Pero ésa—te estoy viendo todavía.—

»Cuán bella eras! Tenías poco más de veinte años; tus cabellos, rubios y rizados, caian sueltos sobre la almohada. No he visto, ni veré en mi vida, rosa cuyo color pueda compararse al de tu rostro, ni el cielo sereno me ha parecido nunca amable como tus ojos. Madre mia! estabas más hermosa que el sol ántes de sumergirse en las olas del mar. Y llorabas! Sentado en tu lecho, te miraba en silencio, sin alcanzar la causa de tu llanto.—

»No vi más; nada más oí. Por qué no me dejaron en tu lecho? Oh Dios! tal vez tú misma pedirias me alejáran, para que no respirase el aire que te rodeaba. Así te despediste, madre de mi alma, con los ojos preñados de lágimas—lágrimas de madre!

»Y no osaste siquiera darme el beso de despedida, por miedo de transmitirme el veneno que consumia tus entrañas! Y tu rostro, en vez de disfigurarse, estaba cada vez más hermoso.

»Doce horas ántes te considerabas venturosa con sólo vivir para tu esposo y tus hijos.—En aquel momento, madre mia de mi alma, te despedias de mí llorando, porque ibas á morir!

»Señor Don Santiago, de nadie he sido enemigo, y ménos que nunca, me atreveria á serlo en este instante. Pues bien; amigos, hermanos mios, todos aquellos á quienes he conocido durante mi corta vida, si de palabra, de obra ó por escrito he causado el menor perjuicio á vuestra persona, ó la más leve ofensa á vuestra honra—en nombre de mi madre, os pido perdon!»

Alfonso inclinó la cabeza, y lloró. Souto le miraba en silencio, lleno de compasivo y cariñoso interés.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

—Esta es Galicia;
No reina en estas sierras la malicia
De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones.
—TIRSO DE MOLINA, *La Gallega, Mari-Hernandez.*—

Es harto frecuente, á fines de verano, en cualquier direccion que se recorra la Mariña de Galicia, el oir á lo mejor súbito estampido en el aire, en pos del cual estallan otros muchos á grande altura; con lo que basta poner el oido atento, y volver los ojos á aquel lado, para ver en lontananza una procesion, que al compas de la gaita, y con el inevitable acompañamiento de cohetes, sale de alguna de las infinitas parroquias, cuyas blancas fachadas de trecho en trecho resaltan, en medio de árboles y prados.

La solemne fiesta, celebrada en honor del santo á quien está consagrada la iglesia, suele á menudo ve-

nir acompañada de una feria; hallándose en las de pueblos importantes, como Betanzos por ejemplo, «de cuanto Dios crió»—segun dicen los labradores, —y á bien que éstos se darán por muy contentos de no topar con una tienda rival de la famosa relojería de Losada, de Lóndres, ó de la joyería de Mellerio, de Madrid, á trueco de que abunden el ganado vacuno, que es excelente, el mular, muy bueno, y el caballar, que si bien pequeño, es recio, utilísimo y se vende, no sólo para Galicia, sino para gran parte de España, inclusas las provincias de Andalucía.

Acuden ademas á la feria numerosos mercaderes, cuyo comercio abraza la multitud de ramos que de derecho pertenecen y caen debajo del dominio de todo honrado buhonero, oficio ejercido con extraordinario éxito por muchos valencianos, los cuales, activos y emprendedores, hallan en Galicia por rivales á los hijos de Ancares, valle rodeado de frias montañas, en la raya de Leon.

Hay otras ferias de ménos importancia, y son en mayor número, en las que el único objeto presente es comprar y vender ganado vacuno; verdadera mina de diamantes de Galicia, apénas comenzada á beneficiar. Ademas, en toda feria, otra cosa no manifiesta atrae tambien mucha gente, á saber: el juego, plaga mortal que devora al labrador.

Es, en verdad, singular y curioso el nombre que suelen dar á las ferias, el cual es del dia en que se cele-

bran; de ese modo, la feria mensual de Betanzos se llama «el primero», con lo que el forastero, al oir decir: «mañana es el primero de Betanzos», se queda como quien vé visiones, y esperando con ánsia el próximo dia, primero de la existencia de un pueblo, que cabalmente tanto blasona de ilustre por su antigüedad.

Levantóse Alfonso una mañana temprano, se dispuso, como siempre, con aseado esmero; pues no por vivir en el campo se creia dispensado de practicar lo que, con tanta razon, considera San Agustin como semivirtud; y en seguida llamó á Gregorio.

Entró éste con el pausado andar de siempre, saludó, y quedóse esperando á ver qué le decian.

«Gregorio», dijo Alfonso, «que Jacobo ensille el caballo, y V. apareje la burra, pues tiene V. que venir conmigo.»

«Bien está, sí, señore.»

«Qué se le ocurre? que se queda ahí, mirándome inmóvil como una estátua!

«Nada, señor, no es nada—pero como el otro dia me riñó porque le seguí de léjos.»

«El otro dia», dijo Alfonso, poniéndose colorado, «le prohibí lo que hoy le mando.»

«Está bien, señor. Usía hace bien, porque diz que siguen los ladrones.»—

«Vaya, V. cree cuantas paparruchas le cuentan. Haga lo que le digo, y déjese de tonterías.»

«Está bien, sí, señore», respondió Gregorio, salien-

do de la habitacion, y diciendo para sí: «Con todo, bueno será que vengan con nosotros dos hombres, por si acaso.»

Cuando Alfonso bajó, tenía Jacobo el caballo del diestro, y Gregorio esperaba tambien, al lado de su burro, á que montase el amo.

No queremos decir en qué lugar de la Mariña habia feria el 28 de Junio; así, le llamarémos San Payo, pues hay en aquella tierra infinitos sitios que llevan ese nombre. Alfonso, para ir á San Payo desde su casa, tenía que costear parte de la ria de Betanzos, y atravesarla por un sitio llamado en castellano *sui generis* «*La* Pasaje»; á saber, «El Pasaje.»

El dia estaba anublado, y habia llovido al amanecer, como suele en Galicia, esto es, á cántaros. Alfonso se puso en camino, sin hablar á Gregorio, el cual partió en pos, acompañado de dos hombres, sólo que los hombres eran el Meigo y Jacobo.

Cruzando estrechísimos valles, ó más bien cañadas, por donde bajan las aguas del monte de Santa Marta á la ria; dejando á un lado de trecho en trecho dos ó tres caseríos, entre robles y castaños; resbalando acá y allá, gracias á lo húmeda que estaba la tierra; llegó Alfonso á un sitio, en que el camino torcia con rápidas é intrincadas revueltas hácia el Pasaje; viéndose desde lo alto la barca que sirve para cruzarle; mas apénas comenzó á bajar por entre rocas, matas y árboles, tuvo que poner gran cuidado

para que el caballo no se despeñase por aquel, que más bien era derrumbadero que camino. Tan embebido iba el jóven en sus pensamientos, que ni siquiera habia pensado en Gregorio; el cual, de intento, iba muy detras, para poder hablar con el Meigo y Jacobo.

«El caso es», decia Gregorio, «que há más de media hora venimos tratando de saber adónde va el amo, pero no damos nosotros en ello, ni tú, que eres meigo.»

Este, despues de un rato de silencio, contestó: «*Léveme o demo*, esto es, el demonio me lleve, si sé yo, ni poco ni mucho, adónde va. Pero hasta aquí hubiera apostado cualquier cosa á que iba Á ESTAR con el Conde — ya sabeis», añadió con ceño.

«Irá al 28 de San Payo», repuso el rapaz.

«Bien podrá ser; acaso el rapaz tenga razon», dijo Gregorio.

«Silencio!» exclamó el Meigo; «adelántate, que el amo te llama.»

«Bien podrá ser; *oístele?*

«Sí, hombre, sí; vé corriendo, que te vuelve á llamar.»

«*Ou*, Meigo, y tienes razon; pues es verdad que me llama.»

«Ande, tio Gorechu», decia el muchacho; «ande, que va á hacer al señor venir á buscarle.»

«Anda, hombre», añadia el Meigo; «mira que se va ya cansando de tanto esperar. — Y á fe que

tiene razon; no he visto hombre más pesado que el tio Gorechu. — Jesus, *home!*»

Alfonso, al volver para buscar á Gregorio, temiendo le hubiese pasado algo, pues no le contestaba, vió lo siguiente:

El tio Gorechu, caballero en su burro, miraba tan pronto al rapaz, que le tiraba de un brazo, para obligarle á andar aprisa, como al Meigo, que le tiraba del otro, con el mismo intento.

«Dejen, dejen; voy corriendo. Déjenme á mí, mal pecado! que el señor se va á incomodar si no voy *cedo* — pronto.» —

«Pues qué queremos nosotros, sino que vayas pronto?» decia el Meigo, tirando del brazo de Gregorio hácia sí.

«Ay, tio Gorechu», decia el rapaz, tirando del otro brazo; «venga conmigo.»

Gregorio era ultra-calmoso — por qué no los ha de haber ahora, que hay *ultras* en todas partes, ménos en las columnas de Hércules? Gregorio era pues lo dicho, en grado eminente; ni en su aldea, ni en las del contorno, habia otro tan cachazudo como él; y eso, que el aldeano gallego es calmoso de véras.

El buen hombre no sabía qué hacerse, pues estaba del todo mareado; á Alfonso le retozaba la risa en el cuerpo con tal violencia, que á duras penas pudo contenerse. Los compañeros del tio Gorechu se apartaron, y éste se quedó solo en medio del camino,

tartamudeando, y mirando á Alfonso de modo que hiciera reir á un santo.

Alfonso no pudo ménos de soltar la carcajada; pero pronto se mostró el enojo en su rostro, al reparar en el rapaz y el Meigo; pues conoció iban llevados por Gregorio.

«Quién te ha mandado venir?» dijo al rapaz.

«El tio Gorechu, señor.»

«Pues vuélvete al punto á casa; y cuidado con hacer en tu vida nada que yo no te mande.»

«Está bien, sí, señor», respondió Jacobo, alejándose con prontitud, y desapareciendo por las revueltas del camino.»

Entónces dijo el Meigo: «Nos habia dicho Gregorio que usía queria le acompañásemos, y por eso hemos venido.»

«Pues no hay nada de eso, Meigo; puedes irte adonde mejor te parezca.»

«Está bien, sí, señor», dijo éste, quitándose la montera, y desapareciendo como por ensalmo, segun lo tenía por costumbre.

«Ahora ya estamos solos, señor mio», dijo Alfonso, mirando severamente á Gregorio; «quien hoy ha tomado mi nombre para esto, mañana le tomará para otra cosa peor. Así no podemos seguir; no quiero en mi casa más amos que yo; Gregorio Couto, el hombre en quien tenía toda mi confianza, puedo decir ya que me ha engañado.»

Alfonso iba á proseguir, pero se detuvo al ver rodar dos lagrimones por las arrugadas mejillas del tio Gorechu. « Cuidado con otra », fué lo único que pudo añadir Alfonso, y apeándose, dijo: « A ver, Gregorio, tome las riendas, prefiero bajar por aquí á pié. Para eso le he llamado tanto, sin que me haya querido contestar siquiera.»

«Extraña es, en verdad, la sensacion que me ha causado el ver llorar á ese hombre», decia el jóven para sí, á tiempo que sus piés resbalaban, más bien que otra cosa, por encima de las peñas cubiertas de verdin y cantos rodados, *macadam* primitivo del camino que lleva al Pasaje; y añadia Alfonso:

« De seguro es la primera vez que llora desde niño. Cualquier cosa daria á quien me explicase lo que he experimentado al ver lágrimas en el rostro de ese hombre, que podia ser mi abuelo por la edad, y á quien acabo de reñir. »

No se dijo más, porque, en vez de peñascos, iba ya pisando arena tan menuda y profunda, que sólo á duras penas caminaba. Hallábase al nivel del agua, poco más ó menos; y detras de él se alzaba, lleno de frondosa vegetacion, el monte por donde habia venido; miéntras delante se extendia el arenal, con unas cuantas casas construidas al pié de la montaña, rodeadas de míseros huertecillos, cuyos árboles y plantas daban á conocer con su mísero aspecto lo pobre de la capa vegetal que por allí cubria la arena;

desde las casas al agua áun verdegueaban dos ó tres pequeños ribazos, cuya yerba, á pesar de lo rala y miserable, parecia imposible pudiese haber nacido en semejante sitio; más allá sólo se veia la blanca y uniforme sábana de arena, que por un extremo empezaba en la ria, y por otro concluia en el mar, que tal puede llamarse á la inmensa ria de Ares.

Hácia la mitad, y no mucho ántes de la barra, que á la izquierda de Alfonso levantaba furioso oleaje, la barca, llena ya de pasajeros, se apartó lentamente de la orilla, sin aguardar á Alfonso ni á Gregorio, el cuál, con las caballerías del diestro, caminaba lo más aprisa que le era dable.

Absorto y mudo quedó Alfonso ante aquella vista espléndida, miéntras seguian los tumbos de las olas, que en la barra se alzaban unas en pos de otras, luchando entre sí y deshaciéndose con furor, en guerra eterna, sin tregua ni descanso.

Tiene el hermoso campo de Galicia cierto inexplicable atractivo, triste y melancólico, que para las almas sensibles al encanto de la naturaleza, añade doble mérito al paisaje. Bella es, sin duda, la fértil y frondosa vega, rodeada de montes altísimos y regada por infinidad de arroyuelos, con las márgenes revestidas de árboles; hermosa es, bañada por la esplendente luz del mediodía; la vida rebosa allí por todas partes, y el hombre más tétrico no puede permanecer insensible al ver tanta alegría y hermosura.

Pero no por eso es ménos admirable el paisaje de Galicia. Alfonso experimentaba dulcísima melancolía al ver el cielo anublado, las oscuras aguas de la ria deslizarse ante sus plantas, y las peñas de enfrente oponiendo durísima superficie al espumoso oleaje; el cual, despues de siglos de sacudidas y embates, sólo ha podido darlas apariencia de esponja, sin serle lícito conmover sus basas. Enfrente, la orilla derecha de la ria se mostraba en anfiteatro, cubierta de maíz, trigo, viñedo, y sobre todo, frondosísimos árboles, llenos de hermosura y magnificencia, semejantes á los que por doquiera adornan el suelo de Galicia. En aquellas laderas, de verdor nunca marchito, heria á lo mejor la vista tal cual objeto blanco como la nieve, que era unas veces la cerca, y otras el mirador de alguna alegre casa de recreo.

Mas lo que irresistiblemente cautivaba la atencion de Alfonso, era el ancho brazo de mar, que á su izquierda rompia con creciente furor sobre la costa.

Era éste el famoso *Portus Magnus* de los romanos; las aguas reflejaban el color ceniciento de las nubes, las cuales se hallaban tan bajas, que llegaban á juntarse con aquellas; quedando confundidas, y cerrando de esa manera el horizonte.

La marea crecia, y la resaca y tumbos del mar eran cada vez más violentos; las rocas desaparecian bajo la espuma, que ya las coronaba; y los peñascos más altos se iban al parecer sumergiendo; de pronto

sintió Alfonso como si manos invisibles extendiesen á sus piés una alfombra; miró al suelo, y bien le avino, pues hasta muy pocas pulgadas de él acababa de extenderse una ola, mansa ya, y depuesto el furor en las rompientes de la barra; pero invasora, y como señal del poder superior de las que en pos habian de venir.

Retrocedió el jóven ante el invencible enemigo, y al ver la barca ya de vuelta, y la plancha de madera para el embarque, dispuesta desde la arena, aguardó á que hombres y caballerías, incluso Gregorio con el caballo y el pollino, entrasen, y en seguida entró él, todo lo cual se hizo con bastante órden; cosa que jamás sucede al desembarcar.

Los representantes á bordo del sexo masculino eran sendos marineros en los costados de la barca, hácia la proa, remando, y aldeanos con monteras nuevas, ó sombreros hongos blancos, chaquetas de altos cuellos derechos, calzones y botines de paño pardo, todo lleno de infinidad de botoncitos dorados; cirolas ó calzoncillos más largos que los calzones, fajas encarnadas, y en la mano gran palo, delgado por un extremo, por el otro en forma de porra y casi tan grande como un hombre.

El sexo hermoso, compuesto de personas de diferentes edades, como el otro, formaba más de la mitad de la gente embarcada. Era por demas vistoso el efecto que producian los alegres colores de que se

compone el traje de la *paisana* de la Mariña. Sólo se veian pañuelos blancos y amarillos en las cabezas, esclavinas ó *dengues* encarnados con franjas de terciopelo, y sayas de algodon ó paño oscuro. Por una cosa particular, que ocurre asimismo en las provincias Vascas y en el mediodía de Francia, los hombres llevaban zapatos, pero las mujeres iban todas con el pié descalzo.

En caso de ocuparnos, ante todo, en lo que más bulto hacia, deberiamos haber dicho que por cada persona, á lo ménos habia una vaca ó dos ternerillos, cuyos animales iban sujetos con cuerdas en las astas, y llevados de la mano por los amos, precaucion inútil en Galicia, por lo manso que es el ganado, á no haber otras razones muy poderosas tambien, pues la excesiva division de la propiedad impide dejarle suelto ni un solo instante, con lo que, en vez de pacer la yerba de los prados y ribazos de heredades, haria inmenso daño en los campos de trigo, maíz y verdura.

Al principio, Alfonso, puestos los ojos en el vago horizonte de agua, nubes y niebla, sordos los oidos con las monotonas intercadencias de la marea, sólo interrumpidas por el agudo y prolongado chillido de la gaviota, permaneció ajeno á cuanto pasaba en la barca, esperando á cada momento ver salir de entre la nublosa lontananza la primera vela fenicia ó cartaginesa de las que en otro tiempo solian presentarse por las costas de Galicia. Oyó en esto, por las que-

bradas de los montes de enfrente, un grito bravío, semejante al ronco graznido del ave de rapiña, y otro, tan agudo y más prolongado, le contestó desde léjos.

El jóven, con fantástica imaginacion, llegó á suponer que á vista del enemigo, levantaban las atalayas de los guerreros galáicos el ronco grito de guerra, terror de los legionarios romanos, desde el cauce del Duero al Pirineo.

Es, en efecto, de notar que en toda la costa, desde el Miño al Bidasoa, se haya conservado tan terrible grito, que áun despiden aquellos campesinos, ántes por señal de alegría que en són de amenaza y guerra, como sus mayores.

Ese grito, más bien semejante al aullido de la fiera que á la voz del hombre, se llama entre los vascos *irrizim*; al acto de despedirle llaman, en la Mariña, *asuare* (1), pero en lo demas de Galicia vale *aular* (2), y los gritos, *aturutos*.

Al oirlos, el labrador que está arando suspende su faena; el leñador deja el hacha en el aire, y áun mujeres y niños detienen el paso, para repetir el gri-

(1) *Asuare*, *asubiare*, silbar. Cuantas veces he preguntado á los labradores cómo se llamaban sus gritos, me contestaban, «Asuare, señor.»

(2) Conocidos son los famosos versos de Silio Itálico:

«Misit dives Callæcia pubem
Barbara nunc patriis ululantem *carmina linguis.»*

to, quizás despedido por primera vez á dos ó tres leguas de distancia. En ferias y romerías los aturutos son verdadera señal de contento y bienandanza.

Inesperado choque á bordo, y un coro de chillidos femeniles, hicieron á Alfonso descender á este pícaro mundo, desde los espacios imaginarios, en que, á la sazon, se hallaba.

El empuje de la marea habia arrojado á la barca, que más parecia artesa de amasar harina, contra un peñasco á flor de agua, sin haber ya peligro alguno; pero las mujeres, con sus movimientos desatentados, producidos por el aturdimiento y el miedo, por poco no causan más de una desgracia.

Ni el choque podia ser parte para hacer pedazos la barca, ni las olas tenian en aquel sitio fuerza para ser temibles; pero las mujeres se abalanzaron todas á querer salir, haciendo mil aspavientos, tirando de sus respectivas *vaquiñas* ó *tenreiras* — terneras — y desesperando á los marineros, los cuales, con palabras y acciones más bien rudas que corteses, trataban de poner órden en aquel desconcierto. A todo esto, los *paisanos* se burlaban de sus compañeras, formando reunidos infernal algarabía. Alfonso fué de los primeros que saltaron en tierra, pero no pudo ménos de reirse, á vista de los lances que á cada paso ocurrian durante el desembarco.

Como sólo se podia salir de uno en uno, y ántes habia que pagar el pasaje, no se daban mano los ma-

rineros á cobrar y á tener cuenta con la plancha. Mas, en esto, dos mujeres quieren pasar á un tiempo; una lleva dos terneras, otra una vaca, crúzanse las cuerdas y se enredan; el ganado se asusta, y cae la vaca por un lado de la plancha y las terneras por otro.

«Ay mis tenreiras!»

«Ay *a miña vaquiña!*»

«No hay quién me ayude?»

«*Afora*, *afora*, déjenme paso.»

«Estése, *home*, estése, aguarde á que salga la vaca.»

«Déjenme sacar las terneras.»

Aquí de las maldiciones de unos, de los consejos y ayuda de otros, para sacar á la orilla terneras y vaca; las mujeres gritan por hacer algo, miéntras los que están en tierra se rien de todo, y empiezan á alejarse, trepando por aquellos vericuetos con sus reses; y los que no las llevan, ostentando en el hombro sendos taleguillos con pesetas, cuartos y algunos duros; en resolucion, el dinero suficiente para hacer buen negocio en la *feira*.

Al cabo, vaca y terneras, despues de mostrarse buenas nadadoras, llegan á tierra, y Gregorio sale el último, por variar; pero es justo advertir que su buen corazon le ha hecho prestar ayuda desinteresada á las amas de las reses náufragas.

Poco despues no quedaba en la desierta orilla apénas rastro de cuanto acabamos de referir. Sólo

la marea subia y bajaba, ganando siempre terreno y cubriendo por grados los peñascos que habian servido de punto de desembarco á Alfonso y á sus alegres compañeros de viaje.

CAPÍTULO II.

Que es la moza más gallarda
Que hay en toda Galicia,
Y que, por su talle y cara,
Discrecion y honestidad,
Y otras infinitas gracias,
Pudiera honrar al hidalgo
Más noble de toda España.

— Lope de Vega, *El mejor alcalde el Rey.* —

No léjos del camino que de Betanzos conduce por Puentedeume al Ferrol, hay una pequeña llanura, ligeramente inclinada hácia la ria de Ares, su límite por aquel lado, miéntras al opuesto se ve una iglesia, cuya portada románica y las esculturas que sostienen el arco de entrada la dan aspecto de santa y venerable antigüedad: rodéala el cementerio, y á entrambos, un soto de castaños, entre los cuales se ven acá y allá esparcidas parte de las casas que forman la parroquia de San Payo.

La llanura descrita está hoy cubierta por casi toda su extension de ganado vacuno, cuyos dueños permanecen inmóviles al lado de las reses, aguardando se presente comprador. Dos ó tres puestos con rosquillas y aguardiente, otros tantos de fruta, y varios gru-

pos de mozos del contorno, completan la feria de San Payo.

Ciertamente llamará la atencion del español del centro y mediodía que visite por primera vez una feria de Galicia, causándole verdadera sorpresa, la paz en tales y tan numerosas reuniones de hombres, pues las disputas son muy poco frecuentes, y rara vez pasan á vias de hecho.—

No parece, á primera vista, cosa fácil de averiguar por qué Alfonso se pasea arriba y abajo por la feria, mirando á todas partes, y al ver únicamente paisanos y ganado, se cubre su rostro de visible mal humor; con lo que, dos ó tres veces se ha encaminado á un meson, en donde le espera Gregorio con las caballerías; mas no sin volverse otras tantas, mirando á todas partes con ansiosa atencion.

Aldeanas habia de compostura y adornos en verdad lujosos; llevaban en la cabeza blancos pañuelos de encaje, dengues ó esclavinas de finísima grana, y áun vestidos de seda y *mantelos* ó delantales de lo mismo, adornados con anchas franjas de terciopelo.

Tan extraordinario lujo no fué parte para llamar la atencion de Alfonso, quien, segun se veia, en todo pensaba ménos en las campesinas; pues pasaba á su lado, sin mirarlas siquiera. Una vez, dos labradoras se detuvieron al pasar junto á él; á la otra vuelta, no sólo se detuvieron, sino que el jóven conoció se reian de su mohino semblante; y lleno ya de enojo,

iba á dejar la feria, cuando oyó que, con voz dulce y juvenil, le decian:

«Adónde va el Señor Don Alfonso tan de prisa, sin quererse detener un momento siquiera á saludar á estas pobres labradoras?»

«Elvira!—Quién habia de conocer á V. con ese traje? Déjeme que la mire de nuevo.—Está V. bellísima, Elvira; se lo juro.»

«Hemos pasado tantas veces junto á V., sin que se dignára mirarnos.»—

«Tal es el hombre; siempre busca la dicha léjos de sí, y no repara en que muchas veces la tiene á su lado. Buenas tardes, Doña Lorenza; y el Señor de Souto, cómo está?»

«Bueno, y V., Señor Don Alfonso?»

«Ya lo ve; sin duda en babia, pues paso al lado de mis amigos, sin conocerlos.»

Era Doña Lorenza persona de confianza para Souto de Rios; mas éste no sabía la cita entre Alfonso y Elvira. Doña Lorenza, como buena y honrada á carta cabal, no perdió un instante de vista á la venturosa pareja.

Amor, bendicion del cielo, gozo inefable de sanos corazones, supremo bien de la tierra, despues del amor de Dios, del cual eres á manera de imágen lejana y apagada—te he visto arrastrado por el cieno de la prostitucion, te he visto confundido con las pasiones más soeces y viles, que rebajan al hombre al igual de la

bestia! Disoluta crápula literaria, en máximas y libros, afrenta del género humano, te ha ensalzado de palabra y escarnecido de hecho, escribiendo tu nombre en transparente velo, detras del cual se revolcaban en el lodo la lascivia y el adulterio; mas tu divina esencia ha sido y será siempre pasto de almas nobles y generosas.—

Amor, efluvio de la honra, destello de Dios! Baldon y oprobio para el ruin que te confunda con la satisfaccion de los sentidos!!

Elvira y Alfonso se paseaban orillas del mar. Nubes y niebla habian desaparecido, y el sol imperaba, sereno y esplendente, en el azul del cielo; la pasada melancolía de la tierra se habia trocado en plácida sonrisa, brillando á la luz, como diamantes, las gotas de agua en las hojas de los árboles y por la verde y fresca yerba de aquellos campos, cuyos habitantes dieron á Galicia, en otro tiempo, el nombre de Erin, á la par de sus hermanos de la siempre verde Irlanda; ambas semejantes en el nombre, en la hermosura y áun en la desgracia!

En las playas de enfrente, Sada y Fontan reverberaban á la brillante luz, como canteras de mármol, miéntras por aquellas aguas, no há mucho de color turbio y revuelto, y en aquel momento tan azules, y áun más que el mismo cielo, se mecian dos grandes fragatas mercantes, ancladas cerca de la costa. Recorrian en várias direcciones el lago encantador lan-

chas de pescadores, cuyas blancas velas semejaban con toda verdad alas de cisne, tendidas como á punto de volar.

Alfonso lo consideraba todo con admiracion, y comprendiendo por qué le parecia aquello superior á cuanto habia visto. Elvira experimentaba idéntico afecto, pero sin explicarse el secreto cariño que le inspiraba cuanto al rededor veia; pues amaba en aquel momento á la alegre atmósfera, á las gaviotas que allá volaban, rozando el ala atrevida las inquietas ondas, y áun á la humilde yerba, esmaltada de florecillas campestres, que con pesar hollaban sus ligeras plantas. Fácilmente comprenderá el lector semejantes pensamientos, cual los comprendia Alfonso; mas no Elvira, cándida y pura como un ángel.

Para muchos—tal vez respetable minoría—el amor no puede ménos de comenzar, ya con una mirada ó declaracion á boca de jarro, ya con violenta é irresistible erupcion amorosa, tan al uso en los modernos novelistas franceses, y que tan ridículo contraste forman con el femenil cuerpo y escaso ánimo del hombre de ahora.

Siento, en verdad, no tener la suficiente poca aprension, ya que no desvergüenza, para calumniar á Elvira, echándola á cuestas repentina y vehemente pasion, de las que existen siempre en el cerebro de quienes quieren causar efecto, aunque sea de brocha gorda.

Puede darse nada semejante en el mundo al primer amor de una jóven inocente? No sé si la primera fragancia del capullo convertido en rosa; el aura apacible que, sin sentirse apénas, acaricia el rostro; el manto de inocencia que reviste montes y collados al primer albor de la mañana, ó el plácido murmullo del agua, há un instante nieve, y ahora corriendo, pura como ella sola, por la yerba del prado, en la ladera de la montaña, merecen ser comparados con el primer amor de la inocencia.

Por eso, sin duda, los paisanos, al pasar la hermosa pareja, saludaban quitándose la montera, y diciendo: «Dios los bendiga.»

«Tengo un pesar», dijo la jóven, mirando á Alfonso.

«Y cuál es, Elvira?»

«El no haber dicho á mi tio que el otro dia estuve hablando con V. desde la ventana de mi cuarto.»

«No estaba allí Doña Lorenza?»

«Sí, mas, con todo eso, me parecia un crímen sólo con que mi tio lo ignorase.»

«Entónces, le habrá V. dicho que me habia prometido venir á la feria.—»

«No, pero á la vuelta le diré que le he visto á usted y le he hablado.»

«Y no teme V. que se enoje?»

«Qué sé yo!—»

«Es muy bueno.»

«Sí, pero le tengo un respeto, que á veces raya en miedo.»

«Es V. demasiado cobarde, Elvira; su tio la quiere como padre.»

«Por eso me da tanta pena ocultarle mis acciones, cual si fueran malas.»

«Pues bien, no quiero ser causa de semejante remordimiento. Doy á V. el permiso que al principio la negué. Confiéselo V. todo á su tio.»

«De véras, Alfonso! Si viese V. qué placer me causa el oirle! Luego, no es malo lo que hacemos?»

«Y cómo lo imagina V. siquiera?»

«Me parece que sólo anhelan secreto las acciones muy buenas ó muy malas.»

«Tiene V. razon. Pues bien, dígaselo V. todo á su tio.»

«Sí, Alfonso, sí; se lo diré — con muchísimo gusto.»

«Qué tiene V.? — Se queda V. pensativa, Elvira!»

«Quiere V. que le confiese la verdad?»

«Se lo ruego.»

«Pues bien, á pesar del vivo deseo de que mi tio supiese las dos veces que nos habiamos visto, siempre se me figuraba no tendria valor para hablarle de ellas.»

«Quiere V. que yo se lo diga?»

«Sí, mejor es — me parece mejor.»

«Le hablaré.»

«Y tendrá V. valor para ello, Alfonso?»

«Cómo! por ventura sentiria V. tambien que yo hablase por V. y por mí?»

«Como V. quiera.—»

«Como V. quiera, es respuesta, Elvira mia, que suele V. dar cuando no halla otra mejor, ó más bien, cuando no quiere expresar su opinion.»

Elvira enmudeció, y bajando los hermosos ojos al suelo, permaneció así bastante tiempo, sin atreverse á mirar á Alfonso, el cual, lleno de curiosidad, clavaba en ella la vista, como si de esa manera pudiese leer en el rostro el secreto que negaban los labios.

Dos sentimientos harto diferentes combatian á Elvira: era el uno, el miedo que la inspiraba su tio; y el otro, sin disputa más profundo, consistia en que Alfonso la habia llamado «Elvira mia.»

Cierto que no era Elvira la primera mujer á quien Alfonso amaba; pero á ninguna habia amado como á Elvira. Aquella niña, sin otra defensa contra las seducciones del mundo que su pureza, causaba más respeto al jóven que una reina en su trono. Elvira, por su bien, habia hallado, al comenzar la senda de la vida, un hombre con honra; no todas, más desgraciadas que culpables, tienen igual fortuna.

No defiendo á mujeres cuyo nombre sea piedra de escándalo de la sociedad en que viven; pero tengan presente los que hacen gala de no creer en la virtud, que no todas tienen la suerte de Elvira; pues, sin ahondar mucho en el asunto, cualquiera tiene por

esos mundos infinitos conocidos, que presumen, sin otra razon que la del mono para compararse con el Apolo del Belvedere, de causar tantos infortunios como mujeres tienen la desgracia de mirarles. Lo cual es casi siempre mentira; y si alguna vez es verdad, hay en ello dos puntos: ó la mujer era inocente, y en ese caso, nada más fácil á un hombre sin honra, que robársela; ó no lo era, y entónces, dado que tuviese algo de que jactarse, sería, al hacerlo, infame y mal nacido.

Los hay de ambos géneros, y no pocos; la prueba es, que, sin ser el sexo débil peor que otras veces, su nombre y reputacion suelen andar cubiertos de oprobio por esas calles y plazuelas. Si quereis saber lo que valen los hombres de una época, ateneos á lo que se diga de sus mujeres.

—*Quod scripsi, scripsi.*

Perdonad, lectoras mias, ya que he salido en vuestra defensa, si he dejado solos por un momento á Elvira y Alfonso, aunque siempre acompañados de la inseparable Doña Lorenza. Y ahora, que de esta hablamos, preciso es ántes de seguir, probar su inocencia. Porque, en efecto, poner en ella la confianza Don Santiago Souto de Rios, y prestarse, sin que éste lo sepa, á que Alfonso hable con Elvira, no parece muy digno de persona tan honrada y formal como Doña Lorenza. Si va á decir verdad, Souto de Rios supo la conversacion de Elvira y Alfonso por la

ventana, mas no podia saber la cita en la feria, pues Doña Lorenza la ignoraba tambien; ni es fácil tampoco decir si hubo cita para lo primero, porque habiendo oido Alfonso á Elvira que ésta gustaba de asomarse á la ventana ántes de dormir, no dejó caer la noticia en saco roto. La segunda vez, Elvira fué por acceder á los ruegos de Alfonso.

«Pero», se dirá, con arreglo al amor de folletin, «pueden darse dos amantes más frios que Elvira y Alfonso?»

Mongibelos ambulantes, de sombrero en forma de cañon de chimenea; vesubios *financieros*, que desde la mesa del escritorio calculan el dinero que les pueden costar unos amores —y qué amores?— enamorados Solfataras, cuyos labios manan asfalto y hierro fundidos, y ántes de hablaros de la belleza de su amada, se ponen á describiros, con la misma ó mayor inteligencia que un hortera, la calidad y colores de la tapicería, los muebles, adornos y demas objetos de su habitacion para que así sepais que el alhajarla les ha costado mil ó dos mil duros; volatines de amor, sombras chinescas de la pasion, que os hacen mil gestos y contorsiones ridículas, para haceros creer que están enamorados; todo eso, y otra porcion de cosas, que mancharian los labios de un hombre de bien, podeis hallarlo en folletines y novelas que, más ó ménos directamente, provienen de allende el Pirineo.

Una cosa es el amor de folletin, y otra el amor verdadero. Una cosa es el gorilla, andando torpe y ridículamente apoyado en un palo; y otra, el hombre robusto y de gallarda presencia. Con todo eso, el gusto literario de hoy prefiere al gorilla.

Valor se necesita para pintar al hombre en tales tiempos! En fin —*Audaces fortuna juvat.*

« Pero no á los locos », me decia un amigo mio el otro dia, al oirme el anterior latinajo.

« Si llamas locos á los hombres de conciencia, será porque no la tengas », repliqué.

« A tu gusto, Juana », contestó, yéndose de la habitacion, para no reirse en mis barbas.

— ———

CAPÍTULO III.

Alfonso y Elvira convinieron al cabo en dar cuenta á Souto de Rios de su cita y conversaciones. Elvira lo deseaba, pero como quien ansia librarse de grave peso, y no tiene ánimo suficiente para intentarlo. Si el corazon del hombre es mera contradiccion, por qué no ha de serlo tambien el de la mujer?

« Elvira, dijo Alfonso », siempre veo á V. séria y pensativa, y áun ahora mismo lo está mucho más que al principio del paseo. No la inspiro suficiente confianza para que me diga qué experimenta su corazon? »

Elvira retrocedió un paso, y dijo, mirando á Alfonso con cariño y amargura á la vez:

« Lo sé yo acaso, Alfonso! »

« Eso es que no me lo quiere V. decir. »

« No, Alfonso, no. Créame V. — no lo sé », exclamó Elvira con los ojos preñados de lágrimas.

« La entristece á V. el verme? »

« Todo lo contrario », respondió Elvira con ingenua franqueza.

« Pues bien, entónces, Elvira de mi alma, tenga V. en mí confianza; dígame — »

« Ante todo, llámeme V. Elvira, á secas. — La verdad, Alfonso: experimento inexplicable sensacion, pero tan violenta, cuando me llama V. Elvira mia, ó Elvira de — No me volverá V. á llamar así? »

« Pobre niña », dijo Alfonso.

« Me lo promete V., sí ó no? »

« Cómo V. quiera, Elvira. »

« Ah, ya veo que se burla V. de mí. »

« Será lo mismo que cuando V. no quiere responder con formalidad á una cosa, y la mejor respuesta que halla para el caso, es: como V. quiera. » —

« Alfonso, Alfonso, se burla V. de cosas que me llenan de miedo. No es mi amigo quien de ese modo se porta. »

« Que no soy su amigo, Elvira? Quiere V. mi vida? »

Dijo Alfonso estas palabras con tan formal seriedad, que Elvira le habria dado las gracias, si inexplicable temor no la contuviera.

« No me quiere V. contestar, Elvira? No cree V. lo que le digo? », añadió Alfonso, temblando ante el enojo de aquella niña, como jamas habia temblado ante nada en el mundo.

« No sé », respondió Elvira; « no sé qué decir. »

« Pero, cree V. en mi cariño, sí ó no? »

« Sí, Alfonso, sí. » —

En otra mujer, esta contestacion habria significado cosa harto distinta que en Elvira. Así lo comprendió Alfonso, conociendo ademas que era necesario tranquilizarla.

« Elvira, prometo obedecer á V. en todo lo que me mande. Está V. contenta? »

Elvira miró á Alfonso, y al verle sonreirse con apacible benignidad, le perdió el miedo que le habia empezado á cobrar — caso extraño! tal vez le pareció ménos apuesto en cuanto le vió sumiso. Es de advertir — lo cual hasta ahora no habiamos hecho — que el jóven era de rostro hermoso y de disposicion gallarda, juzgándole de igual manera Elvira, sin que, á pesar de ello, soñára jamas en profesarle otro afecto que la amistad; pues dado que su pecho abrigase distintos pensamientos, de seguro la cándida niña no se los acertára á explicar.

« Así debe V. ser siempre, Alfonso; con eso serémos buenos amigos. »

El jóven conoció que Elvira, sin advertirlo, habia dicho estas palabras con ligera ironía, y el instinto amante le hizo comprender que habia venido á ménos á los ojos de Elvira. « Es indudable », dijo para sí, « que el amor es como el fuego: ó crece ó muere. »

« En qué pensará Alfonso », pensaba Elvira, « que pone esa cara tan abobada? »

«Pobre niña!», pensaba el jóven, «qué será de ti? Por ventura te quiero lo suficiente para consagrarte gloria, suerte y orgullo?»

«Cómo cambia el rostro de Alfonso! hace un momento parecia dormido, y ahora sus ojos despiden fuego que asusta! Con todo, está hermoso. Si alguna vez mi tio se empeña en casarme, le diré me busque novio como Alfonso.»—

Hé aquí la milésima parte de los pensamientos de ambos jóvenes. A todo esto, Alfonso miraba hácia el mar, y Elvira hablaba de cosas indiferentes con Doña Lorenza.

«Parece imposible cómo ha despejado el cielo, Doña Lorenza!», dijo Alfonso.

«Lo que parece imposible, es que no sea ya hora de retirarse.»

«En efecto, ya serán las dos.»

«Y *ainda mais*», dijo Doña Lorenza con voz agridulce.

Alfonso miró el reloj, y vió que eran ya más de las dos. Don Santiago comia á las tres.

«Ya lo ve V., Señor Don Alfonso: á las tres se come en casa, y necesitamos más de hora y media para llegar, pues nosotras damos la vuelta por Betanzos.»

«Por qué no vienen VV. por el pasaje?»

«Porque para V. es buen camino; mas no para nosotras, que vivimos cerca de Betanzos.»

« Pues bien, volvámonos ahora mismo. »

« Gracias, Señor Don Alfonso; vamos solas. »

« Y no teme V. que les pase algo? »

« Nada; al contrario, lo que temia se ha verificado ya. »

Elvira y Alfonso se miraron; qué de pensamientos se cruzaron en aquella mirada! Qué hermosa estaba Elvira! Alfonso la miraba cual se contempla el bien, á punto de perderle. — El blanco pañuelo de encaje dejaba descubierta la parte superior de aquella hermosa y rubia cabeza; el dengue encarnado realzaba, en vez de apagar, la sonrosada blancura del rostro angelical de Elvira, cuyos hermosos ojos pardos, parecia como que se despedian de Alfonso para siempre.

« Convertido me veo en padre tirano de comedia! »

Alfonso volvió el rostro, al oir estas palabras, y vió á Don Santiago Souto de Rios, montado en su viejo caballo de batalla, contemplándoles, y riéndose á un tiempo. El jóven bajó los ojos, como un reo ante su juez.

« No lo dije! », añadió Souto, « mi llegada ha dejado á todos convertidos en estátuas de piedra. »

« Tio mio », dijo Elvira con lágrimas en los ojos.

« Silencio, niña », dijo éste, que seguia riéndose, « no ves que van á creer que te riño, y aquí todo el mundo nos conoce! Eso es lo único que siento », añadió mirando con seriedad á Alfonso; y luégo,

riéndose de nuevo: «Vamos, vamos á dar una vuelta juntos por la feria. Hoy cuento con V., Alfonso; despues se vendrá á comer con nosotros.»

Souto de Rios se apeó con agilidad propia de sus buenos tiempos; y llevando el caballo del diestro, se encaminó adonde más gente habia, acompañado de Elvira y Doña Lorenza á un lado, y de Alfonso al otro.

El jóven decia para sí: «Este hombre es incomprensible.»

«Es necesario», exclamó Souto, despues de un rato de haber ido saludando por sus nombres á casi todos los labradores, quienes le correspondian con las mayores muestras de respeto y cariño; «es necesario que toda esta gente no comprenda que mi pobre sobrina se viene á hurtadillas de su tio á la feria.»

Elvira no oyó estas palabras.

A pesar de lo decidor, y áun alegre, que estuvo Souto de Rios durante el camino, opaca nube de tristeza cubria el rostro de Elvira, no ménos que el de Alfonso; pues secreta voz les advertia, sin duda, que rayaba alguna pena en el horizonte de su existencia, poco ántes pacífico y sereno.

Al llegar Alfonso á la puerta de Souto, porfió, á pesar de los ruegos de éste, en seguir triste y silenciosamente, camino de su casa, adonde llegó ya mediada la tarde.

El jóven sintió, al entrar por el ancho y oscuro por-

talon del Pazo, como si le echáran encima la losa de un sepulcro; recorrió, sin saber lo que hacia, las desiertas habitaciones, abriendo y cerrando puertas y ventanas, que al golpear, producian tristísimo sonido; entró en la alcoba, y el sol, ya inclinado al ocaso, enviaba pálido y desmayado rayo al marco de la ventana; echóse en el lecho, y cuando alzó el rostro para buscar consuelo en aquella luz bienhechora, ésta habia ya desaparecido! Pena indefinible y sin nombre oprimia el corazon de Alfonso: la pena de aquel que se ve en el mundo, triste, desgraciado y solo. Deseando mudar de pensamientos y respirar aire, salió, y llegándose á una de las vidrieras que daban al balcon corrido de la fachada del mediodía, la abrió de par en par.

Cuán hermoso estaba el campo! Vivificada por la lluvia de la mañana, la verde Galicia, traslado de Inglaterra y Normandía, robaba esplendor á la esmeralda, descomponiendo y suavizando los rayos del sol. Limoneros en flor exhalaban regalada fragancia á los piés de Alfonso, miéntras desde una hermosa y espesísima higuera, de ancho follaje y acre olor, en parte revestida de hiedra, enviaba un *mazorico*, largo y suave silbido, al que contestaba la hembra desde las hojas del emparrado. Allá, en el soto, entre la densa umbría de los colosales castaños, una urraca saltaba de rama en rama, é interrumpia el silencio del bosquecillo solitario con insolentes chillidos.

Seguia el sol bajando al horizonte, miéntras Alfonso, inclinando la cabeza y apoyándola en la palma de la mano, se dejó caer en el antepecho del balcon.

En esta postura, cubierto el rostro de tristeza, y vagueando al acaso por el hermoso campo la incierta mirada, semejaba aquel hombre la imágen del desconsuelo. Qué habia perdido, que tanto, al parecer, echaba de ménos? «Nada», diria quien le viese jóven y apuesto; y con todo, el dolor le agobiaba.

Cuán á menudo padece el hombre dolores y tormentos, sin causa, á primera vista! Cuán á menudo experimenta cruelísimo gozo en dejarse llevar, como por la sesga corriente de un rio, de mil dolorosas ideas que le martirizan el alma! Alfonso no podia explicarse su pena, ni áun queria; más no tiraba á otro fin, ni el estado de su ánimo se fundaba en otra cosa, que en la palabra *padecer!*

Así pasó gran parte de la tarde. Los últimos rayos del sol poniente herian á soslayo setos, árboles y praderas, cuando el chirrido de una carreta llamó su atencion hácia una *corredoira*, que culebreaba por entre verdes heredades.

La carreta hizo alto, y en ella vió Alfonso á una mujer, pálida, como recien salida de alguna enfermedad. El hombre que guiaba los bueyes, jóven y robusto, llevaba en brazos un niño recien nacido; se volvió á su esposa, dándola el niño, y se detuvo á mirarles con amor.

«Qué felices son!», exclamó Alfonso con envidia.

Íbase entre tanto por el valle esparciendo la noche oscurísima, ya por las cañadas y entre los árboles; reflejaron en las copas de éstos los últimos rayos del sol, y únicamente allá, las más lejanas montañas, revestidas primero de púrpura, luégo de color morado, y cubriéndose, por último, con las suaves tintas de la violeta, brillaron algunos momentos despues; mostrándose luégo azules, y al cabo de color pardo oscuro. Al fin, la niebla que subia de los valles, las envolvió con los pliegues de su velo, vago y caprichoso. Oleadas de niebla recorrian tambien el valle de San Pedro, subiendo, densas y juguetonas, desde lo hondo á las alturas, al paso que el rocío de la noche despertó á Alfonso, haciéndole sacudir el flojo y perezoso letargo.

CAPÍTULO IV.

Alfonso pasó la noche en vela; con lo que, no mucho despues del reir de la aurora, dejó el lecho, y al percibir el apacible temple del aire, salió solo y sin más armas que el baston, á dar un paseo.

Empapaba el rocío las anchas hojas del maíz y la muelle alfombra de césped, que hollaba Alfonso. El cielo sereno, las aves, los labradores, animando al tardo ganado, y los niños, guiándole al pasto, entonando sencillos cantares, ó bien tañendo rústica flauta; en suma, todo cuanto rodeaba á Alfonso tenía tal aspecto de paz y regocijo, que, á ser otro el estado de su alma, seguramente habria hallado consuelo.

Mas, Alfonso era entónces en verdad desgraciado, pues conocia que iba sobre él gravísima responsabilidad, y no se atrevia á arrostrarla. Habia faltado, en cierto modo, á la confianza de su amigo Souto de Rios, siendo de ello causa el amor que le inspiraba

Elvira; el cual, ó no era suficiente, ó Alfonso no se consideraba con fuerzas para lo que debia; esto es, hacer, con permiso del tio, la córte á la jóven, ó alejarse para siempre.

Veíase pobre sobremanera, y si lo era de soltero, cómo no habia de serlo mucho más en casándose? Y eso, áun suponiendo que Elvira tuviese algunos bienes, cosa en que ni siquiera se detenia; pues siempre habia rechazado con honrada altivez el pensamiento de casarse con mujer cuyo patrimonio ó estado social la hicieran superior.

Cierto que el hombre pobre y de inferior nacimiento, casado con mujer rica, no es amo de casa, sino huésped, que habrá de marcharse á otra parte, en cuanto los hijos sean mayores de edad. Eso se llama vivir de prestado, y el papel que se representa es, en verdad, desairado y triste.

Alfonso amaba á Elvira, y, de hallarse en su antiguo y perdido estado, de seguro habria pedido su mano; mas al presente, le agobiaba el pensamiento de que su esposa careciese de lo más necesario; lo cual bastaba para hacerle desechar toda intencion de casarse.

Era, con todo, hombre de pundonor; habia comprometido á Elvira con su imprudencia, y hablaba la gente de sus amores con ella, cuando los dos jóvenes ni áun se habian dicho que se amaban. Sólo con pensar en que, por culpa suya, anduviese en

lenguas el nombre de Elvira, se llenaba Alfonso de desesperacion. Ademas, le habia recibido Souto por hijo, y él, en pago, llenaba aquella casa, hasta entónces feliz y pacífica, de llanto y desconsuelo; con lo que, harto conocia no le quedaba más camino decoroso que casarse; pero Alfonso no se consideraba con ánimo ni fuerzas para hacerlo, y á veces hasta llegaba á maldecir el momento en que por primera vez habia visto á Elvira.

«Mejor habria estado», se decia á sí propio, «viviendo solo y léjos de todo trato; así hubiera vivido en paz.»

Pero el amor que profesaba á Elvira era cada vez más violento y sincero, conforme los obstáculos se presentaban insuperables.

Diérale vergüenza en aquel momento, y no habria sabido qué decir á Don Santiago, en el caso de encontrarse con él. Oyó en esto pasos de cabalgadura en pos de sí; y creyendo que era Souto de Rios en el viejo caballo de batalla, volvióse; desapareciendo su vergüenza al ver á un pacífico sacerdote, párroco, sin duda, de alguna inmediata aldea, montado en su buena mula. Saludáronse el cura y Alfonso: siguió el primero adelante, hasta que se perdió de vista por medio de un castañar; y Alfonso continuó entregado á sus propios pensamientos.

Caminando, sin saber adónde, por espacio de una hora, tal vez desandaba el camino, sin advertirlo;

cuando se halló frente á una casa, en la que no habria reparado, á no oir que desde el balcon le saludaba una persona, diciendo:

«Vaya con Dios el Señor Don Alfonso Vazquez de Cela, de San Pedro»; todo esto pronunciado con la mayor gravedad y prosopopeya del mundo.

Alfonso alzó la cabeza y saludó al Vinculeiro, que era quien le habia saludado. La casa de éste, poco mejor y algo más grande que la de un labrador de la Mariña medianamente acomodado, tenía las paredes de color oscuro, producido por lo negro de las piedras que se veian entre la argamasa, la cual, no estando protegida por ningun género de blanqueo, presentaba casi el mismo aspecto de las piedras, gracias á la humedad constante del clima y al tiempo. Delante de la puerta habia un emparrado, y ántes de entrar, se pasaba hollando gran cantidad de tojo y várias otras materias vegetales, dispuestas en capas; método de que se valen los labradores para tener excelente abono, tan necesario en tierras que jamas descansan. Pasado el dintel de la puerta, habia una como antesala ó pasillo, que terminaba en otra puerta de igual forma y dimensiones que la primera; y, como aquella, estaba dividida en dos á la mitad de su altura, pudiendo abrirse la mitad superior y cerrarse la inferior, merced á un cerrojo; quedándose de esa manera convertida en ventana de cuarto bajo.

A la derecha habia espaciosa cocina, con su *lareira*

—hogar—á muy poca altura del suelo. Una viga, inmediata al techo, servia de morada, durante la noche, á un gallo y sus gallinas. A la izquierda estaba la *córte*, esto es, el establo, en donde se veian dos bueyes flacos, rumiando pacíficamente su no muy abundande pienso.

Desde el pasillo ya citado, arrancaba una escalera de madera, con pasamanos sólo por un lado, y tan vieja, que no se podia pensar en subir por ella, sin encomendar primero el alma á Dios. En el piso superior, y único de la casa, ademas del bajo, habia cuatro habitaciones, formadas por otros tantos tabiques de tablas viejas y mugrientas, sin encalado ó enlucido de ninguno género, por medio de las cuales pasaban el aire y la luz con toda comodidad. En una de estas habitaciones dormia el Vinculeiro; en otra tenía viejísima mesa de nogal, que él llamaba con la mayor pomposidad mesa de despacho; en la tercera tenía la despensa y guardaropa; mas, como estaba siempre cerrada con llave, se ignoraba lo que habia dentro, siendo de creer que las provisiones fueran abundantes con exceso, pues en la sala, que era la pieza de más consideracion é importancia de la casa, habia, ademas de cuatro sillas y un viejo sofá, con funda de tela de colchones, de cuadros blancos y negros, un arcon magnífico, carcomido por la polilla, pero herméticamente cerrado con dos antiguas cerraduras, tan grasientas y negras como él; encima de este arcon se os-

tentaba, lleno de manteca de vaca, de color rancio y amarillento, uno á manera de barril ó artesa, que de todo tenía su extraordinaria forma. Los labradores, maldicientes de suyo, decian que el Vinculeiro habia puesto la manteca á la vista, para que se creyera que se comia en la casa. La criada, que formaba la servidumbre del Vinculeiro, dormia en la cocina en un espacio, á modo de armario, cerrado con llave, á que los labradores llaman alcoba.

Alfonso no tenía deseos, en verdad, de hablar con nadie, pero no pudo negarse á los ruegos del Vinculeiro para que entrase, y á poco se hallaba en la sala de recibo, sentado en el sofá, y el Vinculeiro á su lado en una silla.

«Muy temprano ha salido V., Señor Don Alfonso; ha almorzado?»

«No, pero no tengo gana.»

«Ah, mal pecado; y cómo siento haber almorzado ya.—»

«Gracias, muchas gracias», se apresuró á decir Alfonso, que ya conocia el flaco del Vinculeiro.»

«Gracias—no hay de qué», respondió éste, creyendo haberse acreditado de generoso.

«Vamos á ver, vecino; se puede saber para qué me ha llamado V.? Se me figura que tiene algo que decirme.»

«Decirle», dijo el Vinculeiro, abriendo los ojos.

«Decirme, sí, señor, decirme», añadió Alfonso,

que, sin saber por qué miraba entónces al Vinculeiro con repugnancia.

«Con que, vamos, amigo Vinculeiro, me ha hecho V. subir casi á la fuerza, interrumpiendo mi paseo matutino, para no decirme nada?»

«Nada — no — yo le diré.»

«Sabe V. que es el hombre más torpe de lengua que he visto en la vida?»

«En la vida; en efecto — soy un poco torpe en romper; mas, en adquiriendo confianza—»

«Vaya, todavía no la tiene V. conmigo? — le causo miedo?»

«Miedo — no — pero, amigo Vazquez de Cela— »

«Vamos, rompa V. de una vez, ó me voy de aquí volando», dijo, ya impaciente, Alfonso.

El Vinculeiro se sonrió de extraña manera, y exclamó: «Es que soy muy franco, y todos los mios lo han sido tambien.»

«Bien, y qué?»

«Es verdad, amigo Alfonso Vazquez de Cela, que ya no se casa con Elvira, la sobrina de—?»

«Hé ahí una coz, dada sin arte, pero con mala intencion», dijo Alfonso, echando llamas por los ojos, mirando con ira al Vinculeiro.

«Intencion?» dijo éste.

«Me parece que, ademas de tonto, es V. solemnísimo calumniador.»

«Calumniador?»

« Calumniador sin vergüenza. »

« Poco á poco », dijo el Vinculeiro, á quien el enojo empezó á desatar la lengua; « he dicho lo que todos dicen, y es, que ha dado V. calabazas á Elvira. »

« Y yo le digo que se me figura que quien lo *dice* es V., únicamente, hasta ahora; pero le advierto que si semejante necedad corre por fuera, se la atribuiré á V., pidiéndole por ello estrecha cuenta.»

«Porque ha estado en Madrid, se le figura que— vamos—yo tambien tengo buenos puños, y soy ademas de sangre tan noble ó más que la de V.—y— vamos, es decir— »

« Sea V. de la sangre que quiera, lo que le digo es, que se porta como mal hombre y mal caballero, en hablar de Elvira de esa manera. Por qué no sigue V.? en su cara estoy conociendo me quiere ocultar alguna cosa.»

« Alguna cosa—no, yo no oculto nada», dijo el Vinculeiro, poniéndose muy colorado.

« No! pues su cara de V. dice lo contrario! »

« Lo contrario. »

«Este pícaro», dijo entre sí Alfonso, «me ha sacado de mis casillas. Tal vez he hecho mal, pero en la disposicion de ánimo en que me hallaba, no tuve mejor respuesta para su necia é infame calumnia.»

Alfonso entre tanto se paseaba por la estrecha sala del Vinculeiro.

Este le seguia con la vista, y permanecia senta-

do. Alfonso se paró de pronto y le dijo: «Ha estado V. conmigo muy imprudente.»

«Imprudente!» dijo el Vinculeiro con tono tan singular, que Alfonso se le quedó mirando, añadiendo despues:

«Sí, señor, sí, imprudente y desvergonzado, en hablar con la mayor ligereza de una señorita de quien no deberia hacerlo, sino con todo el respeto que se merece.»

«Que se merece, ya lo creo», replicó con acento de conviccion el Vinculeiro.

«Pues, entónces, por qué la trata V. así? Qué daño le ha hecho, para que de ese modo la rebaje, diciendo que yo la he dado calabazas?»

«Calabazas—»

«Se las ha dado á V. por ventura?»

«*Hasta ahora*—todos decian que Elvira no habia tenido amores con nadie.»

«Hasta ahora, eh? Pues de nuevo le aviso á V. que le tengo por el inventor de la calumnia. Ve V. este baston? pues se le rompo en las costillas, si llega á esparcirse.»

«Se ha olvidado V., Señor Don Alfonso Vazquez de Cela, de que soy caballero?»

«Bueno, y qué!», dijo Alfonso con ira, deseando desahogarla en álguien y de cualquier modo que fuera. «De nuevo le digo á V. que le rompo las costillas, si sigue calumniando á Elvira.»

«A Elvira? pues me dará V. satisfaccion de esas palabras.»

«Alabado sea Dios! Cómo y de qué manera?»

«De qué manera? — ahora mismo.»

«Al llegar aquí, Alfonso conoció cuán ridícula era la disposicion en que le habia puesto su propia imprudencia. Sólo el pensar en un desafío con el Vinculeiro, le hacia perder de véras los estribos, como suele decirse, pues en el acto sabria todo el mundo cuál era la causa, resultando Elvira mucho más comprometida que ántes. Alfonso, á cada paso, en lo que tenía más visos de atolladero que de otra cosa, veia la salida más difícil. En aquel momento diera cuantas explicaciones creyese necesarias el Vinculeiro para quedar satisfecho; pero al mismo tiempo, temia, y con razon, que éste propalase lo que acababa de pasar, y ademas, despues de las amenazas, quedaria á los ojos de todos, y áun á los suyos propios, por baladron, sin ánimo para sostener sus palabras; lo que le movió á decir:

«En casa espero á los testigos.»

«Testigos?»

«Testigos, sí, hombre del diablo! Los testigos necesarios para el desafío.»

«Desafío?»

«Quiere V. que le rompa la cabeza ahora mismo?»

«Ahora mismo, eso es lo que digo, ahora mismo!»

«Pues empecemos — dónde están las armas?»

«Las armas?—aquí están», dijo el Vinculeiro, mostrando entrambos puños cerrados.

«Es V. un cobarde, puesto que no se atreve á sostener con las armas—»

«Cómo no? con las armas?—hé aquí mis armas—»

El jóven asió violentamente del brazo al Vinculeiro, enviándole de un empujon á dar de espaldas en la pared, y le dijo:

«Señor mio, ya vé V. que no me faltan puños á mí tampoco; pero se trata de que acaba de echarla de caballero, y creí se portaria como tal, y no como gañan del campo.»

El Vinculeiro, con esto, perdió la paciencia; mas, como acababa de experimentar á su costa que Alfonso no era de alfeñique, segun al principio habia creido, dijo:

«Bien, elija V. las armas que quiera.»

«Y testigos?»

«Testigos—es verdad; pero no hacen falta.»

«Vamos.»

«Vamos», respondió el Vinculeiro.

Media hora despues se hallaban Alfonso y el Vinculeiro en la pequeña clara de un pinar, al pié del monte de Santa Marta, con sendas espadas en las manos y sendos testigos á la vista. De las espadas, no dice la historia cómo llegaron á poder de los contendientes; sólo se sabe que eran asaz viejas y mohosas.

En cuanto á los testigos, se sabe mucho más, y tanto, y con tales particularidades y detalles, que el autor no puede pasar por alto algunos de ellos, siquiera sea tachado de prolijo.

Era el del Vinculeiro, un tosco campesino, casero suyo, á quien llamaba criado, porque le hacia de vez en cuando algunos mandados. Alfonso no quiso ser ménos, y llevó de testigo al Meigo, el cual andaba vagueando como siempre, y por acaso acertaron con él en el camino.

Pusiéronse frente á frente, Alfonso en guardia, y el Vinculeiro con la espada empuñada á guisa del mallo que los gallegos usan en vez de trillo, y Tirso de Molina ha inmortalizado en los siguientes versos, hablando del trigo en la era:

Los gallegos, al limpiallo,
Robustos juegan el *mallo*,
Y menosprecian el trillo — »

Dada señal, y viendo Alfonso que el Vinculeiro no se movia, se acercó, diciendo:

« Defiéndase V.! »

Mas al ver que la accion acompañaba á las palabras, el Vinculeiro, rápido como el viento — y más rápido aún — fué, y qué hizo? Arrojó al suelo la espada, diciendo:

« Yo no riño con él; riña con mi criado! — »

Estupefacto Alfonso al principio, no pudo ménos de acabar por reirse, al ver que el Vinculeiro le alargaba la mano, repitiendo:

« Yo no riño con él; riña con mi criado!! — Yo le diré », decia el Vinculeiro, conforme ambos iban hácia San Pedro, habiendo ya enviado delante á los testigos con las armas. « Yo le diré — »

« Dígamelo de una vez », replicaba Alfonso, pudiendo apénas contener la risa que le habia causado la conducta del Vinculeiro. « Dígamelo de una vez! »

« De una vez; es verdad. »

« Y va de repeticiones. Cuándo demonios dejará V. de repetir la última palabra del que tiene la desgracia de hablarle? Ya sabe V. que he consentido en aplazar el desafío, en vista de la promesa que me ha hecho de contestar categóricamente, y de aclarar todas mis dudas y sospechas. »

« Dudas? Sospechas? Pues pregúnteme, y le contestaré. »

« Sea en buen hora. »

« Es verdad. »

« Séalo tambien. A pesar de sus reticencias y rodeos, he comprendido, ó se me figura — por lo ménos, que han hablado, más de lo justo, de Elvira y de mí, en casa del Conde de Sada— »

« Por el santísimo Apóstol le ruego, Señor de Cela, que no me comprometa. »

« No le comprometo, pero puedo en razon exigirle me conteste á cuanto le pregunte. Es cierto lo que le he dicho, sí ó no?»

« Es verdad.»

«La verdad, la verdad quiero saber, lisa y llanamente. Ea, pues, vamos pronto: qué ha oido V. en casa del Conde?»

« Allí dijeron — esto es, á mí no me lo dijeron; pero he oido que — que —ya lo sabe V. tambien, Señor de Vazquez! — »

« Con que, se ha propuesto V. poner á prueba mi paciencia?»

Al ver la ira de Alfonso, el Vinculeiro se apresuró á decir: «Dispense V.; pero la verdad — más vale pregunte lo que quiere saber, y yo le iré respondiendo.»

« Pues empecemos: Quién fué el primero que en casa del Conde de Sada me tomó en boca, para— »

« La Condesa.»

« Es posible?»

« Es posible.»

« Y qué dijo? Veamos; hable V. de una vez!»

« Dijo — que — no comprendia que se acercase V. á Elvira, sino con intencion de pasar el tiempo — pero, que tambien se conocia que Elvira le queria á V. mucho — muchísimo!» Estas últimas palabras las pronunció el Vinculeiro con ademan tan compungido, que al punto dió Alfonso con la clave del secreto que su interlocutor abrigaba en el pecho, no quedan-

do ya duda de que se hallaba enamorado de Elvira; con lo que, sin darse por entendido, le rogó prosiguiese.»

«Lo del amor de Elvira á V., lo dijo Marta — y Elisa añadió — añadió — se ofenderá V. si repito sus palabras?»

«No, en verdad. Lo que le ruego, es que siga, y acabe pronto.»

«Pronto, es verdad — Pues bien, Elisa dijo: que — que no — que no comprendia cómo una persona conocida, cual Vazquez de Cela, podia soñar en semejante casamiento — porque, al fin, aunque Elvira era una señorita, Vazquez de Cela debia buscar la hija de un título, ó cosa tal — »

«De véras, dijo eso Elisa?»

«De véras. Así Dios me salve.»

«Bueno; adelante.»

«Adelante. Luégo el Conde dijo que Elisa tenía razon; que al fin, aunque V. hubiera perdido parte de sus bienes, todavía le quedaba algo. — Dijo tambien que tenía V. muchas relaciones, y su talento, y el nombre de sus padres de V., podian, de seguro, ayudarle á adquirir gran representacion — es verdad, y en fin — dijo que se merecia V. algo más que una jóven de familia ilustre, pero poco ó nada conocida en Madrid — Ah! se me olvidaba — dijo Marta que todo eso no sería nada; pues en cuanto llegase el invierno, se iria V. á Madrid, y no se volveria á acordar

de la pobre Elvira, la cual sólo era buena para algun oscuro mayorazgo de provincia — »

«Como V., por ejemplo!», exclamó Alfonso, frunciendo el ceño!

El Vinculeiro enmudeció, mirando con sorpresa y espanto á Alfonso, el cual le dijo: «Sabe V. lo que se me figura?»

«Qué se le figura?»

«Que me está inventando ahí algun cuento, en vez de referirme lo que ha oido.»

«Así Dios me salve — »

«Para ello, buena falta hace que no tome en cuenta los enredos de V. y las tergiversaciones.»

«Enredos y tergiversa — »

«Basta ya, señor mio; veo que lo mejor que podemos hacer, es no hablar más del asunto; déme palabra de no poner en mal lugar á una señorita tan intachable como Elvira, repitiendo lo que oiga en casa del Conde de Sada, ni mucho ménos poniendo nada de su cosecha. Eso le digo, y eso ha de prometer V.; vea si tiene intencion de cumplirlo; ó en el caso contrario, ánimo suficiente para sobrellevar las consecuencias.»

«Consecuencias.»

«Pronto, pronto; da V. palabra de no repetir las calumnias que dice haber oido en casa de Sada, con referencia á Elvira; sí ó no?»

«Doy palabra.»

«Tal como yo la exíjo?»

«Tal como yo la exi — tal como V. la exige.»

«Pues bien, óigame ahora. Si falta á la palabra que tan solemnemente me acaba de dar, en ese momento pierde el fuero de hidalguía, que tan sin cesar alega. Se ha hecho V. cargo?»

«Me he hecho cargo.»

«Adios.»

«Vaya con Dios el Señor Don Alfonso Vazquez de Cela.»

CAPÍTULO V.

Su lengua en efecto es
La que á nadie no perdona.
—ALARCON, *Las paredes oyen*, acto I, esc. XIX.—

Ah! Respira, lector, respira y vive. Qué ambiente húmedo y fresco es éste que nos rodea? Cómo se ensanchan los pulmones, para recibir más á gusto la brisa blanda que la mar envia! Cuán verde está la tierra, cuán alegre! No la oís cómo os dice: «Salud, en nombre de Dios»? Salud tambien á tí, madre querida, salud en nombre de Dios!

Estáis en verano, pero no temais: las tierras que tan modestamente se apellidan privilegiadas, se hallan á estas horas hirviendo bajo la implacable mirada de su compadre Febo: en tanto, el Dios de la luz, ménos amigo de Galicia, no la concede higos chumbos ni berengenas, prueba evidente de que no la mira con muy buenos ojos—para bien de ella, porque así tiene esos hermosos prados, donde se cria el mansísimo ganado vacuno, que dá la más rica y sustanciosa carne de España, y leche y manteca dignas de Holanda;

no hablemos de las peras urracas y pavías, que no necesitan de las amorosas y privilegiadas caricias de Apolo para ser las más sabrosas del mundo. Con todo eso, no se puede negar que Galicia carece de buenos chumbos y berengenas; cómo habia, si no, de pagar Febo á los meridionales el cariño que le profesan!

Cuán azul y hermoso está el cielo! Para admirarse del brillo del sol y lo azul de la atmósfera, dadme tierras no *privilegiadas*, porque en ellas son estimados y tenidos en lo que se merecen. Mas acostumbrada la gente á dias anublados y lluviosos, los serenos sónlo de verdadera fiesta; al reves de Murcia, por ejemplo, en donde la presencia de nube que prometa agua es señal de frenética alegría para aquellos infelices, que se pasan años y años de su vida sin gozar apénas de semejante dón del cielo.

« Dices que en tu tierra », contestaba un jeque árabe á Volney; « dices que en tu tierra se halla muchas veces agua en una sola jornada, y te vienes á ésta!— »

En todo lo que va dicho en el presente capítulo, y de seguro, en otra porcion de cosas más, iba pensando nuestro amigo Alfonso, caballero en su jaca negra, camino de Betanzos. Su traje era, como siempre, sencillo y sumamente aseado; la fisonomía, que á ratos se habia animado con la vista de la hermosa y alegre campiña, iba cada vez tomando aspecto más grave y ensimismado.

Antes de bajar al puente de Betanzos, sobre la ria,

forma el camino várias revueltas, necesarias en aquella gran cuesta; mas estaba escrito que Alfonso no habia de pasar adelante sin dificultades, pues en la primer revuelta se presentó á sus ojos la carretela abierta del Conde de Sada. Lleno el carruaje con toda la familia, padre, madre y ambas hijas, se detuvo, como para que Alfonso se acercase á hablar. Hízolo así éste, y despues de los primeros saludos, recibió á boca de jarro la siguiente andanada del Conde:

«Qué nuevo pasatiempo anda V. buscando, amigo mio?»

«Qué nuevo pasatiempo? Para los que ofrece el campo —», repuso Alfonso.

«Vaya, en eso es V. buen caballero, y mantiene el secreto: lo celebro.»

Jamas habia estado tan hablador el Conde; pero en aquellos dias, todo el mundo se mostraba con la lengua expedita para infamar y mentir. No repugnaba ménos á Alfonso la indecencia con que el Conde hablaba delante de sus hijas, quienes acompañaban con miradas y sonrisas; bien que eso no es nuevo en nuestra tierra.

«Vamos, vamos», exclamó Marta, «es V. harto mudable. Podia haber hecho las cosas con ménos aspereza; pero eso de enamorar á una pobre muchacha, de dia, de noche, á todas horas; y luégo, de pronto, dejar de poner los piés en su casa, es ser cruel más de lo justo, Alfonso.»

La burlona sonrisa de Marta, el ademan despreciativo con que dijo: «pobre muchacha», y la cara de mofa de los demas y áun del mismo Conde, estuvieron á punto de sacar de quicio á Alfonso; pero se acordó de lo imprudente que habia sido con el Vinculeiro, y determinó contenerse. Sabía tambien que no le perdonaban el no haber hecho la córte á cualquiera de las dos hermanas, las cuales, esto es, una de ellas se hubiese dignado aceptar su homenaje, hasta que se presentára cosa mejor, á saber, novio más rico.

«Veo que Marta está hoy de buen talante», respondió Alfonso, para ganar tiempo.

«Quien se muestra cauteloso como un diplomático, es V.», replicó Elisa.

«Y se pone serio!», dijo la condesa Doña Tomasa, «señal de que es verdad lo que le dicen.»

«*Tu quoque!*», estuvo por exclamar Alfonso; pero lo tradujo al castellano, diciendo: «Tambien la Condesa se mete conmigo? ya veo que es conspiracion fraguada por todos contra mí!»

«No, no!», contestó la rencorosa Marta, «si va á decir verdad, nada inventamos. Usted ha obsequiado á Elvira, y ahora, de repente deja de ir á su casa: que le haya dado á V. calabazas, no es creible; luego V. se las ha dado á ella!»

«Pero, Marta, mire V. que se pone en riesgo de suponer cosas que no existen. Creo que Elvira es dama

lo suficiente honrada, para que de derecho la respeten; y se me figura que no ha dado jamas motivo con su conducta para que nadie la ofenda.»

«Buen caballero, buen caballero», exclamó el Conde, haciendo como que volvia de su acostumbrada distraccion; «buen caballero: por su Dios y por su dama; así me gusta.»

«Que no son motivos!», dijo Marta, «conversaciones á media noche, encuentros por esos campos y hallazgos en ferias, que han obligado al viejo tio á montar en su rocinante, para ir en busca de su sobrina perdidiza?»

Mudo de sorpresa y pálido de coraje, clavó Alfonso los rabiosos ojos en el Conde, para pedirle cuenta de las palabras de la dulce paloma sin hiel de su hija; pero le halló distraido; la Condesa se reia lo más neciamente que pueden reirse los tontos; Marta como una víbora, y Elisa como Marta. Alfonso vió que estaba pagando el delito de no haber adorado á una de aquellas deidades, y cierto que le pagaba con creces.

«No haga V. caso», dijo á Marta, «de malas lenguas, que nunca faltan para causar la deshonra de las mujeres y la desgracia de las familias.»

A esto, interrumpió el Conde su propio silencio, diciendo: «Me gusta V., Alfonso, porque es buen caballero, y no desdice de los suyos; pero todo tiene sus límites — Por una dama de clase, el caballero puede, y áun debe, hacer todo género de sacrificios; pero

por personas de esfera inferior á la nuestra, ya eso es otra cosa, y se puede tener manga más ancha—»

«Pues, señor, no comprendo, Conde; no comprendo ni una sola palabra de lo que V. me está diciendo.»

«Oye V., papá?» dijo Elisa.

«Qué dice? Ah! sí: hablábamos de esa chiquilla. Alfonso la ha tomado por pasatiempo, y ha hecho bien. La ha dejado. Ha hecho mejor! Es persona oscura, pobre é indigna de un jóven de la clase de Alfonso. Nada, amigo mio; no tenga V. remordimiento ninguno; para lo que ella vale, se ha portado V. perfectamente.»

«Vaya, pues», respondió Alfonso; «siento no haber seguido el glorioso dechado que me acaban de proponer. Con todo eso, sepan VV. que no he pensado jamas en enamorar á Elvira, por mero pasatiempo ni por otra cosa tampoco. En cuanto á su clase— nadie ignora que si fuese hombre, y quisiera cruzarse de una órden militar cualquiera, podria hacerlo mañana mismo. Cuántos, que presumen de ilustres, darian algo bueno por hallarse en su caso! Pero veo que esto es una broma —»

«Broma, amigo mio», dijo el Conde, como si no hubiera oido las indirectas de Alfonso; «por broma, sígala V., si le place; pero tenga presente que el hombre de su clase, degradado con mujer oscura, será hombre al agua y perdido para siempre. Abur, y no nos olvide tanto tiempo.»

Dijo el Conde, alargó la protectora mano á Alfonso, el cual no dió la suya, contentándose con saludar á las señoras; y la carretela partió en direccion opuesta á Betanzos.

Alfonso siguió por su camino, bajando las revueltas cuesta abajo, á escape, con lo cual creian cuantos le encontraban, que iba resuelto á estrellarse. En medio de su empeño de llegar cuanto ántes á casa de Elvira, qué de ideas bullian en su mente! Tal era el cúmulo de ellas, tantos los pensamientos de venganza contra los calumniadores, de arreglos para lo futuro y de esperanzas de ver realizada su noble ambicion, gozando, por último, tranquilo y en paz de la felicidad doméstica, en medio de aquellos campos de hermosura; tal era, en fin, el torbellino que hervia en su cabeza, que apénas pudo darse cuenta de cómo habia llegado tan pronto á casa de Souto de Rios.

CAPÍTULO VI.

Cheguei, petei, e eu dixe: Deo gratias.
Llegué, llamé, y dije: *Deo gratias.*

Alfonso experimentaba involuntario temblor, y tal, que hubo por dos ó tres veces de poner las manos en la pared de la escalera, para no caer rodando de espaldas, pues le pesaba la cabeza como si fuera de plomo. Secas las fauces, adheríasele la lengua al paladar; tan sin fuerzas se hallaba, que en la primera habitacion se dejó caer en una silla, para reponerse un poco. Merced á la seguridad con que se vive en Galicia, habia llegado hasta allí sin que nadie le dijera una palabra; quedando el caballo en el patio, atado á un árbol.

«Héme aquí», decia, «lleno de remordimientos por lo que ha pasado, y sin más remedio que presentarme confesando culpas, y ofreciendo mi mano, para dar aquellas al olvido. Con todo, en medio de que tal es mi deber, y no haria jamas otra cosa, ni me volveria atras por ninguna razon, no sé por qué me rebelo contra el casamiento. Vive Dios, que no lo sé.

Amo á Elvira con toda mi alma, respeto á Souto de Rios como á nadie en el mundo; conozco, por más que diga Sada, que en este matrimonio no hay desconformidad; ántes bien, Elvira es por padre y madre mucho más igual á mí que las hijas de la condesa Doña Tomasa; pues entónces, qué insuperable obstáculo me separa de Elvira? No lo sé; la cabeza se me arde, y mil opuestos pensamientos me asedian; pero ante todo, habla la honra. Alfonso, si eres caballero, si quieres llamarte hijo de tu padre, tu deber es casarte con Elvira! Es mi deber, es mi deber!!»

Distraido habia pronunciado en alta voz estas palabras, y el mismo ruido de su voz llegó como á despertarle; por lo que al punto se dirigió con paso firme á la habitacion de Don Santiago, sin que nada le detuviese, pues ya iba resuelto á cumplir con la honra. Conforme se llegaba á las habitaciones interiores, se asomó á una ventana que daba al jardin, mas no vió á nadie, y sólo un perro de presa, que por allí andaba suelto, á pesar de la hora, se puso á ladrar en cuanto le vió. Alfonso, siguiendo adelante, levantó el pestillo del despacho de Don Santiago; mas la puerta estaba cerrada con llave.

Mortal frio corrió por sus venas; rápido y profundo, como puñalada traidora, ocurriósele, por primera vez, el pensamiento de que Don Santiago y Elvira se hubiesen ido al Ferrol, la Coruña ó á cualquier otra parte, para no volver en algun tiempo.

Al ruido que hacia, se presentó una antigua criada, administradora de Don Santiago; la cual, con una sobrina suya, permanecia en la casa todo el año; y saludando á Alfonso como á persona conocida, le dijo:

«Ya habia visto el caballo del Señor Don Alfonso; pero, sin duda, no sabe V. que el amo y la señorita están fuera.»

«Están fuera? Y cuándo se han ido?»

«Ayer, señor, ayer tarde.»

«Ha ocurrido alguna desgracia? Se ha puesto malo el señor— ó la señorita?»

«No, señor, no; sanos y buenos iban.»

«Entónces, volverán pronto.»

«No sé, nada me dijeron. Y ya sabe que el señor no gusta de preguntas cuando él no dice las cosas.»

«Al ménos, sabrá V. adónde van.»

«Lo que es tomar, tomaron el camino del Ferrol, pero hablaban mucho de la Coruña, y áun creo, de Santiago; de manera que si piensan no volver, ya me escribirán; y si no, cuando vuelvan, hallarán todo como lo dejaron: hechas las camas y dispuesta la casa, como en el dia en que se fueron; es verdad.»

Con esta muletilla, de que en Galicia se usa, y áun se abusa, concluyó la buena de Dominga, á quien Don Santiago, en uso de su derecho y del ódio que profesaba al sexo feo, habia hecho administradora de la casa y rentas que por allí tenía.

Dos cosas veia Alfonso: primera, la dificultad que

hay siempre en Galicia, con la gente del campo, para lograr respuesta clara y terminante; y segunda, escasa voluntad por parte de Dominga de responder categóricamente. Cualquiera de ellas fuera parte para arredrar á persona ménos interesada que Alfonso en saber el paradero de Don Santiago y su sobrina; pero el jóven estaba resuelto á indagar cuanto pudiera, si bien harto persuadido de la dificultad de la empresa.

«Segun eso», exclamó, «los señores no estarán en el Ferrol más que muy pocos dias? dos ó tres, nada más — eh? O cree Dominga que llegarán á estar una semana?»

«No sé, señor, no sé, porque nada me han dicho, ni siquiera si iban al Ferrol — así Dios me salve.»

«Pero si dice V. que tomaron el camino del Ferrol, será porque allá tendrian pensado ir; si no, adónde diablos queria que fuesen?»

Alfonso iba perdiendo la paciencia, al paso que Dominga le respondió imperturbable:

«Pero no ve que pueden haber ido á Puentedeume, ó quién sabe adónde? Hay tantos sitios en el camino de aquí al Ferrol!»

«Vamos, bien, quedo enterado; si diese la casualidad de que en estos dias volvieran por aquí los señores, les dirá que he estado á verles —»

«Nada más?»

«Nada más.»

«No quiere el Señor Don Alfonso descansar y tomar

un póco de dulce ó chocolate? Si el amo supiese que V. habia estado en casa, yéndose despues así, sin tomar nada, se incomodaria conmigo. Vaya, venga al comedor, y allí podrá tomar —»

«No, gracias, no tengo gana, más — que de marcharme.» De ahogar á la pícara Dominga, era de lo que tenía Alfonso deseos, ó por lo ménos, de castigarla de modo, que pagase la zozobra y angustias que con sus reticencias y contestaciones evasivas acababa de hacerle pasar.

«Vaya, pues, quede con Dios, Dominga — nada, nada, muchas gracias — gracias; ya es tarde, y tengo que hacer en casa.»

«Pero el señor podia descansar aquí esta noche.»

«Y para qué? Estamos á un cuarto de legua de Betanzos; y luégo, hasta mi casa hay ménos de media legua. A caballo llego en seguida — nada, muchas gracias, Dominga. Adios.»

En un segundo estuvo Alfonso á caballo, y sin contestar á los saludos de Dominga, á quien sentia, en verdad, dejar sin el que él tenía por merecido castigo, se encaminó á la puerta del patio; mas ésta se hallaba entornada, y una voz juvenil cantaba á la parte de afuera lo siguiente:

Adios, barca de *Ferrole*,
Dentro me queda una rosa;
Ay! *non* la *podo* ir á *vere*,
Que está la mar peligrosa.

El tono triste con que cantaba la jóven — pues lo era, sin duda — en esa mezcla de gallego y castellano, tan frecuente en la Mariña; y la correspondencia de los versos con su estado, le hicieron detenerse ante la puerta, por ver si la cantora seguia; mas Dominga se desgañitaba, desde la ventana, en gallego, sin que Alfonso la entendiese; pero la jóven al punto enmudeció, abriendo de par en par la puerta para que pasase el jinete. La cantora era la sobrina de Dominga; de Dominga, á quien Alfonso odiaba en aquel momento con todos sus sentidos y potencias.

En vez del torbellino que ántes agitaba la mente del jóven, experimentaba ahora amargura y desprecio de la vida. Sin reparar en que faltaba ya poco para anochecer, ni dársele nada de lo que pudiera ocurrir, abandonó las riendas del caballo, dejándole en completa libertad, y haciendo el instinto del noble animal más que la inercia de su amo. Este, con la cabeza inclinada, se dejaba llevar, sin saber siquiera por dónde, cuando el caballo, leal amigo, y acostumbrado á hacer siempre lo mismo, se detuvo en lo alto de un recuesto, con lo que Alfonso volvió en sí y miró en derredor — En efecto, allí se detenia siempre para volverse á mirar á Elvira!

Clavó los ojos en una ventana, festoneada de enredaderas, desde la cual le saludaba siempre la hermosa jóven por última vez. Mísero Alfonso! cuán grande era la pena que agobiaba su corazon! Allá estaba la

casa, triste, silenciosa y con todas las ventanas cerradas, áun aquella cuyo marco era de enredaderas y flores. Mísero Alfonso! en vano miró, en vano se detuvo contemplando tristemente aquella ventana, en que tantas veces habia visto el hermoso rostro de Elvira!

Por efecto natural, que al pronto le sorprendió — los desgraciados son siempre supersticiosos — los últimos rayos del sol poniente dieron de pronto en los cristales, y la reverberacion engañó al jóven, haciéndole creer que se movian. Si sería Elvira, que, apénas llegada á casa, se asomaba veloz y sin aliento para verle? Vana espera! Los cristales despidieron pálida llamarada; el sol habia traspuesto el horizonte, y sus rayos, empañados y moribundos, dejaron de reflejar en los cristales de Elvira!

CAPÍTULO VII.

> Pero en Galicia, señores,
> Es la gente tan hidalga,
> Que sólo en servir al rico,
> El que es pobre no le iguala.
> —Lope de Vega, *El mejor alcalde el Rey.*—

Apénas llegó Alfonso á casa, su primera intencion fué escribir á Don Santiago Souto de Rios, proponiéndole abocarse con él en el punto en que á la sazon residiese. Pero, y si, como pensaba, sus imprudencias con Elvira eran causa del repentino viaje, no se exponia á una contestacion desagradable de Don Santiago? En la duda se le pasó parte de la noche. A la mañana siguiente, ya estaba en el camino real de Castilla, esperando el ómnibus de Betanzos, para ir á la Coruña.

Llevaba Jacobo á cuestas un saco de noche; y Gregorio, obedeciendo á Alfonso, se habia retirado, despues de acompañarle hasta allí; mas sin alejarse mucho, pues desde entre unos árboles se quedó contemplando la cara triste y macilenta de su amo. Miéntras éste se paseaba, Jacobo habia dejado sobre una piedra el saco de noche, cuando se presentó el Meigo,

á quien su calidad de semiloco daba todo fuero y licencia para decir cuanto le parecia.

«El señor, está enfermo?», preguntó, quitándose la montera.

«No, Meigo; ponte la montera. Y á tí, cómo te va?»

«Ni bien, ni mal, señor; como siempre. El Meigo nunca está bueno ni malo.»

Alfonso no habria sabido de qué hablar con Gregorio; pero vió con gusto la llegada del Meigo, esperando le distrajese un tanto el ánimo de tristes pensamientos.

«Y qué dice la gente por ahí, Meigo?

«Nada, señor: los buenos no tienen tiempo más que para trabajar y bendecir á Dios. Los malos son los que tienen tiempo para todo, ménos para trabajar; es verdad —»

Alfonso conoció que el Meigo no hablaba á humo de pajas: quien juzgue al campesino gallego sólo por la corteza ruda y áspera que á primera vista presenta, esté seguro de llevarse solemnísimo chasco.

«Vaya, Meigo, y qué hacen ó dicen los malos?», dijo Alfonso con marcada intencion.

«Lo que importa, señor, es no hacerles caso; eso es lo que debe hacer todo hombre de bien.»

«Pues mira, ya que no tenemos cosa mejor que hacer, háblame de los malos. Háblame, Meigo; sé que me quieres y has querido siempre á los mios; ten, pues, confianza, y habla.»

«Eh! mejor que yo sabe lo que dicen—mejor que yo lo sabe; pero creerá que todo lo que dice la mala gente ha sido inventado en casa d'o — d'o Conde — ya sabe el señor que no me gusta nombrarle; pero si me lo manda — »

« Ya sé á quién aludes; pero lo que han inventado en esa casa, es de mí; no es verdad?»

« Sí, señor, y de — »

« Basta, Meigo, basta. Con que, es decir, exclamó entre sí Alfonso, que todo el mundo habla ya de la triste Elvira! Tiene razon el Meigo: todo ha salido de la bendita casa del Conde de Sada. Dios se lo tenga en cuenta á él y á los suyos.» En esto, como iluminado de súbito pensamiento, se volvió, diciendo: «Tú, que andas por todas partes, á todas horas, y conoces la tierra á palmos, averíguame el paradero del Señor Souto de Rios y su sobrina; y si mañana no he vuelto, vé á decírmelo á la Coruña.»

« Poco tiene que averiguar!»

« Sabes dónde están?»

« En su casa, señor, en su casa.»

« Vaya, estás loco», replicó con enojo Alfonso.

« Así Dios me salve, como el Señor Don Santiago Souto de Rios y doña Elvira están en casa desde anoche.»

«Pero, hombre, qué dices? te estás burlando de mí?»

« Ah, mal pecado», dijo con ahinco el Meigo, «*léveme o demo* si me burlo yo ahora de nadie.»

Hablaba el Meigo con tanta firmeza y sinceridad, que Alfonso le volvió á preguntar:

«Vamos á ver; quién te ha dicho que Don Santiago está de vuelta?»

«Yo, que les he visto llegar anoche; por cierto que el reloj de Betanzos estaba dando las once.»

«Esa Dominga merece ser quemada por bruja. Habráse visto vieja más mala en la vida!» Estas palabras se le escaparon en voz alta á Alfonso, con el enojo; á lo que el Meigo respondió:

«No culpe á Dominga, no la culpe, pues Don Santiago sale y entra siempre en su casa, sin decir jamas adónde va ni cuándo vuelve.»

A esto, se oyeron los cascabeles de los caballos del ómnibus. Alfonso decia: á qué voy ya á la Coruña? El conductor detuvo el tiro, apeóse el zagal y tomó el saco de manos de Jacobo, poniéndole en la vaca del carruaje, miéntras el mismo conductor, que conocia á Alfonso, le dijo con las mayores muestras de consideracion y respeto: «La berlina viene vacía; puede V. elegir el asiento que guste.»

Alfonso, que conservaba cierto rencorcillo en lo íntimo de su corazon á Don Santiago, y áun á la misma Elvira, dijo:

«Vamos andando»; y subió á la berlina.

Cerró el zagal la portezuela, y chasqueando la tralla, arrancó el tiro; quedándose solos en el camino, el Meigo, con la montera en la mano, pues se la habia

quitado para despedirse de Alfonso; Jacobo el rapaz, en la misma postura y por igual causa; y Gregorio Couto, quien, al salir de detras de los árboles, en donde habia estado oculto, decia:

«Ou, Meigo, sabes qué decir de esto?»

El Meigo no contestó palabra, y sin hacer caso de nada, con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo, desapareció por la corredoira inmediata.

«Y tú, rapaz — no sabes? — »

«Y qué se le da á él, tio *Jrejorio?* vámonos á casa, á esperar al amo», dijo el rapaz, alejándose.

«Pues, señor, no lo entiendo», dijo Gregorio, ya solo en el camino. Miró al cielo, á la tierra, en derredor; y no teniendo ya á quién preguntar, tomó el camino más corto y prudente de volverse á casa, á preguntárselo á su mujer.

CAPÍTULO VIII.

Levantad, ejemplo raro
De fortaleza y valor,
Alto blason del honor,
De nobleza espejo claro.

—ALARCON, *Ganar amigos*, acto I, escena final.—

Bien conocia Alfonso que el viaje era ya inútil; con todo, no le disgustaba el verse llevado hácia la Coruña, pues más le pedia el ánimo distraccion que permanecer solo y aburrido en casa, sumergido en negros pensamientos. Quedábale siempre el recurso de volverse el mismo dia, pues el ómnibus hacia dos viajes: uno de ida, por la mañana, y de vuelta, á la tarde, el otro.

Al principio, Alfonso, pensando únicamente en Elvira, siguió arrinconado en la berlina, sin mirar nada de cuanto le hubiera distraido en otro caso; mas poco á poco, sus ojos se fueron deteniendo en la infinidad de objetos agradables que llaman á todos lados la atencion del que viaja por la Mariña.

Desde el Burgo, sobre todo, sólo se veian aldeanos que iban al mercado de la Coruña. Los alegres co-

lores de que tanto gustan para el traje las hijas de la costa, daban verdadero aspecto de fiesta al camino real y al campo, que recorrian en todas direcciones frescas aldeanas; quiénes con sellas (1) de agua en la cabeza y ruecas en la mano; quiénes con cestos llenos de frutas, aves y verdura en la cabeza tambien; y todas asomando por cuantas corredoiras y veredas daban á la carretera.

Al ver tan contínua y agradable variacion de objetos, el jóven, aunque acostumbrado ya á semejante espectáculo, no pudo ménos de tomar parte, si bien escasa, en la franca y cordial alegría que reinaba en los semblantes de cuantos le rodeaban.

El camino seguia, pasada la aldea de San Pedro de Nos, á la izquierda de la ria del Burgo, que desagua en el puerto de la Coruña. El campo, poblado por todas partes, hermoso y fértil, estaba como sembrado de casas de recreo, cuyas blancas cercas y paredes se mostraban al amparo de frondoso ramaje, y resaltaban en la alfombra de esmeralda de ese jardin, que los españoles no sabemos, qué digo alabar! nombrar siquiera, sin torpes dicterios; de ese jardin, que es necesario descubrir, cual nueva América; de ese jardin, llamado el campo de Galicia, por cuya posesion deberia España dar constantemente gracias al cielo, en vez de reirse de él, porque en la inaudita ignorancia de

(1) *Sella*, cubo rodeado de anchos aros de hierro.

todo lo que es suyo, no le conoce, y de sus habitantes, porque algunos de ellos, pocos en relacion á su inmenso número, salen de su tierra, no á avergonzar á su linaje con la holgazanería ó el crímen, sino á trabajar y asegurar el sustento de los muchos hijos que les concede el cielo, en premio de sus costumbres puras y honradas!

El autor no hace más que trasladar al papel los pensamientos que sugerian á Alfonso los objetos que le rodeaban. Tal vez habria en ellos alguna aspereza, efecto, sin duda, del color con que todo lo veia; pero no está de más confesar que, en lo esencial, habia completa verdad y rectitud en los pensamientos de Alfonso.

La brisa del mar acariciaba, más y más juguetona, el rostro del viajero: al cabo descubrió éste el puerto de la Coruña y la torre de Hércules, la cual se muestra, de dia como gigante que atalaya y guarda la gloriosa península en que está edificada la capital militar de Galicia; y de noche, como constante amiga que vela por la seguridad y la vida, no sólo de los que vienen á esas horas á ver á los suyos, sino de cuantos pasen por aquellos alrededores.

Nido de hermosura y alegría es Vilaboa, al resguardo de aquellos cerros, cuyas faldas revisten árboles, praderas y quintas rodeadas de jardines, sirviendo de franja á tan deleitoso sitio las azuladas revueltas de la ria del Burgo, con lo que Alfonso no podia apartar la

vista de aquel pequeño eden, como le ocurria siempre que por allí pasaba. Desde Vilaboa, el campo, abierto al mar y expuesto á los furiosos nordestes, tiene ménos frondosidad, y las peñas se muestran peladas y desnudas de toda tierra vegetal, en muchas partes; el verdor de las cumbres es ménos subido, y áun á veces le marchitan los vientos salinos del Atlántico; mas, con todo eso, buena parte de España daria algo por tener la vegetacion de los alrededores de la Coruña.

Puede decirse que el ómnibus iba en medio de una procesion de aldeanos: tal era el número de vendedores, y áun más de vendedoras, que se encaminaba al mercado coruñés, que, sin duda, es uno de los mejor abastecidos de España.

Y allá vió Alfonso á la Coruña, como recostada en un mar, al parecer inmóvil, y teniendo por dosel cielo azul y despejado, para aquella latitud.

Pronto volvió Alfonso á la realidad de la vida; pues, aunque jamas habia dejado de pensar en Elvira, su recuerdo se mezclaba con los mil objetos que le distraian por el camino, no ménos que con la animacion de las calles de un pueblo mercantil, cuya vida aumentan la Capitanía general, Audiencia y demas. La realidad de la vida se le presentó, pues, á Alfonso en la forma del antiguo amigo y condiscípulo de Madrid, á quien habia ido á ver á poco de hallarse en el campo, como á su tiempo dijimos.

El antiguo amigo se llamaba el Señor Don Tomas Patiño, vinculeiro, con seis ó siete mil reales de renta; estado social harto parecido al de Alfonso, pero sobrellevado más cristiana y pacíficamente que por nuestro héroe el suyo; efecto de la costumbre y de la más estricta y severa economía: el Señor Patiño habitaba modesta casita propia en la ciudad, esto es, en la antigua Coruña; sitio que conserva más aristocrático aspecto que la Pescadería, ó poblacion nueva, en donde reside el comercio, y con él, la verdadera vida del pueblo.

Era Tomas Patiño hombre de bien á carta cabal; vestia siempre con decorosa decencia, y tenía la casa aseada y dispuesta para recibir á un amigo. Ademas, él, por su parte, quedaba constantemente airoso en cuantas ocasiones se presentaban, sin que la rigorosa economía, necesaria para hombre de tan escasos recursos, le estorbase el asistir á las diversiones de sus amigos, ni el convidar de vez en cuando á alguno á comer.

Todo esto exigia, sin duda, sacrificios secretos, que la gente ignoraba; pero, de seguro, no eran parte para que el pequeño caudal dejára de aumentarse todos los años, lentamente y con la mayor seguridad, gracias á la virtud y economía del amigo de Alfonso.

Bien es verdad que, en vez de vivir todo el año en la Coruña, cosa que le habria hecho gastar con exceso, tenía su *aldea*, en la cual habitaba más de la

mitad del año, ahorrando y atendiendo al aumento de su modesta hacienda. Sistema que muchos practican en Galicia, y harto preferible, económica, higiénica y áun moralmente hablando, á la vida que la mayor parte de los españoles llevamos — cuanto más ricos, peor — siempre encerrados entre las paredes de pueblos grandes y malsanos, y viendo de dia en dia arruinarse nuestra salud y caudal.

Patiño vivia en aquella época en el campo, por ser en verano, mas no sin venir, cuando sus asuntos lo requerian, á la Coruña, en donde tenía dispuesta habitacion, de la que cuidaba una buena mujer, ya entrada en años, viuda de un antiguo criado de la casa.

Habian sido los dos jóvenes siempre amigos, y á poco de hallarse, ya iban del brazo, hablando á más y mejor, camino de la ciudad; pues Alfonso no se habia podido negar á las instancias de su amigo, el cual se proponia darle de almorzar. La casa estaba en una de las calles más apartadas, tenía sólo puerta y ventana, la cual era una tienda de aceite y vinagre, en el piso bajo; y en el superior, dos balcones, empotrados en la pared, cuyos hierros no se veian, en estando cerrados los cristales. Sobre la puerta descollaba el escudo de piedra con las armas del dueño. La casa tenía otra fachada, que daba á un jardinillo, y en ella, una galería de cristales, desde la cual los ojos se recreaban con un espectáculo por demas grandioso y risueño.

Desde el continente arranca estrecha lengua de tierra, que se ensancha y redondea, conforme adelanta por el mar; en la parte más angosta de la península está edificada la Coruña, cuyas casas se extienden, formando calles paralelas, desde el barrio de Santa Lucía á la antigua ciudad, entre el Orzan por un lado, al otro la bahía, y las aguas del Atlántico al extremo.

Es el Orzan una cala abierta al mar, sembrado el suelo de peñascos, y blancas siempre de espuma las olas, á las cuales apénas se atreven las frágiles lanchas de los pescadores del frontero barrio de Riazor, en los meses de verano; pues en los demas hallaria muerte segura el que tuviera el insensato atrevimiento de navegar por aquellos eternos y furiosos montes de espuma, imágen del cáos y representacion perenne de las tempestades del Oceano.

En los últimos escollos que rodean la península se alza la colosal torre de Hércules, faro magnífico de aquel mar de revuelto y poderoso oleaje, ante el cual se detuvo el mayor pueblo de la antigüedad, dándole nombre de Grande— Las olas azotan y cubren á considerable altura los cárdenos sillares; el huracan ruge desatado, harto á menudo, imponiendo terror á los de adentro; la niebla envuelve, y las nubes coronan á veces el gallardo fanal.

Dando la vuelta por una costa revestida de yerba, desprovista de árboles, que los nordestes no con-

sienten, guarnecida de tal cual batería y rodeada de escollos, en donde rompe, siempre furioso, el Oceano, áun en los dias más serenos, se ven tierra adentro el cementerio, y más allá algunas casas. A poco da uno ya en las de la ciudad, rodeadas todavía en parte de murallas, y edificadas á la misma entrada de la bahía.

Una de estas casas es la de Patiño, desde cuya ventana se ve el mar, enfrente el cabo Prioriño, la estrecha garganta del puerto del Ferrol, el primero del mundo para puerto militar; y más á tierra corre la costa hácia la ria de Puentedeume y la de Ares, el gran puerto de los romanos. Aquí se alza un peñasco bajo y escueto, de escasa importancia al parecer, y con todo eso, terror de los navegantes, quienes, á su vista, repiten estas palabras de sus abuelos:

Quien pasó la Marola,
Pasó la mar toda.

Si bien otros aseguran que el verdadero peligro está hácia el Seijo Blanco, erguido promontorio, que hunde la planta en el abismo, y opone invencible resistencia á las turbias olas, que á sus piés se estrellan, y áun se atreven á menudo á su frente con temeroso y sordo clamoreo.

Desde la galería, una de cuyas ventanas era la del comedor, se veia enfrente el aislado castillo de San

Anton, fortaleza de histórica importancia, por el puerto que defiende, y los presos de estado á quienes ha servido de cárcel.

A la izquierda, el mar, rompiendo en las peligrosas peñas de las Ánimas; enfrente, al otro lado de la bahía, se ostentaba una verde y hermosa comarca, trazando grandioso semicírculo, sólo interrumpido por el desagüe de la ria del Burgo, hasta llegar al barrio de Santa Lucía, fuera de las modernas fortificaciones de la Coruña, en cuyo sitio, que es la parte más abrigada del puerto y al pié de la Palloza, hoy fábrica de cigarros, hay siempre vapores ingleses, á propósito construidos y convenientemente dispuestos para el transporte á Inglaterra de ganado vacuno, la mayor fuente de riqueza de Galicia.

Desde allí se extendian hasta la Pescadería numerosos barcos costeños, cuyos baupreses pasaban á veces por encima del pretil del Canton, excelente calle con árboles, que por un lado tiene hermoso caserío, y por otro el mar. Hácia el desembarcadero se mecian dos vaporcitos, verdaderos ómnibus entre la Coruña y Ferrol; algunas fragatas mercantes, y tal cual buque de guerra, fondeado casi siempre en medio de la bahía, y como dispuesto á dar la vela á cualquier hora.

«La gente de tierra adentro», exclamó Alfonso, «vive en el limbo, si se compara con los hijos de la costa. No digo Madrid; la ciudad más rica y opu-

lenta de lo interior de Europa no puede ofrecer á sus hijos espectáculo semejante al que ahora estamos contemplando.»

«Tienes razon», dijo Patiño, «y con todo eso, no dejarán los españoles de considerar á Madrid como el paraíso de España.»

«Y lo es», replicó Alfonso, «para ociosos, vagos, y sobre todo, para aquellos á quienes la necesidad les obliga á vivir en él para comer. Mas, pese á los cortesanos, ahí tienes ante tus ojos, y sin costarte nada, espectáculo diario, que vale cualquier dinero, sin contar con la variedad que á cada paso ofrecé un puerto con los barcos que entran á toda vela, los vapores que salen con su negro y ceniciento penacho, las ligeras canoas de los barcos de guerra, los botes de los mercantes, y las lanchas cargadas de mercancías, que recorren en todas direcciones las aguas. Añade, en el Oceano, el flujo y reflujo, de que está privado el Mediterráneo, y desde ahora te digo no hay vista tan diversa, animada y hermosa como la de un puerto. Créeme, Tomas: te envidio esta galería de tal manera, que no la trocára por un palacio en la calle de Alcalá ó en Recoletos.»

Segun parece, Doña Antonia, el ama de llaves de Tomas Patiño, no era mala cocinera, pues sirvió á los jóvenes sabrosas y bien sazonadas *costilletas*, que así llaman á las chuletas por allá, y un par de platos de excelente pescado; pescados y costilletas, en nin-

guna parte mejores que en la Coruña, acompañados de rico vino del Rivero, el cual, afortunadamente, nada tenía de cristiano.

Doña Antonia se fué á la cocina, despues de poner un buen queso gallego en la mesa, quedando los jóvenes en libertad de hablar sobre cuanto se les viniese á las mientes. Ambos tenian, sin duda; alguna cosa que confiarse mutuamente, porque más de una vez se habian mirado en silencio y de hito en hito, como si temieran ofenderse con el pensamiento.

Alfonso conocia la lealtad de su amigo; pero sabía tambien que el carácter gallego es á menudo indeciso; con lo que, casi seguro de que Patiño deseaba hablarle de sus amores con Elvira, quiso él abrirle el camino con estas palabras:

«Veamos ahora, Tomas, ya que tanto hemos hablado de lo pasado, qué hay de lo presente — Qué se dice por ahí de crónica escandalosa? porque la Coruña no estará sin ella. Quién es el paciente? Sabes una cosa, amigo mio? No sabes? Pues te la diré — Estaba por apostar algo bueno á que el paciente era yo — esto es; peor todavía — la verdad, creo que no soy yo solo— Acerté? Vamos, ten franqueza conmigo, como yo acabo de tenerla — Dime lo que sepas, pues en ello me harás insigne favor.»

«Alfonso», contestó Patiño, «pues me acabas de dar muestra de confianza y leal amistad, voy á corresponder á ella, pero no te has de ofender — Sé que

siempre has sido bueno y honrado; por eso voy á decirte lo que pasa, ó lo que sé, sin rodeos.»

El corazon de Alfonso latia con tal violencia, que le saltaba dentro del pecho, y el rostro expresó tal desasosiego, que Patiño no pudo ménos de detenerse y preguntarle si se habia puesto malo.

«No! Sigue, amigo mio; te ruego que sigas — pero mi curiosidad es tal — que — vamos; sigue, por Dios!», dijo Alfonso, riéndose y conteniendo su emocion.

«Seguiré; pero te advierto puede amargarte lo que te diga.»

«No extrañes mi ansiosa curiosidad, pues voy á oir por la primera vez á un amigo juzgar mi reciente conducta. Continúa, pues — sin compasion! Adelante — »

Alfonso hablaba ya con rostro sereno, pero en lo interior experimentaba la horrible sensacion que experimenta y oculta el enfermo cuando asegura al facultativo que puede en seguida ejecutar en él tal ó cual operacion quirúrgica, por dolorosa que sea.

«Amigo Alfonso», prosiguió Patiño, «cuanto más breves, mejor. Dicen — pero la accion es tal, que, á la verdad, en nombre de nuestra antigua amistad, la he negado.»

«Acaba!», dijo con impaciencia Alfonso.

Patiño se levantó de la silla, y acercándose á su amigo, le dijo al oido unas cuantas palabras.

«Qué horror! —» exclamó Alfonso, tapándose la cara con las manos, «qué horror! Levantóse en esto, y dijo: «Tomas, y tú me has hecho el agravio de creerme capaz de semejante ruindad!»

«Para no mentir, Alfonso, te diré que al principio te defendí, seguro de tu inocencia, y que — despues te he defendido tambien.»

«Pero ya dudando; no es verdad?»

«Me has dicho querias fuese franco, y lo he sido.»

«Es decir, que tambien me condenas, como los demas, sin oirme?»

«Ya ves! Al principio se tomó por habladuría; mas luégo — te lo aseguro, Alfonso, á estas horas soy el único que te defiende en la Coruña.»

«Pero, á quién has oido hablar! A quién?»

«Mira, el que lo diga como lo dice por ahí Doña Nemesia Fernandez, poco efecto habia de hacer en mí; pues, aunque ahora es persona muy grave y respetable, conozco sus antecedentes y vida, más que borrascosa: han pasado años, ya está vieja — y, en la apariencia, es mujer ejemplar. Doña Polonia Mellid es peor que la otra; en fin, de la baraja de santas mujeres que acá tenemos, cuyas lenguas viperinas son peores — á ser posible — que lo han sido sus vidas, no hago caso; aunque, á la verdad, son tantos y tales los detalles y particulares que dan, que repugna hasta el oirlas. Cierto, lo hacen todo en nombre de Dios — viles hipócritas! Pero, en fin, el otro dia

estuvo aquí el Conde de Sada con toda la familia, y al oir á personas que ningun interes tenian! — »

Alfonso respiró.

«Y el testimonio del Conde de Sada es el que de tal modo te ha convencido? Pues bien, escúchame.»

Y habló largo rato á su amigo de lo que nuestros lectores ya saben; con lo que no tardó Patiño en convencerse de que nadie estaba, por amor propio, tan interesado en dañar á Alfonso y á Elvira, como la familia del Conde de Sada.

«Entónces», dijo Patiño, «hay una conspiracion fraguada contra tí y contra la infeliz Elvira.»

«Justo, y la conspiracion es sumamente temible, porque mi verdadero enemigo es el amor propio ofendido de personas poderosas. Por mí, no lo siento; mas la triste Elvira — »

«Y ahora, qué piensas hacer?»

«Casarme con Elvira, si ella me quiere, y lo consiente su tio. Estoy exento de toda culpa; nada me importa, personalmente, la calumnia propalada por el Conde, su familia y esas santas mujeres que dices; pero he cometido algunas imprudencias, si bien en otra ocasion poco importantes, en la presente, habiendo tantas buenas almas interesadas en contra nuestra, de la mayor gravedad, y tanto, que mi deber es, meramente, casarme con Elvira.»

«Es verdad; pero Don Santiago es hombre singular,

y tal vez se oponga. Luégo, hay otra razon — estamos hablando como amigos, no es cierto? Pues bien, tienes — estás acostumbrado á tener siempre más de lo necesario para la vida, y por desgracia, te han quedado escasísimos haberes. Elvira tampoco es rica.»

«Cierto, amigo mio; tu juicio te hace tocar de antemano las dificultades de que he de verme rodeado apénas me case; pero eres caballero, y harto sabes que la honra manda que me case con Elvira.»

«No hay duda; pero si te has de ver en la imposibilidad de vivir y sostener á tu familia! — Tienes capacidad, mas no para aprovecharla en tu Pazo de Cela. El verdadero teatro de tu existencia es Madrid; allí tienes amigos y relaciones, allí es donde únicamente puedes trabajar para asegurar tu suerte. Y si habia de ser harto difícil el sostenerte soltero en la córte con tu escaso caudal, cómo crees posible vivir en ella, aunque Elvira llevase igual renta á la tuya, cosa de que dudo mucho? Créeme, Alfonso; no es decirte que no te cases con Elvira; mas primero vé á Madrid, á renovar todas tus relaciones y las de tu familia; así lograrás obtener decoroso empleo, que te permita vivir con desahogo. Hasta tanto, sabes que soy amigo tuyo leal y sincero; pues bien, creo que harias solemne locura con casarte, en la disposicion en que hoy te hallas.»

«Lo manda la honra.»

«Bien, tienes razon, la honra lo manda; pero tambien debes atender á la suerte de tu familia y nombre. Lo que posees no es ni la octava parte de lo que necesitas para vivir; cómo quieres? — »

«Perdona, Tomas, perdona; pero estás hablando con la flema de hombre libre de todo compromiso y sin amor!»

«Eres muy dueño de suponer lo que quieras», contestó Patiño, sonriéndose, «pero te estoy hablando como si fuera á un hermano.»

«Lo sé, Tomas, lo sé.»

«Pues bien, si lo sabes, déjame acabar. Creo que despues de tanta habladuría y tanta infamia, estás obligado á pedir la mano de Elvira; lo demas es cuenta de ella ó de su tio; pero es deber de caballero, tienes muchísima razon. Con todo, ese deber no te ha de hacer olvidar lo que ya te he indicado, de mirar por la suerte de tu familia. Tienes talento y rectitud de corazon para comprender la buena fe y sinceridad con que te hablo — y ademas, pues ambos tenemos ya edad para conocer lo que es el mundo, has mirado bien, Alfonso, la grave responsabilidad que echas sobre tus hombros al casarte? Tendrás paciencia y ánimo para sobrellevar las injuriosas suposiciones que han de llover sobre tí, apénas te cases? Tus mayores amigos te calificarán de débil; los indiferentes, de necio; los enemigos aplaudirán tu ruina, que por tal tendrán el casamiento con Elvira.

Y no hay duda que á los ojos de los hombres, tu boda será como la abdicacion de un rey; esto es, considerarán que, teniéndote por incapaz de otra cosa, renuncias á tu estado social, y á la suerte, que áun podias hallar en lo porvenir, por mera poquedad de ánimo, por — »

«Por cobardía! dilo claro, Tomas», añadió Alfonso.

«Pues bien, Alfonso, por cobardía, y ademas por necedad — Me perdonas, amigo mio?», dijo Tomas, dándole la mano.

«Perdonarte, Tomas! lo que hago, es agradecerte en el alma el interes que me demuestras. Harto conoces mi carácter; sabes, por lo tanto, que no he de olvidar tu franca y leal amistad. Mas, qué quiéres? las cosas han llegado á tal punto, que no puedo volverme atras sin dejar de ser quien soy.»

«Ya sé, Alfonso, que en puntos de honra no necesitas maestro; mas, pues agradeces mi leal sinceridad, quiero ponerte delante, no sólo los obstáculos con que has contado, sino otros muchos que no has tenido presentes — Si te cansa mi sermon! — »

«Al contrario, Tomas; te ruego que sigas.»

«Sigo», dijo éste, sonriéndose. «Mira, ves aquel bote, que há rato zarpó de la costa de enfrente? — El mar, no há mucho sereno como un espejo, y azul como el cielo, ha cambiado del todo. Oyes el ruido de las olas en las peñas de las Ánimas? Ves allá enfrente, hácia el Seijo? Pues mira aquí dentro de

la bahía, y verás cómo, á pesar del abrigo, el oleaje es tal, que apénas se ve el mezquino bote, y no parece sino que está á punto de anegarse en los profundos abismos; de diez veces que miramos, apénas le vemos una, pues casi siempre las olas le ocultan y sumergen en sus revueltos remolinos. Le ves? ahora acaba de mostrarse en lo alto de una ola, y de hundirse y retroceder con ella! Desventurados marineros! Dios sabe el trabajo que les costará y lo que tardarán en llegar á la Coruña!»

«Pero llegarán», exclamó Alfonso.

«Llegarán, á costa de ímprobo trabajo y de no escaso peligro.»

«Pero llegarán», repitió Alfonso.

«Llegarán, porque no les ha cogido el temporal en alta mar; que si no, Dios sabe! —»

«Es decir, que á mí me ha cogido el temporal en alta mar?»

«Mucho peor es lo que te sucede; porque al fin y al cabo estás en el puerto, tranquilo y seguro, y con todo eso, te propones dar la vuelta al mundo por el cabo de Hornos, en medio de contínua tempestad, y en un bote peor y más frágil que ése que está llamando nuestra atencion.»

«Tomas, tu cariño es grande, y te le agradeceré miéntras viva; mas, para que veas que no me voy á casar á ciegas, yo mismo te pintaré mi vida despues de casado, y verás, con el tiempo, si he sido exacto.»

« Vamos á ver », dijo Tomas.

« Me caso », continuó Alfonso, « y apénas lo saben mis conocidos, exclaman: hombre al agua! con solo su casamiento con una señorita pobre, se ha hundido Vazquez de Cela! Mis parientes respiran, como libres de gravísimo peso, pues ya temian me casase con una mujer rica, y les cegase con mi lujo, llenándoles el pecho de rencorosa envidia. Los amigos, unos me miran con lástima, otros con frialdad; con desden aquellos, éstos con desprecio; y todos se apartan de mí, como de un leproso, temiendo, sin duda, se les comunique mi honrada necedad; que en estos tiempos el hombre honrado es siempre necio—

» Mis enemigos, y quién no los tiene en este mundo? Los que me veian ir en coche por el Prado y Fuente Castellana, ó bien dejarles penando en Madrid, miéntras me iba á Baden, Spa ó Escocia, ésos, sobre todo, dirán: ya sabiamos nosotros que, con aquella fama de talento y aquel orgulloso ademan, no era Alfonso Vazquez de Cela más que un pobre diablo, indigno de la representacion que tenía en el mundo. »

Alfonso apretó cariñosamente la mano á su amigo, y añadió: « A pesar de todo, tienes razon en lo que me has dicho: creo que ántes de casarme, debo procurar hacer cuanto esté en mi mano para atender á lo porvenir; pero Elvira no puede quedar así, expuesta á la maledicencia de unos cuantos malvados; en fin, ya verémos. Esta misma tarde me vuelvo á

San Pedro, mañana veré á Souto de Rios, y Dios me ayudará á salvar el honor de la infeliz Elvira. Si me ofrece alguna duda, ó encuentro obstáculos, tus consejos me valdrán, amigo mio, pues eres el único que tengo en este instante, no sólo en la Coruña y Galicia, sino, tal vez, en el mundo.»

« Con tal que tengas presentes siempre los obstáculos que has de hallar! », dijo Patiño.

« Ya han llegado », le interrumpió Alfonso, poniendo la mano en el hombro de su amigo.

« Qué estás ahí diciendo? », exclamó Patiño, creyendo que Alfonso se habia vuelto loco.

« Que ya ha llegado el bote de que hablábamos poco há— No ves cómo desembarcan los marineros ahí, delante de nosotros, en los *Pelamios?*

Patiño se quedó mirando á su amigo, y le dijo, harto conmovido:

« Alfonso, quiera Dios que tu generosidad no te engañe! Esos marineros han llegado, porque no tenian que arrostrar la centésima parte de los peligros y dificultades que tú para casarte. Míralo bien ántes, Alfonso, míralo bien! —»

———

CAPÍTULO IX.

> Porque, así como hay gustos que no arrostran á cosa dulce, ni la pueden tragar, sino á cosas amargas y acetosas; así hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico que en ninguna materia de virtud ni alabanza ajena toman gusto, sino en solo mofar y maldecir, y tratar de males ajenos.
>
> — FRAY LUIS DE GRANADA, *Guia de pecadores*, lib. II.—

A las cinco de la tarde estaban en la Rua Nueva Alfonso y Tomas Patiño, paseándose y esperando á que estuviese listo el ómnibus de Betanzos, que salia á las cinco y media. La calle, aunque corta, es de las mejores de la Coruña, y está enlosada por toda su anchura, como las de casi todos los pueblos de Galicia, lo que las convierte en una acera sin interrupcion, siendo tan cómodo andar al lado de las casas como por medío de la calle. Ni más ni ménos de lo que sucede con el ignominioso empedrado de la coronada villa y córte —

Alfonso iba hasta media legua escasa de Betanzos, y Patiño se quedaba á la mitad del camino, en la apacible aldea de Iñás, donde tenía su modesta casa solar. Habian permanecido juntos todo el dia, y juntos aca-

15

baban tambien de comer, sin que Alfonso tuviera, en modo alguno, deseos de hablar con nadie, más que con su buen amigo, de lo que naturalmente le preocupaba, miéntras éste le oia con cariñoso interés.

Conforme iban del brazo, Alfonso advirtió en Patiño ligero estremecimiento.

« Qué es eso? Te has puesto malo? », le dijo.

« No, sino que viene hácia nosotros esa malvada bruja, siempre odiosa, y á quien ahora aborrezco de muerte. »

« No la conozco — »

« Doña Polonia Mellid; mírala, ésa es; ó mejor, hagámonos los desentendidos — imposible! Mírala cómo viene! Maldita víbora! — Nada, no hay remedio — me llama — así! — »

Alfonso vió, en efecto, venir hácia ellos á una señora, ya harto entrada en años, cuyo rostro excitaba á poner la consideracion, á pesar de la edad, en los restos de anterior belleza, ó por lo ménos, gracia verdaderamente seductora; eso como mera indicacion de lo pasado; porque, en cuanto á lo presente, las arrugas surcaban aquel, en otro tiempo delicado cútis, y el cabello ostentaba negro color, demasiado igual, efecto, sin duda, de algun tinte milagroso.

El aspecto de aquella señora era, á primera vista, agradable; y sólo despues, conforme se la miraba, se descubria mucho afectado en su amabilidad y muchísimo repugnante en su mirada. Alfonso sabía ya

lo suficiente con respecto á ella, para mirarla con fundada aversion.

Habíase acercado Patiño á saludarla, al ver que le llamaba, quedándose Alfonso aparte, sin oir nada, ni mirar apénas. La señora hablaba con ahinco, mirando frecuentemente á Alfonso, el cual experimentaba cada vez más repugnancia; y Patiño, al parecer, se negaba con energía á alguna cosa. Al cabo la señora dió la embestida de otro modo, y dejando de rogar con la voz y la mirada, como hasta entónces, habló en voz más baja con misterioso ademan; luégo aparentó desden, y por último, dijo con la mayor serenidad una cosa tal, que Patiño, sin poderse contener, se volvió á su amigo, diciendo:

«Vén acá, Alfonso!»

Satisfecha y traidora sonrisa recorrió los labios de la amiga de Patiño, pues en aquel momento lograba un triunfo que la habia costado casi un cuarto de hora de porfía; á saber, el hablar á Alfonso.

«Vén, Alfonso, vén», dijo Patiño, «hazme el favor de confirmar á esta señora lo que acabo de asegurarla, porque á mí no me cree —»

«Y es?», dijo Alfonso, acercándose y saludando con poco agrado.

«Nada, que la Señora Doña Polonia Mellid, repitiendo calumnias, propaladas con la más negra intencion contra tí y Elvira Souto de Rios —»

«Cosas de Patiño, Señor Vazquez de Cela, cosas de

Patiño! Le acabo de dar en confianza una broma, y él, tomando el rábano por las hojas— »

« Vaya, con que ahora miento yo! », dijo con enojo el honrado Patiño.

Doña Polonia, entre tanto, miraba de hito en hito á Alfonso, de esa increible manera con que algunas personas suelen mirar, la cual, entre otras cosas mucho peores, que no queremos traer á cuento, tiene tambien de lo grosero y selvático del ignorante labriego.

Doña Polonia se hallaba en aquel momento satisfaciendo la hambrienta curiosidad, que há tanto tiempo tenía de ver á Alfonso de cerca y hablarle. Este acudió en pro de su amigo, diciendo:

«Señora, aunque supongo que esto es mera broma, con todo, y por lo que valiere, puedo asegurar, aquí y en donde quiera, que cuanto diga mi amigo Tomas es la pura verdad.»

« No, no! no seré yo quien ponga en duda un solo momento la veracidad de *Tomasito*, ni tampoco la de V. Jamas pensé en tal cosa; Dios me libre! », contestó Doña Polonia, con uncion que edificaba.

« Bueno », dijo Patiño, « entónces ya estamos al otro lado de la calle. Doña Polonia no quiere poner en duda nuestra veracidad; por lo tanto, con creer lo que la he dicho de mi amigo Alfonso, basta y sobra— Señora, á los piés — »

«Qué buen amigo tiene V., Señor de Cela, qué buen amigo! No, lo que es en eso, puede V. estar seguro

de que cualquier travesurilla que haga, ha de ser siempre defendida á capa y espada por su amigo Tomas — lo que es eso, sí!»

«Francamente, Doña Polonia», dijo éste, «creo que, como está V. sola en el mundo, y no tiene familia, se ocupa más de lo justo en averiguar vidas ajenas: en cuanto á nosotros, ahora mismo vamos á subir al ómnibus, que ya espera. Conque, Señora—»

«Durillo está V. hoy, amigo *Tomasito*; pero eso no tiene nada de extraño. La falta de razon nos hace siempre ser injustos — vaya, buen viaje, señores; serénese, amigo Tomasito; que para defender causas perdidas es preciso tener mucha serenidad — mucha! es verdad. Sabe el Señor de Cela que en la calle de San Andrés, número —, tiene amiga y casa á su disposicion— He sido muy amiga de su madre de V.!»

«Gracias, señora; ya comprendo por qué está V. desahogando hace dias su entrañable cariño á mi madre, en la persona y reputacion de su hijo. Hay amistades que sirven para todo. Gracias, señora.»

Doña Polonia contestó con su más blanda sonrisa á tan merecida respuesta, y dijo:

«Calle de San Andrés, número — ; no lo olvide V., amigo mio. Vaya, buen viaje. Gracias, señores, muchas gracias.»

El coche partió, y léjos de haber dicho los jóvenes á Doña Polonia nada que mereciese las gracias, ésta oyó claramente que Patiño decia:

« Merece, por bruja, ser quemada viva.»

Doña Polonia lo oyó; pero su sonrisa, léjos de agriarse, se hizo más benévola, y su rostro adquirió — cosa increible! — aspecto más dulce, recogido y zalamero que nunca. En la esquina halló á Doña Nemesia Fernandez, á quien dijo con ademan compungido:

« Amiga mia, qué mundo! Qué juventud la de estos tiempos! Querrá V. creerlo? Pues bien, el mismo Alfonso Vazquez de Cela acaba de decirme ahora que, para él, la triste Elvira Souto de Rios no ha sido más que objeto de mero pasatiempo, y ni se casa, ni se casará jamas con ella.»

Doña Nemesia, radiante de alegría, se volvió como el rayo hácia su casa.

« Adónde va V., amiga mia, que se vuelve tan de repente?»

«A escribirle lo que me acaba V. de decir á Don Santiago Souto de Rios.»

«Jesus! amiga mia, qué va V. á hacer? Mire V. que me compromete.»

«Nada tema V.; no la nombraré: voy volando, para que Don Santiago reciba la noticia cuanto ántes.»

« Válgame Dios, válgame Dios», quedóse diciendo, con los ojos preñados de lágrimas, la buena de Doña Polonia.

CAPÍTULO X.

D. Gabriel.
Montoya,
Ya sabes mi condicion:
Servir y callar.
— Tirso de Molina, *Amar por señas.*—

Alfonso se despidió en Iñás del leal Patiño, y siguió solo en el imperial del ómnibus, única parte del carruaje que estaba desocupada. En vez del hermoso temple de por la mañana, el tiempo habia cambiado, y la tarde era, si no fria, destemplada al ménos, merced al viento que, arreciando, amontonaba cenicientas y negras nubes en el cielo, doblegando al paso violentamente en la tierra, no sólo las ramas, sino los mismos troncos de los árboles. El carruaje subia, harto despacio, la penosa cuesta del monte de la Fame, único sitio entre la Coruña y Betanzos de aspecto, en proporcion, agreste y desierto; es decir, que será cosa de andar por él, obra de un minuto ó dos, sin ver casa ni rastro de habitacion alguna, excepto el tojo y demas plantas silvestres, que revisten las pocas cla-

ras de tierra no ocupadas por los espesos pinares que en todas direcciones se ofrecen á la vista. Cierto que un castellano ó andaluz, por ejemplo, acostumbrados á cruzar inmensos y tristísimos desiertos para ir de una poblacion á otra, se llenarian de sorpresa al oir en Galicia llamar desiertos á sitios en donde, lo más que se tarda en ver casas, es un par de minutos: tal es el número de habitantes que mantiene la fértil y hermosa Mariña.

La hora, el lugar solitario, los bramidos del viento en los pinares, entre cuyos troncos y ramas suenan siempre de triste y espantable manera; y sobre todo, los poco alegres pensamientos de Alfonso, causaban en él impresion más negra que las nubes amontonadas sobre su cabeza; más lúgubre que las ráfagas que á veces azotaban el monte, semejando aullidos de fieras, y á veces reuniéndose en uno tanto són agudo, ronco ó lastimero, parecian la voz del Oceano, el cual, roto el freno, hasta entónces respetado, se abalanzaba, irresistible y asolador, á cubrir con sus verdosas olas, valles y collados.

A esto, efecto del viento y del cansancio á un tiempo, los caballos se detuvieron, sin poder seguir adelante; el camino estaba, ademas, lleno de grava recien echada, que estorbaba casi del todo á los pobres animales el arrastrar hasta lo alto de la cuesta al coche, el cual empezó á cejar, ladeándose hácia la izquierda del camino, con lo que el estado de los viajeros llegó

á ser poco divertido, oyéndose sólo gritos y voces lastimeras de mujeres y áun hombres, llamando al conductor para que abriese las portezuelas. El coche cejó de manera, que todos se dieron por perdidos, miéntras el conductor gritaba y sacudia latigazos á los caballos.

Al ver que éstos no podian ya más, saltó el zagal desde el pescante al suelo, para ver de poner piedras bajo las llantas de las ruedas, y evitar de esa manera el caer en la zanja y volcar. De pronto, un encuentro ó choque aumentó el sobresalto de los viajeros, quienes se sosegaron un tanto, al ver que el ómnibus no se movia. El zagal halló que le habian ganado por la mano, poniendo á tiempo una piedra entre la llanta de una rueda grande y el suelo, evitando de esa manera el inminente vuelco.

«Ah, eres tú, Meigo?», exclamó el zagal con alegría, «vaya, hombre, Dios te lo pague.»

A todo esto, ya se habian apeado los viajeros, y libres los caballos de aquel peso, arrancarron á galope, sin detenerse hasta la cumbre. Sólo Alfonso habia permanecido en su asiento, no sin ver perfectamente al Meigo, el cual, sin parar mientes en las gracias que los viajeros le daban, acompañó al ómnibus al mismo paso de los caballos, y en seguida, trepando á lo alto, saludó á Alfonso, y le dijo:

«El Señor de Souto de Rios ha estado en el Pazo.»

Alfonso, sin esperar á más, se puso con increi-

ble prontitud en el suelo por el lado opuesto, diciendo:

«Toma el saco de noche, y vénte conmigo, que estoy ya cansado de ir en el dichoso ómnibus.»

No habia acabado el jóven de hablar, cuando ya tenía al Meigo, con el saco en la mano, á su lado. Despidióse del conductor, diciendo queria andar lo que faltaba á pié; y sin aguardar á los viajeros, emprendió, seguido de su novel escudero, á paso largo el camino del Pazo. A la primer vereda, ó corredoira, que hallaron, el Meigo le dijo:

«Señor, por aquí.»

«Mira, no me lleves por sitios en que haya agua hasta las rodillas!»

«No tenga miedo.»

En efecto, el Meigo guiaba maravillosamente, pues cuando hallaba la corredoira llena de agua ó lodo, al punto hacia subir á Alfonso, por una veredita seca y segura, á la *leira*, ó heredad inmediata, por cuyo borde, mas con la cerca siempre intermedia, seguia la blanca vereda entre dos franjas de aterciopelado verdor. Esos pasos por las heredades son necesarios, pues suelen las corredoiras estar á trechos convertidas en verdaderos lodazales, áun durante los meses de Julio y Agosto.

A duras penas seguia Alfonso el paso del Meigo, quien iba delante enseñándole el camino, al traves del laberinto de tantas pequeñas leiras, sembradas de

prados, viñas, tojales (1), pinares y *tarreos* (2); prueba palpable del exceso á que ha llegado ya la subdivision de la propiedad en Galicia. El Meigo, siempre taciturno y cabizbajo, volvia la cabeza, no del todo, si bien con tanta frecuencia, que Alfonso, cuyo pensamiento, siempre puesto en la visita de Don Santiago y en su propia disposicion, no le habia dejado pensar en otra cosa, comprendió al cabo que su guía tenía algo importante que decirle.

«Y diga, Meigo», exclamó Alfonso, valiéndose de frase muy á propósito para comenzar una conversacion con el campesino gallego, «diga, el Señor Souto de Rios ha estado en casa, hace mucho, ó poco tiempo?»

«A las cuatro, señor, por el reloj de la villa.»

Es de advertir que el Meigo oia siempre el reloj de Betanzos, ó la villa, como por excelencia la llaman los labradores de las cercanías, cuando á los mismos que estaban con él, por buen oido que tuviesen, no les era dado el oirle; con todo eso, jamas el Meigo se equivocaba.

(1) En Galicia se cultiva el tojo, el cual da, cuando tierno y machacado, sabroso alimento al ganado, y más adelante excelente leña.

(2) Es el *tarreo*, en cierto modo, equivalente á la huerta del resto de España, pues en él cultivan todo género de hortalizas, etc., para cuyas plantas no es necesario en Galicia el riego artificial.— *Tarreo*, literalmente, es *terreno*.

«A las cuatro, eh!», dijo Alfonso, «y no dejó recado ninguno para mí?»

«Dejar, no dejó; no, señor.»

Alfonso conoció que, si bien no habia dejado Souto recado ninguno, el Meigo podia decirle algo sobre el particular.

«Bueno, pero tú sabes alguna cosa más, no es verdad? Vaya, dímela!»

Alfonso no contaba con la huéspeda; se le habia olvidado que no hay nada más difícil, tratando con la gente del campo, que lograr respuesta clara y terminante; ya lo sabía, pero confiando en la lealtad del Meigo, cometió la imprudencia de no valerse de rodeos, con lo cual habria sabido en el acto cuanto deseaba. Calidad es ésta, que salta á la vista de cuantos viajan por Galicia, y un juez ligero puede llamarla doblez, mas, despues de conocido y estudiado el carácter gallego, se ve, hablando lealmente, que son muchas las circunstancias que contribuyen á darle esa mera apariencia á los ojos del forastero.

Que en Galicia haya algunos hombres falsos y desleales, no irémos nosotros á negarlo; desgraciadamente esa fruta abunda de tal manera en todas las ciudades y tierras del mundo, que se puede hallar cuanta se quiera en cada esquina.

Por lo demas, fácil es de probar que el carácter gallego, á pesar de las desfavorables circunstancias en que se halla, hace siglos, es todo lo contrario de lo que

muchos creen en España. Si en el servidor y el amigo se pueden realmente poner á prueba la lealtad y la rectitud, desde luégo dirémos, hablando por experiencia propia, que en ninguna parte del mundo se hallarán amigos más leales, ni servidores más fieles, que en los hijos de Galicia.

Alfonso no lo ignoraba tampoco; pero, en aquel momento, el deseo de saber algo más acerca de Souto de Rios le hacia renegar de la perplejidad del Meigo, el cual no contestaba á derechas desde que habia recibido á boca de jarro la pregunta.

«Vamos á ver si nos entendemos; has visto la cara que traia el Señor de Souto?»

«Sí, señor.»

«Bien, y qué cara traia?»

«La de siempre.»

«Oye; te estás burlando de mí?», dijo Alfonso, enojado.

El Meigo, que en todo pensaba ménos en eso, se quedó mirando al jóven con los ojos abiertos y tal ademan de asombro, que Alfonso conoció no era su guía, por entónces, capaz de darle una sola respuesta conforme con la razon, por lo cual se calló, y dijo al Meigo: «Anda!»; y á poco llegaron al Pazo de Cela.

CAPÍTULO XI.

Esto es servir? Estos son
Los premios de la fineza?—
—ALARCON, *Los pechos privilegiados.*—

Pasó el huracan. Cruel y tremenda noche! Cuántos desdichados labradores, al levantarse esta mañana, han visto tronchadas las ramas mejores y más cargadas de fruto de sus manzanos! Los infelices contaban con una buena cosecha, y apénas tendrán ya este año para sus hijos!

Más triste ha sido aún la suerte de aquel cuyo campo, sin resguardo ninguno de la furia del viento, está cubierto en casi toda su extension por los tres ó cuatro únicos frutales, que ántes eran orgullo y providencia de toda la familia, y ahora yacen, no sólo con las ramas desgajadas, sino tambien hechos astillas los troncos.

Míseros labradores! Vosotros trabajais sin tregua ni descanso; mas, quién se digna concederos una sola mirada de compasion y cariño, cuando ni siquiera

sois pueblo! Los que están á cada momento con el *pobre pueblo* en los labios, los que viven sólo para él, y en realidad á costa suya, pues paga el que le adulen, no creais se acuerden de vosotros, sin cuyo trabajo, absolutamente necesario, no existiria la sociedad, ni de vuestras mujeres, sin cuya sangre pura y vigorosa, pronto se quedarian las ciudades que os desdeñan, sin energía para dar nuevo sér á su fibra corrompida, y hasta sin senos, en reemplazo de los de madres, que ni áun saben avergonzarse de no amamantar á sus hijos— Ah! nada valeis, porque no haceis barricadas, ni dais ni quitais coronas, y para complemento, aunque débiles y sujetos al pecado, creeis en Dios!

Más felices, á pesar de todo, con vuestra pobreza, que tantos otros, ricos de ciencia y de dinero, sois dichosos en medio de los males que os rodean, pues al cabo, vuestra alma vive más tranquila y serena que la de los sabios, cuya antorcha es la duda, y el alimento espiritual, la soberbia.

Perdonad, amigos mios, el que os haya compadecido, en vez de dolerme de mi pequeñez, al compararme con vosotros; porque tan inferior es mi cuerpo al vuestro, como el alma débil y cobarde para confesar á cada momento la fe en el Criador!

Difícil es saber si lo que va escrito expresa el pensamiento de Alfonso, miéntras contempla desde el recuesto consabido la casa de Souto de Rios. Casi se

puede asegurar que no, en aquel instante al ménos, al verle refrenar el caballo, que poco acostumbrado — á la ida — á semejante detencion, porfía en seguir adelante.

A la verdad, Alfonso no sabe lo que se hace; afloja las riendas, si bien poco, lo suficiente para que el animal comprenda que le mandan seguir, y despues le sujeta, impidiéndole dar un paso; con eso, la jaca, que tiene la misma sangre ardiente y bullidora de todas las de su casta en Galicia, aunque al mismo tiempo es muy noble, no sabiendo si obedecer á la ayuda ó al freno, concluye por empinarse. Ni la accion era para descomponer á un buen jinete, ni en ella habia otro peligro, que el ocasionado por el poco espacio que el terreno ófrecia; pero, en seguida, el caballo, dando alegre resoplido, echó á andar, como si hubiera visto la cosa más agradable.

Alfonso miró en torno, y al principio nada vió; puso despues los ojos en la casa de Souto de Rios, y — creyó ver, porque nada habia ya, á Elvira en su ventana, que estaba, en efecto, abierta, si bien, como ya hemos dicho, no habia nadie en ella. Con todo, Alfonso, temeroso de que le hubiesen visto hecho una estátua, siguió á buen paso, hallando á corta distancia al Meigo, el cual le dijo lo siguiente, ántes de desaparecer:

«Si tarda el señor dos minutos, no halla á Don Santiago en casa.»

En la mitad del tiempo acostumbrado, llegó el jóven, se apeó, y con el caballo del diestro, abrió la puerta del patio, hallando á caballo á Don Santiago.

« A tiempo llega V. », exclamó éste al verle, con la misma sencillez que si le hubiera visto el dia ántes.

« Me alegro de ver á V. bueno », respondió Alfonso, un poco cortado, y mirando, sin poderse contener, á las ventanas de Elvira.

« Voy á dar un paseo; quiere V. venir conmigo ? »

« Con mucho gusto », respondió Alfonso, montando de nuevo.

Sorprendíase el jóven de no hallar novedad en cuanto veia; Don Santiago se mostraba sereno y afable, como siempre, y áun Dominga se presentó á la puerta con su cara bonachona, dando los buenos dias al Señor Don Alfonso. Bien quisiera éste ver á Elvira, pero inexplicable temor le estorbó preguntar por ella; con lo que, sin llevar á cabo su deseo, hubo de seguir á Don Santiago, el cual habia roto la marcha.

Tomaron en seguida el camino de Puentedeume, dejando, por lo tanto, la ria de Betanzos á la izquierda. Don Santiago, como hombre de buena crianza y de mundo, se mostró tan familiar y cortés cual siempre; mas Alfonso, hostigado sin duda por un pensamiento permanente, experimentaba tal dificultad para contestar acorde, que la conversacion se fué acabando, sin que los esfuerzos del mismo jóven, conocedor al cabo de su falta, lográran reanimarla.

Iban, pues, en silencio ambos jinetes por el camino de Betanzos al Ferrol, abierto en las mismas laderas de los cerros, que en aquella direccion forman la ribera derecha de la ria. Trazaba la carretera las mismas revueltas de ésta, ofreciendo á cada paso nuevas vistas, capaces de embelesar á quien no se hallára en el caso de Alfonso; miéntras ahora, ni las lanchas de los pescadores, que desplegaban sus blancas velas, ni la singular belleza de ambas orillas y de cuantos ribazos, collados y montañas se veian, poblados todos, cultivados y cubiertos de ese hermoso verdor de Galicia, sin igual en España, eran parte para librar al jóven de sus tristes y distraidos pensamientos. Conociendo, al cabo, que no podian continuar de aquella manera, exclamó:

«Señor Don Santiago, no podemos seguir así más tiempo.»

«Se ha cansado V. ya, Alfonso!»

«No, no es eso; le acompañaré á V. á Puentedeume, ó adonde vaya, pero no podemos seguir en silencio, como hasta aquí.»

«Yo ya he hablado bastante; mas, al parecer, su pensamiento de V. iba por otra parte.»

«Tiene V. razon; y mi pensamiento es tal, que necesito absolutamente confesársele á V.»

A esto, Alfonso advirtió en el rostro de su amigo tan circunspecta seriedad, que se quedó helado; pero volvió á decir:

« Quiero — necesito ponerme en manos de V. — necesito, Señor Don Santiago, hablarle franca y lealmente — y aunque su rostro exprese poco amistosos pensamientos — es deber mio, Señor Don Santiago — veo que esa sonrisa sardónica y esa mirada me mandan callar — Pues bien, aunque me arrojára V. de su presencia á latigazos, como á un perro, volveria siempre, suplicándole me escuchase. No le basta á V. lo que le acabo de decir? — Me vuelve la espalda? — »

Souto, en efecto, habia hecho dar media vuelta á su caballo, diciendo secamente :

« Alfonso, sea su conducta la que sea, jamas olvidaré que es V. hijo de mi mejor amigo. »

Alfonso exclamó :

« Señor Don Santiago, acabo de recibir el latigazo en la cara; puede V. seguir — pero escúcheme — Coronel Souto de Rios! un caballero le pide á V. que le oiga dos palabras; lo pide en nombre de su honra ofendida — en nombre de la de V. al ménos — Ah! bien está — necesito ponerme al amparo de la honra ajena, porque la mia no existe ya — segun V. ! — »

Gritó Alfonso, lleno de ira, á lo cual respondió Souto, con el sombrero en la mano :

« Señor Don Alfonso Vazquez de Cela, no tenga un sólo momento á mis cabellos blancos por muestra de debilidad : si V. cree que todavía puede alegar el ser caballero, ya sabe cómo los caballeros cumplen cuan-

do es necesario — Seguro estoy de que no ha olvidado V. el ejemplo de su padre!»

Alfonso se contuvo de nuevo, y replicó con amarga sonrisa:

«Sígame V. dando latigazos, Señor Don Santiago; siga V. — pero, por aquello que más ame en el mundo, óigame siquiera cinco minutos.»

Don Santiago hizo un gesto, como de resignacion, y Alfonso prosiguió:

«Seré cuanto V. quiera; recháceme del modo que mejor le plazca; pero, en nombre de mi honra, de mi corazon y de mi buena fe, nunca desmentida — nunca, Señor coronel Souto de Rios! porque necesito presentarme ante V. con la noble dignidad de siempre, para decirle lo que le voy á decir — tengo, pues, en nombre de mi honra, de mi corazon y de mi buena fe, que pedirle la mano de su sobrina Elvira.»

Quedóse atónito Don Santiago, al oir las últimas palabras de Alfonso, pues esperaba únicamente oir buenas razones y disculpas, inventadas para evadirse de toda responsabilidad; ni se sorprendió ménos Alfonso, al oir á Don Santiago decirle:

«He agraviado á V., Alfonso, aunque sin intencion; bien lo sabe Dios. Le he hecho la mayor afrenta que un hombre puede hacer á otro, dándole á entender que dudaba de su honra. Lo siento con toda mi alma; es V. dueño de vengarse como quiera.»

«No hablemos más de eso, Señor Don Santiago; sé

que, á su pesar, ha dudado V. de mí; sé que hay una conspiracion fraguada, no sólo contra mí, sino contra — »

« No tengo la culpa », interrumpió, sonriendo tristemente, Don Santiago.

« Bien, yo soy quien la tiene — y lo confieso; pero, sin tratar de alegar por un solo instante la ligereza y ardor de la juventud, porque con una dama como Elvira no hay disculpa jamas, tengo, aunque pobre, nombre sin tacha y corazon honrado y leal que ofrecerla. »

« Bien; pero acaso ignore V. la verdad de lo que acaba de suceder — »

« Y qué es? »

« Tal vez haya oido que Elvira ha heredado cuantioso caudal — »

« Yo? Señor Don Santiago! — Alfonso Vazquez de Cela !! — »

Y Alfonso puso espuelas con tal furia al caballo, que éste partió hácia Betanzos, rápido como el relámpago.

CAPÍTULO XII.

—La divina sua beltate;
Che quand'i sia di questa carne scosso,
Sappia'l mondo che dolce è la mia morte.
— F. PETRARCA, soneto CLXXXI.—

Negra es la noche; el cielo, cubierto de densas nubes, se extiende sobre la tierra, sumida en la más profunda lobreguez, como el arco de puente colosal sobre el abismo. Sólo estorba el silencio, no menor que la oscuridad, el casi imperceptible goteo de la menuda y espesa lluvia, en las hojas de los árboles.

A lo léjos, semejando el rugido ronco y bravío de lejana batalla, se oyen, mesurados y sin descanso, á veces apénas distintos, á veces como llamando en són de amenaza al hombre, que duerme, los tumbos de ese mar que ciñe al mundo, y se llama el Oceano.

Duerme el hombre, ó enmudece, sin que se oigan por la tierra, al parecer desierta, más que, allá lejanos, los tumbos del mar; acá, el menudo goteo de la lluvia. Ya es media noche; conforme ésta adelanta, la lluvia arrecia, la oscuridad es mayor, y más solemne el silencio.

Oh, cómo saltan las gotas en las hojas de los castaños! Si os asusta el són de la lluvia, si no teneis alma para bendecir á Dios, cuando la tierra, humedecida por el agua bienhechora, os envia salud y felicidad, volved la hoja, y seguid; pero ántes tened presente que en Galicia la lluvia de verano es bendicion del cielo, en vez de mensajera de la muerte. No temais, no, al vaho pestilente y mortífero, anuncio de la terciana, que en el Mediodía despide la tierra con las primeras aguas; no cerreis las ventanas, ántes bien abridlas y asomaos; que al percibir el ambiente, impregnado de fragancia, de prados y huertos, de la flor del tojo, y sobre todo, el hálito casto y celestial de la madreselva, circundará el placer vuestros sentidos, y por ellos tambien la paz al alma.

Cuándo no es bella la naturaleza? En el sublime horror de noche lluviosa, miéntras en los profundos senos del silencio y la oscuridad oimos, sobrecogidos de callado temor, la voz del Atlántico, entónces, solos, sin más amparo que Dios, ni más fuerzas que las nuestras, aprendemos á ser, por lo primero, más creyentes; por lo segundo, más hombres.

Oh, cómo saltan las gotas en las hojas de los castaños! En invierno, cuando la lluvia y el huracan azotan ramas y troncos descarnados, la vista es triste, aunque magnífica; mas en primavera y verano, el són del agua en las hojas acompaña y alegra.

Con todo eso, el aguantar la lluvia al descubierto,

en noches como ésta, no debe de ser muy agradable, y de seguro no hay nadie que, por gusto, abandone el techo que le abriga. De ese modo, parece cosa en verdad fantástica, aquella luz que se muestra y desaparece alternativamente — Mas no temais: si es hombre quien la lleva, su intencion no es de seguro aviesa; y si es la *Compaña* — La conoceis? Segun los aldeanos, ay de aquel que se la encuentra! sobre todo, en noches como la presente; ay de él!

Se cuentan mil casos horribles y espantosos, muertes repentinas, locuras y desgracias sin cuento. Mas en resolucion, es hombre ó mujer? — La Compaña es la Compaña, os dirán los labradores: sus explicaderas no pasan de ahí. Personas más ilustradas os dirán que es una legion de espíritus malignos, que vaguea de noche por los campos, y hasta en derredor de las casas, las cuales, como ya sabe el lector, están la mayor parte aisladas y esparcidas. La Compaña, pues, deberia tener el epíteto de *mala*, para llevarse así su merecido.

El lector no verá sin sonreirse lo referente á la Compaña; con todo, la idea de brujas ó cosa tal habria acudído á su mente, al ver una luz, que, llevada por mano invisible, aparecía y desaparecia, á causa, tal vez, de los árboles de algun soto, sin que la lluvia la apagase.

El autor se toma la franqueza de asir al lector de la mano, y llevarle por arte de magia, y sin que se moje, al mismo soto, que lo es en efecto, por donde va la luz.

Aliméntala enorme tea de paja, que un hombre lleva en la diestra; hé aquí lo que se puede ver, y áun eso es decir más de lo justo, pues lo del hombre es suposicion, sugerida por la no mala creencia de que sólo á un semejante nuestro se le puede ocurrir el llevar luz á estas horas, para ver de no abrirse la cabeza contra los árboles del soto ú otro obstáculo cualquiera.

A pesar de que la lluvia deja arder con mucha dificultad á la tea, el que, no sin razon, hemos tenido por hombre, camina con paso firme y seguro, aunque lento. Semejante lentitud, y las veces que se vuelve como para alumbrar á otros, hace que, mirando con atencion el autor y el lector, se persuadan de que por el soto cruzan, no una, sino várias personas. La primera que sigue, va á caballo y lleva buen abrigo impermeable; detras vienen otras dos, andando más despacio todavía. En esto, el jinete interrumpe el silencio, diciendo:

«No tan de prisa, Meigo, porque Pepa y Gregorio se van á matar, por haber tenido el dichoso empeño de venir conmigo y traer en la cabeza el equipaje.»

Era Alfonso, que iba á Betanzos para subir á la diligencia de Madrid, en la cual Tomas Patiño le habia tomado asiento de esquina en el imperial, desde la Coruña.

Para mejor inteligencia del lector, le dirémos que Alfonso habia escrito, ántes de su partida, la siguiente carta á Souto de Rios:

«Amigo mio: He sabido, despues de mi conversacion con V., que Elvira ha heredado, en efecto, á una parienta lejana; pero que en seguida la han puesto pleito, no sólo sobre su reciente herencia, sino sobre lo que anteriormente poseia. Ni amo, ni amaré á nadie en el mundo, más que á Elvira; pero no me ha de aventajar en bienes de fortuna, pues en ese caso, me sería imposible unirme con ella, áunque me costára la vida. No me conoce V. lo suficiente; si me conociera, no me habria dado á entender, ni áun indirectamente, que Elvira era rica, y por eso queria yo casarme.

»Mi irresolucion durante algunos dias fué hija de las tristes reflexiones que me inspiraba mi actual pobreza, con lo que no me atrevia á suplicar á Elvira se dignase compartir mi desgracia. Por lo demas, ni un solo instante he pensado en si Elvira tenía ó no bienes de fortuna, sin contar con que soy harto orgulloso, para pensar jamas en deber á mi esposa estado social ni riqueza. Mañana salgo para Madrid: si los tribunales sentencian á favor de Elvira, no puedo ser su esposo, pues es seguro que, como V., tambien ha dudado de mí. Si Elvira pierde el pleito, y me considera digno de ella, puede estar segura de que seré á su lado el hombre más feliz de la tierra.

»Tal vez sea satánico orgullo; pero, casi sin poderlo remediar, deseo que Elvira se quede pobre y me ame así. . . . . :

»Por otra parte, confio en que mis amigos y parientes de Madrid no me abandonarán. Habiendo sido empleado, supongo me será fácil volver á mi antigua carrera. Quién sabe si, á fuerza de trabajo y perseverancia, podré llegar á casarme con Elvira? Si los amigos me ayudan, trabajaré, con el amparo de Dios, para ser hombre de representacion y poder llevar á Elvira á Madrid, en donde serán de todos bendecidas su hermosura y su modestia. En una palabra, si Dios me escucha y protege, no me importará que Elvira sea rica. Hasta tanto, Señor Don Santiago, mi deber es cumplir como bueno, alejar toda sospecha de que mi intento fuera el casarme por interes, y pedir al cielo me conserve siempre el amor de Elvira, la amistad de hombre tan honrado como V., si bien, gracias á la calumnia, un momento enemigo mio, el apoyo de mis parientes y amigos, y el logro, en fin, de mi ferviente anhelo —»

Mísero Alfonso! Cuán ingrato se consideraba con Dios, al recordar que se habia tenido por desgraciado cuando su venida á Galicia! Ahora, al comparar su actual estado de ánimo con el anterior, era cuando se consideraba en verdad sin ventura!

No hay en la felicidad, si por acaso existe en la tierra, más grados que el poseerla, miéntras la desgracia tiene tantos como desventurados hay en el mundo—

A no ser porque Alfonso conocia que, en medio

de todo, el amor de Elvira era su vida, daria cuanto en su mano estuviera, ménos amor semejante, por recobrar la conformidad con que habia venido á la casa de sus mayores.

Se habia visto pobre y aislado; pero la juventud da fuerzas y olvido: ahora, por el contrario, su ánimo y corazon eran víctimas de una idea permanente, á cuyo alrededor zumbaban, como abejas en torno de la colmena, las mil consecuencias que el jóven no podia ménos de sacar de su tristísimo estado, y ademas el temor de que Elvira, imitando á su tio, dudára tambien de él un solo instante. Entónces conocia lo que la amaba; entónces advertia el cariño con que ya miraba al Pazo secular y á los leales servidores que en aquel momento le iban acompañando.

Apénas se detenia á pensar en el buen ó mal éxito del viaje. Salia de Galicia, sin serle lícito hablar á su amada, y áun sin saber si ésta le amaba todavía: nada despedazaba tanto su corazon como el no poder hablar á Elvira; pero Elvira vivia con su tio, el cual habia ofendido al jóven, tomándole por un sér vulgar, por uno de esos hombres de pundonor, que creen tenerle, con tal de saber sortear el Código Penal, ya que no sea posible hacer lo mismo con el Decálogo.

Alfonso siguió caminando por cenagosas corredoiras, alumbrándole el Meigo, y yendo en pos, con el equipaje, Gregorio y su mujer, hasta la carretera, en las cercanías de Betanzos. Entónces el Meigo apagó

la tea, última ya de las muchas que habia traido á prevencion. Al pasar el puente de la ria, vago terror se apoderó de Alfonso — Tambien sus padres habian abandonado de noche casa y patria, pasando de noche aquel puente, para ir á Madrid — de donde no habian vuelto jamas!

Alfonso oia el rumor de la marea, cuyas olas, revueltas y poderosas, hacian retroceder á las mansas aguas del Mendo y el Mandeo.

CAPÍTULO XIII.

Probasti cor meum et visitasti nocte.
Probaste mi corazon y le visitaste de noche.
— Psalmo XVI.—

Pocos y mortecinos faroles alumbran á Betanzos, miéntras se oye únicamente la lluvia, hasta que al cabo suenan las pisadas de un caballo por el empedrado, á la entrada de la ancha plaza. La oscuridad no nos ha dejado ver, hasta ahora, á unas cuantas personas, que, agrupadas bajo los arcos de enfrente, se han puesto en movimiento al oir el caballo: várias se retiran hácia los arcos más lejanos, quedando sólo dos hombres, con los ojos clavados en las tinieblas, y haciendo por ver, aunque en vano.

« Alfonso! », exclamó uno de ellos, saliendo de los arcos, á pesar de la lluvia.

«Yo soy », contestó el jinete.

« Anda pronto y apéate; que aquí, al ménos, no llueve. »

« Tomas — eres tú? Quieres que me enfade de

véras contigo? Irse á dar tan mal rato, y con esta noche!»

«No lo harias por mí?», contestó Tomas Patiño, sujetando el caballo, para que se apease Alfonso.

Los dos amigos se apretaron cordialmente la mano, y entraron por los arcos.

«Qué hora será?», dijo Alfonso.

«La una ha dado hace muy poco.»

«Entónces, todavía podemos estar juntos buen rato, hasta que llegue la diligencia.»

«Meigo», dijo Alfonso, «entra á la jaca tambien bajo los arcos.»

«Sí, pero no la arrimes á la mia, que la tiene por ahí mi criado», añadió Patiño.

«Bien está», contestó el Meigo, obedeciendo.

A esto llegaron Gregorio y su mujer, ambos con el equipaje en la cabeza; pues en Galicia, lo mismo hombres que mujeres, llevan siempre toda clase de peso de igual manera.

Alfonso se llevó aparte á Tomas y le dijo:

«Cuánto te ha costado el billete?»

«A tu vuelta de Madrid me lo dirás.»

«No, amigo mio; te agradezco en el alma el sacrificio que quieres hacer por mí — te le agradeceré toda mi vida; pero no estás en ese caso. Yo sé que no estás para gastar.»

«No sabes nada: créeme, cuando he tomado para tí el billete, es porque he podido, amigo mio. No

sabes que ayer he vendido tres buenas parejas de bueyes cebados, para Inglaterra? Pues bien, me valen no pocos *cuartiños*, como te puedes figurar — Nada, no te apures por mí; quien necesita dinero por el pronto, eres tú, no yo, que me quedo en casa — toma — »

Y el buen Patiño ponia en manos de Alfonso cuatro onzas de oro. Este conoció que su amigo le daba aquello de todo corazon, y se ofenderia si no lo tomaba.

« Me has de dar palabra de cobrarte en cuanto me paguen la renta; desde Madrid escribiré — »

« Bien, bien, confia en mí, y dejémonos ahora de cuentas. »

« Es que no puedo consentir en que te quedes sin semejante cantidad! »

« Vaya, te digo que hay cosas de más importancia. Don Santiago Souto está aquí — ha venido expresamente para hablarte. »

« Y qué quiere? », dijo con cierto enojo Alfonso.

« Hablar á V., amigo mio; pedirle perdon por haber intentado robarle la honra », dijo Don Santiago, acercándose.

Al ademan y generosas palabras del anciano, no halló el jóven más respuesta que tomarle cariñosamente la mano; mas en esto, no pudo ménos de exclamar sorprendido: « Qué vá V. á hacer? »

« Pedirle perdon de rodillas! »

«No lo permita Dios», repuso el jóven, conmovido y abrazando á Don Santiago.

Pasada la primera alteracion, dijo Souto:

«Jóven, desde el dia de la muerte de mi madre no habia vuelto á llorar, ni creo me vuelva á suceder, á ménos que le vea á V. morir — ó á Elvira. Con todo, no me avergüenzo de haber llorado como una vieja ante el yerro cometido con el hijo de mi mejor amigo. Le he agraviado á V., Alfonso. Qué mayor afrenta puede hacerse á un hombre que dudar de su honra? Pero V. ha cumplido como quien es: no sé lo que será de— mas, en fin, en el caso de V., yo haria lo mismo. Parientes y amigos le ayudarán en Madrid, pues es V. hijo de padres conocidos, que hicieron mucho bien, y cuyo nombre le ayudará á medrar. Vaya V.; pero si un contratiempo, enfermedad ó azar cualquiera le hiciesen echar de ménos la falta de un amigo, en Galicia tiene, no sólo al bueno y leal Patiño, aquí presente, sino á este viejo loco, que por haber dado oidos á necias suposiciones é infames, aunque disfrazadas, calumnias, ha tenido el valor de despedazar el corazon más noble y honrado de la tierra— »

«Señor Don Santiago! — », dijo Alfonso.

«Basta: Patiño me está dando con el codo hace ya tiempo, como recordándome otra cosa de más importancia para V. Los viejos somos unos egoistas — Venga acá, Alfonso, venga acá — »

Patiño se quedó solo, y Don Santiago, asiendo á

Alfonso del brazo, le condujo hácia los últimos arcos. Un farol, casi apagado, daba apénas luz para ver á dos mujeres, envueltas en sendos abrigos.

Don Santiago se inclinó al oido de Alfonso, y le dijo:

«Alfonso, ahí viene á despedir á V. la que ha de ser esposa suya ó de nadie. Es V. caballero, y no le digo más.»

Don Santiago se retiró á hablar con Patiño.

«Doña Lorenza, venga V. acá», dijo el anciano; y Doña Lorenza obedeció.

CAPÍTULO XIV.

She ended here, or vehement despair
Broke off the rest.—

— MILTON'S *Paradise lost.*—

Ella acabó de hablar, ó bien, vehemente,
La desesperacion sofocó el resto.—

— *El Paraíso perdido,* de MILTON.—

Alfonso vió á Elvira con la cabeza inclinada, cubriéndose con un pañuelo los ojos, miéntras su postura y anhelosa respiracion claramente daban á entender que lloraba— Llanto de angustia y amor! Alfonso sintió el corazon traspasado; sus labios querian hablar, y no acertaban; doloroso nudo le cerraba la garganta; y el oprimido pecho apénas podia respirar. Los infelices no se habian expresado de palabra su cariño, sin que les quedáran, para hablar de él, más que contados instantes. Desventurados! querian hablarse, y no podian— Cosa extraña: como si álguien se lo mandára, ambos se aproximaron, y Alfonso apretó con su mano calenturienta la suave diestra de Elvira, que temblaba como la hoja en el árbol, al soplo del vendaval— El mismo impulso

les hizo soltarse y retroceder. Elvira clavó sus ojos divinos, empañados por las lágrimas, en Alfonsó, y despues inclinó la cabeza llorando, miéntras Alfonso seguia mirándola en silencio.

Aun no se habian hablado, y con todo, se comprendian uno á otro, mejor que á sí propios. Cómo no, cuando sus almas, que tanto tiempo se habian amado, formaban en aquel instante una sola?

El náufrago que, al llegar con la mano á la peña, en donde espera hallar salvacion, se vé arrebatado de nuevo por la resaca, léjos de su única esperanza, debe de experimentar la misma agonía que Elvira, al comprender su amor á Alfonso, poco ántes de perderle, acaso para siempre. El dolor del jóven era profundo, y el de Elvira tan agudo, que movia á compasion. Ambos eran desgraciados, como no lo habian sido en su vida; pero Dios les concedia la sublime compensacion de amarse!

Venturosos ellos, capaces de tan inefable sentimiento, de que todos hablan y tan pocos conocen — En verdad, venturosos!

Pero en aquel momento se les mostraba lo porvenir tan negro como la noche que les rodeaba. Para Elvira, Alfonso iba á tierra desconocida, en donde gente, negocios y placeres podian distraer el ánimo del jóven. Para Alfonso, que á la sazon experimentaba vivísimos impulsos de retardar el viaje, la ida á Madrid, sin bienes ni recursos, teniendo que vivir

vida de perenne guerra, sacrificando acaso la conciencia para lograr efímero empleo, codiciado de muchos; por añadidura, expuesto á mil cambios; y entre tanto, léjos de Elvira, era poco ménos que la muerte. Mas, persuadido de que cumplia con su deber, y adivinando los pensamientos de la jóven, exclamó:

«Pronto volveré, Elvira; pronto nos volverémos á vèr.»

«Dios lo quiera», repuso ésta, entre sollozos.

«Dios lo querrá, hermana, esposa mia; Dios lo querrá — ¿Me permites que te hable como á esposa?»

Elvira, sojuzgada por el amante ruego, que casi parecia mandato, iba á contestar, pero se contuvo, sobrecogida. Y era, que amaba por la primera vez, mas no sabia cómo se amaba —

Lope de Vega ha dicho, no sin razon:

Sólo una vez aman
Las nobles mujeres.

Si Lope hubiera conocido á Elvira, qué no dijera de ella! A haberla visto y oido en la noche de que hablamos, cómo la hubiera pintado!

Supla la verdad, y sírvanos de ayuda, ya que tan por entero nos falta el talento del Fénix de los ingenios.

En otra ocasion no habria sabido Elvira qué contestar, ó para salir del paso, habria respondido: «Como

V. quiera », no dando importancia ninguna al *tuteo*; pero amaba á Alfonso tan sinceramente, tan sin remordimiento, que al cabo le contestó:

« No sé si hago bien, pero, hábleme V. de tú. »

« Y tú! no me has de hablar lo mismo? »

« Ay! », exclamó Elvira, dando un grito.

Acudieron Don Santiago y Patiño, y hallaron á Elvira apoyando la mano en un poste del arco, y á Alfonso mirándola, lleno de terror.

« No ois, señores? Es el ruido de la diligencia; no la ois? Dios mio! »

« Calla, Elvira », dijo Don Santiago. « Aun tienen VV. diez minutos, pues aquí mudan el tiro. »

La diligencia, oida por Elvira ántes que por nadie, entraba ya por la plaza, viéndose únicamente su farol, que daba vuelta, para venir á detenerse delante de los arcos.

Diez minutos! diez minutos solamente para hablarse por última vez, y volver á sus confesiones y juramentos de amor!

« Me amarás, Elvira, me amarás? », dijo Alfonso, lleno á la par de amor y de mortal angustia.

« Te amaré », contestó Elvira.

« Siempre? »

« Miéntras viva! »

« Pero, me amarás de véras? »

« Con la misma voluntad que á mi madre. »

« Nada más, Elvira mia? »

«Puede amarse más aún?»

«Sí, Elvira de mi alma —»

«Pues te amaré más.»

«De véras?»

«Si te amo ya, Alfonso; si conozco que te estoy amando más que á mi madre, hace ya tanto tiempo!»

Alfonso, loco de amor, asiendo de las manos con vehemencia á Elvira, estampó casto beso, sello de su honra, en aquella frente blanca y pura, que despues vino á descansar sobre el corazon del jóven. Pocas palabras se hablaron; mas fueron tales, y el sentimiento que las dictó, tan verdadero y profundo, que ambos amantes habrian tenido por vil y malvado á quien les dijera que aquel amor, como tantos otros, tambien podia desvanecerse, á semejanza del humo en la atmósfera.

«Miéntras viva, tendré esta noche grabada en la memoria», decia Alfonso en voz baja á Elvira. Esta alzó la cabeza, y mirándole de hito en hito, dijo, retirándose un poco:

«Y yo lo mismo, Alfonso. Ya no sé que pueda amarse más de lo que te amo. Lo que te digo es, que si tardas en volver, me muero!»

«Quieres que me quede?»

«Ah, sí, sí! — Pero no, Alfonso, no hagas caso de mi locura. Mi tio me ha dicho que, como caballero, haces lo que debes — Cúmplase su voluntad!»

«El deber es ántes; si no, no nos separariamos jamas.»

« Tienes razon — Adios, Alfonso — »

« Adios, esposa mia, alma de mi alma! — Adios!»

Elvira se quedó en brazos de Doña Lorenza, cubriendose el rostro con las manos. Alfonso permaneció largo rato haciendo tristísimos esfuerzos para alejarse de su amada —

Ya se hallaba en el asiento, y mirando siempre hácia los arcos, cuando, desde el en que habia estado con Elvira, viò, á la mortecina luz del casi apagado farol, un pañuelo blanco — Al partir la diligencia, el pañuelo se mecia en el aire con tales sacudimientos, que, en vez de despedida, más bien parecia señal de angustiosa desesperacion. Alfonso, ya léjos, veia al pañuelo agitarse, como diciéndole: «Vén! vuélvete!», en vez de decirle: « Adios!! »

PARTE TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mes yeux sont trop blessés; et la cour et la ville
Ne m'offrent rien qu'objets à m'échauffer la bile.
—Moliere, *Le Misanthrope*, acto I, escena I.—

ALFONSO Á ELVIRA.

Elvira de mi corazon: Miéntras no salí de Galicia, me consideraba á tu lado; mas apénas entré por Castilla, me recogí en mí propio, permaneciendo indiferente á cuanto me rodeaba. El calor, el polvo sofocante y la árida vista de aquellas llanuras, apénas me hicieron efecto. Si veia el seco cauce de un arroyo, sin un árbol ni una mata de yerba en sus orillas, me acordaba de nuestra querida ria, en la cual acaso tendrias puestos los ojos en aquel instante; y al punto la imaginacion volaba de nuevo hácia tí, amada mia de mi alma.

Miéntras, obligado por mi mala estrella, me aleja-

ba de Galicia, no sabes, ni me será posible jamas pintarte, lá agonía de mi corazon. Oh! y cómo diera yo aquel sol, aquel cielo y aquellos campos fértiles, por nuestra verde campiña y su cielo, tan á menudo anublado! Allí contigo, luz de mi alma, cuán feliz sería!

Dios, que me envia esta prueba, me dará fuerza para sobrellevarla.

Ruégale, amada esposa mia, ruégale que se apiade de nosotros; las oraciones de los ángeles son siempre agradables á los ojos de Dios!

ELVIRA Á ALFONSO.

Alfonso mio: Hasta que vuelvas, sólo pienso ocuparme en trabajar, sin salir de casa, como no sea á misa ó á socorrer á algun enfermo. Alfonso, por Dios te pido que no me olvides; mira que si me llegas á olvidar, me muero. Mas sólo el pensar en que puedas olvidar á tu Elvira, cuya vida es tu amor, es agraviarte! No, Alfonso mio, no temas que desconfie de tí— Te amo tanto, que las horas se me hacen años, y los dias siglos.

Ay del que espera! ay de él! Vuelve pronto, amor de mi alma; pluguiera á Dios fuese mañana tu vuelta. Elvira espera rogando al cielo por tí!

Et sic de cœteris.—

Tal vez haya quien crea que Alfonso vió cumplidas

sus esperanzas apénas llegó á Madrid; mas ése, de seguro, no ha sido pobre y pretendiente en la coronada villa. Nuestro héroe, en alas de su amor, fué, volvió y repitió visitas á amigos y parientes. Mas, para no cansar al lector, bueno será copiar aquí algunas cartas.

ALFONSO Á TOMAS PATIÑO.

Querido amigo: Estoy sumamente ocupado en no hacer nada; pero eso es lo que en Madrid se llama trabajar. Subir y bajar escaleras, hacer cuatro ó seis horas diarias de antesala, importunar á cuantos parientes y amigos tengo, ir por esas calles siempre á escape, y estar, por decirlo asi, en contínuo acecho del dispensador del sumo bien á que aspiro: tal es mi vida, querido Tomas. La estacion no puede ser peor, pues todo el mundo está fuera de Madrid; ya comprendes á qué mundo me refiero, cabalmente el que á mí me hace falta. Sí va á decir verdad, hasta ahora no puedo darte ninguna buena noticia. Me parece que al fin y al cabo, lo mejor será volverse á Galicia, á vivir la noble, honrada y pacífica vida de vinculeiro.

Tu amigo, ALFONSO.

TOMAS Á ALFONSO.

Ánimo, querido amigo, ánimo; no te dés por vencido, en tan poco tiempo como llevas de pretendiente.

Ánimo! Es imposible que tus parientes y los amigos, que tantos tienes y tan buenos, te abandonen.

Ponles de manifiesto tu estado; diles que eres pobre, y tu futura tambien; en fin, aunque conoces la córte mejor que yo, seguro estoy de que, si no obtienes buen empleo, tendrás tú la culpa. Es imposible que los amigos de tu padre no te ayuden, si les dices franca y resueltamente lo que te sucede.

Ayer estuve en tu casa, hallándolo todo en buen estado. Gregorio me ha pedido permiso para escribirte; dice que no se atrevió á pedírtele: se le concedí; y su mujer Pepa me encargó expresamente que avisases el dia de tu vuelta, para tenerte preparada la comida! —

Te quiere TOMAS.

ALFONSO Á TOMAS.

Querido amigo: Algo infame hay en la atmósfera de Madrid para el pobre. Querrás creerlo? Pues bien, al leer tu carta, experimenté tal enojo, que, á no ser de mi querido amigo Tomas, la arrojára al suelo, con ira propia de niño mal criado. Si te dijera que en Madrid no hay parientes ni amigos, etc., te repetiria una serie de lugares comunes, que conoces tan bien como yo; pero en seguida volverias á empezar sermon semejante al de tu carta anterior.

Justamente he cometido el error que me aconsejas. Quieres saber el resultado? Pues bien; al princi-

pio, mis pretensiones habian sido benignamente acogidas, pero en cuanto se ha sabido lo pobre que estoy; de seguro te parecerá imposible; en el mismo Ministerio en que habia sido auxiliar, me han ofrecido el empleo de escribiente, con cuatro mil reales anuales, y eso por gran favor, en atencion á mi misérrimo estado, en prueba de deferencia del Ministro, antiguo é íntimo amigo de mi padre. Bien es verdad que le he dado á entender al bueno del *amigo* de mi padre, que si yo habia perdido los bienes, conservaba íntegra la honra; saliendo al punto de su despacho, y dejándole con la palabra en la boca. Primera estacion!

Tu amigo,

ALFONSO.

DEL MISMO AL MISMO.

Para que no te canses, ni creas que me anonado por cualquier cosa, voy á referirte mi conversacion con nuestro antiguo amigo, Luis de Toledo, recien llegado de su paseo veraniego por las provincias Vascongadas. Ya sabes que es hombre de gran autoridad en la nacion; tambien te acordarás de que le tenian por necio sus amigos; pues bien, ha demostrado tal gramática parda, como decian nuestros padres; tal ciencia del mundo, como decimos ahora, que asombra. Así es que España está expuesta á tenerle el mejor dia de ministro. Harto sabes que no siempre

se ha necesitado mucho para serlo; con todo, nada sucede en este mundo sin causa. Sea cualquiera la que ha producido el resultado de que te hablo, Luis de Toledo es hoy personaje importante, y acaba de desdeñar la legacion de Bélgica, por parecerle *poco*; de manera que si quisiese, poder tiene para favorecerme, aunque me temo no hará nada.

«Tu mayor enemigo», me dijo, «no podia hacerte más daño del que acabas de causarte á tí propio. Vienes á Madrid, y en vez de callar tu completa ruina, te pones á pregonarla por todas partes; en lugar de pedir el destino de oficial de secretaría, y el empleo — el cargo que diga, ó como le quieras llamar, de diputado, pides modesta y neciamente tu antiguo puesto de auxiliar; por último, para remachar el clavo, dices á todo el mundo que has contraido compromiso de casarte con una señorita, cuya familia será todo lo buena que quieras, pero no tiene un cuarto — Te has suicidado, Alfonso; semejante conducta ha hecho formar de tí pobrísima idea; no quisiera entristecerte, pero se me figura que has preparado tan mal el terreno, que todo lo que trabajes será en vano.»

Pobre Elvira! Si supiera que incurro en el desagrado y burla de estos hábiles y expertos cortesanos por el amor que la profeso! — En fin, otro dia seré más largo; aunque estamos ya á primeros de Setiembre, el calor es tal, que me ahoga; añádele á mi se-

paracion de Elvira, y apénas te podrás formar idea del desaliento de tu amigo.

ALFONSO.

EL MISMO AL MISMO.

He recibido tu última en mi nueva casa, esto es, en la de mi tio, el Marqués de Villajuan. Ya le conoces; sabes que tiene cuantiosos bienes en Galicia y Andalucía, y, gracias á su esmerada crianza, es un verdadero gran señor; á pesar de todo, y no es delicadeza exagerada, hallo en su casa notable diferencia: su trato es tan distinto del de ántes — Parece como que todos temen que yo pida algo. En la comida, hablaron ayer de un calavera que se habia arruinado por su gusto, y á quien todos los amigos iban abandonando, porque siempre les pedia dinero. Miéntras duró la conversacion, un color se me iba y otro se me venía. Si me creerán capaz de semejante ruindad?

Si tal fuera! — pero, en fin, delirios de pobre! No te sonrias al leer mi carta: no sabes tú lo que padece el hombre con vergüenza y pobre, que se ve obligado á vivir en esta barahunda. Si, á lo ménos, no tuviese necesidad de pretender, viviria ignorado, y en eso consiste la gran ventaja de la vida de Madrid sobre la de los pueblos de provincia; pero á mí no me es dado el oscurecerme, pues entónces me olvidarian por completo. No hay remedio; estoy obligado á hacer gala

de mi triste y misera condicion de pretendiente. Ya sabes, pues, dónde vivo, y por lo tanto, nada necesito.

TOMAS Á ALFONSO.

Por más que digas, es imposible no logres, si no todo lo que esperabas, parte al ménos. Perdona, querido amigo, si te hago advertencia de tal. Eres demasiado altivo para pretender; no digo te humilles ruinmente; pero al cabo, el que pide con la necesidad que tú, no tiene más remedio que atenerse á las circunstancias— Ya me conoces, y sabes soy incapaz de aconsejarte infamias, pero tienes suficiente talento para comprenderme. No te digo más, por no ofenderte.

Al fin y al cabo, es imposible no te atiendan algunas personas de las que te deben favores, y sobre todo, las que deben cuanto han sido y son á tu padre. Si alguna, como el tal ministro, es capaz de olvidarlo con tamaña ingratitud, otras habrá, de seguro, que no sean así. No es la gente tan mala, amigo mio.

Trabaja, como se dice en Madrid; esto es, *pide*; y no dudo se lograrán al cabo tus deseos.

Ya ves cómo tu tio no es desagradecido, y se acuerda de cuando tu padre le libró de la muerte, á que le habia condenado un tribunal sanguinario. Ademas del beneficio de tenerte en su casa, evitándote gastos

y sacrificios muy grandes, él, mejor que nadie, te puede servir. De manera que, por más que todos sean ingratos, áun tienes á tu tio, que puede y debe hacer mucho por tí. Ánimo, pues. *Trabaja!*

Sabes cuanto te quiere tu afectísimo amigo,

TOMAS.

Nota del Autor.—Excusado es advertir que lo de habitar Alfonso en casa de su tio es una piadosa mentira, para obligar á Patiño á que se cobre en Galicia del dinero que tiene adelantado.

CAPÍTULO II.

—Oh córte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos!

—CERVÁNTES, *El licenciado Vidriera.*—

Habia alquilado Alfonso modestísimo sotabanco, que servia de quinto piso á una casa, cuya fachada principal sólo tenía tres á una estrecha y malsana calle, como lo son la mayor parte de las calles de Madrid. Se sabe la razon de que la fachada tuviera sólo tres pisos, y era, que así estaba mandado por el Ayuntamiento: no sabemos si los dos sotabancos estaban permitidos; sólo sí que se ocultaban, como aquel que se halla en sitio donde no se debe hallar.

Fácil era — mas no lícito — echar aquí un párrafo sobre eso que hemos traducido del frances con el nombre de *Ordenanzas municipales*; pero hay treinta mil razones para no hacerlo, á saber, la primera:

Que no se debe.

La cual vale por las veinte y nueve mil novecientas noventa y nueve restantes; gran fortuna, que evita al autor el dar cuenta de ellas, y al lector el oirlas.

Dejando, pues, á un lado asuntos ajenos al que ahora nos ocupa, dirémos que son escasos los pormenores acerca de la vida de Alfonso en Madrid; pero, no pudiendo ménos de ser interesantes, se dirán todos, sin quitar una coma.

Triste, en verdad, era la vida de Alfonso; triste su habitacion y su comida; tristes sus vigilias y su sueño. Como se ve por las cartas, fué al principio bien recibido, pero luégo se halló mucho más abandonado y solo que en el Pazo de Cela.

Sus antiguos amigos, á quienes habia tenido tan á menudo á comer en casa, le saludaban con protectora y burlona sonrisa, ó bien volvian á otro lado la cara, haciendo como que no le veian. Sus parientes; esos parientes de *quita y pon*, que son los únicos que en Madrid se usan, ya no eran parientes, ni áun conocidos, y hasta el Marqués de Villajuan, que, como ya se sabe, debia, en toda la extension de la palabra, la vida á su primo, el padre de Alfonso, tras de haber hecho toda clase de promesas y ofrecimientos á su sobrino, se mostraba cada vez más tibio é indiferente; de modo que el jóven, despues de contar, lleno de confianza, con la amistad, parentesco y proteccion de su tio, se llegó á convencer de que el Marqués de Villajuan no le veia en su casa con el mayor agrado.

En efecto, Alfonso era, ántes de su desgracia, un sobrino que honraba á cualquiera. Noble, de bizarro porte, discreto, elegante y rico, el jóven era recibido en todas partes, no como uno de tantos, sino como personaje principal, sin que nadie, al verle adornado de tan excelentes cualidades, reparára en que su principal calidad era la honra, por la cual estaba siempre dispuesto su generoso corazon á sacrificarlo todo en este mundo.

Mucho padeció Alfonso en Madrid, mucho le mintieron y engañaron. Entónces comprendió, á su costa, que el *sí* y el *no* están ya de más en Castilla.

Despues de pasar largas y tristísimas horas del dia y de la noche en la antesala de un ministerio, haciendo cabalmente aquello que tan mal le habia parecido en los otros, lograba una audiencia tardía y vanas palabras, que alentaban y entretenian su esperanza, las cuales jamas cumplian amigos ni extraños, si bien todos se hallaban, al parecer, convenidos en dar á entender á Alfonso que el *sí* y el *no* están ya de más en Castilla.

Y en el corazon de esa misma tierra, noble y leal por excelencia, el jóven sólo hallaba falsas sonrisas, falsas palabras y falsas promesas, ante las cuales no podia ménos de confesar que el *sí* y el *no* están ya de más en Castilla—

Viéndose, al cabo, á punto de caer en la miseria, pues el dinero se le iba acabando, á pesar de la estre-

chez en que vivia, no tuvo más recurso que ponerse á traducir novelas del frances, á tantos cuartos el pliego, y áun se tenía por venturoso cuando hallaba á mano semejante trabajo!

Con todo eso, Alfonso no cejaba en su empeño, confiando en que Dios se apiadaria de sus penas. Y así era en verdad, porque experimentaba saludable consuelo al pensar en Elvira y en la tranquila y felicísima vida que podian ambos llevar, con sólo avenirse á vivir en el campo.

Pero el jóven, aunque harto inclinado por carácter á semejante vida, no estaba seguro de que Elvira se aviniese buenamente á vivir todo el año en el Pazo de Celá, por hermosa que sea la Mariña de Galicia. No es la educacion que recibimos los españoles para pasar de ese modo gran parte de nuestra vida.

Si va á decir verdad, no se atrevia á ir en contra de lo que los demas pensaban. Criado en Madrid, y hecho á las ideas y costumbres de la córte, no veia otro modo de salir adelante, que ser empleado, en lo que no hacia más que seguir la opinion general. Sólo en nuestras provincias del Norte comprenden sus habitantes que la vida del campo es harto preferible á la del pretendiente, sin que eso sea decir no haya tambien entre ellos cundido la peste.

Y cierto que Alfonso tenía más disculpa que otros; pues en comparacion de lo que ántes poseia, nada le quedaba; y al recordar el corto valor de sus bienes de

Galicia, era á los ojos del mundo imperdonable desatino casarse, contando con tan escasos recursos; siendo difícil, si no imposible, atendido el lamentable estado de la agricultura, así como la ignorancia del jóven en cosas de labranza, que éste supiese beneficiar sus tierras de conveniente modo para que, aumentando la renta en la proporcion debida, le fuera posible atender, con el tiempo, á la crianza y carrera de sus hijos.

Tales y tan encontrados pensamientos embargaban el ánimo de Alfonso; pero nunca fueron parte para quebrantarle, ni hacer que desfalleciese su constancia; con todo, el hombre más firme y resuelto experimenta dolor profundísimo al ver de dia en dia alejarse el bien á que aspira; y Alfonso cruzaba por las calles de Madrid con el rostro sereno, pero pálido y señalado con oscuras ojeras; mudo testimonio de amargos pensamientos, tristísimas veladas y penas sin esperanza de consuelo.

Mas todavía faltaban las heces del cáliz; con placer soportára el jóven toda clase de afrentas, á trueco de ver á Elvira tratada con respeto; lo cual sucedió, hasta que el Conde de Sada y su familia vinieron á Madrid; pues desde entónces se desataron las lenguas y se desembozó la calumnia. Harto sabía Alfonso que la envidia de la familia del Conde, y sobre todo, de los dos viboreznos Marta y Elisa, habia de perjudicarle y ofenderle más que todos sus amigos, enemi-

gos y parientes juntos; con lo que, á veces perdia la paciencia.

De ese modo, el desgraciado, que hasta entónces habia tenido serena conformidad, estuvo á pique de dejarse llevar de su justo enojo, exigiendo al Conde de Sada satisfaccion de las afrentosas é infames calumnias de sus hijas; bien es verdad que los padres no dejaban tampoco de hacer cuánto les era posible para ofender á Elvira. Mas el verdadero agraviado era Alfonso, por cuya causa, y no culpa, eran diariamente puestos en tela de juicio, en la tertulia de Sada, la belleza, la discrecion, el carácter, y áun el nacimiento de la hermosísima hija de la Mariña.

Es, por cierto, singular el modo de presumir de aristócratas que tienen algunos en nuestra tierra. Caso en verdad extraño! El antiguo caballero fué, sin que sus mayores enemigos lo puedan negar, sobre valiente y generoso, tan poco interesado, que jamas se habria atrevido á confesar era el lucro móvil de sus acciones; puesto que, á despecho del ejemplo y consejos de los suyos, tuviese corazon capaz de abrigar tan poco levantados pensamientos.

Mas ciertos caballeros de hoy, á quienes en tiempos pasados apellidáran de « alquimia », y hoy llamarémos de similor ó de *strass*, tienen la hidalguía en los labios, pero sus pensamientos son dignos del Shylock de Shakespeare. Nada digamos de aquella antigua y leal entereza, heredada por el pueblo espa-

ñol en general, y no por los nuevos caballeros de alquimia.

No lo creen ellos así; y no teniéndose por avarientos, ni humildes y rastreros aduladores de todo poder, presumen, á más de nobles, de prudentes y discretos: de lo primero, porque lo dicen y nadie les sale en contra; de lo segundo, porque han sabido hacerse ricos *per fas aut nefas*, leyendo en la noble divisa de la antigua caballería: *oro*, en vez de *honra*.

Jueces por el estilo fueron los que se encargaron, de propia voluntad, y sin que nadie se lo rogase, de juzgar á Alfonso, á quien desde entónces consideraron, segun de antemano se lo habia él imaginado, por enteramente incapaz de sacramentos. En cuanto á Elvira, quedó entregada al brazo secular de las mujeres de los referidos jueces, con lo que la hermosura y la reputacion de la inocente niña quedáran reducidos á pavesas, si semejante cosa fuera posible.

Y aunque se deja entender no era caridad lo que movia á hombres y mujeres en contra de Alfonso y de su amada, no por eso dejaban de concluir siempre diciendo: « Lástima de muchacho! — » Teníanle al cabo lástima, pero no á Elvira, porque ésta corria por cuenta de las mujeres, y ya se sabe no hay en el mundo más terrible ni mortal enemigo.

Libre se cree el soltero, porque sale y entra en casa á la hora que le acomoda; porque se levanta ó se acuesta cuando lo desea; porque hace, en fin, todo

cuanto se le viene á las mientes; libre se juzga, y lo es á la manera de las alimañas encerradas en los parques ingleses, para servir de solaz y entretenimiento á los señores en sus cacerías. Libre es, en efecto, el corzo de correr y saltar por la pradera ó de trasponer el cerro, dando corcovos, y áun, si le parece mejor, dormirse á la sombra de los copados robles ó bien bañarse en las serenas aguas del arroyo, por lo que nadie le dice nada; ántes, al contrario, todo el mundo le admira, con tal de que no tenga el atrevimiento de salirse del parque en donde se halla encerrado para recrear la vista de los paseantes, por más que éstos piensen, allá en sus adentros, al verle tan gordo y rollizo, en lo sabrosa que deberia ser la carne de tan hermoso y robusto corzo. En resolucion, el corzo es libre para todo, ménos para salir del cercado, en donde hay ya costumbre de verle, y se espera que habrá de morir —

No parece sino que acabamos de referir la vida del soltero, el cual se juzga libre porque no ve ni siente la soga que lleva atada al cuello, desde que nació. Verdad es que le dan cuanta soga quiera, pero á condicion de no romperla jamas ni salirse del cercado, porque entónces le pasará lo que á Alfonso. De ese modo pagaba éste el horrendo delito de no casarse en Madrid; con lo que, no pudiendo los agraviados cebarse en su honra, hacian cuanto estaba en su mano para ofender á Elvira.

Cierto, nunca tuvo Alfonso que valerse de tanta paciencia y conformidad, las cuales á menudo estuvieron á punto de faltarle. Pero, como nadie era capaz de decirle cara á cara lo que á sus espaldas decian, no le quedaba otro recurso que sufrir y callar, jurando para sus adentros no casarse con nadie más que con su adorada é inocente Elvira.

Tiene la gente mil modos de herir á mansalva con una sola palabra, sin que le sea posible responder, como es debido, al agraviado; que en esto de atormentarse unos á otros los hombres, han adelantado sobremanera desde que el mundo es mundo.

Calumniado y ofendido el jóven por personas á quienes jamas habia hecho la menor ofensa, abandonado de todos, y sin que nadie interrumpiese su soledad, más que las burlas en su daño y las calumnias en contra de Elvira, hubo instantes en que llegó á temer volverse loco, y sólo en semejante estado pudo cruzar por su mente el odioso pensamiento de suicidarse. Señalado por todos como insensato, al verle tan firme é inquebrantable en su resolucion de casarse con una jóven, á quien personas, al parecer indiferentes, habian ajado y abatido cuanto les era posible á los ojos de los que no la conocian; lleno de ira, al ver dispuestos en contra suya la voluntad y el ánimo de todos, Alfonso, tratado con tan notoria injusticia, llegó á aborrecer á los hombres, si bien al punto su noble corazon desechó todo mal pensamiento.

Baste, por prueba de su lealtad, que ni una sola vez siquiera se le ocurrió el abandonar á Elvira, y eso, que estaba seguro, despues de semejante infamia, de verse acogido y festejado, cual otro hijo pródigo.

Las penas y disgustos personales, la zozobra que le causaba lo porvenir, las contínuas vigilias empleadas en trabajar para ganarse el preciso sustento, acabaron por quebrantar la salud del desventurado Alfonso, el cuál cayó al fin en cama, con calentura y delirio de vez en cuando.

Componíase su habitacion de dos piezas: en la primera tenía el lecho, reducido á un catre con jergon; y la segunda, que era sumamente pequeña, servia de cocina.

Alfonso no tenía quien le sirviese ni quien le visise: tan desierto era para él Madrid como lo interior de Africa; y los vecinos, acostumbrados á no verle salir en muchos dias de la habitacion, no extrañaron el que la puerta permaneciese cerrada. Cada dos dias le llevaba el aguador una cuba; el jóven se levantaba, envuelto en la ropa de la cama y apoyándose en la pared, para abrir al buen astur, el cual entraba con la cabeza y los hombros inclinados bajo el peso de la cuba, echaba en la cocina el agua en la pequeña tinaja, y se volvia á marchar, diciendo: «Quede con Dios.» Miéntras tanto, Alfonso se hallaba de nuevo en su lecho, postrado y sin fuerzas para contestar.

Largas y tristes son las noches de invierno para un enfermo; mas para Alfonso eran eternas.

Miéntras el seco y mortal cierzo de Guadarrama penetraba por los resquicios de la puerta y de los mal unidos cristales de la ventana, cuyos postigos no cerraba el jóven, por no tener ánimo para levantarse á la caida de la tarde, y tambien para que la escasa luz del aborrascado cielo durase algo más en la habitacion, se oia el ruido de los coches de los que volvian de paseo, los gritos de los ciegos anunciando periódicos, interrumpidos por tal cual silbido de algun pilluelo extraviado, y el doliente, monotono é insoportable cantar de un ciego, acompañándose con la guitarra y pidiendo de cuando en cuando limosna.

Más tarde, volvian los coches particulares, cuyo ruido y rápida carrera distinguia harto bien Alfonso, desde su solitario lecho, del andar cansado y trabajoso de los coches de plaza, á cruzar por las calles, llevando al teatro á sus dueños. Oiánse las ruedas de uno llegar veloces, como para detenerse á la puerta de la casa; mas seguian, pasando á toda prisa, huyendo, y apagándose al cabo su sonido, como pasa la fortuna por delante de los que gimen en soledad y desamparo.

Corrian las horas, el ruido iba cesando, y sólo oia Alfonso alguno que otro carruaje, los tristes tañidos de la campana de tal cual reloj de torre y los gangosos aullidos de los serenos. —

Dichoso Alfonso, cuando el delirio le libraba de sus negros pensamientos!

CAPÍTULO III.

5. *Cor sapientium ubi tristitia est, et cor stultorum ubi lætitia.*
5. El corazon del sabio en la casa del llanto, y el corazon de los insensatos en la casa de la alegría. —
—Eclesiastés, cap. vii.—

Estamos en invierno, y el frio nos lo anuncia por las calles, y los gacetilleros por los periódicos, dando cuenta de bailes, en que las damas son aéreas, fantásticas, huríes del paraíso de Mahoma, envueltas en tibios perfumes y vagos resplandores (*sic*), de andar delicioso é ideal, mirada de fuego, y aspecto, en fin, que nos electriza, trocándonos de paso en necios; pues sólo así se explica el que más de cuatro hayan escrito *revistas* de bailes, sin dar en ellas muestra del menor rastro de juicio.

Nada digamos de la *deliciosa* amabilidad de los *dueños* de la casa, del *encanto* del sabroso *buffet*, de lo mágico de las libreas de los criados y del gozo intelectual y celeste de una noche pasada en vela, bostezando las tres cuartas partes, y empleando lo demas

en hacer ó decir vaciedades, á que sirven de complemento blanca corbata y apretados borceguíes, los cuales nos están haciendo ver las estrellas, á cada paso que damos, y más allá de las nebulosas, á cada revuelta del vals.

Notable diversion, la de un baile de alta sociedad! Quien quiera comprender su indefinible atractivo, advierta las tonterías que hace decir en conversaciones, revistas y gacetillas, y por el hilo sacará el ovillo.

Habitantes de provincia, que os poneis una vez al año careta, para tener el gusto de no conoceros; moradores de pueblos pequeños, que tal vez mirais con envidia á los cortesanos, dueños de disfrutar de tanto espléndido sarao — casi me arrepiento de no darles su merecido, llamándoles *soirées* — envidiad al madrileño cuanto querais, ménos los bailes. Y vosotros, hijos de Baeza ó Quintanapalla, miéntras el huracan de invierno haga retemblar de noche los postigos de vuestras ventanas, daos por contentos con dormir tranquilamente en el lecho, libres de lo que hoy se llama gran baile.

Oh tú, severo censor de las costumbres, no vayas á él, si no quieres se revuelva tu humor melancólico. «Pero, qué», me diras, «se comete en ellos la menor falta de urbanidad? Se ofende á la moral escandalosamente?»

Nada de eso, amigo censor, nada de eso; no hay escándalo ni falta de crianza, dado que ésta no só-

bre. Nadie falta; al contrario, la mayor parte están de más.

En todo baile se suelen ver madres jóvenes, ó que se empeñan en serlo, jugadores de *ecarté*, gente que va por la cena únicamente, *pollos* de cabeza — bien peinada, y el *servum pecus*, la mayoría, la inmensa multitud, que va porque van todos, se aburre solemnemente, y da aspecto de insoportable tedio á la reunion.

Sólo tú, jóven pura é inocente, que has estado pensando dias y dias en esa noche, y vas resuelta á bailar, sin que te rinda el cansancio; sólo tú vas al baile por el baile. Líbrete Dios de que el jóven á quien amas, en vez de quererte por tu candor y alma angelical, piense, á compas de la orquesta, en el dote que ha de señalarte tu padre.

Líbrete Dios, sobre todo — de que tu madre, olvidándose de que la suya jamas se habria envilecido de igual manera ante su hija, ántes de salir de casa te llame para decirte:

« Hija mia, vas á cumplir quince años; ya pasó, por consiguiente, el tiempo de niñerías y amores ideales.— Baltasar, hijo segundo y sin un cuarto, es apuesto y bueno á la verdad, pero no tiene un maravedí. Capitan de artillería por junto; gran cosa! Nada; haz caso á su hermano mayor, que lleva la grandeza, y como heredó tan niño y ántes de la ley actual, tiene él solo toda la casa. Le sobra la joroba, y no el

talento, pero es el único esposo que te conviene — á ti y á tus padres, ya me entiendes! — Con este tendrás cuanto quieras: gran casa, galas, coches, viajes. — Compara con el otro, y— no digo más.»

Líbrete Dios, triste niña, líbrete Dios! —

Hoy ocurre en Madrid notable acontecimiento: el Marqués de Villajuan recibe esta noche. Todo Madrid, esto es, todas las personas que, por su representacion ó dinero, eran dignas de verse convidadas, se están materialmente estrujando unas á otras en los salones del Marqués de Villajuan, á pesar de lo espaciosos y magníficos que éstos son.

Hay en todo baile dos cosas sobremanera dignas de estudio: la entrada de las damas, conforme van llegando, y el, con perdon sea dicho de la lengua castellana, *cotillon*. Ved qué rostros tan frescos y sonrosados! Casi está uno por olvidar la parte que en tanta gracia quepa á los cosméticos. Y por qué no? El resultado no es bellísimo? no reciben nuestros ojos la más agradable impresion? Y al cabo, no todo es mentira; no siempre es cosa de exclamar:

Lástima grande,
Que no sea verdad tanta belleza.

No es, en efecto, maravilla que se vean muchos rostros de verdad hermosos y llenos de gracia en nues-

tra tierra, donde tan pocas mujeres hay de quienes se pueda decir que son feas.

Ya el baile está dando las boqueadas. Los más tercos permanecen, no queriendo retirarse así, tan pronto. Empieza el *cotillon*. Mirad las caras: quién diría que son esas jóvenes las mismas del comienzo del baile? La excitacion nerviosa, producida por la larga velada de invierno, la danza, la música y la atmósfera del salon, del todo inficionada por las luces, perfumes y aliento de centenares de personas, las da aspecto de enfermas. El cabello descompuesto, los adornos maltratados y el vestido, muchas veces roto, las dan semejanza de bacantes. Rostros pálidos ó sofocados, párpados encendidos, cárdenas ojeras, labios secos y— á todo esto, las madres enfrente, contemplando impasibles la ruina física y moral de sus hijas!

Qué horror!! —

Corramos un velo, y vamos al baile del Marqués de Villajuan.— Admirémonos de las suntuosas habitaciones, en donde baila, se pasea, habla ó se sienta, al són de ruidosa orquesta, selecta sociedad.

Alfonso da el brazo á la esposa de un personaje de gran representacion en política. Iba á entrar en la pieza de la cena, mas la señora le llamó para que la diese el brazo, y el pretendiente obedeció.

Qué de chanzonetas dijeron entónces, á costa del triste Alfonso, qué de vilezas! Las mujeres no se

quedaron cortas. Pero Alfonso apénas tenia fuerzas para andar: ni la señora, cuando le llamó al verle encaminarse á la cena, ni nadie, imagináran que, para ir al baile, el jóven se habia levantado de la cama, despues de varios dias de calentura.

En el baile pensaba Alfonso hablar á varios amigos acerca de sus pretensiones, y por eso fué aquella noche á casa de su tio.

Alfonso habia perdido toda esperanza, y ya no se sostenia contra su mala estrella, sino como quien cumple con su deber. Parientes y amigos le abandonaban. Su propio tio, que desde el principio le habia prometido apoyo, diciéndole: «Quédate en Madrid y cuenta conmigo», no mostraba empeño ninguno en ampararle; ántes, al contrario, se mostraba, segun ya hemos visto, cada vez más tibio é indiferente.

Alfonso hacia rostro á la adversidad como el soldado, que, seguro de morir, defiende, con todo, su puesto miéntras le queda aliento de vida. En aquel momento, el jóven se acordaba de Elvira, cuyas cartas eran en Madrid su único consuelo: al acudirle á la mente la imágen del rostro divino de su amada, vivo retrato del alma, tuvo que contestar á una pregunta de su compañera, y— qué contraste!

En vez del rostro sonrosado, de ojos claros y serenos, en que estaba pensando, vió otro, ajado, marchito, no por la edad, sino por las pasiones, cubierto

de espesa capa de pintura, la cual, si bien sábia y artísticamente extendida, apénas disimulaba las arrugas y tez cárdena de la que en vano habia acudido á tales medios para semejar hermosa.

Alfonso seguia por medio del baile, llevando del brazo á la dama. Quién diria que aquel hombre, de hermoso, y entónces pálido semblante, de noble frente y de presencia varonil y apuesta, estaba haciendo todos los esfuerzos imaginables para tenerse en pié? El dia le habia pasado traduciendo novelas— y la noche, rodeado de aquel lujo, en el cual todos dijeran se hallaba en su verdadero elemento, por su sangre, educacion y natural elegancia; la noche la pasaba Alfonso pensando en el pan de mañana!

Dos ó tres veces dijo á su compañera que ya era tiempo de ir al *buffet*.

« Aguardemos », dijo ésta, « á que aclare un poco la gente. »

La dama habia comido, pero Alfonso queria tomar un par de tazas de café, para sostenerse.

Horrible miseria! Tanto más espantosa, cuanto que nadie cree en ella! — Y con todo, no pocas veces alterna con la sociedad, cubierto el rostro de risueña máscara y lleno el pecho de desesperacion — cuando nó de enconada envidia.

El desgraciado era víctima de una alucinacion, producida, sin duda alguna, por lo débil que habia quedado de la pasada enfermedad. A veces lo veia

todo con claridad asombrosa, mas, pasado el lúcido intervalo, le acometian vahidos. Quién habia de creer lo que estaba padeciendo Alfonso!

Y seguia en medio de la espléndida multitud, procurando aclarar sus pensamientos, para contestar á su compañera— y seguia adelante, y á su lado pasaban hermosas jóvenes con sonrisa en los labios y coronas de flores en la cabeza; luégo vió á dos mujeres, en la plenitud de la edad y la hermosura, cuyos ojos eran ménos serenos que los de las jóvenes, pero mucho más seductores; brillaban riquísimos diamantes en sus cabellos, los hombros, senos, espaldas y brazos eran de morbidez y blancura capaces de rivalizar con un mármol de Fídias.

Corrian de sala en sala las vibraciones de la música, cuando fuertes y estrepitosas, como convidando á la danza, cuando suaves y blandas, como invitando al amor, y siempre incitando á los sentidos, jamas al alma. Y entre el ingenuo reir de la juventud y las sonrisas de víbora, con que saben saludarse ciertas mujeres, entre el porte ridículamente grave de los que se creian personajes y las insulsas vaciedades de esas infinitas personas, al parecer, inútiles, pero que representan en toda sociedad el papel de comparsas, cosa utilísima y necesaria en muchos casos, Alfonso, que sabía la vida de cuantos le rodeaban, y casi podia en aquel momento señalar á las que eran mujeres de bien y á las que no, sin dejar de conocer al

mismo tiempo á los hombres que estaban en su lugar y á los que sólo á costa de bajezas é infamias habian llegado á ser ilustres; Alfonso, en medio de todos, iba andando, tambaleándose como embriagado.

De pronto se vió frente á un espejo, hallando que, en vez de su compañera, tenia á Elvira del brazo— mas, en esto, se acercó á ellos un hombre de ruin presencia y estatura; cruzábale el pecho una banda, y brillaba riquísima placa de brillantes á la altura del corazon.

Elvira soltó el brazo de Alfonso, apoyándose en el del recien llegado, y miéntras Alfonso enmudecia de asombro, le dijo, llena de desden:

— «Necio sois, Señor Don Alfonso Vazquez de Cela; eraís hombre de gran representacion, y la habeis perdido por vuestro gusto; teniendo, más de una vez, modo de resarciros de todos vuestros daños pasados, sois tan incapaz, que no lo habeis hecho. Erais pobre, cierto, pero todo os brindaba todavía con la felicidad, y áun podiais haber sido superior á vuestros amigos y compañeros— Sois indigno de que nadie se tome el menor interés por vos!» —

Y Alfonso quedó solo— La pieza en que estaba, era un pequeño gabinete, forrado de damasco azul, con divanes de lo mismo, y ademas el espejo de cuerpo entero en que acababa de ver á Elvira. Alfonso miró en derredor, y se halló solo— solo allí, como en el mundo. Los ecos de la orquesta, que estaba al otro

lado de la casa, llegaban medio apagados á sus oidos. Dejóse caer en su divan, y, recostando la cabeza en los almohadones, conoció era cada vez mayor su desfallecimiento.

Tantas noches pasadas en vela, ocupándose en trabajo insoportable, la enfermedad, y tanta pena y hiel amontonadas de dia en dia; por último, hasta la debilidad, que á veces le atormentaba; todo eso no era nada, comparado con las palabras que acababa de oir, á Elvira— porque era ella, sin duda alguna, la que acababa de hablarle— Elvira, que le echaba en cara el haber sido hombre de bien!

Alfonso queria levantarse, y ni áun alzar la cabeza podia; las sienes le golpeaban de insoportable manera, sus manos ardian, sus piés estaban yertos, y los párpados caian sobre los ojos, como si fueran de plomo.

Sorprendíanse los que pasaban, de ver á aquel hombre, que habia elegido semejante sitio para dormir.

En efecto, Alfonso dormia; pero dentro de aquel cuerpo, que, al parecer, descansaba, habia un alma padeciendo dolores y tormentos sin fin.

Por último, el jóven volvió en sí, aunque completamente desfallecido. Hizo, con todo, sobrehumano esfuerzo; se levantó agarrándose á los almohadones, que se le caian encima; y, apoyándose en los asientos cuando ya no tenia fuerzas, pudo llegar á la puerta.

Hallóse en hermoso patio de mármol, con techo de cristal y jarrones de flores; el ambiente era más fresco

y la gente escasa, con lo cual respiró libremente. Pero la luz, mucho más brillante, le cegaba.

Conociendo le amenazaba vértigo mayor de los que hasta entónces habia experimentado, se encaminó á la escalera— Cómo describir la angustiosa agonía de Alfonso en aquel instante!

Se le figuraba que oia enderredor sonrisas de burla y desprecio. Si creerian, al verle tambalearse, que salia embriagado de cenar! Cada vez le era más difícil comprender sus propios pensamientos, dar un paso, ni siquiera sostenerse.

Bajó la escalera, alfombrada y cubierta de flores á derecha é izquierda, sin saber lo que se hacia. Desde allí áun se oia la música. Singular contraste del corazon humano! Alfonso, á quien tanto daño habia hecho la gente de que se alejaba en aquel momento para siempre, experimentó penetrante y agudísima desesperacion. Algo habia en él, todavía, que se revelaba contra el pensamiento de huir de la esfera para que, sin duda alguna, habia nacido.

Sufriéralo todo gustoso por el deber y la honra, á tener fuerzas para ello; mas se le iba la cabeza, y el ánimo, que hasta entónces le habia sostenido, le faltó por completo. Ya no padecia nada; pero la calentura, que le habia dado postrera apariencia de vida, no era bastante poderosa para sostenerle.

La calle, cubierta de nieve y lodo, estaba oscura y desierta. Como Alfonso no tenía abrigo, el frio se

apoderó de su cuerpo, y creyó que el último instante de su vida era llegado.

De repente cayó al suelo, como herido del rayo — Apénas tuvo tiempo para exclamar:

« Tambien tú, Elvira ! — tambien tú !! »

CAPÍTULO IV.

Mas siempre cortesana ley ha sido
Decir lisonjas y alabar la cara.
Si por eso lo haceis, yo más querria
Tosca verdad que falsa cortesía.

—ALARCON, *Los favores del mundo*, acto II, escena XV.—

And why does Uncle Roland puts that absurd french de *before his name?*

— *The Caxtons*.—

Y por qué el Tio Rolando antepone ese absurdo *de* frances á su nombre?

—BULWER, *Los Caxtons*.—

« Ya sabe V. que su excelencia está muy delicado. »

« Ya lo sé, ya lo sé. No haya miedo de que por mí se agrave », contestó Alfonso á un hombre, como de cuarenta y tantos años, alto, de rostro vulgar y aspecto lacayuno, que se hacia llamar Don José *de* Rodriguez y *de* Perez, y era el apoderado— en toda la extension de la palabra— de la casa del Marqués de Villajuan.

Don José se despidió, saludando con poco agrado al jóven, y dejándole solo en el despacho de su tio.

Pálido estaba Alfonso, pero sus ojos no ardian con el fuego de la calentura, como hacia cuarenta horas, en la noche del baile. En aquella suntuosa habitacion,

cuyas paredes forradas de seda, el suelo revestido de rica y espesísima alfombra, y los muebles cubiertos de soberbias entalladuras, de las que formaban parte escudos de armas con la corona de marqués, descubriéndose en todo clara muestra de la opulencia del dueño, al ver el semblante noble y hermoso de Alfonso, y su garbo de cortesano, dijérase que él era amo y señor de la casa.

El verdadero señor entraba á la sazon, y como era por la mañana, llevaba ancha bata acolchada; el rostro soñoliento, y lo enredado del escaso cabello cano, daban á conocer que acababa de levantarse.

El Marqués se quedó mirando á Alfonso.

« Buenos dias, tio », dijo éste.

« Ha sido preciso enviarte á Don José, para que te dignáras venir á verme— no me contestas?

« Para qué? »

« Para qué! Pues me hace gracia la pregunta! Para darme cuenta de tu tardanza en venir á casa de un pariente que te quiere, que se interesa por tí— »

« Gracias, tio. »

« Con tus respuestas, vas á acabar por hacerme perder la paciencia. Tengo yo la culpa de que te hayas empeñado en ocultarme que te morias de hambre? » Esto último lo dijo el Marqués bajando la voz: « Tengo yo la culpa? », añadió en voz más alta.

« Ninguna, tio; aquí nadie tiene la culpa más que yo. »

«Te burlas?», le dijo el tio, poniéndose colorado.

«No me burlo, no, señor. Digo únicamente la verdad. Y para acabar de una vez, aunque todo desventurado suele ser injusto, trataré de no serlo y de hablar al mismo tiempo con franqueza.»

«No, no te incomodes; no hay necesidad— ya sabes que estoy malo.»

Alfonso no pudo ménos de sonreirse ante el descarado egoismo de su tio, y le dijo:

«No tenga V. miedo, no le diré nada desagradable—»

«Bien, pues mira, lo mejor para excusarnos de disgustos, es que te diga lo que ocurre. Te han nombrado vista de la aduana de Fernando Póo, con doce mil reales; la tierra es barata— y sana, á pesar de lo que algunos malévolos pretenden. No tienes más que volver mañana por aquí; y yo, ó si no estoy en casa, Don José, te entregará el oficio de nombramiento y dos mil reales en oro, y así podrás emprender el viaje, pues dentro de ocho dias has de estar en Cádiz para embarcarte.— Me parece que— eh!— con que, adios, y hasta mañana; si no me hallas, estará en casa Don José, que es lo mismo. En seguida emprendes el viaje— con que—»

Y el Marqués alargaba la mano á su sobrino. Éste, más pálido que cuando habia entrado en el despacho, miraba á su tio sin pestañear.

En aquel momento recordaba Alfonso que á me-

nudo, ántes de su desgracia, su tio, que no tenía hijos ni parientes próximos, le habia dado á entender que pensaba prohijarle. El jóven estuvo á punto de darle la contestacion que se merecia; mas, combatiendo la amargura que le sofocaba, se contentó con decír:

«Muchas gracias, tio.» Queria proseguir, pero un nudo le cerraba la garganta.

«Ya ves», dijo el Marqués, completamente satisfecho de sí propio, «ya ves que no soy mal amigo.»

Ni siquiera pariente queria ya ser el Marqués de Villajuan.

«Gracias — Marqués», contestó Alfonso con altivez.

El Marqués, no sólo no se dió por entendido, sino que, en su interior, experimentó por ello verdadera satisfaccion.

El jóven, repuesto y dueño de sí, prosiguió: «Gracias, Marqués, gracias por todo; afortunadamente áun puedo evitar el ir á Fernando Póo—

«Mira que es isla muy fértil y agradable.»

«Lo niego yo por ventura? Con todo eso, prefiero volverme á Galicia, en donde todavía tengo para vivir con lo que me queda. Si este invierno lo pasé aquí tan mal, fué porque sólo cobré una mínima parte de mi exigua renta, haciendo creer á un amigo mio, que me habia adelantado el dinero del viaje, que yo vivia en casa de V.— perdon por el engaño!— con lo cual, le obligué á cobrarse de mi renta el dinero que

á él le hacia falta, y de otro modo nunca lográra hacerle tomar.»

«Entónces, señor mio, si V. tiene á ménos el aceptar mi proteccion, no sé—», repuso el Marqués.

«Veo, Marqués, que yo soy el herido, y V. se pone la venda— No se enoje V. tanto; que prónto se verá libre de mí. Me voy de Madrid; con eso se queda V. tranquilo y seguro de que no me vuelvan á recoger desfallecido á las puertas de su casa.—»

«Silencio, desdichado!», dijo el Marqués furioso, «baja la voz!»

«Qué! no quiere V. que me oigan sus criados, cuando todo Madrid lo sabe? Ya no puede V. evitar lo sucedido. Vine á Madrid, y me detuve y esperé en V., porque V. me dijo que me detuviera y esperára. Le dije que no tenía para vivir en la córte, se lo juré á V. por mi honra de caballero, y V. me respondió: «No importa, confia en mí!»

»Creyó V. que con hacerme el favor de convidarme de vez en cuando á comer, habia satisfecho ya toda clase de compromisos— Usted, que debe la vida á mi padre! Usted, que se consideraba dichoso con que todo el mundo supiese que era V. pariente suyo, cuando él era persona de autoridad en la nacion— Usted, que experimenta la odiosa pena, el sin igual disgusto de haberme llamado sobrino suyo— Sobrino! á un pobre diablo, como yo, mísero vinculeiro de Galicia, que ha tenido— la ruindad de ser buen ami-

go, y por ello verse arruinado; hombre con honra, y por ello quedar expuesto á la vergüenza ante los *diestros* del mundo, que consideran el matrimonio como un negocio, y el amor como mero juguete de los sentidos!!

»Y por último, qué ha pasado? Que yo, por confiar en V., como habria confiado en mí— he sido recogido á las puertas de su propia casa, privado de conocimiento, por efecto de un principio de congestion al cerebro, y me han llevado, un antiguo servidor, que desde Galicia habia venido á buscarme, y el sereno, á una casa de socorro, en donde el médico ha declarado que mi mal consistia, no sólo en el referido principio de congestion, sino tambien en falta de fuerzas, por no haber tomado suficiente alimento, debia de hacer ya bastantes dias— Hé ahí lo que ha pasado.— Han sabido mi nombre, han pronunciado el del Marqués de Villajuan, y— la gente ha murmurado de V.—

»No ha experimentado V. remordimiento, pero sí vergüenza; su vanidad se ha visto humillada, y su único anhelo ha sido hacerme desaparecer. Fernando Póo era sitio excelente, no diré para morirme, no le quiero á V. acusar de semejante mala intencion— pero á lo ménos, era isla remota, en donde me veria obligado á permanecer bastantes años por mi empleo, los suficientes para que se olvidase el suceso de anteayer, no sirviendo ya mi presencia de muda acusa-

dora de— un *ex-tio*, que ha dejado morir de hambre á su *ex-sobrino* á las puertas de su casa! Y no diga V. que su mesa estaba á mi disposicion, pues si V. no se digna, ó no alcanza á comprenderlo, justo será le advierta que quien en una casa ha sido recibido y tratado por igual y pariente, no debe volver á ella, si llega á notar que le reciben por parásito extraño— Señor Marqués de Villajuan, libre queda V. de todo compromiso; hoy mismo salgo para Galicia.»

Alfonso salió al punto de la habitacion.

CAPÍTULO V.

Gracias al cielo doy, que ya del cuello,
Del todo el grave yugo he sacudido.
—Garcilaso.—

Alfonso se encaminó desde casa de su tio á la cuesta de la Vega, que no estaba léjos; al llegar al pié de la imágen de la Vírgen de la Almudena, miró hácia la última revuelta, como quien busca alguna cosa, y haciendo ligero gesto de satisfaccion, ántes de seguir, volvió los ojos á Madrid.

Sus plantas hollaban el sitio donde, en otro tiempo, se alzaba el cubo de la Almudena; la rápida pendiente, en cuya mitad se hallaba, ahora convertida, gran parte, en jardines y alamedas, y en tiempos pasados teatro de sangrientas hazañas, como que le ofrecia suave y cómodo descenso para alejarse cuanto ántes de la córte.

Alfonso, si bien del todo curado de la vanidad mundana, no podia olvidar que en Madrid habia pasado la mayor parte de su vida, primero con sus pa-

dres, y despues solo, rodeado siempre del esplendor y los amigos que proporciona todo brillante estado social. El hombre no es de piedra, y el jóven experimentó íntima y dolorosa conmocion, al mirar por última vez al pueblo en que habia nacido.—

Estaba entónces el año en los primeros dias de Enero, y era la temperatura, como suele algunas veces por ese tiempo, primaveral, miéntras el sol brilla en el cielo azul y despejado, siendo, por el contrario, en extremo sutil y penetrante el frio, apénas el sol se pone.

Mas á la sazon era mediodía, el ambiente tan plácido, y tan risueño el ciélo, rebosaba por todas partes de tal manera la alegría, que el jóven, sin reparar en ello, merced acaso á simpatía meramente física, iba lentamente bajando y tan á menudo volviéndose, que para desechar aquella como atraccion magnética, tuvo que hacer verdadero esfuerzo. Volvió á Madrid resueltamente la espalda; pero allá á la izquierda vió, señoreando las casas que á los piés se elevaban, á la soberbia cúpula de San Francisco el Grande, en cuyos plomos reverberaba el sol, haciéndoles brillar como espejos de acero. Más allá del rio descollaba, sobre las secas y desnudas copas de los árboles, la rústica ermita de San Isidro. Cuánto habia jugado Alfonso en aquellas praderas y ribazos, que ahora miraba por la vez postrera! Volvió la cabeza, y á su derecha se alzaba, colosal, marmóreo,

el régio alcázar; las revueltas que bajaban al Campo del Moro, en vez de ser jardines con árboles, como las de la cuesta de la Vega, estaban únicamente formadas de ladrillo y granito; en vez de paseantes, sólo se veian por ellas soldados.

Al pié los jardines, y más allá el rio, pobre y exiguo siempre, pero asombrado á trechos con magníficas alamedas, apénas concurridas de los madrileños.

La vista desde la cuesta de la Vega es en verdad grandiosa: el economista podrá, con razon, lamentar la falta de habitantes; el agrónomo, la ausencia de buenas casas de labor y del consiguiente buen cultivo; pero el artista, el hombre cuyo corazon se entusiasma ante la hermosa naturaleza no podrá ménos de admirarse, como Alfonso, de la esplendidez del paisaje. A pesar de ser Enero y en Madrid, acaso por lo mismo, la pureza de la atmósfera y diafanidad del aire eran tales, que no sólo los ribazos de la Casa de Campo, revestidos de verdes encinas, sino las más lejanas revueltas del rio, los más apartados bosques del Pardo, y áun la misma Sierra, azulada en su base y ceñida la cima con soberbia corona de resplandeciente nieve, presentaban á la vista sus más pequeños pormenores, sus cuestas, praderas, peñascales y precipicios; por do quiera parecia como que palpitaba la vida, y de todas partes se alzaba un cántico de gloria al Criador.

Allá léjos, en la más enhiesta cumbre de Guadar-

rama, vió Alfonso ligera nubecilla; aquella era la señal de su camino. «Léjos de mí», se dijo en voz baja, «toda debilidad femenil; puesto que Madrid no nos quiere, vamos adonde nos llaman la honra, el deber, y el cariño de un ángel.»

El jóven no sacudió el polvo de su calzado, no maldijo á la patria, que ninguna culpa tenía de su desgracia; ni aunque la tuviera, tampoco habria hecho lo que jamás debe hacer un buen hijo. —

Bajó el puente de Segovia, tomó á la derecha, y se detuvo ante la Vírgen del Puerto, en donde se hallaba un hombre, con un caballo negro del diestro.

«Vamos andando, Meigo, vamos andando; vámonos cuanto ántes», dijo Alfonso, montando, miéntras aquel, en persona, le tenía el estribo.

Sí, amigo lector, era el Meigo, ni más ni ménos, con la misma montera y aspecto que Alfonso le habia visto la noche del soto de San Pedro. El Meigo se sonrió, acaso por la vez primera de su vida, y echó á andar delante del jóven. Este le conocia lo suficiente, para no apurarle mucho con preguntas; por lo tanto, siguieron en silencio y á buen paso hácia la Puerta de Hierro, sin que las bromas groseras, y tal vez chistosas, de las lavanderas, hicieran pestañear siquiera al imperturbable Meigo. La briosa jaca negra de Alfonso, á pesar de su excelente paso castellano, igualaba á duras penas al andar de su guía.

CAPÍTULO VI.

Castellanos en Castilla,
Tratade ben os gallegos:
Cando van, van como rosas;
Cando ven, ven como negros.
—*Cantar gallego.*—

Alfonso, como ya hemos dicho, habia escrito á Galicia que se hallaba viviendo en casa de su tio, el Marqués de Villajuan, con lo cual no tuviese Patiño inconveniente en tomar de la renta, que los colonos pagaban por Setiembre y Octubre, lo adelantado para el viaje á Madrid: de nada sirvió al principio; pero, como Alfonso escribia, diciendo no le enviasen dinero, porque no le hacia falta, creyó Patiño en el generoso engaño de su amigo, por lo que se cobró, despues de vendido el trigo, guardando lo demas, para entregárselo en cuanto volviera.

Cuando Alfonso perdió del todo la esperanza, estuvo por escribir, pidiendo algun dinero, pero se lo impedia siempre el temor de que el buen Tomas llegase á sospechar cuál era su verdadero estado, y despues de hacérsele saber á Elvira y su tio, enviára á Madrid

toda la renta del año. De suerte, que el desdichado pretendiente se vió reducido al último apuro, hasta el punto de pensar en la cena del baile, para recobrar un tanto las aniquiladas fuerzas; pero su desventura lo compuso todo de otra manera.

Como en Galicia creian que vivia en casa de su tio, él iba á menudo á recoger las cartas, que le recibian y guardaban en la portería; mas, como su enfermedad habia durado no pocos dias, fueron várias las que el portero le entregó, al salir de hablar por última vez con aquel á quien, no sin razon ni gracia, llamaba *ex-tio*.

Alfonso deseaba leer algunas cartas, pero el paso y el cuidado del caballo se lo impedian; con lo que resolvió aguardar al primer sitio en que hiciesen alto. A todo esto, y pasado ya San Antonio de la Florida, seguian caminando, el Meigo mudo, taciturno como siempre, é impávido, cual si se hallára en las mismas riberas de la ria de Betanzos; y Alfonso detras, pensativo y meditabundo, dejando á un lado las tapias de la Moncloa, y al otro el rio.

Conforme iban adelantando, desaparecian los lavaderos, y cesaban, por lo tanto, el ruido y algazara que amenizan ó hacen insoportables — segun el gusto de cada cual — las márgenes del Manzanares. Sólo se veian ya arrieros, algun carruaje ó tal cual media docena de carretas, cuyos bueyes, negros ó pardo-oscuros, grandes, huesudos y secos, le parecian al

Meigo tan semejantes á los bueyes de su tierra, como el burro escuálido del tio *Jrejorio* á la jaca, gorda y lúcia, del *amo*. Las verdes riberas del rio, en las que se veia de vez en cuando alguna rústica casita, le trajeron al Meigo la memoria de su amada patria, y ya se sabe qué es semejante recuerdo para el gallego: si va hácia casa, la alegría y la vida; pero si viene, la tristeza y áun á veces la muerte.

Así como en los regimientos de suizos habia unas veces que prohibir el *Ranz de las Vacas*, porque desertaban, y otras, al contrario, tenian las músicas que tocarle, pues si no, se morian aquellos valientes montañeses; así los hijos de la española Suiza se mueren de pena al pensar en su queridísima y hermosa Galicia, y áun algunos regimientos conservan las gaitas, que en más de una ocasion han dado la vida á los infelices quintos gallegos, que se morian pensando en la *sua terra*, y para quienes el són amante y plañidero de la Muiñeira sirvió de mágico remedio.

El Meigo volvió á medias, dos ó tres veces, la cabeza, como aquel que desea entablar conversácion; mas Alfonso sabía que lo mejor era no hacerle preguntas, al ménos sobre lo que deseaba averiguar, y por lo tanto, siguió caminando en silencio. Al cabo el Meigo dijo:

« Está ya mejor? »

« Mejor estoy, gracias á tí; que á no ser por tu generosidad, tal vez me halláran muerto á las puertas de

mi excelentísimo tio, y con decir que era apoplegía, y la gente pronunciar aterrada las dos tremendas palabras, *muerte repentina*, me habrian enterrado y — punto concluido.»

El Meigo siguió andando en silencio, y Alfonso decia para sí:

«Si yo pudiese informarme de este hombre cómo ha sabido ó sospechado que me podia ser útil, y cómo ha venido con el caballo, sin que nadie me avisára! — estas cartas tal vez me lo dirán: en cuanto hagamos alto, las leeré. Si pudiese saber — ha tardado, lo ménos, ocho ó diez dias, por andador que sea, y luego el caballo no está cansado; se conoce que le ha traido de mano; en cuanto á él — pobre infeliz! ha estado durmiendo cerca de veinte horas, sin despertar apénas: es robusto, pero á su edad ya — en fin, todo lo iré sabiendo poco á poco; lo que haré, será no alargar las jornadas, aunque mi buen guía parece tan vigoroso y resuelto como si tal cosa; es hombre verdaderamente extraordinario — Y Elvira? qué será de ti, Elvira mia? Qué deseos tengo de verte! Y Don Santiago, y el generoso Tomas? Años me parecen los dias que hemos de tardar en el viaje.»

«Oye, Meigo», dijo en voz alta; «no he andado nunca este camino más que en coche; con que, tú sabrás mejor en dónde hemos de comer y dormir.»

«A comer, en donde el señor quiera; á dormir, en *Aguaderrama*, si se puede.»

«En Guadarrama! Qué estás diciendo? Es ya muy tarde, y los dias son demasiado cortos, para que puedas llegar. Hay ademas otra cosa, Meigo, no tenemos dinero; para pagar el pico que debia de mi buhardilla— he vendido los pocos libros que me quedaban—»

Volvióse el Meigo á mirar á Alfonso, y éste se quedó asombrado de verle. El Meigo estaba llorando! El jóven comprendió y agradeció el sincero cariño de aquel pobre campesino. Alfonso, por verdaderamente generoso, tenía ya olvidada la ingratitud de los cortesanos, y sólo le agobiaba el no poder pagar tanto beneficio y tan gran afecto como le profesaba el Meigo.

Cariño sincero y filial de los pobres á los ricos, que en vez de humillar á nadie, ensalzaba á todos. Cariño que va ya desapareciendo de los campos, último asilo de la fe y de la inocencia; tal vez sepa por qué, y si no lo sabe, lo debe averiguar *aquel* de quien dijo Sieyés: *Qué es el estado llano? Nada. Qué debe ser? Todo!* En resolucion, á él le atañe el asunto, como á nadie, puesto que ya, en vez de *nada*, es *todo*.

El autor asegura, y no cree necesario jurarlo, que el Meigo no pensaba en el abate Sieyés; por lo tanto, despues de mirar á todas partes y de convencerse de que nadie les oia, se acercó á Alfonso, haciéndole seña de que se inclinase, y le dijo en voz sumamente baja:

« No se apure por dineros; que yo tengo. »

« Te conozco, Meigo, y sé que no serán mal adquiridos. »

« Los dineros son del amo, y de nadie más. »

El Meigo, que ya se habia pasado las vueltas de la manga por la cara, volvió á colocarse delante, siguiendo al paso de siempre.

Alfonso nada le contestó; de cierto el Meigo habia visto á Patiño, ántes de salir de Galicia; las cartas que el jóven llevaba en el bolsillo debian de decirle algo sóbre el particular; con eso se le acrecentó el deseo de verlas. Estaban ya en la Puerta de Hierro, y Alfonso dijo:

« Me parece sería mejor nos detuviésemos aquí un poco, ántes de pasar el puente y de subir la cuesta. »

« Como quiera; pero; ya ve que los dias son tan cortos— »

« Bien, nos quedarémos en las Rozas. »

«La señorita Elvira está esperando—»

« Anda, Meigo, anda; tienes razon. Si te cansas, irás á caballo. »

« Antes se ha de cansar el señor, que yo á pié. »

« Quiéralo Dios, pues te tengo lástima. »

El Meigo estaba ya mas allá del puente de San Fernando, y Alfonso tuvo que poner el caballo al trote para alcanzarle.

Arida es, y en extremo desagradable siempre, la cuesta de las Perdices, que así se llama el trozo de ca-

mino mas allá del puente; con todo, parecia que el Meigo respiraba á sus anchas, conforme se iba alejando de Madrid. En cuanto á Alfonso, su único deseo era verse en Galicia, y solamente le distraia de tál pensamiento la curiosidad que no podia ménos de causarle la providencial presencia del Meigo. No ignoraba que preguntarle algo á éste directamente solia ser trabajo perdido; pero ya sabía el modo de averiguar lo que deseaba ántes de llegar al fin del viaje.

En las Rozas, Alfonso apénas probó un bocado, puesto todo su interés en leer lo siguiente:

ELVIRA Á ALFONSO.

Será posible, Alfonso mio? Serias capaz de ocultarme tu estado? No sé lo que me digo; con sólo suponer sea verdad que estés pasando la angustiosa vida que dicen, me desespera y me vuelve loca. Alfonso, no me engañes, ni me ocultes nada, te lo ruego por el alma de tu madre — lo oyes? Bien sé lo sagrado que es para tí su nombre; por eso le invoco, para que no me ocultes la verdad. Oyeme; Doña Nemesia Fernandez nos ha escrito á Santiago, desde la Coruña, diciendo que, por amiga antigua de la familia, debia advertirnos te hallabas viviendo en Madrid en una buhardilla y en la mayor miseria. Conocemos ya lo suficiente á la tal Doña Nemesia; pues fué quien con-

tribuyó en gran parte al disgusto que tuviste con mi tio en el camino de Puentedeume; así es que no hicimos caso. Con todo, te aseguro que, áun no creyendo en semejantes noticias, todavía experimentaba yo inexplicable pena, aunque, al parecer, sin fundamento formal.

A los dos dias vino á Santiago, en la diligencia de la Coruña, el vinculeiro Don Ramon Fariña, y se presentó, diciendo, despues de mil rodeos, segun costumbre, que deseaba hablar en secreto á mi tio. Replicó éste que para mí no tenia ninguno, y podia hablar al punto en alta voz, seguro de mi discrecion; púsose Fariña encendido más que la grana, se quedó un rato pensativo, mirándome de vez en cuando, como indeciso, y por último, dijo que sólo mi tio podia oirle.

Me levanté, dejándoles solos en el despacho, cuya puerta cerró el Vinculeiro, con no poca prisa. Duró la visita más de una hora, durante la cual, mi tio perdió la paciencia no pocas veces, segun se conocia, al oirle alzar la voz.. Por último, el Vinculeiro salió de casa á paso más ligero que de costumbre, segun le oí al bajar las escaleras, y el tio me llamó.

Estaba en medio de la habitacion, con una carta abierta en la mano; me miró primero, y luégo, asiéndome de la mano, me hizo sentar á su lado, diciendo:

« Tienes valor y eres mujer de pró; te he visto al lado del lecho de tu madre moribunda, á quien ama-

bas sobre todo en la tierra, siempre buena, conforme y prudente — » Te repito estas palabras, amigo mio, porque la voz solemne de mi tio las ha impreso para siempre en mi memoria — «Eres buena cristiana, y tienes confianza en Dios; lée.» Y me entregó una carta, la cual devoré con la vista, pues voz secreta me decia que hablaba de tí. La verás cuando vuelvas, que plegue á Dios sea pronto; por ahora te diré que era de Elisa Quiroga, la hija del Conde de Sada, al Vinculeiro. La carta estaba escrita con verdadera hièl — no lo parecia por una sola persona, sino por várias á la vez; sin duda la habian *escrito en familia*.

Alfonso mio, no me culpes por haberla leido, á pesar de estar llena de infames calumnias. Tranquilízate, no las creí. Lo que me dió ya más que pensar, fué que insistia Elisa en asegurar vivias en la mayor miseria; y léjos de hallarte en casa de tu tio Villajuan, tu morada era una buhardilla — lo mismo que decia Doña Nemesia Fernandez.

Será cierto, Alfonso mio? Nos habrás engañado? Entónces, si tu tio te abandona, es un malvado, ó no sé qué decir — Por Dios te ruego, Alfonso, me saques cuanto ántes de tan dolorosa zozobra.

No duda un solo instante de tu amor ni de tu sinceridad.

ELVIRA.

P. D. Se me olvidaba hablarte de lo más risible de la visita del Vinculeiro. Sabes por qué se habia gas-

tado el dinero en venir en diligencia desde la Coruña á Santiago? Venia, mira qué necio! en virtud de la carta de Elvira, á pedir mi mano— te lo digo, nada más para que te rias!— pero, ante todo, contéstame y dime tu verdadero estado: por Dios, no me le ocultes!

DON SANTIAGO SOUTO DE RIOS Á ALFONSO.

Querido amigo: Elvira le habrá enterado de parte de lo que dice una carta de Elisa Quiroga al vinculeiro Fariña: á ser cierto eso, hijo mio— apénas me atrevo á darle semejante nombre— á ser cierto, lo mejor es dejar á Madrid y venirse cuanto ántes. Dice ademas la carta— se lo digo á V., por no ocultarle nada— entre mil falsedades y calumnias, que V. enamora á una mujer rica y fea, que le mantiene, con otras mil lindezas por el estilo: no hay que jurar lo hemos tenido todo por infame calumnia; mas, á decir verdad, quien está padeciendo y callando es V. Cuánto debe de haber pasado en ese Madrid, donde tan feliz era en otros tiempos! Véngase V. en seguida, hijo mio, ó díganos con toda franqueza cuál es su verdadero estado.

TOMAS PATIÑO Á ALFONSO.

Amigo de mi alma: Si no fuera por tu desgracia, no te perdonaria en la vida tu silencio. Amigo mio, he escrito á Elvira y á Don Santiago: algo saben, pero

les he dejado en la incertidumbre en que se hallaban. Por mi parte, tengo certeza de que todas tus esperanzas se han ido, ante el mal acogimiento de esos ruines, que en otro tiempo se llamaron tus amigos y parientes. Olvídales, Alfonso; áun tienes en Galicia personas que te quieran de véras. Vénte, y aquí, á lo ménos, vivirás en paz, con sólo tener conformidad y fé en el Señor.

Elvira y su tio sospechan tu desgracia, pero áun pueden abrigar alguna duda. Yo no, pues he tenido noticias seguras de tu verdadero estado. Doña Polonia Mellid y Doña Nemesia Fernandez, su amiga, ya ves qué dos arpías! fueron quienes primero echaron á volar por la Coruña las malas nuevas, y no las creí. Despues el vinculeiro Fariña empezó á amenazar con que tenía algo que decir; no le creí tampoco, porque no se atrevia á enseñar las cartas que, segun él, recibia de Madrid. A todo esto, las buenas almas, que por todas partes abundan, recibieron, llenas de júbilo, la noticia de que aquel apuesto y bizarro mozo, que más de una vez habia pisado las calles de la Coruña, se estaba muriendo de hambre en Madrid y en una buhardilla!

Y yo lo negaba, porque tú, mal amigo! me asegurabas vivias en casa de tu tio el Marqués de Villajuan — Los rumores fueron ya siendo tales, que, á pesar de tus cartas, determiné escribir á tu mismo tio. Te envio al pié de la letra la contestacion:

«*Señor Don Tomas Patiño*: Muy señor mio: De ór-
»den del Señor Marqués de Villajuan, pongo en co-
»nocimiento de V. que Don Alfonso Vazquez de Cela,
»cuyo parentesco con Su Excelencia todos ignorába-
»mos hasta ahora, sólo ha venido á esta casa alguna
»que ótra vez á comer, y se ignora su habitacion.
»Suyo A. S., Q. B. S. M., José de Rodriguez y de
»Perez.»

Ya ves que la carta no pecaba de expresiva; mas para mí fué el rayo de luz que deseaba. Tú vida aislada y solitaria en Madrid, tu pobreza y miseria eran verdad. Pobre Alfonso! cuánto debes de haber pasado!

Alfonso, al llegar aquí, dejó de leer, miró con atencion el sobre de la carta y los de las anteriores, advirtiendo que algunas, inclusa la de Patiño, habian sido primero abiertas, y despues cerradas, con no gran disimulo. La fecha de la última era ya bastante atrasada; como que estaba escrita ántes de la salida del Meigo. Alfonso no dudó que el bueno de Don José de Rodriguez y de Perez, apoderado del Marqués de Villajuan, y encargado por éste de dar tan estupendas noticias, «de órden del Señor Marqués», era quien habia abierto las cartas. Persuadido de ello, prosi-

guió en su lectura, pero nada más halló interesante.

De todos modos, el Don José habia logrado su intento, de conformidad, sin duda, con Villajuan, no dejando las cartas en la portería, sino hasta el mismo dia en que Alfonso fué á despedirse de su tio, con lo que no se pudo enterar de la contestacion á Patiño, la cual estaba escrita con arte, para que el negar, como se negaba, el parentesco del Marqués con su sobrino, pareciese cosa exclusivamente propia de Don José de Rodriguez y de Perez —

Salió el jóven, sin almorzar apénas, del comedor de la posada, compró en seguida á un mercader ambulante dos mantas, que harto las iban á necesitar, él, no muy hecho á la intemperie, y sobre todo, el Meigo, acostumbrado á clima mucho más benigno, y teniendo, por todo abrigo, chaqueta de paño y calzones de lienzo; pobre vestimenta para cruzar el puerto de Guadarrama en el mes de Enero!

Siguieron caminando, sin que nada digno de contarse les acaeciera; y sólo á fuerza de indirectas, y merced á la buena voluntad del Meigo, logró Alfonso averiguar, poco más ó ménos, la manera con que aquel habia emprendido el viaje, en busca del *señor*. Para lograrlo, puede decirse que éste sudó, á pesar de hallarse al pié de la Sierra.

No queremos que tal cosa suceda al lector por nuestra culpa: hé aquí, en breves palabras, lo que pudo sacar Alfonso de la relacion del Meigo.

Resuelto estaba ya Patiño á ponerse en camino, é ir por Alfonso á Madrid, cuando oyó á la puerta de casa las voces de sus criados, quienes negaban la entrada al Meigo; mas éste, cuyo poder no era temido ni áun respetado en la Coruña, como en Iñás ó San Pedro, no recurrió á conjuros ni maldiciones, sino que desvió de un empujon al ama de llaves, y subiendo á saltos la escalera, entró en el despacho de Patiño.

Hizo éste seña á Doña Antonia y al criado, que detras del intruso venian, llenándole de improperios, para que se retiráran; hiciéronlo así, y quedó solo el Meigo.

« El señor no está en Madrid como deberia », dijo éste.

« Tiene razon, Meigo, tiene razon. »

« Voy á buscarle. »

« Y cómo? »

« A pié y con su caballo. »

« No le podrá sacar sin permiso. »

« Sin que nadie lo vea. Basta que lo sepa el Señor Don Tomas— »

« Entónces, va á dar mal rato á Gregorio. »

« Y qué importa! »

Seguro de su honradez, le dió Patiño dos mil reales de Alfonso, en oro. Con esto, salió el Meigo al punto de la Coruña. Hé aquí en breves palabras lo que Alfonso pudo sacar de la relacion del Meigo: para

completarla, sólo falta añadir que al dia siguiente se presentó en la Coruña Gregorio Couto, el cual, sin acertar apénas á explicarse, y en realidad más muerto que vivo, logró al cabo referir que, durante la noche, habia faltado el caballo del amo; que sólo las brujas podian habérsele llevado, y no podia ser otra cosa, porque la puerta de la cuadra estaba cerrada con llave, y nadie habia forzado la cerradura. En resolucion, Tomas vió que el Meigo habia cumplido su palabra; procuró, pues, tranquilizar á Gregorio, diciéndole que aquel mismo dia escribiria al amo, disculpándole; y Gregorio se volvió, casi con el mismo miedo que habia traido.

CAPÍTULO VII.

Llovia en Galicia en la última quincena de Enero, como lo habia hecho en la primera; el cielo era inmensa nube cenicienta, lluvia menuda y espesa caía sobre la tierra, la cual, no pudiendo recibir ya más agua en su seno, la despedia en largos y sonoros raudales hácia la ria de Batanzos. Los árboles del soto de San Pedro, negros y descarnados, causaban pavura, tanto más, cuanto que ya iba anocheciendo. Cerradas tenía el Pazo puertas y ventanas, y sólo en la casa inmediata, mansion de Gregorio Couto y su familia, se veia una pequeña ventana, abierta, y en ella, una mujer hilando; era Pepa, á cuyos piés jugaba tierno pequeñuelo, quien tenía otros dos hermanos, como él, huérfanos de padre y madre; hija ésta de Gregorio y Pepa. El nietecillo jugaba con la estopa, sin dejar hilar á la abuela, que se detenia á cada momento á contemplarle.

«Ay, abuelita, tengo miedo», dijo el niño, «tenme en brazos.»

«Vén, hijo mio, y te tomaré; que apénas se ve ya, ni áun para hilar.» Hízolo así la buena mujer, y el niño dijo:

«El abuelito no viene con los hermanos; por qué tarda tanto, abuelita?»

«Ha ido al monte por leña, hijo mio, para hacerte á tí el *pote.*»

«Ay, pues ya deberia venir, que tengo hambre.»

«Ya vendrá, no te apures. Mira, ahí está.»

Abrian en aquel momento la puerta del *curru*, que ya sabemos era el corral ó patio inmenso que habia delante del Pazo, y entraba Gregorio, tirando de dos viejos y cansados bueyes, los cuales le seguian harto lentamente, arrastrando la carreta, con los dos hermanos, poco mayores que el otro nietecillo, sentados encima de una carga de ramas de verde pino, y agarrados á los *fungueiros*— palos de la carreta— para no caerse.

Ni la lluvia, que conforme cerraba la noche iba en aumento, ni la hora tardía, fueron parte para sacar á Gregorio de su paso, áun más lento y mesurado que de costumbre; sólo al oir la voz del rapaz, que en brazos de su abuela le llamaba desde la ventana, fué cuando el buen Gregorio alzó la cabeza para mirarle. A esto, ya los dos hermanos habian empezado á desuncir los bueyes, ayudándoles el abuelo; y en seguida los pacíficos animales se fueron mansamente hácia la casa, por cuya puerta entraron, encaminándose á

la *córte*, ó establo, donde ya se hallaba Pepa preparándoles el pienso, á cuya vista respiraron, sacudiendo alegremente la cabeza los recien llegados.

Echóse Gregorio al hombro las más gruesas y pesadas ramas que en la carreta venian, y asiendo de las otras los rapaces, se entraron en casa, en pos de su abuelo, cerraron con estrépito la puerta, y sólo quedó en el *curru*, abandonada á la intemperie, la carreta, en cuyas ruedas y maderos, así como en las ramas de las acacias, sonaban, cada vez con más violencia, las gotas de la lluvia, que arreciaba.

Sentóse Gregorio en un pequeño escaño de madera inmediato al hogar, apoyados los codos en las rodillas, y la cara en las palmas de las manos: su nietecillo Ubaldin jugaba al lado con la montera del abuelo, y los otros dos mayorcitos se habian quedado, rendidos de fatiga y sueño, encima del viejo arcon inmediato al hogar.

Pepa hilaba en silencio, atendiendo al pote, considerando unas veces á Ubaldin y otras á su marido, el cual seguia mirando á la lumbre sin pestañear.

«Ou, Goros», dijo al cabo Pepa, «en qué piensas, hombre?»

«Y por qué me lo preguntas?», replicó éste, siguiendo la costumbre de no contestar directamente.

«No te apures; que si pasas la vida de esa manera, te vas á morir, pobre Gorechu mio», dijo la anciana con los ojos preñados de lágrimas.

«Mira si está el pote, Pepa, que estos *pobriños* — pobrecitos — están muertos de hambre.»

«De hambre y de sueño, Goros, de sueño tambien. Pero dime: por qué has de estar siempre así? Jesus, *home!*»

«Gregorio Couto era hombre de bien, y ya no lo es, Pepa. Bien lo sabes; todos creen que tengo la culpa—»

«Qué culpa, hombre, qué culpa? El Meigo no se sabe dónde— Lléveme *o demo* — el demonio — si no es él quien se ha llevado el caballo.

«Llévele al pícaro Meigo el demonio, si ha sido él. Pero, mujer, cómo ha podido ser eso, si yo tenía la llave de la cuadra, como ahora la tengo? Mírala, Pepa; aquí la tengo en el bolsillo, como siempre— para— enseñársela al amo cuando venga—pero oye, Pepa, me has sacado del bolsillo la llave?»

«Bah! tiene que ver el cuidado que se te da ahora por ella! Para lo que ha servido!»

Mas á Gregorio todo se le volvia buscar en los bolsillos con trémula mano.

«Pepa, sabes que esto no puede ser?»

Pepa estaba ya sacando el pote, para distribuirle á todos en sendas *concas* ó tazas de madera, cuando Gregorio, levantándose de modo tan violento y desusado en él, que asustó al pobre Ubaldin ó Ubaldiño, dijo:

«Mujer, cena tú, y da tambien á los rapaces; que

yo no duermo esta noche, hasta encontrar la llave de la cuadra.»

Gregorio salió con tal prisa, que Pepa creyó se habia vuelto loco su marido.

«Gregorio, vuelve, hombre; cena primero, y despues buscarás la dichosa llave. Vuelve, Gorechu, vuelve acá.»

Pero Gorechu volaba ya por el curru, y sólo se oia, en medio de la oscuridad, el ruido que en los charcos de agua hacian las zocas del pobre hombre.

«Loco se me ha vuelto», decia su mujer, «loco se me ha vuelto! Gregorio, vuelve acá, haz por lo ménos un par de buenas teas, y así podrás ver algo, Gorechu! Ay Dios mio, Dios mio, mi hombre se ha vuelto loco. Por el Apóstol bendito, vuelve acá; mira, vén, y te daré unas teas; mira que los niños están llorando.»

Lloraban en efecto los tres rapaces; pero de nada sirviera su lloro, si Gregorio, que corria á tientas, no se hubiese dado en la puerta del soto tan violento encontron, que vino al suelo casi sin sentido, y así le recobró, pues al ponerse en pié, le dolia de tal manera la frente, que, á no dudarlo, las sombras ocultaron gesto y cara propios de aquel que, por efecto de imprevista dificultad, se detiene por primera vez á pensar.

Lloraban los pobres niños, asustados ademas con los gritos de la abuela, la cual seguia dándolos cada vez más fuertes hácia donde suponia que estaba su

Gorechu, y éste volvia á casa cabizbajo, rascándose la cabeza, y no tan aceleradamente como habia salido.

«Vén, Gregorio», dècia Pepa; has abierto la puerta? Vamos, hombre, vuélvete, ó si no, yo iré— Jesus!— Dios me valga!— »

«Qué es eso, mujer? Qué tienes? Pero qué legion de demonios te ha pasado por la cabeza, que echas á correr y me das con la puerta en los hocicos?»

Y así era. Acaeció, pues, que la noche estaba como boca de lobo, y Gregorio habia vuelto muy despacio, con lo cual el ruido de sus pisadas se apagaba en la yerba, y Pepa no pudo conocer á su marido. Desesperábase éste de que su mujer no le abriera; mas ella, que, al mover un pié fuera de la puerta, habia tropezado con un bulto sucio y lleno de barro, creyó, siendo ya de suyo supersticiosa, haber puesto las manos en el diablo.

Los niños formaban coro con la abuela, y para colmo de males, las ramas del hogar, que habian dado hasta entónces brillantísima claridad, llegaron á consumirse, y no habiendo en la casa otra luz, se quedaron todos á buenas noches. Aquí fué el llorar de los niños, el lamentarse á voz en grito Pepa de su suerte, y sobre todo, el maldecir de Gregorio, quien, perdida ya la flema ordinaria, se daba á todos los diablos, al ver que su mujer chillaba cada vez más desde adentro, con lo cual era imposible oyese las desafora-

das voces que desde fuera daba su marido. Ya, por fin, pudo éste hacerse oir, con lo que, más tranquila Pepa, fué poco á poco abriendo la puerta, hasta que se convenció del todo de que, quien desde fuera voceaba, era, á lo más, un pobre, pobrísimo diablo.

Púsose Gregorio á liar paja, miéntras Pepa daba á los rapaces de cenar, los cuales, apénas acabaron, se fueron á la cama, esto es, á un jergon de poma, en que los tres dormian. El abuelo, por la primera vez de su vida, no acostó aquella noche á Ubaldin, mas éste se hallaba tan asustado con lo que acababa de ver y oir, que se dejó traer y llevar por su abuela, y á poco los tres huerfanillos empezaron á roncar á más y mejor, apénas acostados.

Si va á decir verdad, Pepa se daba á Lucifer, con el susto que la habia causado su marido, no ménos que con el desatinado empeño de hallar la llave en aquella hora de la noche y enmedio del campo. Mas Gregorio se mostraba tan triste y abatido, que su mujer le tuvo al cabo lástima, si bien mezclada de cierto rencorcillo por lo pasado, y se puso á ayudarle á hacer teas, no tanto por caridad, como por ver si, entreteniéndole un poco, le quitaba de la cabeza el echarse á andar á tales horas por las corredoiras de San Pedro. En todo pensaba Gregorio, ménos en eso, pues él, tan blando y dócil otras veces, en aquel entónces se mostraba resuelto á llevar adelante tan desatinado propósito.

«Un dedo de la mano derecha daria yo», decia Pepa, «por hacerme cargo de lo que te tiene tan fuera de tí, con la pérdida de la dichosa llave.»

«Pepa, si supieras—», contestó Gregorio, dando lastimeros resoplidos, que en otra persona no pasáran de suspiros.

«Qué, hombre, qué? Válgate el Apóstol! Hace ya no sé cuánto tiempo, me estás diciendo siempre: «Si supieras, si supieras!» Dilo de una vez, hombre de Dios, dilo.»

«Ay, Pepa, no puede ser.»

«Jesus, hombre; válgate el Señor Santiago, y con lo pesado que eres! Tus dos bueyes, el *Amarelo* y el *Roxo*, son liebres, comparados contigo. No me lo digas, no— te digo que no lo quiero saber. Si me lo dices, me tapo los oidos—»

Eran estas palabras otros tantos botafuegos que sacaban de quicio á Gregorio, y le ponian á dos dedos de decir á Pepa el gran secreto; mas aquellas banderillas no eran todavía suficientes.

«Ea, buenas noches, Gregorio; el Señor Santiago y el Señor San José y el Señor San Gregorio te guien. Anda, y vén presto; anda, y vuelve cuanto ántes, que me voy á acostar.»

Así hablaba Pepa, empujando á su marido hácia la puerta, y éste daba un paso de lado, diciendo:

«Ay Pepa, si supieras; si supieras, Pepa!»

«Vaya, anda con Dios, hombre, y déjame en paz.»

«No sé lo que me pasa», decia Gregorio, «pero me huele la noche á chamusquina del infierno.»

«Jesus, hombre», dijo Pepa, santiguándose, «que estás empeñado en llenarme de miedo.»

«No, Pepa, no; pero es el caso, que ya voy creyendo que Jacobo el rapaz tenía razon.»

«Y en qué tenía razon Jacobin?»

«Te acuerdas de que cuando le despedí, porque no hacia falta miéntras el amo estuviese fuera, me amenazó, diciendo el malvado que, en castigo de lo que con él hacia, me habia de acaecer algo malo? Pues bien, á pocos dias faltó el caballo de la cuadra: poco despues hallé á Jacobin en la fuente, y me dijo que, así como me habia faltado la llave el dia en que faltó el caballo—»

«Cómo!», dijo Pepa, «pues eso no me lo habias dicho.»

«Tampoco lo sabía, Pepa, hasta que me lo dijo Jacobo.»

«Mira, mira, Gregorio; se me figura que hariamos mejor en acostarnos, que tú en decir tonterías, y yo en oirtelas; *es verdad*. Con que, así, buenas noches—»

«No, Pepa, no me acuesto. Has de saber que anteayer me encontré con Jacobin, y en la fuente otra vez, Pepa!—»

«Hombre de Dios, eres capaz de figurarte que te va á comer Jacobo.»

«No, pero me dijo: Tio Gregorio, tenga cuidado con

la llave de la cuadra, que yo sé que casi siempre la lleva consigo, y mire no se le pierda de nuevo, como cuando se perdió el caballo—»

«Vaya, hombre, vaya; y era eso cuanto tenia que saber?»

«Y te parece poco, mujer del demonio?», exclamó Gregorio, que en aquella ocasion parecia en verdad otro hombre: tal le habia puesto la pérdida que deploraba. «Véte á acostar, si quieres; que yo no me acuesto hasta dar con la llave.»

Salió Gregorio, acompañóle Pepa, y áun llegó al medio del soto, por ver si le podia disuadir, mas ántes lográra que el Miño desagüase en la Coruña. Gregorio era terco algunas veces, en proporcion de lo blando y apacible que comunmente solia ser.

Cosas del otro mundo parecian aquellos dos bultos, en medio de los secos y negros árboles del soto; la tea de Gregorio, medio amortiguada por la lluvia, semejaba, á poca distancia que fuese, algun alma en pena, que por allí andaba vagueando. Mas Pepa, no sabiendo cómo hacer mudar de propósito á su marido, le dijo:

«Gregorio, no oyes ruido en el curru? Vén, vén conmigo ántes de irte, y despues te marcharás.»

Gregorio se dejó llevar, aunque nada habia oido; mas á medida que se iban acercando á la casa, empezó á temer Pepa que su mentira se fuese trocando en verdad.

«Ou, Goros, corramos; alguien hay en casa; mira que el gallo canta, como espantado.»

«Si será el zorro?»

«Sea lo que quiera, vamos; válgame el Señor Santiago!», decia Pepa, corriendo cuanto podia.

Al llegar á la casa, sólo hallaron lo que desde fuera oian, esto es, al gallo y las gallinas, que de noche dormian en una viga que atravesaba la cocina de un extremo á otro, inquietos y asustados. Algo habia ocurrido, si bien podia ser cosa natural y sencilla, como la caida de algun objeto, ó tal vez la aparicion de una zorra, de las infinitas que de noche andan acechando á las aves de corral; mas nada vieron Pepa y Gregorio, que pusiese en claro la causa de la inquietud de los habitantes de la viga; y en cuanto á los niños, dormian muy tranquilos. Pepa quiso aprovecharse del suceso, y tanto rogó, suplicó y embaucó al pobre Gregorio, que éste, ya medio vencido, dijo esperaria á que su mujer se durmiera, y entónces se iria.

«Buenos estamos. Despues de lo que ha pasado, serás capaz de irte, dejando la casa abandonada?»

«Y qué ha pasado?»

«De seguro han sido ladrones—»

«Entónces se habrian llevado algo, mujer, y ya ves que nada falta.»

«Porque no tuvieron tiempo, Gorechu, porque no tuvieron tiempo. Dios sabe, si no hubiéramos vuelto

tan pronto, lo que habria sucedido. Pobres niños, si os hubiéramos hallado muertecitos!—»

«Pepa, ya no puedo más, no sé lo que me pasa— Voy á perder la cabeza esta noche.»

«Pobre Gorechu, no te apures así; mira, ya no has de hacer nada bueno; acuéstate, y mañana verémos.»

Pero Gregorio no podia olvidar la llave, y el recuerdo de las palabras de Jacobo le sacaba de quicio. Préciso era que le escociese de véras, para no dejar de salir, á pesar de las medrosas sospechas que el susto de las gallinas habia despertado en él. De pronto, se oyó fuera rumor extraño é insólito á tales horas; miró Gregorio á Pepa, y vió que ésta le miraba tambien, muda de espanto.

«Oyes, Pepa? No has oido?»

«Y tú, Gregorio?»

«*Pareciôme* oir relinchar á un caballo.»

«Y á mí tambien.»

En vano siguieron escuchando, pues nada más se oyó. Pepa fué quien primero rompió el silencio, diciendo:

«Vaya por Dios, hombre, vaya por Dios; cualquiera diria que la Compaña andaba rondando la casa!»

«Pepa, creo que el caballo del amo está ahí—»; y sin oir á Pepa, que le decia: «Y yo tambien», salió corriendo de la casa y se puso á mirar por una reja pequeña del piso bajo del Pazo, que daba á la cuadra: en ella vió, á la luz de un farolillo que colgaba del te-

cho, al caballo, el cual hundia tranquilamente el hocico, buscando y rebuscando los granos de cebada entre el heno que rebosaba en el pesebre.

No era Gregorio, como el lector conoce, hombre de súbitos arranques; así es que se contentó con quedarse mirando, pasmado, al traves de la reja, queriendo, y no siéndole posible, llamar á Pepa. Esta, al ver que su marido no volvia, se puso á llamarle; mas Gregorio seguia atónito mirando al caballo. Así habria seguido el matrimonio hasta el amanecer, si Pepa no oyera á Gregorio prorumpir en una exclamacion de espanto; corrió hácia él, y le halló que ya venía, pero tambaleándose, como borracho, y sin acertar á decir palabra. Se apoyó en su mujer, la cual, al tocarle las manos, yertas de frio, no pudo hacer más que ayudarle á entrar en casa cuanto ántes.

«No volverás á salir, Gorechu, no volverás á salir de noche, sin tomar el pote, pobre Gorechu mio; no volverás á salir; el frio te ha puesto malo.»

Así decía la buena Pepa, miéntras encendia de nuevo y á toda prisa el fuego, echando ramitas de pino debajo de otras mayores, y á la luz que en seguida dieron unas y otras, se quedó asombrada de ver el rostro, pálido como la cera, de Gregorio. El calor del fuego, y un poco de pote que su mujer le hizo tragar á la fuerza, confortaron al buen hombre.

«Es preciso, Pepa», dijo éste, «que Jacobo tenga el diablo en el cuerpo.»

« En eso estamos, hombre? Cuando creia me ibas á contar lo que te habia pasado, te pones á hablar de Jacobo. Válgate Dios! »

« O te callas ó me callo. Pero ante todo— está bien cerrada la puerta? »

« Bien cerrada está. »

« Bueno; y la ventana del sobrado? »

« Tambien. »

« Estas segura? »

« Vamos, habla. »

« Jacobin tenia mucha razon— Jacobin— »

« Valgate el Señor, por Jacobin! »

« Ay, qué mujer!— », dijo Gregorio ya encolerizado; con lo que Pepa se calló.

« Decia », prosiguió Gregorio, « que Jacobin tenia razon— sí, señor! en aconsejarme tuviese cuidado el dia en que me faltase la llave— » Quisiera Gregorio proseguir, pero las palabras no acudian á sus labios con la prisa que hacian falta. Para abreviar, dirémos que pudo al cabo romper, diciendo:

« Has de saber que me hallaba mirando al caballo del amo, que está en la cuadra, ni más ni ménos que yo estoy ahora sentado en mi escaño— cuando, hé aquí que, sin saber cómo ni de qué manera, veo pasar á mi lado un bulto, què *me da un aire de espanto*— »

« Jesus, Maria y José! »

« Sí, Pepa, sí; de seguro, alma del otro mundo. »

«Jesus mil veces!!»

«Sí, Pepa. Me quedé como muerto, y sólo pude dar el grito, que sin duda oiste—»

«Sí por cierto— Válgame el Santo Apóstol; oyes, Gregorio? Llaman á la puerta!»

«No abras, Pepa, no abras! que es la *Compaña!*», dijo Gregorio asustado.

Ambos se quedaron en silencio, sin osar moverse. Los golpes que desde afuera daban eran cada vez más fuertes, pero nadie contestaba desde adentro.

CAPÍTULO VIII.

Pues naturaleza
No hizo, cual tú, dos,
Los cielos te alaben,
Bendígate Dios;
Honra de este siglo,
Que por tí es mejor,
Quién águila fuera,
Que miráral al sol!

—*Romancero.*—

Don Santiago Souto de Rios vivia seis meses en la *aldea*, cerca de Betanzos, y seis en Santiago, donde tenía casa puesta. Con harta pena dejaba Elvira el campo, para ir, en aquellas circunstancias, á pueblo que no conocia, pues siempre habia vivido con su madre en Ferrol ó Puentedeume; mas Souto tenía ya desde tiempos antiguos semejante manera y estilo de vida, y aunque lo consultó ántes con Elvira, ésta, conociendo que así daba gusto á su tio, al punto respondió creia lo más oportuno y conveniente el ir á Santiago, con lo cual contentó al veterano, pues á cierta edad nadie abandona á gusto añejas costumbres.

En Santiago tenía Souto de Rios su casa, amigos y

relaciones, y justo era que Elvira se sacrificára de buen grado por complacer á su tio. Sacrificio no pequeño para quien estaba siempre pensando en Alfonso, deseando á cada instante su vuelta, y en resolucion, viviendo únicamente para él, sin contar con que, criada en el retiro, al lado de su madre, el trato y amistad que iba á verse obligada á contraer con los amigos de Don Santiago, eran para ella entónces, en vez de placer, enojosa mortificacion. Súpola ocultar de tal modo á los ojos de su tio, que éste llegó á creer que ya la soledad cansaba á Elvira. Triste niña! tan bien habia sabido aparentar alegría y disimular su afliccion!

Hubo, pues, de emplear los primeros dias en recibir visitas, acompañada de su tio: cansada tarea en Madrid, donde se cumple casi siempre con dejar tarjeta el visitante, y decir los sirvientes de los visitados «que los señores no están en casa»; mas en provincia, del todo insoportable. Considérese lo que tendria Elvira que vencerse, conociendo que entre las muchas personas, así hombres como mujeres, que venian á verla, pocos lo hacian movidos de verdadera amistad, pudiendo considerarse á la mayor parte por meros curiosos, de los que acuden á todo espectáculo, si es de balde. Mas Elvira, á pesar de sus pocos años, tenía ya el suficiente talento natural para hacerse respetar de todos, sin faltar jamas á nadie. De modo que, aunque ya sabian en Santiago sus re-

laciones con Alfonso, y allí, como en todas partes, habia buenas lenguas y mejores almas, capaces de poner en tela de juicio la honra más pura y clara de la tierra, eso era tambien, como en todas partes, la excepcion; por lo demas, siendo el trato de las personas bien criadas de Santiago verdaderamente fino y distinguido, y habiendo, como hay, muchísimas, no sólo de la más esmerada crianza, sino tambien amables y buenas en toda la extension de la palabra, poco le costó al bondadoso carácter de Elvira hacerse estimar y querer de todo el mundo. La vuelta del campo habia sido en los dias primeros de Noviembre; de modo, que áun no hacia tres meses de su llegada, pero, recibidas y pagadas las primeras visitas, pasó tambien la curiosidad que Elvira inspiraba, quedando ésta en su casa, más tranquila de lo que al principio se esperaba.

Tal cual estudiante, jóven y apuesto, pasó más de una vez al dia por la « rua del Villar », mirando de hito en hito á las ventanas de la casa en que Elvira vivia. Más de un noble y rico mayorazgo pidió á Don Santiago le concediese la honra de permitirle poner su nombre y caudal á los piés de la « Rosa de la Mariña », que así la llamaban en Santiago.

Algo de todo esto hemos oido; pero tambien es positivo que Elvira jamas se asomaba, ni áun abria las ventanas de la rua del Villar, pues pasaba todo el dia en su habitacion, cuyas vistas daban á un jardin,

no muy pequeño, para estar en lo interior del pueblo; ni hay duda tampoco de que cuantas personas hablaron á Elvira de casamiento, recibieron, no *calabazas*, porque era Elvira cortés en demasía; pero sí contestacion negativa, tan noble y sencilla, que no tenía más remedio el mísero pretendiente que dar las gracias por añadidura.

Léjos de estar el terreno aprovechado, como en la Coruña, las casas de Santiago tienen grandes patios interiores, ó medianeros con otros de la vecindad, y áun á veces jardines, como sucedia á la en que vivian nuestros amigos; propiedad, por más señas, de Don Santiago. Tenía ésta por la parte del jardin un cuerpo saliente, en el cual se hallaba la habitacion de Elvira. El autor prefiere, en vez de hacer descripciones, trasladar aquí una carta, cuya procedencia, ni áun hace al caso; que tal vez dé más luz, no sólo sobre el particular, sino sobre otra porcion de cosas, que lo que él acertára á decir. Si supieras, amable y hermosa lectora, los trabajos y penas que el reunir los documentos para esta veraz historia ha costado; si supieras los heróicos esfuerzos que el autor ha hecho para dar con la siguiente carta, creo te mostrarias verdadera y sinceramente agradecida con él, esto es, conmigo. Héla aquí; mas ántes lee la siguiente

Advertencia. — Se omite todo nombre y circunstancia ajenos al asunto.

— aburrido y pensando en el momento en que me sacáran de aquí, mandándome volviese con la compañía que mando á la Coruña. Pues bien, te aseguro que he pasado los dias, no diré más agradables de mi vida, pero sí más llenos de amorosa inquietud.— No te rias, amigo Baeza; pero con álguien he de desahogar este corazoncillo, convertido en manteca por la primera vez de mi vida. Vivo, como ya sabes, en la rua del Villar, y mi habitacion, que es interior, da á un patio, verdinegro de humedad, habitado por media docena de cerdos, agradables vecinos para lo porvenir, pero sucios en demasía para lo presente. La primera vez que me asomé á la ventana, habia tan densa niebla, que aquí llaman *brétema*, y moja más que muchas veces la lluvia en nuestra tierra, que nada vi, y sólo oia á la derecha las campanas de la catedral, tocando las *horas* con sonido tan lúgubre, que creí estar asomado á un cementerio: cerré á toda prisa la ventana, y me eché en la cama, desesperado y maldiciendo á Compostela, á las cuatro provincias de Galicia y á la pícara suerte mià, que me habia traido á tierra, en donde, á fuerza de humedad, va uno á encontrarse el mejor dia con que le han nacido berros en la palma de la mano. Pero el cielo aquí es loco, amén de la monomanía del agua; así es que, cuando ménos te lo piensas, el sol se asoma, para enseñarte lo que ántes la niebla te ocultaba. Hay que aprovechar esos cortos instantes de arrepen-

timiento, y así lo hice yo en cuanto vi un rayo de sol, pálido y triste como el de los gitanos, que sin duda quiso dejarse ver ántes de la noche, para que se creyese que aquel dia habia amanecido.

A la izquierda habia un jardin de la casa inmediata, separado únicamente de mi patio por una tapia bastante alta. Nada se veia, sino unos cuantos árboles, ya grandes y viejos, cuyas negras ramas estaban cubiertas de verdin. El rayo de sol, que daba en las más altas ramas, me habia hecho mirar hácia allí; ya iba á dirigir la vista hácia la catedral, que á la derecha se mostraba, cuando, amigo mio, jamas tus chatas narices se han encontrado frente á frente con hallazgo semejante al mio.

Figúrate en el piso principal de la casa del jardin de que te acabo de hablar, y al traves de los cristales de sus ventanas, la aparicion de la mujer más bella que te puedas imaginar. No la habia visto la cara— no te rias— y ya estaba yo seguro de lo que te voy diciendo. Sí, amigo Baeza, la vi, por primera vez, inclinada y cosiendo; sus manos eran blancas y delicadas como las de una imágen de cera; el cuerpo, sencillamente vestido de negro, se ofrecia á la vista, á pesar de estar sentado, airoso por demas; el cabello de aquella hermosa cabeza era rubio oscuro y graciosamente peinado; mas, sobre todo, el cuello— ya sabes lo que adoro un hermoso cuello de mujer— pues bien, el cuello, como el ampo de la nieve y admirablemente

dibujado, formaba tan encantador contraste con el gracioso rodete y el vestido de seda negra, se ostentaba á mi vista tan candorosa é inocentemente, como que su dueña seguia en paz cosiendo, con la cabeza inclinada, y bien ajena, por cierto, de lo embelesado que me tenía. Así habria permanecido hasta el fin del mundo, si mi hermosa vecina, sin duda por falta de luz, no se levantára, dejando la costura, y abriendo un momento el balcon para asomarse.

No te quiero encarecer la hermosura de su rostro: baste decirte que una hora despues de haber ella cerrado el balcon, estaba yo todavía, mudo y extático, como los santos de piedra de la catedral, tan oscuros y melancólicos, que apénas se divisaban en el horizonte.

Amigo Baeza, todo el regimiento te conoce con el nombre de « el chato sensible »; eres, en efecto, á manera de Adónis, sin narices, y en materia de amores no se te debe decir una palabra; por eso, si tuviera gana de reir, me reiria de tí al ver lo que se te va á alargar la cara, ya que no las narices— cosa imposible— con el final de mi carta. Ya creias, buen amigo, que estaba en relaciones con mi hermosa vecina; ocasion más que oportuna para arreglarte de modo que te mandáran venir á reemplazarme, con tu compañía. Haz lo que quieras, me es igual; lo único que te digo es, que no has de tener el gusto de quitarme nada, porque nada poseo. Sí, amigo mio: te juro por

mi honra, por mi espada y por mis dos charreteras de capitan, que la aventura con mi cruel y hermosa vecina no ha pasado ni un ápice de adonde llegó el primer dia. Casi me dan ganas de llorar al decírtelo. Acudí al consabido telégrafo de ventana á ventana; pero eso es para aventuras vulgares, para mujeres que se tengan en poco. Como la vecina no miraba, tosí, canté y me volví demente; todo en balde, pues aquella mujer era de mármol, como su color; creyendo que en semejante indiferéncia habria, tal vez, disimulo, aparenté tristeza, y pasé dias enteros con los codos en la ventana y la frente en las manos, para ver si mi afliccion la ablandaba. Primero se ablandarian las campanas que dan las horas canónicas en la catedral! En quince dias, creo no la vi el rostro tres veces.

Desesperado ya, traté de averiguar quién era la ingrata desconocida; y mi huéspeda fué la primera que me sacó de dudas, diciéndome era huérfana, y sobrina de un viejo coronel de caballería retirado, rico propietario y dueño de la casa. La sobrina era su heredera — ya ves, hermosa y rica! Animado con semejantes noticias, pregunté en el círculo, y allí recibí el último golpe.

Un estudiante rico, apuesto é igualmente desdeñado, fué el cachetero. Díjome, pues, que la mano de Elvira— así se llama la vecina — habia sido solicitada por cuantos jóvenes de alguna representacion tiene Santiago, y todos habian sido tratados del mismo mo-

do; esto es, les habia dicho que no, de la manera más cortés y benigna. La razon de semejante conducta consiste, segun parece, en que Elvira ama á un aristócrata cortesano, calavera si los hay, y casi del todo arruinado; el cual ha venido este verano á su aldea, cerca de Betanzos, é inmediata á la de la pobre niña. Es cuanto he podido sacar en limpio; todos aplauden á Elvira por tan amable como hermosa; pero es inútil, y tiempo perdido, el hablarla de amor. De ese modo, el tal calavera, que, de seguro, ni se acuerda de ella, ha sido digno del cariño de una mujer tan angelical como mi vecina— Mal haya!

Estoy loco, pero no hay más remedio que tener paciencia, ya que no está cerca el barbilindo madrileño, para ahuyentarle de véras, aunque fuera teniendo que sacarle algunas gotas de sangre, por más azul que sea— La pasion me ciega— como si Elvira no le hubiera de querer más el dia en que le viese herido; dado que él no sea espadachin, y me pinche á mi ántes! Nada, no hay más remedio que padecer y callar; así son las mujeres; de seguro ese señorito madrileño será algun mozalvete casquivano, que á estas horas no se acuerda de Elvira siquiera. Para complemento, te diré que ésta tiene en su habitacion dos balcones, uno se ve de mi ventana, y otro no; pues bien, hace ya mucho tiempo que no la veo, señal de que se pone á trabajar en el otro balcon. Adios,

mis esperanzas!— El sargento Linares, que pasa á la Coruña, te entregará ésta, etc., etc.

Ahí tienes, lectora de mi corazon, lo que, en realidad de verdad, puede llamarse documento comprobante. No necesitaba de él la virtud de Elvira, para ser de todos conocida y acatada; por mi parte ha sido grandísima ventaja tenerle á mano, porque así me evita el trabajo de darte cuenta de la buena y hermosa amada de Alfonso; ademas la carta que antecede, si bien con noticias y alusiones no del todo exactas, no dice más ni ménos de lo que yo podria decirte y ya sabes.

CAPÍTULO IX.

HORATIO.
— *There needs no ghost, my lord, come from the grave to tell us this.*
HAMLET.
— *Why right: you are in the right.*

HORACIO.
— No era necesario, señor, que un aparecido viniese desde la tumba á decírnoslo.
HAMLET.
— Cierto: teneis razon.
— SHAKESPEARE, *Hamlet*, acto I, escena final.—

De más es decir que Gregorio y Pepa no durmieron en toda la noche. Y cómo? si los *malos* — los diablos — como ellos decian, vinieron, no una, sino muchas veces, á dar á la puerta tales y tan desaforados golpes, mezclados con gritos y maldiciones espantosas, que el triste matrimonio creyó más de una vez llegada la última noche de su vida! Al amanecer, se quedó Gregorio dormido, sentado en el escaño y arrimado á la pared. Pepa, que habia estado todo el tiempo devanándose los sesos, á propósito de los dichosos *malos*, no dejó más de una vez de pensar en si los tales espíritus podrian ser más bien hombres de carne y hueso.

Rayaba en esto el alba al traves de las densas y lluviosas nubes, y dejando la esposa de Gregorio á un lado el temor, se encaminó al *sobrado* ó piso de encima, para ver desde la ventana lo que pasaba. Mas áun no habia puesto el pié en el primer peldaño de la escalera, cuando sonó en la puerta golpe tan tremendo, que Pepa cayó de rodillas, exclamando:

«Válgame la Vírgen Santa!»

Gregorio, medio despierto y sobresaltado, trató de acudir adonde oyó las voces de su mujer, y para colmo de males, los niños se despertaron con el ruido, no ménos asustados que los abuelos. Entre tanto, se le figuró á Pepa oir pisadas en lo exterior, con lo que pudiendo en ella la curiosidad más que nada, trepó rápidamente por la escalera, y si bién llena de recelo, entreabrió la ventana. Aquí sí que fué grande su sorpresa; la claridad, aunque poca, era más que suficiente para ver. Miró primeramente al Pazo, el cual estaba cerrado, como el dia anterior, sin la más mínima señal de novedad alguna.. Poco á poco fué sacando la cabeza, y vió delante de su puerta enorme pedrusco, del cual, sin duda, se habian valido para dar en la puerta el desaforado golpazo que tanto pavor habia infundido en la familia de Gregorio.

En esto pensaba la buena mujer, cuando oyó que abrian una hoja de la puerta del *curru* al soto, y al mirar hácia ella, vió salir á un jinete; mas, como iba embozado, y ademas sólo le veia de espaldas, nada

habria sacado en limpio, á no ser por el caballo, que realmente parecia ser el del amo. Detras, y á pié, iba un hombre, á quien tampoco pudo conocer Pepa; mas ésta, pospuesto ya todo temor, bajó prontamente la escalera, y atravesando el curru', abrió la puerta, que los que habian salido habian vuelto á entornar; quitóse los zocos ó zuecos, y echó á correr por medio de los árboles del soto, con agilidad increible en sus años. Lo último hizo Gregorio en pos de ella, con Ubaldin en brazos; mas Pepa corria tan bien, que su marido no la podia seguir con sus zocos, y determinó esperarla, suponiendo que, á ménos de no estar loca de remate, ella volveria. Volvió en efecto, pero tan sofocada y aturdida, que no hacia más que tartamudear, sin acertar á decir palabra.

«Es el Meigo», dijo al cabo, «le he visto, como te estoy viendo á tí; el diablo me lleve si no era él uno de ellos; pero iban tan de prisa, que no les pude seguir. Malditos sean; de seguro son los ladrones que han robado el caballo del amo.»

«Y el Meigo con ellos? Quién lo habia de decir, Pepa, quién lo habia de decir! Y por dónde fueron, Pepa?»

«Camino de la Coruña.»

«Eso más? Pues entónces, allá los cogerán.»

«Sí; pero lo que importa, Gregorio, es que les sigas, y en cuanto lleguen, te vayas á casa del Señor de Patiño, y se lo dices: él sabrá lo que ha de hacer.»

Entraban en esto ya en casa, y lo primero que se hallaron fué al Meigo, sentado á la lumbre, rodeado de los rapaces, y ocupado tranquilamente en hacer buena hoguera, á lo que se prestaban á maravilla las ramas dé pino.

Atónitos se miraron Gregorio y Pepa, mas el recien venido proseguia impávido en su tarea.

«Ou, Meigo, mire que se va á prender fuego á la casa», dijo Pepa; y luégo, dejando todo pensamiento de economía á un lado, prosiguió: «Bien venido, Meigo, bien venido.»

«Va bien, Pepa?»

«Bien, sí, señor; y á haber podido dormir esta noche, habria ido mejor», dijo Gregorio.

El Meigo se reia muy poco; pero al ver la cara de Gregorio, y la curiosidad, con ribetes de miedo, que éste no disimulaba, no pudo ménos de reirse.

«Gregorio, cállate; mira que creo que el Meigo se rie de tí. Como pones la boca tàn abierta—»

El Meigo se levantó, y dijo:

«De parte del amo, os vengo á decir que otra vez no le cerreis la puerta de vuestra casa, como lo habeis hecho esta noche.»

El Meigo habló tan séria y formalmente, que Pepa comprendió lo hacia de véras. Mas Gregorio, pensando sólo en las apariciones y desapariciones del caballo, y atribuyendo al Meigo la culpa de todo,

«*Miña xoya!*», dijo, encarándose con éste, y no de

muy buen talante. *Miña xoya* se usa, unas veces, por expresion cariñosa; y otras, en sentido irónico; la *x* suena como la *ch* francesa. «*Miña xoya!* Y qué ha sido del caballo del amo— sabe?»

Creyó Gregorio que su pregunta iba á dejar confundido al Meigo; mas éste fué quien le dejó pasmado, diciendo:

«Bueno y sano está.»

«Ah! con que, está bueno y sano? Pues me alegro mucho—»

«Y yo tambien», dijo el Meigo.

Atónito Gregorio, no sabia qué decir; mas el recuerdo de las penas y disgustos que le habia causado lo que él llamaba «robo del caballo», le dió fuerzas para reprender al Meigo, á pesar del respeto, ó mejor dicho, miedo, que éste causaba á todos los aldeanos de la comarca.

«Sabe, Meigo, lo que tengo que decirle?» El Meigo no contestó, ni siquiera miró á Gregorio; habíase vuelto á sentar en el escaño de éste, frente al fuego, con la cabeza descansando en las manos, y los codos en las rodillas.

«Sabe, Meigo, que me ha robado el caballo del amo?»

El Meigo, en vez de enojarse, contestó con un estrepitoso ronquido.

A poder estar Goya allí presente, sólo con copiar lo que veia, habria hecho un cuadro inmortal. El

Meigo, durmiendo y roncando al amor de la lumbre, no dándosele, por lo tanto, un bledo de Gregorio ni de nada en el mundo; Pepa, repartiendo el pote á los niños en sendas concas, y riéndose al mismo tiempo de ver la cara, llena de sorpresa, de Gregorio; y éste, verdadero héroe de la fiesta, con la boca abierta, mirando á Pepa, al Meigo, á los nietos, á las paredes, mirándose y tentándose á sí propio, y dudando si estaba despierto ó soñando.

Pepa, no pudiendo contenerse ya, soltó el trapo á reir, con lo que Gregorio comenzó á rabiar y á darse á todos los diablos, viendo que hasta su mujer se reia de él. Otro ronquido mayor del Meigo le hizo dar un salto, y con esto, se acabó de marear de tal manera, que sin saber lo que hacia, se encaminó hácia el patio. En el dintel de la puerta de su casa tropezó con un objeto que despidió sonido metálico, y era un manojo de grandes llaves; una de ellas estaba suelta, por ser la consabida de la cuadra: fuése á ella Gregorio, en donde le dejarémos, no porque lo merezca su torpeza, sino porque allí esperaba el buen hombre dar con la clave del misterioso robo del caballo.

Pepa seguia con la vista á su marido, y al ver el hallazgo de las llaves, adivinó parte de lo sucedido.

La verdad era, que Alfonso habia pasado la noche en el Pazo, adonde llegó con el Meigo, en el momento en que Gregorio estaba en medio del soto con su mu-

jer, empeñado en buscar la llave, la cuál se la habia quitado Jacobo aquella misma tarde del bolsillo, al mismo tiempo que hablaba con él, y en un instante de distraccion de Gregorio, miéntras éste, torpe hasta dejarlo de sobra, no se habia hecho cargo de nada.

Cuando Alfonso y su acompañante fueron á casa de Gregorio, viendo que nadie parecia, tomó el Meigo las llaves del Pazo, de un rincon, en donde estaban siempre colgadas. Entraron, entornando la puerta, y no fué pequeña su sorpresa al ver en un banco de la cocina á un hombre durmiendo. Mas, al despertarle, vieron que era Jacobo. Ya sabía Alfonso que le habia despedido Gregorio; así es què se sorprendió no poco de verle en aquel sitio; pero el pobre muchacho, despues de pedir mil veces perdon, explicó su presencia, diciendo que, huérfano, sin familia y no teniendo abrigo alguno, de dia trabajaba en donde podia, y de noche entraba, subiéndose por la parra del terrado al balcon del mediodía, cuyos postigos jamas cerraba Gregorio, por no encajar bien, y en cuya puerta vidriera habia un cristal roto; por su hueco introducia Jacobo la mano, abria el pestillo, entraba, volviendo á cerrar, y de esa manera tenía toda la casa por suya; mas, aunque el cuarto de Alfonso estaba abierto, y con la cama dispuesta para recibirle, el respeto de Jacobo á su amo, áun suponiéndole á cien leguas, le habia hecho contentarse

con el banco de la cocina y una manta vieja y desechada, que fué lo único que se atrevió á usar; fuego, no osaba encenderle, para que la vista del hogar ó el humo de la chimenea no despertasen sospechas. Enseñó ademas la llave, que, por dar que hacer á Gregorio, le habia quitado, como sabemos, la cual sirvió á todos grandemente, pues el Meigo llevó en seguida el caballo á la cuadra, en donde habia provision abundante para el pobre animal, que harto la necesitaba.

Despues Alfonso envió á Jacobo á avisar á Gregorio: salió el rapaz con la manta por la cabeza para librarse de la lluvia, y su aparicion fué la que dió aquel *aire de espanto* al buen Gregorio; habiéndose vuelto Jacobo á decir que se habia caido un hombre á su lado, salieron todos, y entónces, retirado ya el matrimonio á su casa, fueron los golpes que Jacobo, el Meigo, y áun el mismo Alfonso, dieron á la puerta de los caseros, cuyo miedo no les dejaba oir ni comprender la verdad de lo que ocurria. Alfonso determinó acostarse, y como no estaba más que de paso aquella noche, y halló á mano cama y ropa limpia, descansó por primera vez, despues de tantos dias, en lecho cómodo, dejando para más adelante el averiguar la causa del encerramiento de Gregorio y su gente.

Al amanecer, ya estaba Alfonso en pié y vestido; en el ancho portal le esperaban el Meigo y Jacobo, éste con el caballo ensillado y del diestro; poco tuvo

que interceder el Meigo por el muchacho, á quien Alfonso, despues de perdonarle las nocturnas invasiones diarias, le admitió de nuevo por criado, con gran contentamiento del Meigo, el cual dijo que, pues ya estaba allí el rapaz, él no hacia falta, y sólo acompañaria á Alfonso hasta el camino de Castilla, que así llaman al real de Madrid á la Coruña.

Al atravesar el curru, fué cuando Jacobo arrojó contra la puerta el descomunal pedrusco que puso el colmo al espanto del desdichado matrimonio y de los tristes nietezuelos. Habríase detenido Alfonso, en cualquiera otra ocasion, á averiguar lo que para él era indescifrable enigma, pero entónces le ocupaban muy otros pensamientos; y confiando en el Meigo, dejó el Pazo, seguro de que habia persona de confianza que mirase por la casa.

Hé aquí explicados los sustos y desgracias de Gregorio; en cuanto á las apariciones y desapariciones del Meigo, sucesos misteriosos son, cuyo secreto no nos pertenece. Explíquelos él si quiere, ó vea el lector curioso cómo los averigua, porque no nos gusta entremeternos en vidas ajenas, más de aquello que á nuestro propósito cumple.

CAPÍTULO X.

Adios, ciudad, sepulcro de Santiago,
Que das pastor y das nobleza á España,
Adios, fin de la tierra que el mar baña,
Reino famoso, del inglés estrago.
—Tirso de Molina, *La Villana de la Sagra*.—

Pocas ciudades hay en el mundo cuya importancia histórica sea comparable con la de Santiago de Compostela, el *Campus Stellæ* (1) de los primitivos cristianos. El camino llamado « francés », que ponia á Santiago en comunicacion con Europa y el mundo entero, no habia sido trazado por ingenieros, ni en su mayor parte, abierto por mano de trabajadores; trazado y abierto estaba por el paso perenne de millares de fieles y devotos peregrinos.

Los barones de la nublosa y aislada Inglaterra, los príncipes soberanos de la remota Alemania, cuando querian contraer solemne compromiso, juraban, con la cabeza destocada y la diestra en el corazon, « por Santiago de Galicia! »

Sus arzobispos, cuya jurisdiccion se extendia hasta

(1) Campo de la Estrella.

las fronteras del reino de Sevilla, ampararon con su báculo pastoral á más de una testa coronada; y si el moro llegó á profanar el sagrado recinto, descolgando, como trofeos de victoria, las campanas de la santa catedral, que en hombros de esclavos cristianos fueron llevadas, para servir de lámparas en la mezquita de Córdoba, rival de la Meca; en hombros de esclavos musulmanes las devolvió á sus torres benditas el glorioso San Fernando, para que llamasen desde ellas, como en otro tiempo, á los fieles á la oracion.

Santo respeto impone Santiago, con sus casas de oscuro color, con arcadas y ventanas románicas y góticas, llenas de caprichosas y antiquísimas labores, de precio inestimable, no sólo para el artista y el anticuario, sino para todo buen español; con sus numerosos conventos, universidad, colegios y magníficas iglesias, sobre los cuales descuellan, como cipreses entre mimbres, las torres colosales de la inmensa catedral.

Santiago está en la montaña, y el campo que le rodea es triste y escueto; parece como que aquellos montes, entre los cuales se alza erguido el famoso Pico Sagro, se hallan de intento colocados para apartar de la vista todo objeto risueño. En efecto, á poca distancia y en diversas direcciones, se ven valles y sitios, como el de Barcia, la Ulla ó el Padron, que son de lo más hermoso que darse puede. Nada de eso se ve desde Santiago; por dónde quiera que se ex-

tienda la vista, sólo se divisan montes de triste aspecto, escuetos, cubiertos de peñascales, y el campo, no muy poblado de casas, árboles ni cercas, miéntras el cielo, casi tan lluvioso como el de Irlanda, hace resaltar el contraste sólo con pensar en la fertilidad é inmensa poblacion del litoral de Galicia. Ni se crea que sólo la costa es rica y poblada, pues los más hermosos valles están en lo interior, si bien en medio, y separándoles, se levantan comarcas como la de Santiago.

A la vista de los edificios de ésta, involuntariamente recuerda uno á Inglaterra. En efecto, la grande humedad del clima es causa de que áun las fachadas más modernas estén casi negras, lo cual ha dado lugar á verdaderas herejías artísticas, imperdonables en pueblo tan culto como Santiago, que posee todavía numeroso cabildo, y lo que es más, para el caso, excelente universidad. En esta misma, sin ir más léjos, hemos visto estatuas de hermosa piedra, cubiertas de horrible capa de cal. Hay ademas la circunstancia agravante de que todos los edificios públicos y particulares son de piedra, pues el ladrillo apénas se usa en Galicia. Doble error, hacer que la piedra, que en otras partes, por no haberla, la imitan con pintura, desaparezca bajo el ridículo baño de cal, que afea los edificios, borra sus adornos, y quitándoles el venerable aspecto de antigüedad, no parece sino que hay empeño en ponerles semejantes á

aquellas viejas, sin pudor ni vergüenza, que en vano tratan, á fuerza de repugnantes afeites, de disimular en sus envejecidos rostros el estrago de la edad y las pasiones.

Afortunadamente, el clima, más oportuno que los hombres, borra pronto y hace caer las cáscaras de cal de la piedra, con lo que ésta presenta de nuevo su propio color, más hermoso y respetable que todos los blanqueos del mundo. De ese modo, Santiago podrá parecer triste á primera vista, ó siempre, si se quiere; pero tambien así tiene aspecto santo y venerable, que infunde respeto y religiosa admiracion.

Sitios hay en la ilustre Compostela, que apénas se hallarán semejantes en ciudades de primer órden de Italia. La inmensa plaza, en cuyos cuatro lados están respectivamente la gran fachada de la catedral, con sus dos torres, que, si bien de gusto reprensible, no por eso dejan de dar al edificio aspecto grandioso y magnífico; el consistorio en frente, y á entrambos lados, el colegio de Fonseca y el elegante hospital de los Reyes Católicos; la santa plaza, más todavía que por su magnificencia, por los sagrados recuerdos que despierta, inspira, en verdad, deseos de cruzarla de rodillas, como con razon dice el ilustre Fernan-Caballero.—

Densa *brétema* ó niebla cubria, al anochecer, á Santiago, sin que se oyeran por los arcos de la rúa del Villar, alegres risas de estudiantes, ni se viese un alma

por las calles, pues la niebla era tal, que calaba más que la misma lluvia; preciso era ademas andar con precaucion, para no tropezar con algun inesperado obstáculo; siendo, á pesar de los faroles, la oscuridad casi completa, y fuéralo asimismo el silencio, á no sonar por las losas de la calle los cascos de un caballo, que andaba muy despacio y parándose á veces, como si le refrenáran.

Era el jinete nuestro amigo Alfonso, el cual, no acertando á ver nada con la niebla, determinó apearse, diciendo:

«Párate, Jacobo, que no debemos de estar léjos.»

Jacobo asió del diestro al caballo, y Alfonso entró en una tienda, á preguntar dónde vivia Don Santiago Souto de Rios.

«En la casa de al lado», le respondieron.

De más es decir que si el corazon del jóven habia latido con amorosa zozobra al entrar en Santiago, con mayor fuerza habia de latir al llamar á la puerta de Elvira.

Abrieron, preguntó Alfonso, y le contestaron que Don Santiago estaba en el *Circo* — en Galicia, á los círculos ó casinos llaman *circos*, tal vez por contraccion — La primera intencion de Alfonso fué alegrarse, pues el amor no raciocina, y habia padecido tanto, que para él, llegar á casa de Elvira y alejarse sin ver á ésta, era lo mismo que apartar el agua de sus propios labios el sediento caminante.

Con todo, la conciencia es juez inflexible, á quien los criminales más endurecidos podrán afrontar osadamente, pero cuya voz jamas enmudece. La criada era nueva, y no conocia á Alfonso, el cual se desesperaba, queriendo hacer llamar á Elvira y conociendo no haria bien en ello, pues él estaba allí de más, miéntras no viniese Souto de Rios. Acordábase de lo pasado, tenía harto presente que con su irreflexion habia comprometido en otro tiempo á Elvira; no era ya lo mismo, dado que estaba resuelto á casarse; pero cabalmente por ello debia respetar, como nunca, á su futura esposa. Deseaba ir en seguida en busca de Don Santiago; mas qué eran para él Don Santiago ni nadie, estando allí á dos pasos de Elvira?—

Preguntó por ella, y le respondió la criada que el ama de llaves Doña Lorenza estaba enferma en cama, y la señorita jamas recibia sola. Alegróse Alfonso, y se desesperó con la respuesta; el que haya amado una vez en su vida como Alfonso, que de ese modo no ama el hombre más que, si acaso, una sola vez, comprenderán el porqué de la alegría y desesperacion del jóven.

El respeto acalló en él tan encontrados afectos, y sin reparar en que no sabía el camino del circo, determinó ir á ver al punto á Don Santiago. Habia bajado ya la mitad de la escalera, cuando oyó la adorada voz de Elvira, la cual preguntaba desde adentro:

«Quién es, Francisca?»

No tuvo valor Alfonso para alejarse ni dar un paso más; volvió la cabeza y vió á Elvira— allí estaba aquel ángel, por quien acababa de padecer y sufrir tanto en Madrid, allí estaba—

Mil pensamientos pasaron por el cerebro del jóven, con la violencia con que el huracan barre la llanura.

Viendo y oyendo hallábase á la primera y única mujer á quien en su vida habia amado de véras, la cual se presentaba en aquel instante á sus ojos, bella como nunca.

Habia ésta crecido; por el rostro parecia más delgada, pero la apariencia en conjunto era ya de persona de su sexo en el lleno de la hermosura. Hermosura casta é inocente, que movia é interesaba al alma, á manera de bendicion de Dios bajada del cielo, y á cuya vista los sentidos se extasiaban y enmudecian.

Tiempo y espacio hemos necesitado, como dicen los alemanes, para hablar de las infinitas cosas que en breves segundos vió y pensó Alfonso, arrobado ante la presencia de Elvira, cuya singular hermosura aumentaban el candoroso porte, y aquel ademan de santa tristeza, que toda alma cristiana estampa en el rostro de los que padecen y se conforman por amor de Dios.

Alfonso, que únicamente tenia en la memoria la gracia y sonrisa infantil de Elvira, apénas se atrevia á dar crédito á sus ojos; creíase soñando, al ver en

lugar de la niña graciosa y amable, mas niña al cabo, una mujer, cuya belleza inspiraba á la vez amor profundo y sin igual respeto. Tan cierto es que el alma se retrata en el semblante!

Desde la escalera, pues, y con el favor de la oscuridad, contemplaba Alfonso á Elvira, la cual, harto ajena de la presencia de su amado, al oir á la criada que un caballero preguntaba por el señor, contestó:

«Le has dicho que está en el Circo?»

«Sí, señora.»

«Pues alúmbrale, que la escalera está á oscuras.»

Alfonso no habia anunciado á nadie su venida; y estaba esperando que le alumbrasen, como á cualquiera otra persona indiferente, teniendo ante sus ojos á Elvira, hermosa y pura como el primer ensueño de amor. De pronto, á impulso de un presentimiento, preguntó ésta, conmovida, á la criada, que no hacia un mes se hallaba en la casa:

«Conoces á ese caballero?»

«No, señora, nunca le he visto. Es un señorito muy *roxiño* — rubio —» Tal habia parecido á la criada Alfonso.

Tenia éste el cabello castaño; bien lo sabía Elvira; con lo que suspiró ligeramente, y se volvió para retirarse, diciendo:

«Alumbra pronto, Francisca.»

No se le escapaba á Alfonso el más leve movimiento de la jóven, nunca tan bella como en aquel instante,

en que se volvia con la cabeza ligeramente inclinada, y pasándose distraida la mano por el cabello: cimbrábase su esbelta cintura, como la rama del sauce al márgen del rio, y los largos pliegues del negro vestido de seda caian con gracia sobre la madera barnizada del suelo, realzando así la régia gallardía y gentileza de Elvira.

Alfonso se preguntaba cómo habia tenido valor para trocar la vista de semejante joya por las falsas sonrisas cortesanas y pérfidas promesas de ésos que en Madrid se llaman amigos: era lo mismo que haber preferido el similor al oro, y el *strass* al diamante.

«Elvira!», fué á decir ya, sin poderse contener, «aquí está Alfonso, que te adora mil veces más que á su vida!—»

Pero sólo pudo decir: «Elvira!!»

Volvióse ésta súbitamente; mas, al ver á Alfonso, experimentó tal sorpresa y felicidad, que no pudo articular palabra.

«Elvira, no me conoces?»

Y Elvira lloraba de alegría— Alfonso abrió los brazos, mas se contuvo, al ver que aquella le daba la mano, diciendo:

«No está mi tio en casa», con voz tan suave y firme á la par, que Alfonso, despues de apretarla la mano, retrocedió dos pasos — retrocedió, lleno de respeto, ante la dama, que tan noble y afablemente sabia contenerse y hacerse respetar.

En semejantes momentos los ojos hablan más que los labios, el más imperceptible movimiento y áun la respiracion tienen significado propio y exclusivo de los amantes. Alfonso no apartaba los ojos de Elvira, y ésta le devolvia sus miradas, ó bajaba los ojos con tan profundo amor y tales muestras de sencillez y castidad, que el jóven conocia, lleno de indecible sorpresa, que jamas habia abrigado amor como el que en aquel momento experimentaba; parecíale semejante cosa increible, y casi tenía remordimiento de no haber amado á la jóven como entónces. Verdad es que, á veces, tambien se consideraba infiel á aquella triste niña, cándida é inocente, que le habia despedido llorando, la noche de su partida, en la plaza de Betanzos.

Sólo el alma sin mancilla de Elvira experimentaba gozo sin remordimiento; habia amado siempre igual á Alfonso, aunque sin comprenderlo ella misma al principio; y en aquel momento, su alegría era mayor que nunca, mas no su cariño, cosa del todo imposible.

Si va á decir verdad; de nuevo han tenido que acudir tiempo y espacio en ayuda del autor, para expresar lo que en breves momentos acaeció; pero el pensamiento vuela, y más aún el de los enamorados, al paso que la palabra se arrastra en pos, perezosa y torpemente.

Despues de breve diálogo, en que los dos jóvenes

apénas se pudieron decir nada de cuanto sentian; diálogo que el autor casi no se atreve á profanar, Elvira dijo:

«Doña Lorenza se halla enferma en cama, y por lo tanto, es preciso, aunque estés cansado, que vayas á llamar á mi tio.»

«Iré», dijo Alfonso, «pero ántes me has de volver á decir que te has acordado siempre de mí.»

«Y lo dudas, Alfonso? Si hubiera sido capaz de otra cosa, me tendria por el sér más ruin del mundo. Es posible verte y tratarte, sin bendecir á Dios, por esa alma angelical que te ha concedido?»

«Me he avejentado, Elvira. Mírame», decia Alfonso, «vuelvo con arrugas, y el cabello de la frente, que podia un tanto disimularlas, ha desaparecido — estoy medio calvo.»

Elvira le miró al traves de las lágrimas que la empañaban los divinos ojos, y vió que, en efecto, de aquel hermoso y rizado cabello, que en otro tiempo ceñia la noble frente de Alfonso, no habia quedado apénas la mitad. Y con todo, el jóven, probado ya en el crisol de la desgracia, era más hermoso á los ojos de Elvira; no sin razon, porque habia más firmeza en su mirada y más resolucion en su porte.

Su aspecto habia perdido parte de la gracia, un tanto femenil, de la juventud; pero, en cambio, parecia más hombre, y por lo tanto, habia ganado, no sólo á los ojos de Elvira, quien naturalmente le habia de

hallar siempre bien, sino de las demas mujeres, jueces inapelables en semejante materia. Mas Alfonso se creia viejo, y Elvira no podia ménos de sonreirse al ver la formalidad con que él lo aseguraba.

El jóven se hizo al fin cargo de que debia ir á buscar á Don Santiago; mas nunca hallára ocasion oportuna, si la misma Elvira no se lo hubiera rogado; con lo que salió camino del Circo, sirviéndole de guía la criada.

CAPÍTULO XI.

Álamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente,
Murmurais de mí.
—*Romancero.*—

Alfonso se estableció por algunos dias en la fonda de la Vizcaína. Su principal objeto era que todo el mundo le viese al lado de Elvira, para que nadie ignorára que venia á casarse con ella. Gran golpe fué para ciertos *amigos*, y sobre todo, *amigas*, de Alfonso y Elvira; mas ya que no pudieron desatarse en contra de ésta, hiciéronlo bien á su sabor con Alfonso, el cual era, segun ellos, solemnísimo necio, que por caprichoso amor á una jóven huérfana y pobre, ponia en riesgo su suerte, trocando la vida de Madrid, llena de inefables delicias —sobre todo, para el pobre! —por la monotona é insoportable existencia de vinculeiro en el oscuro rincon de una provincia—

Ah, Madrid, Madrid! y qué de milagros te suelen colgar los tontos! Á cuántas necedades sirve tu nom-

bre de pretexto! Eres el *non plus ultra* de las ciudades; sólo en tu ámbito comprendemos la felicidad los españoles, y por tí arriesgan y áun pierden muchos su tranquilo bienestar, y á menudo la honra. En tu pequeño recinto, poco proporcionado, en verdad, á la nacion de que eres córte, hierven todas las pasiones de España, siendo por eso unas veces bendecido, y otras muchas maldito, como si de algo tuvieses tú la culpa, noble y honrado Madrid!

Locura es achacarte pecados que nó cometes, ó quererte mal porque no siempre satisfaces los necios ensueños de gloria y las locas ambiciones que tu nombre despierta. Oh, tú, supremo bien de las cabezas vacías, refugio de malvados, teatro de la desvergüenza, amparo del descrédito, cloaca del desenfreno y del vicio! tienes por ventura la culpa de que el peor de cada casa te haya elegido por escena á propósito para hacer gala del oprobio y el crimen?—

Nó, en verdad; no seré yo quien cometa la infamia de acusarte por ello. Los verdaderos madrileños, legítimos hijos de la córte, vivimos en la misma santa paz que en Olite ó en Don Benito — Don Benito es pueblo, amigo lector, que de seguro vale mucho más que su nombre — El madrileño nace, vive y muere, ni más ni ménos que un mortal de Alarcon ó Alcobéndas; es honrado, pacífico, y sólo se ofende cuando le dicen que Paris ó Lóndres son mejores que su pueblo; fuera de eso, seguro de aventajar á todo lo

demas de España, es afable, sumamente bien criado y de conducta ejemplar; cuando hay barricadas ó sublevacion, se asóma á la ventana, ve tranquilámente pasar el tumulto, y luégo cierra, diciendo: «Quien la armó, que la deshaga.» Cuando ve á un triunfador, se rie; ha visto tantos! Oye, sin conmoverse, «vivas» y «mueras», pues sabe que toda moneda tiene dos caras, sin dejar de ser la misma.

En fin, es el madrileño verdadero filósofo, á quien injustamente atribuyen vicios, que traen de fuera millares de personas allegadizas, que anualmente acuden á la córte en busca de ciencia ó vicio, de placer ó gloria, y sobre todo, de pan; causa éste último, tal vez, de los anteriores pretextos; desde todos los ámbitos de España—

Hay, pues, razon para achacar á Madrid y á sus hijos culpas ajenas? Se puede, sin la más soberana injusticia, cubrirles de oprobio, que no merecen? En verdad que no. Así, tienen justísima razon en enojarse y en defender á su patria de ese alud de injustos y crueles dicterios, cuando se trata del verdadero Madrid—

Mas nada de esto quita que Alfonso fuese, para ciertas personas, idiota y de ningun entendimiento. Tiene tan grandes recursos todo jóven de buena presencia y discreto, para medrar en la córte! Han llegado tantos á la cumbre, que, por mirar á lo alto, nadie ha reparado en que apénas llegaba uno de cada mil,

miéntras los demas caian, hechos pedazos y blasfemando, al precipicio!

Tambien nuestro jóven habia tenido ambicion; no la inmoderada de fama, honores y empleos; pero sí la noble de servir con desinteres y decoro á la patria, como hemos visto; mas no siempre la fortuna, obedeciendo á la voluntad de Dios, y no ciega, como el vulgo dice, favorece á quien la busca; á veces llama á la puerta de quien ni siquiera la esperaba, y á veces huye desdeñosa de los que con ánsia la siguen.

Alfonso, despues de trabajar cuanto lo permitian su talento y fuerzas, no cortas éstas ni escaso aquel, se habia visto desdeñado por la suerte, la cual habia favorecido á otros, inferiores á él en todo, aunque, tal vez, de ménos escrupulosa conciencia; mas, como ya no quedaban en su corazon huella ni rastro de lo pasado, se reia de los que le miraban con lástima, perdonando á los que calumniosamente le ofendian—

No hay que decir que Souto de Rios abrazó á Alfonso con cariño de padre, é interrumpiendo gustoso por algunos dias su acostumbrada vida, acompañó á todas partes á los jóvenes, llamándoles constantemente sus hijos.

La lluvia, siempre amiga y bienhechora, de Galicia, y sobre todo, de Santiago, tuvo á bien cesar casi por completo, dejándolo para mejor ocasion; con lo que, no desaprovechando el jóven la presente, paseó á menudo las calles en compañía de Elvira, y de su tio:

unas veces las tiendas, y otras algun monumento notable, fueron más que honrosos pretextos para que todo el mundo pudiera ver á Alfonso al lado de su amada, quedando así confundidas las malas lenguas que decian ántes que Elvira habia sido torpe y villanamente abandonada. Con tan pública satisfaccion al honor de la huérfana, cumplia Alfonso por el pronto, pero bien conocia, aunque su amor no le impulsára á casarse cuanto ántes, que el deber y la honra lo exigian. No es necesario añadir que ya habia desechado toda duda y temor respecto á su suerte para lo porvenir.

Alfonso habia padecido en los meses de estancia en Madrid más que en toda su vida anterior, aprendiendo á vivir con tan poco, que casi se consideraba rico. Ya no le sorprendia la mala fé de los parientes, ni lloraba la deslealtad de los amigos, pues sabía arrostrar todo género de dolores físicos y morales, inclusos la soledad y el hambre, que son, tal vez, los dos más terribles consejeros, sobre todo, si van unidos.

En resolucion, sabía ya esperar únicamente en Dios, con lo que, en adelante, jamas desfalleció su constancia, pues para él, Madrid, en vez de ser, como para otros, sentina de pestilente inmundicia, de donde salen envilecidos, fué crisol, de donde su alma, siempre noble, salió limpia y acendrada.

Don Santiago oia diariamente misa en la catedral,

en compañía de su sobrina; única costumbre que no interrumpió la llegada de Alfonso. Todas las mañanas, á las nueve ménos cuarto, subia las escaleras de la Azabacheria una jóven vestida de negro, apoyada en el brazo de un venerable anciano, de noble aspecto y robusta apariencia. Llevaba la dama el velo de la mantilla echado, al traves del cual se veia su rostro, blanco como la nieve, sonrosado naturalmente, si bien algo más encendido por el frio de la mañana; al pié de la escalinata esperaba Alfonso, y uniéndose á Don Santiago y á Elvira, á quienes ya habrá conocido el lector, les acompañaba hasta la puerta, en donde, despues de tomar agua bendita Elvira de manos del jóven, seguia adelante con su tio, á oir misa de nueve en una capilla. Oíala tambien Alfonso; mas, si Elvira no apartaba un solo instante los ojos del altar, fuerza es reconocer que más de una vez tenía el jóven que esforzarse para no distraerse del santo sacrificio, contemplando á Elvira, la cual permanecia delante de él, y de hinojos, sobre las frias y húmedas losas.

No hay templo en el mundo, despues de San Pedro de Roma, superior en importancia histórica ni en venerable antigüedad á la santa catedral que ampara bajo sus bóvedas románicas la secular devocion que los cristianos profesan al santo y bendito Patron de España. El edificio, en lo exterior, es, aunque recargado de adornos, lo que los ingleses llaman noble monumento; aquella inmensa mole de piedra oscura,

con sus dos gallardas torres de la fachada principal, y la del reloj á un lado, es, en verdad, grandiosa.

Lo interior, de fábrica más antigua que las catedrales góticas, lleno de grandes y nobles recuerdos, atesorados para siempre en aquellos húmedos sillares, revestidos de santa lobreguez y augusta majestad, es el templo de España que más impone y conmueve al corazon cristiano.

De buen grado habria permanecido Alfonso en la ciudad de Santiago, pero sus recursos no se lo permitian; de modo que la dura necesidad iba á separarle de nuevo de Elvira. Descontado el dinero de Patiño y el que ya llevaba gastado, todavía le quedaba más de la mitad de la renta del año, y gracias á la costumbre de tratarse aún con escasez, tenía para sí lo suficiente, mas no para Elvira: si va á decir verdad, ésta necesitaba bien poco, pero no habia, ni para los primeros é indispensables gastos de boda y establecimiento, aunque éste fuera en el Pazo de Cela, sola y única mansion de que Alfonso podia disponer.

Acosábanle semejantes pensamientos, y en ellos se quedaba abismado y distraido, áun en presencia de Elvira, sin poderlo remediar; mas al cabo sacudió por indigna semejante flaqueza, resuelto á hacer frente á su escasa ventura, y teniendo para ello presente que en la union con Elvira se cifraba su felicidad, contando ademas con juventud y alientos para beneficiar sus tierras, las cuales, si bien escasas, podian ser, en

manos de un hombre enérgico, basa más firme y estable para asegurar su suerte, que un empleo en Madrid.

No habia Patiño aumentado poco á poco su pequeño patrimonio? Por qué no habia de hacer él lo mismo? Tal vez le costaria más trabajo, no hallándose en manera alguna acostumbrado á faenas agrícolas; pero á bien que tenía á su amigo Tomas, con su experiencia y ejemplo, para servirle de guía y consejero. Ya habia pensado en ello á menudo en Madrid, al verse abandonado de todos, y hallando cerrado todo camino y perdida toda esperanza; mas ahora estaba resuelto á poner semejantes pensamientos por obra, no sin tener presentes, aunque sin poderlos particularizar, por falta de práctica, los muchos obstáculos que se presentan, y los innumerables estorbos y funestas ligaduras que en Galicia impiden al labrador dar un paso, amargando su mísera existencia, todo por efecto de la torpeza de algunos é indolencia de los más. Veíase tambien sin el verdadero fundamento de toda buena labranza, que es el capital; y no por eso desistió; al contrario, firme ya, y resuelto á beneficiar sus tierras por sí mismo, no quiso callarlo, y se lo manifestó á Elvira y á Don Santiago. Éste le dijo:

«Alfonso, ántes de su viaje de V. á Madrid, de seguro me habria reido de sus proyectos campestres; ahora no me rio, pues le veo firmemente resuelto á en-

cerrarse en el Pazo y á vivir en él todo el año, como Patiño vive en su aldea ocho ó nueve meses. Quien, como V., acostumbrado á la vida de la córte, tan distinta de la que se propone, renuncia al mundo, por no transigir, como la mayor parte ó casi todos transigen, con usos y maneras que ningun código condena, bien que de ellos se avergüenza la honra, y sobre todo, los reprueba Dios; quien tal hace, por más que, en rigor, no haga sino cumplir con su deber, merece le oigan y tengan en cuenta por hombre honrado, formal y capaz de llevar adelante toda empresa que se proponga. No ignora V. que los propietarios gallegos no labramos nunca, ó casi nunca, sino valiéndonos de colonos. Una labor en grande hallaria en Galicia obstáculos poco ménos que insuperables; pero V. no puede hacer nada, sino muy en pequeño. Patiño le servirá de mucho, y creo no hace V. mal en intentar la empresa, con tal de tener prudencia y no exponerse á perder lo poco que posee. Ya ve V. que no me burlo de sus trazas y pensamientos de labrador: cuando no estaba V. del todo curado, ni con mucho, y volvia desde su rincon sin cesar la vista á Madrid, yo habria hecho todo lo posible por quitarle de la cabeza lo que, sin duda, fuera entónces solemne locura. Mas ahora, despues de la conducta de V. en la córte y de su vuelta, seguro estoy, no sólo de que es V. hombre de pundonor, pues lo ha sido siempre, sino de su firme convencimiento de que todavía puede

ser feliz en el mundo; al lado de Elvira y en el modesto estado social con que se conforma.

«Tiene V. razon, Señor Don Santiago», repuso Alfonso; «conozco que estoy *curado* del todo, como dice; y puedo asegurar que, aunque Dios mejore sus horas, no me hallará nunca, ni más conforme que ahora, ni con mayor confianza en él. Sólo hallo en lo presente una nube— ya sabe V. cuál es: el no estar casado con Elvira.»

Esta se ruborizó, no sabiendo qué decir; mas, como para ella tan desconocidas eran la desvergüenza como la hipocresía, pasado el primero y natural impulso, propio del pudor, exclamó:

«Por mí, no puedo ménos de alegrarme de la determinacion de Alfonso y de los consejos de mi tio. He querido siempre, siempre, á mi Mariña, no sólo porque no conozco otra cosa, sino porque me avengo perfectamente con la vida del campo, solitaria y tranquila, que Alfonso me propone. No huyo de nadie, ni detesto á mis semejantes; pero, á pesar de que sólo tengo mucho que agradecer á la sociedad de Santiago, que me ha recibido cortés y cariñosamente, no pienso sino en la aldea— Allá tengo algunos pobres y ancianos, faltos de todo, á quienes me propongo consolar y socorrer de nuevo, cuanto pueda, y de la mejor voluntad; allá ha corrido parte de mi vida, dulce y tranquila, como nunca— allá he llorado; y á veces, quiere uno tanto, ó más, á los sitios en

donde ha padecido, que á aquellos en donde ha sido dichoso.

»Desde la partida de Alfonso, bien sabe V. que, excepto mis visitas de « hermana de la caridad », como, por burlarse de su sobrina, las llamaba V., no salí, miéntras estaba en el campo, sino una docena de veces, y ésas, siempre hácia San Pedro — Tambien se reia V., tio mio, al ver que, sin saber cómo, yo dirigia el paseo hasta dar vista al Pazo de Cela — Pues cuando tuvimos, por lo adelantado de la estacion, que venir á Santiago, lo hice gustosa, porque venia con V.; mas — le pido perdon por el pecado que en secreto cometí ántes de salir de la aldea! La queria yo tanto! estaban aquellas paredes y aquel jardin tan llenos de recuerdos para mí, que la noche ántes de venirnos la pasé llorando — »

« Pobre niña! », dijo Don Santiago, « á saber que tal pena te habia de causar el viaje, no nos habriamos movido de la aldea! »

« Es que si experimentaba gran pesar en salir de ella, tenía al mismo tiempo no menor satisfaccion en acompañar á V. á Santiago. Hay en el mundo nada como cumplir con su deber, tío mio? Y no lo era para mí el acompañarle siempre con semblante tranquilo y risueño, lo mismo en el campo que en Santiago? Ademas, si he hablado de mi dolor al salir de la aldea, ha sido para que Alfonso se convenza de que no deseo otro bien, que vivir siempre en mi Ma-

riña — Que mi tio me llame huroncilla, enemiga de mis semejantes y cuanto quiera; pero, si va á decir verdad, estoy conociendo que Alfonso no se atreve á decirme que— una vez casado, habria de vivir con su mujer en el campo, porque teme afligirme, cuando ésa sería mi mayor ventura— »

Calló Elvira; sus sonrosadas mejillas estaban un tanto más encendidas, sus hermosos ojos expresaban tal lealtad y franqueza, y acababa de hablar con tan noble sencillez, que Alfonso y Souto de Rios se quedaron mirándola breve espacio en silencio. Don Santiago apénas habia advertido nada nuevo en su sobrina desde la partida de Alfonso; al reves de éste, que, ademas de la forzosa interrupcion de la ausencia, miraba á la jóven con la curiosidad y solícito cariño de amante. Don Santiago decia siempre que su sobrina no habia sido nunca niña, y era tan formal como una mujer; pero jamas la habia oido expresar sus pensamientos con tanto candor y maravillosa cordura; en vista de lo cual, el buen anciano, interrumpiendo el silencio, dijo:

« Alfonso, el egoísmo de los viejos es incurable: de nada se acuerdan, ni en nadie se ocupan, salvo en sí propios. Lo digo porque, á pesar del cariño verdaderamente paternal que profeso á Elvira, se me figuraba cumplir con quererla mucho, llamarla niña, y en lo demas, seguir sin la menor alteracion haciendo la vida de siempre. Alfonso, la niña que de V. se

despidió llorando en la plaza de Betanzos, es una mujer mucho más grave y sesuda que el egoista de su tio, el cual no se habia hecho cargo de ello hasta ahora.»

«Pues yo conocí parte de lo que V. me dice, desde el primer instante», dijo Alfonso.

«Lo creo, sin que V. me lo jure», contestó, sonriéndose, Souto de Rios.

CAPÍTULO XII.

Mulier si est tibi secundum animam tuam, non projicias illam.—
Si tienes una mujer segun tu corazon, no la deseches.—
— *Eclesiastés*, cap. VII.—

Eran las diez de la mañana, y á la puerta de la casa de Souto de Rios hallábase Jacobo el rapaz, con el caballo de su amo del diestro, miéntras, arriba, Alfonso se despedia de Don Santiago.

Con indiscrecion, propia de todo aquel que se mete en vidas ajenas, el autor pasa adelante al cuarto de Elvira.

Hallamos á ésta, como de costumbre, vestida de sencillo y negro traje de seda; hermosa como nunca, pálido el rostro, y los divinos ojos un tanto encendidos; á duras penas contiene las lágrimas, que á su despecho ruedan por las hermosas mejillas, cual gotas de rocío por las hojas de la azucena.

La habitacion, sencillamente amueblada, tiene en dos lados sendos balcones al jardin, piso de madera

encerado, y sencillo papel de fondo claro, salpicado de rosas y violetas. Una pequeña butaca de gutapercha, en la que siempre se sienta Elvira, media docena de sillas de forma antigua, forradas de seda azul, sencillo piano vertical, cómoda de caoba con adornos de bronce, y en una esquina la cama, de bruñido acero, con cortinas blancas como la nieve, completan el modesto ajuar; vense ademas, á proporcionada altura, sobre la cómoda y el piano, sendos marcos de plata, de sencillísima forma y de pequeño é idéntico tamaño: uno encierra preciosa imágen de la Santa Vírgen, pintada en cobre, y el otro, pequeño bulto de plata sobredorada, que representa al apóstol Santiago, extrañamente vestido de peregrino; ambos cuadros fueron de la madre de Elvira.

Deja ésta y toma la costura, sin poder trabajar ni permanecer tranquila, pues se halla esperando á Alfonso, el cual viene á despedirse, y los segundos la parecen, más que horas, siglos—

Llamaron al cabo á la puerta, preguntando si se podia entrar, con lo que la misma Elvira abrió; y al ver que Alfonso venía solo, dejó la puerta de par en par. Elvira permaneció en pié en medio de la habitacion, y Alfonso, con la sonrisa en los labios y contemplándola con amor, se detuvo igualmente.

«Elvira», la dijo, «estás dispuesta á casarte y venirte conmigo al Pazo de Cela, ántes de un mes?»

Elvira amaba tan sincera y tiernamente á Alfonso,

que, en vez de aparentar miedo ó falso pudor, como otras habrian hecho en su caso, contestó con firmeza:

« Sí, Alfonso. »

« Y dentro de quince dias? », añadió éste.

« Como tú quieras, y cuando lo mandes y lo permita mi tio. »

« Tu tio dice que podemos casarnos dentro de ocho dias. »

Elvira bajó los ojos, y encendido en rubor el rostro, respondió:

« No extrañes mi sorpresa— como decias ayer que tal vez no nos podriamos casar hasta la primavera—»

« Tienes razon, Elvira, pero ayer áun creia que eras más rica que yo. »

« Egoista! », dijo Elvira, sonriéndose.

« Perdona. El pobre honrado es á veces neciamente orgulloso— Me perdonas, Elvira mia? »

Elvira dió la mano á Alfonso, y éste la tomó, estampando en ella un beso con tan ardiente amor, que Elvira permanecia sin saber qué hacer.

« Dios los haga unos santos », dijo á la sazon Souto de Rios desde la puerta; y luégo, entrando, añadió: « No te avergüences, Elvira, de dar la mano á tu esposo; ni V., Alfonso, se ruborice como una doncella por haber besado la mano á su mujer. » Los dos hermosos jóvenes cayeron de rodillas á los piés del anciano; éste les bendijo, y al levantarlos del suelo,

torció el rostro, para ocultar una lágrima, que al cabo rodó hasta su cano bigote.

«Vamos, vamos», dijo, «está visto que estos chiquillos se han propuesto hacerme llorar como una vieja. Vamos ahora á cuentas, señores mios, que al cabo, alguna vez se han de hacer. Sentémonos y hablemos un rato: eso es. Bueno; Alfonso cuenta al año, lo más, con ocho mil reales, cantidad pequeñísima, pero suficiente para la vida que se propone: ya lo sabes, Elvira. No me hagas ese gracioso gesto que haces siempre que no te importa una cosa. Bueno es ser desinteresados, y harto lo han demostrado VV. para pensar ahora en comer. Vamos á Alfonso. Elvira, despues del pleito, que en gran parte ha perdido, tiene la mitad, poco más ó ménos, que su futuro. Su orgullo de V. de pobre no se ofenderá de que, como se suele decir, V. lleve para comer, y Elvira para cenar— creo que no dirémos nada en contra!»

«Nada, Señor Don Santiago», respondió Alfonso.

«Bueno; ahora sólo quedan algunos pormenores— Todo lo que hay en esta habitacion pertenece á Elvira, pues era de su madre; algunos otros muebles tiene, que igualmente se llevará. En cuanto al regalo de boda, como el hacerle me corresponde de derecho, lo difiero para cuando y como convenga; de todas maneras advierto, para que no se inquiete la suma delicadeza de Alfonso, que, como no soy nin-

gun príncipe, mi regalo no hará nunca á Elvira mucho más rica de lo que es actualmente.

Ahora bien, hijos mios, hay para vivir en paz y con honra, nada más; lo cual basta á vuestros corazones tiernos y generosos. Alfonso se ha convencido de que, con lo que posees, Elvira, pueden VV. casarse ántes de lo que creia. En el despacho hemos echado las cuentas que ves. Tengo en mi poder tu renta de este año; Tomas Patiño espera á Alfonso para entregarle lo que le corresponde; con vuestro noble carácter, y el amor que os teneis, me dais envidia; pues estoy seguro de que no ha de haber en el mundo dos seres más felices que vosotros. Aquí concluyo; por mi parte, vuelvo á mi vida de siempre: el verano en la aldea, y el invierno en Santiago— el invierno tendréis mi casa á vuestra disposicion— pero los amantes son unos egoistas, que sólo desean estar solos—»

«No, tio mio», dijo Elvira, «podemos seguir viviendo juntos, en el campo al ménos—»

«Dios me libre, sobrina mia; el casado casa quiere. No en mis dias; tambien soy egoista, y ya sabes mi vida anterior. Vuelvo á ella gustosísimo; os iré á ver de cuando en cuando á la aldea, y vendréis á verme igualmente siempre que os acomode, lo mismo en el campo que aquí; pero vivir juntos, no lo espereis. El casado casa quiere; no he de ir ahora á hacerme insoportable á mis queridos sobrinos, aguando á lo mejor el placer de vuestros secretos coloquios y apa-

reciendo enmedio de ellos, cual nube negra y tormentosa en cielo sereno. No, hijos mios; quiero hacerme desear, y que siempre me echeis de ménos, en vez de estorbaros á cada momento con mi importuna presencia. Los que están siempre de más en todas partes, se acreditan con razon de necios.»

«Ah! se me olvidaba añadir», dijo Souto con maliciosa sonrisa, «que si quieren VV. casarse, pueden hacerlo cuando gusten, pues se han dispensado ya las amonestaciones y está todo dispuesto para cuando les acomode á VV. ir á la iglesia, aquí, en la Coruña ó en el campo. Hace ya tiempo, Elvira, que no me dices: «Como V. quiera, tio— me parece que la ocasion—»

«No sea V. tan cruel conmigo, tio mio», dijo ésta, «no se burle ahora de mí.»

«Yo lo diré por Elvira», exclamó Alfonso, saltándole el corazon de alegría, «como V. quiera, tio, ó por mejor decir, ahora mismo.»

Elvira seguia con los ojos puestos en el suelo, sin atreverse á hablar; por último, viendo que todos callaban, dijo, cayendo en brazos de Don Santiago: «Como V. quiera, tio mio!»; y lloraba y reia á la par.

Una hora despues, salió Alfonso á caballo, precedido del rapaz Jacobo, para la Coruña, adonde llegó, ya bien entrada la noche, con toda felicidad; á pesar de la estacion, no se mojó, gracias á lo bueno que habia estado el dia.

CAPÍTULO XIII.

Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
No en tí la ambicion mora,
Hidrópica de viento.—
. . . .
Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
Tus umbrales ignora
La adulacion, sirena
De reales palacios.—
—DON LUIS DE GÓNGORA, ***Las Soledades.*****—**

Oh joy! joy! joy! home again — home till death! **(1)**
—*The Caxtons*, by BULWER.—

No permita Dios, lectora mia, que te engañe, inventando galas, joyas y ruido para la boda de Elvira y Alfonso; ni consienta jamas el cielo que te recuerde en este instante, con irónica amargura, las tuyas, cuando, despues de hacer gala del espléndido ajuar de novia, soñando con risueño porvenir, has visto al cabo trocadas en polvo tus ambiciosas esperanzas de orgullo y de amor— Si tal no ha sucedido— y plegue á Dios que así sea— mi único anhelo

(1) Esta exclamacion, tan propia de un buen inglés, quiere decir en castellano, traducida lo más literalmente que se puede: «Oh alegría! alegría! alegría! mi casa de nuevo— mi casa hasta la muerte!»

es, que la felicidad viva contigo miéntras existas. Y si fueres desgraciada, entónces no seré yo quien se complazca en ahondar la herida de tu corazon. Ten por cierto que he de derramar lágrimas en silencio y á la par de las tuyas— Quién sabe? Tal vez en la soledad del recóndito asilo donde lloras, léjos de las miradas de tus amigos y parientes, cuando tu llanto sea más amargo y tu desesperacion más tremenda, en ese momento, y sin saber cómo, experimentarás inesperado consuelo. Siempre lo es, y muy grande, lectora de mi alma, el saber que hay en el mundo quien le acompañe á uno en su dolor. Y qué otra cosa puedo yo ofrecerte? el corazon? Triste de mí! Sería agraviarte, pues eres buena y honrada. La vida? y de qué te sirve? Sólo la correspondencia del alma puede presentarse sin miedo ante un corazon generoso y desgraciado.

Así pues, léjos de mí el pensamiento de insultarte con la felicidad de una pareja pobre y oscura, de cuya puntual historia me he encargado; y á la verdad que ya voy sintiendo se acabe tan pronto. A menudo acontece el tomar cariño á las personas en cuya compañía se vive algun tiempo; cómo no he de querer á Elvira y Alfonso, con quienes estoy tratando hace ya tantos meses! He narrado fielmente sus amores y desgracias, y casi siento llegar á verlos felices, pues temo se vuelvan ingratos conmigo. De ese modo, me detengo á cada momento, ántes de tomar la pluma

para concluir esta veraz narracion, escrita, no con ingenio, para mí cosa humanamente imposible, mas si, como dicen los italianos, *con amore*, pues tengo verdadero cariño á Elvira y Alfonso.

El último dia de Enero, y á eso de las cuatro de la tarde, el ómnibus de la Coruña á Betanzos se detuvo en el camino de Castilla, á la entrada del vecinal que pasa por la aldea de San Pedro. La vaca del carruaje venía llena de baules y muebles, aunque en lo interior no pasaban los viajeros de cuatro, á saber, Don Santiago Souto de Rios, su hermosa sobrina, Alfonso y Tomas Patiño.

A la entrada del camino esperaban Gregorio, su mujer y Jacobo, ó séase el rapaz; dos carros, tirados por sendas parejas de bueyes, de color rojo claro ó amarillento blanquecino, estaban tambien en segundo término, vacíos, como esperando carga: un labrador, sin duda dueño de uno de los carros, que habia estado echando buenos tragos de vino de Toro en la taberna inmediata, vino á todo correr, en cuanto vió al ómnibus detenerse.

Apeáronse todos, y lo primero que hizo Alfonso, despues de contestar á las salutaciones de Pepa y Gregorio, fué preguntar por el Meigo.

«Hace dias no se le ve», contestó Gregorio con algun ceño; pues áun no habia olvidado lo que él llamaba «el robo del caballo.»

«Pues lo siento», dijo Alfonso, «porque el Meigo

ha de ser tenido siempre por cosa mia, y mejor que si fuera mi más próximo pariente.»

«Tienes razon, Alfonso», dijo Elvira, «el Meigo será siempre considerado como de nuestra familia.»

«Vaya», dijo Don Santiago, «vaya, ya veo que has de ser buena ama de casa.»

«No me haga V. burla, tio», dijo Elvira, sonriéndose y encendida como la grana.

«No te ofendas, hija mia; te aseguro que lo que te he dicho en broma, es la pura verdad.»

Alfonso y Elvira se habian casado por la mañana en la Coruña, emprendiendo en seguida el camino de San Pedro, en compañía de Don Santiago y Patiño.

Gregorio entre tanto, Jacobo y el carretero ayudaban al zagal á bajar los baules y muebles de la vaca: cuando acabaron, llamó Souto á Patiño, el cual estaba hablando con Elvira y Alfonso.

«Vámonos, Patiño, vámonos á mi casa; que aquí estamos de más. Mañana hablarémos despacio; ya se va haciendo tarde, y el ómnibus nos espera.»

«Vamos», contestó Patiño, sonriéndose, «pues por esta noche me da V. hospedaje en su casa, y dejemos á estos señores, que ya no nos quieren.»

«No diga V. eso nunca, Tomas», dijo Elvira, «no lo diga ni en broma.»

«Bien, bien», contestó Don Santiago, «hasta mañana.»

Elvira abrazó á su tio, derramando lágrimas de

agradecimiento, dió despues la mano cariñosamente á Patiño, y apénas pudo decir una palabra de despedida á Souto de Rios, el cual ya se habia vuelto al carruaje. Alfonso se despidió igualmente de su nuevo tio y de su querido amigo; partió el ómnibus, y entre el ruido que las ruedas hacian, oyó Patiño decir á Don Santiago:

«Estos muchachos se han propuesto hacerle á uno llorar como una vieja.»

Patiño no vió ni oyó más, porque Souto de Rios se habia arrinconado en su asiento, echándose la gorra de viaje sobre los ojos, como aquel que quiere dormir, ó lo aparenta—

«Vamos á llegar al Pazo perdidos de lodo», dijo Alfonso, «Gregorio, por qué no ha traido el caballo con las jamugas para la señorita, como se lo escribí?»

«Es verdad, sí, señor.»

«Es verdad— es verdad— pero por qué no lo ha hecho?», repuso Alfonso, perdiendo la paciencia.

Gregorio permanecia sin saber qué responder, hasta que Pepa, algo más lista, dijo: «Es que se le ha olvidado.»

«Ya lo veo.»

«No te apures», dijo Elvira con dulzura, «que harto acostumbrada estoy á andar por caminos peores que éste.»

«Sí, pero el caso es que escribí á Gregorio para que uviese aquí el caballo—».

«Mire, señor, ahí están», dijo Pepa.

En efecto, no sólo el caballo, perfectamente ensillado, sino el pollino própio del tio Gregorio, con jamugas, venian, traidos del diestro por el buen Meigo Al ver esto, Gregorio se contentó con abrir la boca.

Alfonso dió al Meigo las gracias, diciéndole ademas dejase ya aquella vida errante y aventurera; que en nada debia ya ocuparse sino en vivir en paz y tranquilo el resto de sus dias, pues se comprometia á mirar siempre por él como por un hijo. Elvira acudió en ayuda de Alfonso, rogando al Meigo se viniese al Pazo, donde tendria habitacion independiente, para poder entrar y salir siempre que le acomodase, y sin que nadie lo supiera, á cualquier hora del dia ó de la noche; mas todo fué en vano. El Meigo, con rústicas y agradecidas razones, se mantuvo inquebrantable, diciendo estaba ya de tal manera acostumbrado á la vida al aire libre, que no era posible le agradase otra alguna. Concluyó enterneciéndose, y rogando á los señores le siguiesen tratando como hasta entónces, y que la señorita se acordase de él de vez en cuando, para encomendarle á Dios en sus oraciones. Esto sólo pudieron recabar Alfonso y Elvira del bueno y honrado campesino, por más ruegos y súplicas que le hicieron.

«Al ménos, vendrá V. á vernos todos los dias?», dijo Elvira.

«Señorita, iré— iré, pero no puedo decir cuándo

ni cómo, porque yo mismo no lo sé », contestó el Meigo.

Alfonso, viendo que por el pronto no le era posible manifestarse agradecido más que de palabra, se propuso, no sólo no olvidar el inmenso favor que debia al buen anciano, sino probarle su agradecimiento, miéntras viviese, de cuantos modos pudiera.

En esto, y viendo ya cargados los carros ó carretas, tomaron, Elvira en jamugas y Alfonso á caballo, el camino del Pazo, no sin preguntar ántes por el Meigo, el cual habia ya desaparecido.

A la puerta de la casa les esperaba la nueva doncella de Elvira, en compañía de otras dos criadas, pues Doña Lorenza seguia en casa de Souto. Nada más vieron, y con todo, el Pazo se les mostraba con harto risueño aspecto, á pesar de que ya iba anocheciendo.

Dos ó tres luces, que al traves de los cristales brillaban, eran para ellos alegre iluminacion; ni jamas vió el poderoso las paredes de mármol de su envidiado palacio, con gozo semejante al de ambos esposos, al poner los ojos en la oscura y venerable fachada del Pazo.

Apeóse el jóven, y recibió en sus brazos á Elvira; Alfonso, puesto ya el pié en el umbral de la casa, no se atrevió á seguir adelante, sin destocarse primero y rogar á Dios por el alma de sus padres; al paso que Elvira, apoyada en el brazo de su esposo, y temblan-

do como el pajarillo robado del nido, pedia tambien á su madre rogase á Dios para que conservára siempre casta y honrada esposa á la que hasta entónces habia sido prudente y cristiana doncella.

CONCLUSION.

« Su conducta de V. no tiene disculpa, señor sobrino; nada, no tiene disculpa.»

«Pero, tio», dije, «y qué quiere V. que le haga? Temiendo que al lector se le cayese el libro de las manos, le he concluido cuanto ántes. Ademas, no es posible seguir la pista á todo el mundo— »

«Nada, sobrino; lo dicho, dicho. Tu conducta no tiene disculpa.»

Mi tio habia jugado al tresillo, conmigo y su vieja ama de llaves, mujer ya de no pocas navidades, bastante sorda, pero sobre todo, tan buena y condescendiente, que recibia siempre con la sonrisa en los labios los *codillos* que mi tio la solia dar en compañía del señor cura párroco.

Aquella noche habia yo reemplazado á éste, teniendo la inadvertencia de dar algunos codillos á mis dos compañeros. Todo jugador de tresillo inferirá de esto, cuál sería el mal humor de mi buen pariente conmigo.

«Con que— buenas noches, tio, que V. vive en la ciudad, y yo en la pescadería; y en la Coruña, cuando sopla el nordeste, es cosa grave atravesar el *Derribo*, sobre todo á las once de la noche. Con que, buenas noches— »

«No te escapas, sobrino; en castigo de los codillos que me has dado, vas á decirme qué ha sido de Luis de Toledo.»

«Válgame Dios, tio; no me acuerdo. No podriamos dejarlo para mejor ocasion?»

«No, señor. Conteste V.»

«Pero, si no me acuerdo— Ah! sí, se casó con una rica y boquituerta jorobada. Es título, y ademas uno de nuestros primeros hombres políticos.»

«Bueno; y Don Santiago Souto de Rios?»

«Cada vez más sano y robusto, haciendo la vida de siempre, el verano en el campo, y el invierno en Santiago. Se ha vuelto avaro, pero aseguran que está atesorando cuanto puede, para que á su muerte vaya todo á sus queridos sobrinos, Elvira y Alfonso. Con que, buenas noches— »

«Qué es eso? Y el Vinculeiro?»

«El Vinculeiro se casó con la viuda de un escribano, el cual habia *legalmente* amontonado más que mediano caudal. Pero la viuda tiene tan mal genio, que el Vinculeiro se ve reducido á repetir siempre la última palabra que pronuncia su cara mitad. Lo peor del caso es, que el Conde de Sada no admite en

su casa á la escribana, aunque esposa ya del Vilaculeiro, con lo que éste no puede disfrutar de los convites que, en ciertos dias, se digna otorgar el Conde.»

«Y el Conde de Sada?»

«Ya sabe V. que habiéndose poco ménos que arruinado en jugadas de bolsa, no tuvo otro remedio que ganar á Don José de Rodriguez y de Perez, ofreciéndole importante destino, para que Villajuan se casase con Marta, lo cual consintió el Señor, para castigar al ingrato tio de Alfonso.

«Bueno está el Conde de Sada. No me hables más de él.»

«Buenas noches, tio; hasta mañana.»

«Pero, y Gregorio Couto, señor, y su mujer Pepa?»

«Buenos y sanos, y en la misma disposicion de ánimo y estado de siempre, sin que Gregorio haya aún podido perdonar al Meigo lo que sigue llamando «el robo del caballo.» Para que no tenga V. que incomodarse en hacerme más preguntas, le diré que el Meigo continúa presentándose y desapareciendo, á manera de duende; pero, desde que los señores tienen un hijo, el buen Meigo permanece más dias seguidos en casa. Me parece, tio—»

«Te vas así, sin decirme nada de Tomas Patiño?»

«Tomas Patiño se casó con una señorita de Iñás, fresca como una rosa, y tan buena y honrada como su novio. De cuando en cuando van al Pazo de Cela, en donde les reciben sus dueños por hermanos.»

Mi tio se puso con todo espacio las gafas, y empezó á hojear el manuscrito.

«Mire V. que son las doce!— »

«No importa. Vamos á ver! Ah! pues no decia yo! Se nos escapaba lo mejor. Y no me dices nada de Doña Nemesia Fernandez y Doña Polonia Mellid?»

«Es V. implacable, tio, es V. implacable— »

«Contesta, y déjate de aspavientos.»

«Pues, señor, Doña Polonia Mellid quiso hacerse monja, y en ningun convento la quisieron, con lo que sigue siendo la misma Doña Polonia de siempre.»

«Y Doña Nemesia Fernandez?», añadió el buen señor, sin dejar de hojear el manuscrito.

«No sé, tio; palabra!— Como no sea una tal Doña Nemesia Fernandez que fué expulsada de un beaterio de Madrid, por no sé qué fechorías— »

«Bien puede ser», dijo mi tio refunfuñando, «y el rapaz Jacobo?»

«Querido tio, admirable cosa es el género humano; el hombre es tambien cosa grande ó pequeña, segun se le considere. Los hombres — los hombres tienen á veces un paradero— »

«A eso voy: al paradero de Jacobo el rapaz», dijo mi tio, mirando el manuscrito.

«Tambien voy yo á eso. Cuando el carácter del hombre es inquieto, si ese hombre es ademas jóven — es de creer que no pare en ninguna parte. Aposta-

ria cualquier cosa á que el Jacobin ha mudado ya de amo infinitas veces—»

«Se necesita, señor sobrino, saber con toda certeza su paradero.»

«Tio, le ignoro.»

Mi tio siguió volviendo hojas, parándose en algunas, y pasando prontamente á otras; quitóse despues las gafas con la misma calma con que se las habia puesto, y cerró el manuscrito, poniéndole sobre la mesa, y encima las gafas.

«Doña Francisca, traiga V. un barrilito con dulce de limoncillos, de las monjas de Redondela.»

Doña Francisca obedeció volando, á pesar de sus años. Mi tio tomó el barrilito, que bien pesaba unas cuantas libras, y me le entregó, diciendo:

«Toma, sobrino; el cariño de tu tio, que te quiere como si fuera tu padre, no se altera por media docena de codillos más ó ménos— nada, nada de gracias— anda con Dios, y buen provecho.»

«Tio», le respondí, «estoy dispuesto á escribir cuanto V. quiera, con tal de que cada obra me valga un barril de estos riquísimos limoncillos, de las monjas de Redondela!—»

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
Advertencias.	v
A mi esposa.	vii

PARTE PRIMERA.

Capítulo primero.	1
Cap. II.	14
Cap. III.	24
Cap. IV.	34
Cap. V.	39
Cap. VI.	43
Cap. VII.	50
Cap. VIII.	59
Cap. IX.	63
Cap. X.	69
Cap. XI.	75
Cap. XII.	81
Cap. XIII.	95
Cap. XIV.	101
Cap. XV.	116
Cap. XVI.	121

PARTE SEGUNDA.

Capítulo primero.	133
Cap. II.	149

	Págs.
Cap. III.	160
Cap. IV.	169
Cap. V.	186
Cap. VI.	193
Cap. VII.	200
Cap. VIII.	205
Cap. IX.	225
Cap. X.	231
Cap. XI.	238
Cap. XII.	246
Cap. XIII.	254
Cap. XIV.	259

PARTE TERCERA.

Capítulo primero.	265
Cap. II.	274
Cap. III.	285
Cap. IV.	297
Cap. V.	304
Cap. VI.	308
Cap. VII.	323
Cap. VIII.	338
Cap. IX.	348
Cap. X.	357
Cap. XI.	369
Cap. XII.	382
Cap. XIII.	388
Conclusion.	396

FIN DEL ÍNDICE.

Page

160
169
186
193
200
205
225
231
238
246
254
259

65
74
85
7
4
8
3

